Dr. Carlos Pesce Battilana
Norberto M Miozzo S.D.B.

JUAN B. PODESTA

(1894- 1933)

SEMBLANZA DE UN LAICO VITALMENTE COMPROMETIDO

EXALUMNO DE DON BOSCO
DEL CENTRO SAN FRANCISCO DE SALES

DR. CARLOS PESCE BATTILANA
NORBERTO M. MIOZZO S.D.B.

JUAN B. PODESTA

SEMBLANZA DE UN LAICO VITALMENTE COMPROMETIDO (1894- 1933)

EXALUMNO DE DON BOSCO
DEL CENTRO "SAN FRANCISCO DE SALES"
BUENOS AIRES

Expreso mi gratitud
a la Obra Fundación Natalio Salvatori
porque con su generosa donación
ha hecho posible
publicar esta biografía.
¡Muchísimas gracias!

Norberto M. Miozzo S.D.B.

Buenos Aires, 28 de setiembre de 1992

ACLARACION

Este libro no es original. La vida de Juan B. Podestá se escribió en 1934, al año de su muerte. Razones circunstanciales no permitieron su publicación. De aquellos ejemplares impresos pero no publicados uno, de los muy pocos que restan, llegó a nuestra manos. Su lectura nos emocionó y causó admiración. Esas páginas hicieron revivir en nuestro espíritu la grata figura de aquel esclarecido exalumno de Don Bosco, a quien conocimos cuando era presidente del Centro "San Francisco de Sales", con quien tratamos en nuestra adolescencia y que ha dejado una estela luminosa en nuestra vida.

Cumpliéndose este año el centenario de la fundación del Oratorio "San Francisco de Sales", con cuya vida está consubstanciada lo de Podestá, era conveniente actualizar la figura de aquel exalumno, que tanto lo prestigia, modelo no sólo para los jóvenes que actualmente frecuenta el Oratorio sino también para la juventud en general.

Editar tal cual aquella biografía inédita no parecía conveniente ni aconsejable: su estilo literario resulta un tanto desactualizado.

Nos pareció lo más práctico rescatar algunas de sus páginas y los datos allí consignados y con ellos redactar una nueva semblanza más acorde con las circunstancias actuales.

Esta es la razón de este libro que tiene dos partes: en la primera se narra la vida de Juan B. Podestá, en la segunda (apéndice) se insertan sus escritos.

Norberto M. Miozzo S. D. B.

Buenos Aires, 24 de abril de 1992

...Fue un hombre extraordinario fuera de toda duda. Sobresalió en todos los campos: en la virtud, en la inteligencia, en las finanzas y en la oratoria...

...Dudo que haya habido entre nosotros un joven, de quien pueda relatarse tantos hechos edificantes como de Podestá...

En Podestá podemos señalar varias características igualmente notables: capacidad de financista indiscutible, puesta a prueba infinitas veces; elocuencia por todos admirada; pluma galana, atrayente, vigorosa; piedad ajena a toda afectación; vida interior alimentada por la comunión diaria, las noches eucarísticas y la oración constante.

CARLOS CONCI *

Revista "Exalumnos de Don Bosco"
Nro. 271; mayo de 1944; pág. 1004-1005."

* Carlos J. F. Conci: Salesiano coadjutor. Fue presidente de los Círculos de Obreros, director del diario "El Pueblo"; presidente del Secretario Econónomico- Social de la Acción Católica, etc. El 2 de junio de 1947 recibió la condecoración Pro Ecclesia et Pontífice.

CAPITULO PRIMERO

EL ESCENARIO [1]

Es una tarde de abril de 1917.

Frente a la casa de Juan Bautista Podestá, Rivadavia y Castro Barros, se levanta la tribuna anarquista.

Los que no tienen Dios en el cielo ni patria en la tierra, despotrican en grande, a todo pulmón.

El jefe de la secta se despacha contra Dios, pronunciando las blasfemias más horrorosas.

Juan Bautista está allí.

El hablador lanza un desafío y, ofrece la tribuna a quien deseara polemizar con él. Sus argumentos, repite, son ilenvantables.

Cruzando la movida y ruidosa avenida Rivadavia, viene un anciano y venerable sacerdote. Es el canónigo Kiernan, veterano en las lides del periodismo católico.

Se nota un apresuramiento en su paso, con las tardas oscilaciones de la edad.

Insospechadamente sube a la tribuna ofrecida. Su gesto es enérgico, pero su voz gastada en las luchas de otro tiempo llega sin fuerzas, sin cubrir el incesante rumor callejero.

Allí fue Troya; se arma la gritería más estrepitosa y se cruzan los más groseros insultos dirigidos al sacerdote.

---

[1] Para la redacción de este capítulo hemos utilizado los datos proporcionados por "Historia Viva" 150 Años de la Vida del País, publicada por el diario "La Razón" el 9-VII-1966; "Revista Eclesiástica" del arzobispado de Bs. As., años 1902 a 1920; Juan E. Belza "Conci; Bosquejo biográfico de un hombre y de una época" —Bs. As. 1965; Néstor T. Auza "Aciertos y Fracasos Sociales" del catolicismo argentino, Editorial Docencia, Ediciones Don Bosco, Editorial Guadalupe; Bs. As. 1987; Ambrosio Romero Carranza "Itinerario de Monseñor de Andrea" — Buenos Aires 1957; Cartas, crónicas y otros documentos conservados en el Archivo Central Salesiano —Don Bosco 4002 Bs. As.; Experiencia personal, como testigo ocular de algunos hechos.

Juan Bautista siente subir en su pecho la marea de la indignación.

Trepa a la tribuna, con su gesto varonil impone silencio y su hermosa voz baritonal defiende, ataca y confunde, adueñándose de la situación y exponiendo con valor y elocuencia las razones del credo católico.

Dios permitió a la madre de Juan Bautista, oculta tras las celosías, gozar en la zozobra del martirio toda la belleza del triunfo de su hijo.

Tiembla la madre tras las persianas.

Allí está su hijo, oye su voz, le llena el alma, siente caer los párrafos brillantes, pero escucha también el rugido de la turba.

Y madre cristiana al fin, ofrece a Dios la sangre de su hijo, que presiente irá a morir al golpe del sectario.

Pero Dios vela por sus fieles servidores.

Juan Bautista domina al auditorio y mantiene la atención general durante más de una hora.

Aquella frente aún sudorosa se cubrió esa tarde de besos maternos y los brazos de la madre estrecharon con más afecto al abanderado de Cristo.

* * *

Narrar la vida de Juan Bautista Podestá sin referencias al transfondo histórico, por momentos dramático, en el que le tocó vivir sería mutilarla.

La vida de Juan Bautista transcurre en un contexto histórico-social signado por la violencia ideológica no circunscripta al plano teórico de las ideas sino que intenta, no pocas veces, bajar a la vía de los hechos.

Sucesos internacionales y acontecimientos mundiales repercuten en la vida nacional argentina, traban y entorpecen el desarrollo de la actividad social y religiosa. Tanto en Buenos Aires, como en el conurbano y en las grandes ciudades del interior se respira un clima irreligioso, anticlerical y antipatriótico.

* * *

Es que el ambiente social y mental de Buenos Aires de fines del siglo XIX y primer tercio del XX no es el de hoy.

Los principios del recio liberalismo predominan en las clases dirigentes y en amplios sectores de la clase media.

No ha surgido todavía una legislación laboral. La multitud inmensa del proletariado se encuentra desamparada sujeta a los abusos del capitalismo liberal.

Las agravadas relaciones entre el capital y el trabajo promueven huelgas y acontecimientos violentos.

Anarquistas y socialistas envenenan la mente de las masas, presentando a la Iglesia como aliada de los ricos y enemiga de los obreros.

Desde 1875 en que fue quemado el Colegio del Salvador la hostilidad a la Iglesia y el clima anticlerical van en aumento, alimentados por la prédica de liberales, anarquistas y socialistas que no tienen reparos en inventar calumnias ni en explotar supuestos escándalos. Años hay, en que esa hostilidad reviste la forma de una campaña hábilmente orquestada y astutamente dosificada.

Desde 1897 "La Protesta humana", hoja nihilista, enciende a los proletarios en contra de todos y proclama la revolución sangrienta. El pensamiento revolucionario seduce a muchos jóvenes. Juan B. Justo, fundador del socialismo argentino, agita el ambiente y el socialismo va ganando adeptos día a día.

* * *

El año 1902 está marcado por hondas discrepancias obrero-patronales.

La fuerza de los gremios acaudillados por los socialistas y agitados por líderes del anarquismo pone en jaque a las instituciones. La huelga de los portuarios resulta violenta. Para reprimirla el Gobierno promulga la ley 4144, llamada de residencia, por la que los revoltosos extranjeros son expulsados del país. La inmigración ha traído hombres que ya en otros países han practicado la lucha.

El socialismo avanza. En 1904 es elegido diputado Alfredo L. Palacios, primer legislador socialista de la Argentina y de América.[2]

Las ideas son contagiosas y el mejor caldo de cultivo es la misma realidad que no atiende las necesidades de las clases laboriosas.

El costo de la vida preocupa y en su defensa se originan manifestaciones, en defensa del pan, la carne y los alquileres.

* * *

En 1891 León XIII publicaba la encíclica Rerum Novarum en la que decididamente toma la defensa de la clase obrera.

Mientras la mayoría la recibe con entusiasmo a no pocos católicos les cuesta modificar sus esquemas mentales según las directivas pontificias de justicia social.

De acuerdo con la encíclica, el 1° de febrero de 1892 el padre redentorista Federico Grote funda en Buenos Aires el primer Círculo de

[2] Juan E. Belza "Conci, bosquejo biográfico de un hombre y de una época" Buenos Aires 1965, pág. 123.

Obreros. Surgen luego otros círculos parroquiales. En 1895 ya se han multiplicado en el interior del país y se crea la Federación Nacional.

Los Círculos se proponen defender y promover el bienestar material y espiritual de la clase obrera y propiciar el mutualismo, el cooperativismo y la formación de centros de estudios.

En un primer momento no se proponen la formación de gremios ya que no existen suficientes obreros católicos por oficio como para formarlos.

Por ello, el mismo padre Grote el 13 de abril de 1892 forma el núcleo de la Liga Democrática Cristiana promotora de sindicatos especializados, que funciona como filial de los Círculos de Obreros.

Más tarde la Liga se separa de los Círculos y se transforma en la Unión Democrática.

Aunque la Unión Democrática es ante todo una institución social no descarta el aspecto político, antes bien este aspecto se acentúa y le crea recelos y conflictos.

En 1904 un demócrata cristiano y gran católico el doctor Santiago O'Farrell es candidato a diputado nacional por el Partido Republicano. La Unión Democrática aprovecha la oportunidad. Funda un Centro Independiente y por medio de él apoya la candidatura de O'Farrell que resulta triunfante. O' Farrell accede al Parlamento y realiza en él una proficua labor de apoyo a la causa social-cristiana.

La Unión Democrática en el Congreso que realiza en 1913 resuelve llamarse Unión Democrática Cristiana y la relación con los Círculos de Obreros es pacífica y de mutua colaboración hasta 1917.

Ese año por razones no fáciles de precisar estalla el conflicto y se produce la ruptura entre Círculos de Obreros y Democracia Cristiana.

La Unión Democrática Cristiana al no obtener en 1919 la autorización eclesiástica solicitada queda disuelta.

Desde el comienzo los demócratas cristianos habían realizado una labor encomiable en el campo social-cristiano; lamentablemente criterios diversos y errores cometidos llevaron a ese ingrato final.

* * *

El 1° de abril de 1900 el P. Grote funda el diario de los católicos argentinos, "El Pueblo", que se editará hasta 1960.

En 1902 el padre Barth funda, y la dirige hasta 1919, la "Liga de Protección a las Jóvenes Obreras".

Desde su fundación, el P. Federico Grote es nombrado director espiritual de los Círculos de Obreros.

Los Círculos de Obreros iluminan a los trabajadores con la doctrina social de la Iglesia expuesta por León XIII en la encíclica "Rerum Novarum" y luego por Pío XI en la "Quadragésimo Anno" y peticionan ante el Parlamento la sanción de leyes sociales que tengan en cuenta los derechos de los proletarios.

En agosto de 1895 los Círculos de Obreros elevan al Congreso Nacional un anteproyecto de construcción de casas baratas para los trabajadores. Acompañan al anteproyecto la nota de elevación.

Lamentablemente la petición no es tratada por las Cámaras.

En agosto de 1899 los Círculos de Obreros presentan al Honorable Congreso de la Nación un anteproyecto de Ley sobre el descanso dominical refrendado por 20.000 firmas. Acompañan la correspondiente nota de elevación. El Congreso permanece impasible ante el reclamo de los trabajadores.

No es de extrañar, entonces, que la tensión social se acentúe.

El 16 de setiembre de 1901 el Presidente del Consejo General de los Círculos de Obreros presenta un petitorio a la Cámara de Diputados con un proyecto para reglamentar el trabajo de los menores que son explotados por no pocos patrones.

En 1902 solicitan la reglamentación del trabajo de las mujeres.

La ley de descanso dominical y la reglamentación del trabajo de mujeres y menores son las dos primeras leyes obreras argentinas y fueron aprobadas, la primera en 1905 y la segunda en 1907. El mérito de la iniciativa de estas dos leyes es un asunto siempre discutido entre socialistas y católicos, unos y otros se atribuyen la prioridad. Según el Boletín Nº 46 del Departamento Nacional del Trabajo los méritos son indiscutibles de la organización obrera católica.[3]

En 1902 el periódico "Democracia Cristiana" y en 1907 la revista "Justicia Social" vulgarizan las doctrinas sociales de León XIII.

Entre otros colaboradores cuentan con artículos de los padres Andrés Pont Llodrá, Gustavo J. Franceschi y Alberto Molas Terán y del obrero Liborio Vaudagnotto.

El padre Pont Llodrá, español, era capellán de la Cárcel de Encausados.

---

[3] Juan E. Belza, O. cit.; pág. 289-290

Produjo revuelo en Buenos Aires su triunfo en el concurso organizado por el Centro Jurídico acerca del derecho de huelga.

* * *

Los Círculos de Obreros para mejorar la situación de la clase trabajadora no dejan de insistir en la sanción de leyes laborales.

Peticionan ante el Congreso Nacional y éste reconoce que:

1° La legislación obrera en la Argentina es deficiente;

2° Es urgente prohijar la sanción de leyes que reglamenten: el contrato de trabajo, el trabajo de mujeres y niños y otras cinco leyes más que a continuación enumeran.

La grave cuestión social es estudiada en el segundo y tercer "Congreso Nacional de los Católicos Argentinos" que se realizan en 1907, y en Córdoba en 1908, respectivamente.

A instancias del doctor Emilio Lamarca este tercer Congreso aprueba la fundación de la Liga Social Argentina, según el modelo alemán, y que se propone la organización de los católicos y sustentar la organización cristiana de la sociedad.

La Liga Social Argentina se difunde por todo el país.

También el primer Congreso Nacional de la Juventud Católica Argentina, reunido en 1908, hace tema de estudio y de debate la cuestión social que está presentada como segundo punto de la comisión 2: "La juventud y la cuestión social - Centros de Estudios - Curso para oradores - Agremiación obrera argentina - Cooperativismo - Huelga"

Respecto a la agremiación se defendía la fórmula sostenida por los católicos europeos, la asociación libre dentro de la profesión organizada.

* * *

En 1906 parece haberse orquestado un plan anticlerical que se hace sentir en todo el país.

En Buenos Aires, liberales, anarquistas y socialistas explotan con virulencia el supuesto "escándalo del convento de Caballito" y el inexistente túnel que uniría el Colegio San Carlos con el de María Auxiliadora.

Se realiza una calumniosa e incendiaria campaña periodística y se suceden los intentos de asalto e incendio.

Sacerdotes y religiosas no pueden transitar por las calles por los ataques de que son objetos.

La fobia anticlerical de Buenos Aires transciende al interior.

En Formosa el 19 de enero de 1907 es encarcelado el franciscano P. Aurray por el "enorme delito" de haber casado a un paraguayo moribundo antes del matrimonio civil. Después de la campaña periodística —que es lo que interesaba, el juez don Juan Ramón Vidal lo excarcela.

"La Razón" difunde especies calumniosas contra el dominico sanjuanino P. Junco, que quedan más o menos aclarados, después de la entrevista que le hace "La Nación".

En Rosario es calumniado el P. Aguirre cuyos detractores son condenado por los tribunales.

Y así en otros puntos del país, siguen en años posteriores acusaciones calumniosas contra el clero con su respectiva campaña periodística.

Otras veces se magnifican o se tergiversan pequeños hechos.

En Buenos Aires se hace correr el rumor de supuestas epidemias en colegios religiosos, que son ruidosamente comentadas y que provocan inspecciones sanitarias, inquietudes, aclaraciones y desmentidas.

Dice Belza "Toda esta prédica destructora, hábilmente dosificada, recentaba especialmente entre la clase trabajadora, formada en su mayoría por inmigrantes italianos y españoles".[4]

Las masas obreras, envenenadas por anarquista y socialistas, dan la impronta al año 1909, con luchas de todo tipo que se suceden sin interrupción.

La Semana Trágica de Barcelona con el fusilamiento en España del líder Francisco Ferrer, es el detonante internacional que repercute en el ámbito nacional, convulsionado desde tiempo atrás. Los atentados anarquistas siembran la inquietud y se llega, inclusive, a colocar una bomba en la puerta de la Casa de Gobierno, la que no estalla.

La celebración del 1° de mayo será el precipitante de sucesos dramáticos. Policía y sindicalistas chocan: barrida a tiros por la policía en la Plaza Lorea; la reunión gremial se convierte en tumba para números sindicalistas. Nuevas refriegas en el acto del entierro de las víctimas al que sigue una implacable represión.

A punto de ser desbordado, el Gobierno dicta el estado de sitio y centenares de agitadores son llevados a las cárceles.

La bandera roja, único lazo de unión entre socialistas y anarquistas-Unión General del Trabajo y Federación Obrera Regional Argentina, res-

---

[4] J. Belza, O. c. pág. 96; 118.

pectivamente, ondea como emblema de combate, y amenaza aniquilar a la celeste y blanca, y a todo lo que ésta significa.[5]

El 7 de mayo se descubre en un tranvía una máquina infernal colocada por un anarquista que había descendido en Corrientes y Cerrito.

La Semana Trágica de Barcelona mueve a "La Protesta" a divulgar una proclama incendiaria:

> "...Debemos imitar el ejemplo, haciendo de Buenos Aires una segunda Barcelona, quemando los conventos y derribando las iglesias; y por fin, si llegase a ser necesario, se empleará como última arma el puñal y la dinamita. Pues bien, camaradas, la hora se acerca, el momento es oportuno. Levantemos airados la frente, y que nuestra voz de protesta atraviese todos los ámbitos de la tierra , ya, pese a un Maura descabellado, a un Alfonso criminal, a un Falcón antropoide, a un Figueroa imbécil"...[6]

La prédica nihilista produce sus efectos en las mentes inmaduras.

El 7 de noviembre la policía sorprende a un ruso, Pablo Karachine, cuando penetra con una bomba en la iglesia del Carmelo.

El 14 de noviembre la ciudad se conmueve. Las amenazas de "La Protesta" se truecan en realidad. En la intercesión de Callao y Quintana, un anarquista menor de edad, Simón Radowiski, arroja una bomba al coche en que viaja el jefe de policía, coronel Ramón L. Falcón acompañado por su secretario Alfredo Lartigan. Falcón destrozado, muere a las dos horas; a Lartigan le amputan las dos piernas pero muere igualmente.

El público se exalta, y destroza y quema los talleres del diario "La Protesta".

El terrorista es apresado poco después y dice orondamente a sus captores, "Hay una bomba para cada uno de ustedes". Quiere suicidarse. Se libra de la pena de muerte por ser menor de edad. Es condenado a prisión perpetua. En 1930 Yrigoyen le conmuta la pena de prisión por la de destierro.

* * *

Los anarquistas conciben el plan de infundir terror en las calles porteñas para que nadie se anime a usar escarapelas azules y blancas, ni a poner en sus balcones banderas de ese color.

La agitación continúa de tal manera, que un año más tarde, 1910, amenaza hasta a las celebraciones del centenario patrio.

---

[5] J. Belza, O. c. pág. 123.

[6] Revista Eclesiástica del Arzobispado Buenos Aires — año 1906; pág. 370.

Los anarquistas piensan sabotear los festejos del centenario de la Revolución de Mayo con una huelga general, sabotajes varios, atentados, paros y huelgas parciales.

En un gran mitin realizado el 8 de mayo de 1910 millares de anarquistas se congregan en la plaza Colón y diez oradores ácratas proclaman su fe en la bandera roja.

Un anarquista pone en el Teatro Colón una bomba que hiere a muchos espectadores.

El padre de Andrea, al que ya se le da el tratamiento de Monseñor, comprende que si los obreros están contaminados por el anarquismo y si parte de la juventud y de los hombres maduros se dejan arrastrar por las doctrinas disolventes, hay en la sociedad argentina un elemento que se mantiene intacto y fiel a las tradiciones patrias: la mujer.

En 1908 había fundado la Federación de las Congregaciones de Hijas de María y en mayo de 1910 las convoca para un gran desfile patriótico. Se resuelve que todas desfilen con escarapelas argentinas. Se concentran en el templo de la Merced y de allí marchan en compacta manifestación por las calles Reconquista y Defensa hasta llegar al mausoleo de Manuel Belgrano.

Las vibrantes notas del Himno Nacional arrastran a gran cantidad de hombres.

> "Las mujeres argentinas —dice monseñor de Andrea, en el atrio de la Merced— han sabido elevarse a la altura de la hora como siempre lo supieron hacer en todas las épocas de su bella historia. El patriotismo convierte a las mujeres en heroínas así como la religión las convierte en santas".[7]

Algunos días después los cristianos-sociales organizan una gran concentración masculina en la Plaza Congreso. Prepondera el elemento joven. La manifestación se desplaza hasta la Plaza de Mayo y luego hasta la Plaza San Martín. Cincuenta mil manos varoniles levantan en alto otros tantos banderines con los colores patrios. Encabeza la manifestación monseñor Miguel de Andrea. Cuando se llega al monumento al general San Martín se le obliga a subir sus gradas para hablar a la muchedumbre frenética de entusiasmo.

Desde el monumento al Libertador el Prelado electriza con su oratoria, y remata la arenga en diálogo vibrante:

---

[7] Ambrosio Romero Carranza "Itinerario de Monseñor de Andrea" Buenos Aires 1957; págs. 69-70.

—¿Juráis no permitir que la bandera roja flamee triunfante en nuestras calles?— pregunta a los manifestantes.

—¡Lo juramos!, gritan todos.

—Pues bien, —exclama monseñor de Andrea—, ¡que la única bandera roja que se enarbole en Buenos Aires como soberana, sea la celeste y blanca enrojecida por nuestra sangre en la defensa de la verdad y auténtica libertad!—

—¡Así sea! — responde la multitud.[8]

Los anarquistas acusan el golpe. Sienten el repudio del pueblo argentino y muy gradualmente van perdiendo fuerza y empuje.

Pese a que los ambientes obreros siguen alterados se consigue una tregua tácita que permite celebrar con mucho lucimiento el centenario de la Revolución de Mayo de 1810.

* * *

En 1912 el padre Grote renuncia al cargo de director espiritual de los Círculos de Obreros; es nombrado en su reemplazo monseñor Miguel de Andrea.

En 1913 por primera vez ingresa al Senado un legislador socialista, argentino naturalizado, el doctor Enrique Del Valle Iberlucea.

Comienza a participar asiduamente en los Círculos de Obreros, el obrero tipográfico Carlos Conci que, al año siguiente a instancias del Nuncio Apostólico y de monseñor de Andrea, ocupa puestos directivos en las asociaciones católicas. Como presidente de la Comisión de Acción Social y Propaganda impulsa el mutualismo y la agremiación, dos de sus grandes preocupaciones.

En 1917 echa las bases de la Confederación Profesional Argentina, dependiente de los Círculos de Obreros compuesta por gremios de electricistas, caldereros, pintores, albañiles, empleados, obreros del puerto, telegrafistas y otros. Poseía una agencia gratuita de colocaciones. El solo frigorífico "La Negra" ya había empleado más de 500 de sus candidatos.

Los petitorios de los Círculos de Obreros al Parlamento en demanda de leyes sociales se ven favorecidos por la acción de los diputados católicos Arturo M. Bas y Juan F. Cafferata.

Elegidos legisladores en los comicios de 1912 aunque pertenecen a distintos partidos políticos, radical uno, demócrata el otro se proponen ambos llevar adelante la legislación social en favor de la clase obrera en conformidad con la encíclica "Rerum Novarum".

---

[8] A. R. Carranza, O. c. pág. 70.

El 12 de octubre de 1913, al regresar de la peregrinación a Luján, los Círculos de Obreros realizan una manifestación hasta el Congreso Nacional para apoyar la labor social de los diputados Bas y Cafferata y solicitar la sanción de varias leyes sociales. La policía calcula en 25.000 el número de los manifestantes.

En la Plaza del Congreso habla O'Farrell, Goyena y el estibador del puerto Liborio Vaudagnotto. Cierra la serie de discursos Carlos Conci. Una delegación entrega al Parlamento el petitorio en el que se solicita la sanción de nueve leyes sociales.

* * *

En 1914 estalla la guerra mundial. En semanas siete países se lanzan a la mayor carnicería humana conocida hasta entonces.

La guerra europea repercute de inmediato en nuestra economía. Al suspenderse el arribo de productos manufacturados y combustible, se originan trastornos económicos de todo tipo. La Argentina se ve obligada a resolver por sí misma gran parte de sus necesidades. El tema de la guerra está en todas las bocas.

* * *

Por iniciativa del padre Dionisio R. Napal en febrero de 1916 se organizan las Conferencias Populares. Hay que conquistar la clase obrera y ganar la calle monopolizada por anarquistas y socialistas que levantan tribunas en todas las esquinas y desde ellas adoctrinan a las masas.

Informado el Arzobispo de Buenos Aires, monseñor Espinosa de la idea considera que se exponen a un gran peligro.

Pero Napal recuerda que el padre Joaquín Tula, el 20 de marzo de 1908 había interrumpido en público mitin a Del Valle Iberlucea (cfr.Rev.E 1908) y lo había dejado mal parado, con gran alegría de los tucumanos: y que en 1911 Belisario Roldán, liberal y divorcista, había iniciado una campaña personal de conferencias antisocialistas.[9]

Con esos antecedentes se lanzan a realizar la idea. La primera conferencia se realiza en la plaza Alsina de Avellaneda el 19 de marzo de 1916. Hablan Liborio Vaudagnotto, Carlos Conci y cierra el acto el padre Dionisio R. Napal.

"El Diario" del 20 de marzo publica una crónica del acto que concluye así:

> "Más de mil hombres escucharon y aclamaron a los oradores, llamando poderosamente la atención la inauguración de conferencias sociales por sacerdotes argentinos en la plaza pública"

---

[9] Juan E. Belza, O.c. pág. 206.

La Revista del Arzobispado de Buenos Aires expresó:

> "Llevóse a cabo una conferencia social cristiana en la plaza de Avellaneda, con excelente resultado... [10]

El 19 de abril, los Círculos de Obreros, congregan a unos dos mil quinientos hombres en la Plaza Italia.

Casi simultáneamente, Vaudagnotto, Sorondo y Napal hablan en Monserrat. Al final unos quinientos hombres en desfile clamoroso los acompañan por las calles.

No siempre el clima en que se desarrollan las conferencias es tranquilo; algunas veces sonaron tiros, hubo pedreas, corridas y reyertas.

Las Conferencias Populares se van propagando por toda la República. Levantan sus tribunas en los lugares y esquinas más estratégicos como ser Congreso, Palermo, Boedo, Once, Villa Urquiza, Floresta, Liniers, Avellaneda, Bánfield, Temperley, Flores. En la esquina de Triunvirato y Gurruchaga, centro del bastión socialista alcanzan también notable éxito.

Llama la atención la presencia del sacerdote en la calle cuando se cree que su único ámbito de acción es la iglesia y que exponga, no temas religiosos sino sociales, como ser jubilación de tranviarios, telefónicos, de empleados de gas y luz eléctrica; el catolicismo y el desarrollo del país; la acción social y el socialismo; la jubilación de los ferroviarios, la enseñanza pública y otros por el estilo.

Se llega un domingo a realizar hasta quince conferencias simultáneamente.

Las Conferencias Populares se hallan en la órbita de los Círculos de Obreros.

El VI Congreso de los Círculos celebrado en mayo de 1916 aconseja crear la Comisión de Acción Popular que continuará con la campaña callejera de conferencias para la difusión de los principios social cristianos.

* * *

Los festejos del 9 de julio de 1916, centenario de la Declaración de la Independencia Nacional hubieran podido finalizar trágicamente.

A las 15.30, concluído el desfile, un hombre joven gatilla un revólver con el que apunta al balcón presidencial. Falla el primer disparo, el segundo rebota a pocos centímetros de la cabeza del presidente de la República, doctor Victorino de la Plaza. A la primera reacción de pánico sucede la

---

[10] Rev.Ecl.del Arz.de Bs.As. Año 1916, pág. 487.

represión; Juan Mandrini, de 25 años, es apresado por la policía, la que evita que el sujeto sea linchado por los presentes. Grita: "Viva la anarquía", mientras lo llevan a la cárcel. El presidente, que no llega a enterarse del atentado sino minutos después, ordena la libertad de Mandrini.

"Es necesario perdonarlo", responde a quienes le aconsejan ser severos con el terrorista.

* * *

En adhesión al centenario de la Independencia del 19 al 23 de julio se realiza el Congreso Eucarístico Nacional.

La apertura del Congreso tiene lugar en la Catedral el 19 a las 16 horas. Siguen las reuniones privadas y públicas de las distintas comisiones y se clausura el domingo 23 con la solemne procesión eucarística que desde la Plaza de Mayo va hasta la Plaza Congreso. Esa mañana en solo la Catedral comulgan 4.000 hombres. La manifestación de fe abarca diecinueve cuadras. No se tiene memoria análoga por el extraordinario número de fieles reunidos. Buenos Aires manifiesta su credo religioso que algunos habrán creído amortiguado por el materialismo.

El 12 de octubre de 1916 jura como presidente de la República, Hipólito Yrigoyen, primer mandatario elegido según la ley de sufragio universal, secreto y obligatorio sancionada pocos años antes.

* * *

El tema de la guerra está en el ambiente.

El fusilamiento por los alemanes del cónsul argentino en Dinant determina un creciente odio contra la causa alemana de la que se hacen eco los periódicos.

Los sumergibles alemanes hunden en abril de 1917 al barco Monte Protegido, de bandea nacional y al estupor sigue la protesta. La reclamación del Gobierno es inmediata y fuerte; la presión popular tan seria que la policía apenas puede proteger el edificio de la embajada alemana.

Son hundidos otros dos buques argentinos: el velero Oriana y el vapor Toro. Las calles de Buenos Aires hierven y el Club Alemán es incendiado.

Yrigoyen mantiene la neutralidad luego de la satisfacción que le llega de Alemania.

"Hay que acabar con la barbarie alemana"— es el grito de la prensa, del Parlamento, de la calle.

El estudiantado, el pueblo todo exige el rompimiento de relaciones. La temperatura social vuelve a elevarse y se producen mítines que concluyen

con el incendio de cervecerías porteñas. Se emplaza al embajador alemán a retirarse del país en un plazo perentorio. Son muchos los que aprueban la posición de Yrigoyen. Dicen que el presidente ha hecho lo suyo al entregar el pasaporte al embajador alemán y exigir reparaciones que fueron satisfechas.

El país es sacudido por 80 huelgas. El malestar de los inquilinatos se atenúa al entrar a regir una ley de alquileres que estabiliza los precios.

* * *

Los ojos del mundo están puestos en el mapa de Rusia, donde se producen hechos únicos.

La revolución de octubre de 1917 nada tiene de moderada. Su líder es Lenín. Los revolucionarios asumen el poder total y se suceden medidas de fondo que cambian la historia de Rusia y se proyectan sobre el resto del globo como una advertencia. La secuela de esta revolución se advierte en muchos países a través de una mayor efervescencia obrera. La guerra, por un lado y Lenín por el otro son los temas de este año.

En 1918 se suceden las huelgas —de ferrocarriles, de correo, etc.— y nómbranse distintas entidades de lucha, tanto obrera como patronales.

La revolución rusa agita los ánimos y muchos dirigentes alientan a la masa, invitándola a seguir los pasos de Moscú. Nadie escapa al fervor que transmiten los cables, al anunciar ecos similares en casi todas las principales ciudades del mundo.

* * *

En los primeros días de 1919 ocurre lo que ha pasado a la historia con el nombre de semana trágica ó semana negra.

Los extremistas intentan reeditar en Buenos Aires la semana trágica de Barcelona con el incendio de conventos e iglesias y, a ser posible, transformar a Buenos Aires en una segunda Moscú.

Durante cuarenta y ocho horas parece que logran su intento. Buenos Aires presenta el aspecto de una ciudad ocupada, sus calles están desiertas, prohibida la circulación de vehículos, frecuentes tiroteos, cadáveres en los diversos barrios, en las esquinas montones de basura a medio quemar.

El presidente Yrigoyen comisiona al general Luis Dellepiane para sofocar la rebelión. Este ordena la represión. Ataca a las barricadas, detiene a los anarquistas que se rinden y después de quince días de zozobra retorna la calma a la ciudad.

* * *

La federación de todas las sociedades católicas la tratan los obispos

argentinos en su conferencia trienal de 1902. Los obispos que viajan a Roma en los años 1904 y 1905 reciben del Padre Santo la consigna de realizar la federación según el modelo italiano que vincula a todas las sociedades pero no a los individuos.

El Segundo Congreso Católico de 1907 reconoce la urgencia de la organización metódica de las fuerzas católicas. En el Tercer Congreso Católico realizado en Córdoba en 1908, para realizar la unión de los católicos, el Dr. Emilio Lamarca había fundado la Liga Social Argentina, según el modelo alemán.

El nuncio apostólico monseñor Aquiles Locatelli antes de partir para Roma, en junio de 1916, y el nuevo nuncio Alberto Vasallo di Torregrossa insisten ante el Arzobispo que se funde la Unión Popular sobre el modelo italiano.

Monseñor Espinosa encarga a monseñor de Andrea que forme una comisión que elabore el anteproyecto.

En 1919 monseñor de Andrea cree que ha llegado el momento de cumplir con el encargo del Arzobispo; reúne a varios sacerdotes y a una docena de laicos calificados para estudiar el asunto.

Monseñor Piceda con un esquema impreso a la vista explica a los presentes la estructura de la Unión Popular Católica Italiana, reformada por Benedicto XV.

Para adaptar a nuestro ambiente el modelo italiano se nombra una subcomisión.

Redactado el anteproyecto es sometido a estudio, se realizan consultas y se hacen las modificaciones oportunas. Así sucesivamente se llega a un quinto anteproyecto, que es el definitivo, y que el 17 de febrero de 1919, monseñor de Andrea lo presenta al Arzobispo.

Los Obispos reunidos en Asamblea del 23 al 28 de abril lo discuten artículo por artículo. Por la Pastoral Colectiva del 28 de abril de 1919 los Obispos declaran fundada la Unión Popular Católica Argentina con sus tres Ligas: Liga Argentina de Damas Católicas; Liga Argentina de la Juventud Católica y Liga Económica Social.

Al centralizar la U.P.C.A. todas las actividades católicas se disuelve la Liga Social Argentina. El Secretariado Económico Social decreta la disolución de la Confederación Profesional que contaba en su seno con varios gremios.

Para allegar fondos destinados a vitalizar la gran campaña anunciada por los Obispos, la U.P.C.A. organiza la Gran Colecta Nacional y fija la fecha de su realización.

Del 10 al 20 de setiembre se va preparando el ambiente, conferencias, publicaciones, carteles, noticias periodísticas, etc.

Del 20 al 30 de setiembre se realiza la cuestación intensiva.

A pesar de que cada veinticuatro horas se publican los resultados parciales y que la rendición de cuentas es pública y que todo se realiza con meridiana claridad, no faltan detractores, murmuradores y calumniadores que enlodan a monseñor de Andrea como que se hubiera enriquecido a costa de la colecta.

No faltan quienes sin discutirlo ni analizarlo creen en las calumnias y exclamaban acongojados —¡Pobre Monseñor...! ¡Quien iba a pensarlo!... ¿Cómo pudo caer tan bajo?... [11]

El diario "Ultima Hora" tiene el triste privilegio de haberse convertido en el sumidero de todos los chismes y calumnias dispersos. Dedica una sección "Pozo Negro" a enlodar a de Andrea.

* * *

Monseñor de Andrea cuenta con numerosos admiradores y colaboradores, pero también hay muchos otros que no están de acuerdo con él por su manera de proceder; lo consideran muy personalista, muy relacionado con las clases altas de la sociedad y con un enfoque equivocado de organización social-cristiana.

El 19 de diciembre de 1919 llega de Roma la noticia de que monseñor de Andrea va a ser preconizado obispo de Temmos.

Muchos creen que la consagración episcopal de monseñor de Andrea —acaecida el 13 de junio de 1920— disiparía las dificultades que impedían la organización de la U.P.C.A.; pero, lamentablemente, fue al revés. Brota como por ensalmo una rabiosa campaña oral y escrita contra él y contra todas las obras que prohija.

A tales ataques corresponden la defensa y el contraataque de los amigos de Monseñor, y la lucha se encarniza pavorosamente.

Estando así las cosas, el 9 de noviembre de 1920 monseñor de Andrea cree necesario presentar a monseñor Espinosa su renuncia al cargo de asesor de la U.P.C.A.

El Episcopado en pleno pide que la retire y que continúe en su cargo pues las dificultades no continuarán.

* * *

En 1923 fallece santamente el arzobispo de Buenos Aires, monseñor

[11] Juan E. Belza O.c. pág. 239-240.

Mariano Antonio Espinosa. Desde entonces hasta fines de 1926 el ambiente católico, los sectores políticos y la opinión pública en general se hallan agitados. La provisión del arzobispado de Buenos Aires es causa del mayor y más doloroso conflicto ocurrido en la Iglesia en la Argentina hasta ese entonces.

El clero, los católicos y la opinión pública están divididos: deandreístas, antideandreístas y los que están en una tercera posición.

La campaña periodística es terrible. Publicaciones anónimas enlodan la reputación de personas e instituciones. Los comentarios encontrados están en todas las esferas de la sociedad y trascienden a todos los ambientes.

Finalmente la designación del 9 de octubre de 1926 de fray José Maria Bottaro como arzobispo de Buenos Aires pone fin a la crisis, pero sus consecuencias perdurarán varios años.

* * *

Sucesos gratos e ingratos jalonan el año 1929. Lo grato lo constituye la noticia de que se ha solucionado la "cuestión romana" con la firma de los Tratados de Letrán y la creación de la Ciudad del Vaticano como Estado independiente.

Lo ingrato es que la economía internacional entra en crisis, resentida luego de una década de posguerra vivida con cierta facilidad. La Argentina no puede esquivarla y la crisis se hace sentir fuertemente. Aparecen las "ollas populares" para paliar las necesidades más apremiantes de las clases desposeídas. La crisis se prolonga por algunos años.

El 2 de octubre de 1931 Pío XI publica la encíclica "Nova Impendet" en la que expresa:

> "Una nueva calamidad amenaza y azota ya a la grey a Nos confiada, afligiendo con mayor dureza a la parte más débil y a la que Nos distinguimos con particular amor, es decir, a la infancia, a los proletarios, a los trabajadores y a todos aquellos que no andan sobrados de recursos familiares. Nos referimos a las gravísimas angustias y a la crisis económica que afecta a los pueblos..."

Invita a los cristianos a una campaña de amor y ayuda. Poco después, el 3 de mayo de 1932, Pío XI publica otra encíclica la "Caritate Christi Compulsi" sobre el mismo tema de la crisis pero considerándola desde su aspecto moral. La encíclica trata sobre las preces y expiaciones que deben ofrecerse al Sacratísimo Corazón de Jesús en las presentes aflicciones del género humano.

* * *

En Buenos Aires, en 1930, se entuba el arroyo Maldonado y a la avenida que surge sobre él se le pone el nombre de Juan B. Justo. La mayoría socialista del Concejo Deliberante en aras de su sectarismo imponen a todos los vecinos la obligación de poner baldosas rojas en las veredas de sus casas, de ahí que se la apoda "la avenida roja".

Todavía hoy día pueden verse retazos de aceras con las baldosas rojas de aquella sectaria ordenanza.

Más graves que las aceras rojas es la pretensión de expulsar a todas las religiosas que prestan servicios en los hospitales municipales. Los socialistas viven momentos de euforia. Pero la acción de los concejales católicos secundados por los elementos social cristianos impiden que se concrete esa medida.

Muere en 1932 el arzobispo de Buenos Aires, monseñor fray José María Bottaro. Le sucede en el cargo monseñor Santiago Luis Copello.

En Buenos Aires el 1° de mayo de 1933 se duerme en la paz del Señor confortado con los auxilios religiosos y la bendición papal, Juan Bautista Podestá.

* * *

De aquel entonces a hoy mucha agua ha corrido bajo los puentes. La situación se ha revertido. Múltiples factores, que no es el caso examinar aquí, han contribuido a ello. Con todo, es opinión general que el acontecimiento que señala el cambio del rostro espiritual de la República lo constituye la larga preparación y realización del XXXII Congreso Eucarístico Internacional en octubre de 1934.

El recio liberalismo ha evolucionado notablemente hasta el punto que el capitalismo, bajo ciertas condiciones, es admitido por el Sumo Pontífice (Cfr.C.A.N°42).

Las fuerzas de izquierda están en franca decadencia, máxime después del estrepitoso desastre del bolcheviquismo en los países en que imperaba y del derrumbe del imperio soviético.

La doctrina social de la Iglesia, consignada en diez solemnes documentos pontificios, se ha difundido extraordinariamente y sus principios son adoptados por no pocos gobiernos y partidos políticos.

Ha surgido el Derecho Laboral. La legislación obrera se ha enriquecido notablemente aplicando muchas veces las directivas de las encíclicas sociales pontificias.

El ambiente antirreligioso ha sido sustituído por la religiosidad popular

que es una realidad sensible. Ha desaparecido el furibundo anticlericalismo que tuvo algún rebrote esporádico en 1954 y 1955. La Iglesia es respetada, apreciada y escuchada. De su escuálida jerarquía de los años 20, de sólo un arzobispado y nueve obispados en toda la República ha pasado a tener más de sesenta sedes entre arzobispales y episcopales, cuatro cardenales argentinos y un centenar de obispos. Su opción preferencial por los pobres hace que no pocas veces los obreros acudan a ella a solicitar su consejo, su mediación y su ayuda en los inevitables conflictos laborales.

Pero Juan B. Podestá no conoció este nuevo ambiente, sólo lo entrevió aunque por él se desvivía. A él le tocó nacer y actuar en aquella situación social dominada por la prédica izquierdista, sumamente antirreligiosa y crudamente anticlerical.

Esa circunstancia concurre a estimularlo a ser un cristiano comprometido por el Reino de Cristo y un apóstol de la palabra y de la pluma.

Juan B. Podestá actuará en los centros de Exalumnos de Don Bosco, en los Círculos de Obreros, en las Conferencias Populares, en la Comisión de Acción Popular, en los Círculos de Estudios, en los momentos dramáticos de la Semana Trágica, en los Centros de Estudiantes Universitarios, en la Liga Argentina de la Juventud Católica, en las Conferencias Vicentinas, e indirectamente se verá envuelto en el conflicto del arzobispado de Buenos Aires. La tribuna, el testimonio y el periodismo mostrarán elocuentemente sus convicciones.

CAPITULO SEGUNDO

GRANDES PRINCIPIOS

Los progresos edilicios sorprenden a los viajeros y hacen que Buenos Aires se perfile como una gran ciudad moderna. El 9 de Julio de 1894 se inaugura oficialmente la, hasta entonces, tan discutida Avenida de Mayo.

Muere ese año el gran tribuno católico José Manuel Estrada. Felizmente nace un digno sucesor.

El 18 de julio de 1894, en el barrio de Almagro, el hogar de los esposos Luis Podestá y Leoncina Touzel se ve alegrado con el nacimiento del primer vástago al que ponen los nombres de Juan Bautista.

Es bautizado en la iglesia de San Carlos, su parroquia, por el padre Valentín Cassini, que había bendecido el matrimonio de sus padres y que había formado parte de la primera expedición de misioneros que Don Bosco enviara a la Argentina.

Precisamente ese año aparece el primer número del periódico socialista "La Vanguardia" que tendrá en Juan Bautista un valiente contenedor.

Estremecido el país por desastres financieros y revoluciones, la prosperidad no llega a las clases trabajadoras; se suceden las huelgas y las luchas en defensa de los salarios.

* * *

Con un ambiente así convulsionado, Juan Bautista comienza sus estudios primarios en el Colegio "Ntra. Sra. del Rosario" situado en la esquina de las calles Yapeyú y San Carlos (hoy Don Bosco) dirigido por las hermanas dominicas. Allí cursa hasta el tercer grado inclusive. Ese colegio no existe más, al menos en ese lugar. Para que pudiera explayarse la Obra de Don Bosco, las religiosas dominicas se trasladaron años más tarde al barrio de Belgrano.

Aunque la edad de la educación propiamente dicha es la adolescencia, la escuela primaria adquiere capital importancia en la formación humana. Pone el fundamento o las bases de todo el edificio educativo. Recibe al niño en la edad denominada psicológicamente tercera infancia: edad receptiva,

de estabilidad, del desarrollo prodigioso de la memoria, apta para la adquisición de destrezas y habilidades. Las impresiones recibidas en esta edad difícilmente se borran.

Muy acertadamente ha dicho un venerado arzobispo argentino; "Quien escribe primero en el alma de los niños, escribe para siempre".

Quienes escribieron primero en el alma de Juan Bautista fueron: su familia (profundamente cristiana), las religiosas dominicas y los salesianos que lo prepararon a la primera comunión y lo acompañarán durante su vida. Y en verdad que escribieron para siempre.

La Familia

En el seno de su familia recibió las primeras nociones y ejemplos del saber y la virtud.

Contrariamente a lo que sucede con los adolescentes, que por lo regular se alejan de la intimidad familiar y buscan la compañía de otros grupos de jóvenes, Juan Bautista encuentra su placer en estar con su familia. Se ha propuesto hacer felices a sus padres y a sus otros seres queridos.

Por otra parte, Juan Bautista fue el premio de un hogar cristiano. Si sus padres hubiesen pedido un hijo dotado con las mejores cualidades, con el más tierno afecto, no habrían imaginado nada más noble y virtuoso que Juan.

Si bien es cierto que ni la virtud ni el talento se heredan, lo es también que el ambiente en que se desarrolla el niño, forma el clima apto para vigorizar o herir de parálisis las naturales dotes con que el cariño de los padres previene el florecimiento de los hijos.

De su madre había heredado la sutileza y perspicacia de un ingenio poco común; de su padre el fino tacto comercial, un instinto seguro y práctico en el despacho de los asuntos y en la manera de contemplar los problemas económicos.

En el seno de su hogar forjó su temple varonil. Allí adquirió la firmeza que demostró en los embates de la vida.

Cuando más tarde en 1922 perdió al autor de sus días, concentró todo su amor en su madre, mujer de honda fibra cristiana y de superior presencia de ánimo.

Uno de los amigos más íntimos expone con toda sencillez el empeño de Juan Bautista en ser la alegría constante de la familia; en su industria por ocultar sus propias penas y muchos sinsabores; tanto que para evitar el más leve disgusto realizó actos de verdadero heroísmo.

Ni descuidaba el detalle más insignificante; un día tornaba con un regalo de sabrosas frutas o de un cuadro que sabía constituir un codiciado obsequio; otra vez traía alguno de esos utensilios de cocina o una maceta de flores, objetos que siempre se reciben con placer.

Y antes de partir y al llegar a su casa, siempre aquel beso filial en la blanca frente de la madre.

Arrancarse de las dulces satisfacciones del hogar fue para Juan Bautista el mayor de los sacrificios. En las tardes calurosas o frías sin más satisfacción que la defensa de Dios y de los postulados cristianos, dejando la abundante paz de su casa, se dirigía a los densos barrios lejanos de Barracas, Avellaneda, Lanús... en días en que se corrían serios peligros por sembrar la verdad y combatir el error.

Su padre adivinaba los riesgos de su hijo y callaba. La madre temblando por la vida de Juan, realizaba el holocausto sublime que sólo las madres cristianas saben ofrecer.

Al afecto del hijo correspondió el cariño de la familia que lo acompañó hasta que exhaló el último suspiro.

Las Hermanas Dominicas

Aquellas primeras enseñanzas que recibiera en su niñez de las hermanas dominicas, no sólo nunca se han borrado de su alma sino que, al contrario, se han ahondado y robustecido cada vez más.

Guarda de ese colegio los más gratos recuerdos y lo dirá claramente, más tarde, al ser invitado a usar de la palabra en una celebración jubilar.

Dirá entonces:

> "No me trae a este lugar el propósito de pronunciar un discurso. Aún cuando... muchas veces he empleado mi modesta palabra, desde numerosas tribunas para defender y propiciar las doctrinas que encarnan el orden social cristiano fundado en el Evangelio.
>
> Un deber de gratitud, deber sagrado, es el que me hace aceptar con júbilo el honor que me dispensa la superioridad de este instituto, al permitirme levantar mi voz de exalumno en esta feliz conmemoración jubilar del colegio "Ntra. Sra. del Rosario"...

Con esa voz baritonal y robusta hace esta paladina confesión:

> "Porque al expresar mi adhesión a esta fiesta de hoy no debo hacer reservas de escepticismo, ni poner límites de convicción. Por gracia de lo Alto, la fe religiosa que es modelo de educación católica que se imparte en esta casa vive en mi alma sin sombras.

En la vida militante, aquellas primeras impresiones recibidas en el colegio de las hermanas dominicas se han ahondado más. Y aquella infancia lejana, que para mí está impregnada de poesía, no es una ilusión inalcanzable, una sombra fugaz que se desvanece al soplo de la realidad".

Los que admiran la gran sencillez y suprema modestia de Podestá van a ver la entraña de la fe que sustentaba estas prendas, las de mayor relieve de su carácter, en estas palabras:

"Es que, la palabra del Divino Redentor ha consagrado la supervivencia necesaria de la infancia espiritual: Si no os hiciereis como estos pequeñuelos, no entraréis en el Reino Celestial. Por la fe en la paternidad de Dios nos conservamos, pues, pequeños, y no desdeñamos las sencillas pero profundas verdades que iluminaron nuestra razón en nuestros primeros años".

Y del colegio de su infancia dará testimonio cuando cursaba el comercial.

Habían transcurrido muchos años, dice Juan Bautista, de mi paso por el colegio de Almagro, cuando cursaba las clases en la Escuela Superior de Comercio de la Nación hoy incorporada a la Universidad. Nuestro profesor de literatura castellana nos dio un día como tarea para presentar a la clase siguiente, una composición de tema libre.

Recuerdo hoy con una satisfacción íntima —y me perdonaréis si os lo manifiesto— que un sentimiento interior de gratitud me sugirió el tema; el tema fue el colegio de mi infancia, el colegio de las Hermanas Dominicas. En un par de páginas manuscritas, hice el elogio de mis maestras; describí, como mejor supe, el encanto del patio alegre de Almagro y de la pequeña capilla en cuyo altar algunas veces serví de monaguillo; la poesía del hábito blanco de Santo Domingo de Guzmán, que allí aprendí a amar desde niño. Podéis suponer que el tema no fue de los más vulgares en el ambiente poco propicio en que hube de desarrollarlo, y por eso mismo, mi complacencia fue mayor, pues lejos ya del Colegio, desvinculado materialmente de él, le había tributado ante extraños un testimonio sincero de gratitud".

Los Salesianos

Con los salesianos entra en relación directa cuando se dispone a recibir la primera comunión.

Termina Juan Bautista tercer grado y su madre quiere que la preparación para ese importante acto esté a cargo de un clérigo.

Era apóstol de los oratorios festivos salesianos el P. Juan B. Gherra que reunía millares de niños en el oratorio "San Francisco de Sales". Era un sacerdote de amplia e iluminada sonrisa que cautivaba a cuántos lo trataban. A él se dirigió la madre de Juan Bautista encomendándole la preparación a la primera comunión de sus hijos Juan Bautista y Pedro. El P. Gherra aceptó el pedido y solicitó al P. Lorenzo Massa —en aquel entonces clérigo— que se encargara de la preparación. Escribe éste: "Recuerdo aquella tarde de noviembre de 1904 en que el P. Gherra me llamó y me dijo. —"Te entrego estos dos buenos niños (por Juan y Pedro su hermano) para que los prepares a la primera comunión que harán, Dios mediante, el día de la Inmaculada. Es cierto que van a las dominicas, pero la mamá quiere que sea un clérigo quien los disponga para un acto tan decisivo en la vida de un niño, que lo arma soldado y lo vincula a los del mismo credo". Comenzó a frecuentar diariamente el oratorio observando todo, Juan Bautista.

* * *

El oratorio es una antigua institución de la Iglesia que funcionaba en algunas parroquias de Lombardía donde la enseñanza del catecismo era alentada con juegos y entretenimientos.

Don Bosco la adaptó para sus muchachos pobres. Todo oratorio supone un gran patio o terreno para las diversiones y una capilla para la oración, la vida litúrgica y sacramental. No es una obra parroquial sino abierta a todos. Su finalidad es evangelizar, el estímulo para los niños y jóvenes es la recreación. Dicen las Constituciones Salesianas que el oratorio debe ser "Casa que acoge, parroquia que evangeliza, escuela que encamina hacia la vida, y patio donde se comparte la amistad y la alegría".

El oratorio "San Francisco de Sales" en su ubicación actual se fundó en 1892 y fue el primero que los salesianos tuvieron en la Argentina y en América.

Frecuentaban el oratorio 600 y hasta mil muchachos que venían desde muchas cuadras a la redonda. Actualmente cada colegio salesiano tiene anexo un oratorio festivo o diario. Pero la comunidad oratoriana no está formada por los alumnos que concurren al colegio salesiano, sino por los de las escuelas estatales, por jóvenes, y obreros sea cual fuere la parroquia a que pertenecieren. Por supuesto que la entrada y estadía en el oratorio es totalmente gratuita.

Al aliciente de los juegos y diversiones tiene no menor peso el bondadoso trato de los salesianos que conviven confraternalmente con los jóvenes

y crean un ambiente agradablemente familiar. Los oratorios se proponen formar buenos cristianos y honrados ciudadanos.

* * *

Ante la mirada de Juan Bautista escudriñadora por temperamento y reflexiva por natural inteligencia, desfilaban, como él mismo nos lo ha dicho, la piedad amable y risueña, los ejemplos sencillos y continuos, las encantadoras figuras de un Domingo Savio, de un Miguel Magone y de un Francisco Bessucco tres alumnos de Don Bosco y de quienes Don Bosco escribió las vidas.

Don Bosco había enseñado a llegar a cimas altas de perfección, y al cielo, poco menos que jugando. Domingo Savio, hoy santo, solía decir: "Nosotros hacemos consistir la santidad en estar siempre alegres".

Absorbía Juan Bautista todas estas enseñanzas y las hacía suyas. Veía en esos jóvenes modelos dignos de imitarse.

* * *

Juan Bautista conoció en el oratorio el campo obrero que sería el campo de sus futuros trabajos.

Almagro no era entonces el barrio pulido de hoy, ni el oratorio de "San Francisco de Sales" exhibía la hermosa construcción conque hoy cuenta.

El elemento dominguero era humilde, tiznado con el hollín de la semana, y no se cocía al primer hervor.

La catequesis que Juan Bautista y su hermano recibían, era de complemento, pues en el hogar y en el colegio habían aprendido todo el catecismo.

Por más que Juan Bautista y su hermano tuvieran una catequesis aparte, al retirarse del Oratorio después de entretenerse un rato, les era dado ver, recuerda el padre Massa, a un grupo de más de sesenta muchachos de doce a dieciséis años, que al salir de la fábrica de vidrios de Papini, casi frente a la actual Basílica de María Auxiliadora y San Carlos, se dirigían en tropel al Oratorio, donde el mencionado sacerdote —entonces todavía clérigo— los preparaba a la primera comunión, con gran satisfacción de su espíritu y con gran dosis de paciencia.

Llegó el 8 de diciembre, en aquel entonces día clásico de las primeras comuniones.

Las calles se ven frecuentadas por niñas vestidas de blanco y por niños con su moño blanco en el brazo que se dirigen a las iglesias.

Juan Bautista se mantiene sereno y calmo, actitud que conservó en todas sus comuniones.

Los niños preparados en el Oratorio son llevados a la parroquia, distante una cuadra, y comulgan en la cripta pues el templo superior está en construcción.

Con Juan Bautista comulgan los obreritos de la fábrica de vidrio ¡Gran democracia la de la mesa de Cristo! podrá afirmar Juan Bautista en las jornadas eucarísticas de las que será alma y vida.

Al regresar y pasar frente a la fábrica de vidrios, viendo la vieja armadura de hierro revestida de calamina que se escomía, con hondo pesar y gesto prematuramente enérgico, exclamó uno de los jovencitos:

—¡Mañana de nuevo allí dentro, con caras de negros y a soplar!...

* * *

La figura que había impactado a Juan Bautista era la del P. Gherra. Como es habitual el P. Gherra tuvo que dejar el oratorio "San Francisco de Sales" e ir a otras partes a donde la obediencia lo enviaba. Falleció en Pindapoy (Misiones) el 23 de enero de 1931. Pero del alma de Juan Bautista nunca se borró su imagen.

Cuando en los pórticos del oratorio "San Francisco de Sales" se descubrió la placa en homenaje al P. Juan B. Gherra, Juan Bautista evocará sus años de niño y adolescente — Dirá:

> "En los años en que ese amadísimo Padre dirigía el oratorio, o por mejor decir, cuando lo llenaba con la abundancia de su corazón bondadoso y paternal, yo era uno de los que concurrían como simple oratoriano a este antiguo solaz de la niñez de Almagro. Y desde esa época ya lejana, la figura del Padre Gherra quedó para siempre grabada no sólo en mi retina, sino sobre todo en mi corazón..."

El elogio de este sacerdote está trazado por la pluma del mismo Juan Bautista. Nos describirá al Padre Gherra, pero también nos explicará el porqué de su sonrisa, que será también la sonrisa de Podestá.

> "El Padre Gherra ha sido una verdadera institución... Como sacerdote, como religioso, como hijo de Don Bosco, había logrado en forma extraordinaria hacerse niño entre los niños; de trato cordial y afectuoso, y no lo dudamos a trueque de grandes sacrificios, que entonces no podíamos conocer, pero que ahora se hacen manifiestos a nuestros entendimientos... El mérito del Padre Gherra es el haber realizado maravillosamente un programa de apostolado por amor, con una naturalidad encantadora y con una eficacia poco común. Pero notad que esa naturalidad, no es en realidad otra cosa que el fruto bendito de una voluntad

fuerte puesta al servicio de un ideal santo. La bondad natural de carácter no es bastante para explicar una vida de sacrificio sobrellevada con alegría en medio de los niños. El Padre Gherra, era uno de esos hombres fuertes, de contextura moral recia, que por amor, por el mismo amor de Jesús por los jóvenes, hacia los niños, se había hecho el amigo íntimo, el compañero de los juegos y alegrías de los bullangueros oratorianos llegados hasta aquí desde muchas cuadras a la redonda, por la atracción de su bondad".

El ejemplo del Padre Gherra lo ha llevado al adolescente Juan Bautista a ese trabajo constante e incansable de un dominio total y absoluto de su carácter recio, hasta que la sonrisa del triunfador extiende sobre el rostro varonil la placidez del éxito.

Juan Bautista había quedado cautivado por la exposición sui generis del P. Gherra y dice de ella:

"La predicación del Padre Gherra! ¿Quién no la recuerda? Aquella su palabra chispeante, amena, sencilla y paterna y al mismo tiempo sólida, útil, no fatigaba al inquieto auditorio infantil. Conquistaba la atención de todos y conquistaba el corazón de todos. Dejaba ganas de volver otra vez para reanudar la conversación de familia, para conocer las novedades que el Padre reservaba a sus chicos. En la pobre capilla... el Padre Gherra iluminaba las almas con la luz de la doctrina redentora, al mismo tiempo que iluminaba con su propia sonrisa perenne, los rostros frescos, aunque no siempre limpios, de su abigarrada feligresía".

"¡Así continúan los buenos y los santos sus ministerios, cuando llamados al cielo, su nombre y su recuerdo son una predicación sin palabra y sin término!".

* * *

Después de su primera comunión Juan Bautista no frecuenta más el oratorio.

Se aleja del oratorio pero no de los salesianos.

La madre quería que su hijo cumpliera las prácticas de piedad en su parroquia que era la de San Carlos dirigida también por los salesianos. La parroquia es el segundo hogar para cada cristiano; nunca se insistirá suficientemente en la formación de este espíritu parroquial.

Cada domingo Juan Bautista hacía su comunión; su gozo era grande porque veía que no sólo comulgaban mujeres sino que la balaustrada se colmaba muchas veces de jóvenes y de hombres.

Los hermanos Podestá cursan el cuarto y quinto grado en una escuela

estatal de la calle Castro Barros, situada en el lugar que ocupa hoy la Federación de Box.

Luego Pedro hace sexto grado en otra escuela estatal y Juan Bautista frecuenta el curso de ingreso a la Escuela Superior de Comercio "Carlos Pellegrini" en la que realiza también los cinco años comerciales hasta recibirse de Perito Mercantil en 1913. Deseaba prepararse para sustituir a su padre.

* * *

En 1906, cuando Juan Bautista frisa los doce años de edad, recibe el impacto de la vergonzosa campaña anticlerical agitada por el supuesto escándalo del "Asilo del Buen Pastor" situado en Caballito (hoy Primera Junta) y por la ridícula acusación de inmoralidad al Colegio "San Carlos" (Pío IX).

Juan Bautista se domicilia a dos cuadras del Colegio "San Carlos" y a unas dieciséis del "Asilo del Buen Pastor".

La campaña periodística anticlerical abarca toda la ciudad pero el foco de los ataques están en Almagro y Caballito.

Es el año en que la furibunda campaña anticlerical alcanza su momento pico.

El 19 de febrero, el doctor Florencio Garrigós, con una representación del Partido Liberal, entrevista al Ministro de Relaciones Exteriores y Culto, y luego al Vicepresidente en ejercicio de la Presidencia de la Nación, doctor Figueroa Alcorta —por enfermedad del presidente doctor Manuel Quintana, que fallecerá el 22 de marzo— y le reclama la expulsión inmediata de todas las congregaciones religiosas no autorizadas por la Constitución de acuerdo al petitorio que han presentado al Parlamento.

¿Motivos? El doctor Garrigós fundamenta su pedido en dos hechos concretos: las denuncias contra el "Asilo del Buen Pastor" y la inmoralidad del Colegio "San Carlos".[1] demostrada, según él, por la existencia de un túnel que lo unía al Colegio de las Hijas de María Auxiliadora, instalado calle por medio.

---

[1] El Colegio "San Carlos" fue fundado en marzo de 1878 con nombre de la viceparroquia adjunta. Al fallecer el papa Pío IX, insigne benefactor de los Salesianos, éstos deciden cambiar el nombre del colegio fundado hacía un mes: que se llamase "Pío IX" en lugar de "San Carlos". Pero en el ambiente popular prevaleció el nombre de "San Carlos"; todavía actualmente al Colegio "Pío IX" se lo llama "San Carlos" —Juan E. Belza: O. cit. pág. 14.

El doctor Figueroa Alcorta les contesta que la solicitud presentada corre los trámites ordinarios y está en el Ministerio del ramo, el cual la despacharía en su oportunidad.[2]

* * *

Vicente Tusso, padre de Rosa Tusso antigua alumna del Asilo del Buen Pastor situado en el barrio de Caballito, se había presentado ante el juez del crimen, doctor Félix C. Çonstanzó, para denunciar que su hija había sido víctima de malos tratos y afirmaba que sus efectos habían puesto en peligro su vida.

El juez instruyó el correspondiente sumario y ordenó la revisación de la menor por los médicos forenses.

Mientras se sustanciaba la causa, algunos periódicos de Buenos Aires —"La Reforma", órgano anarquista, y "La Razón" dirigidos por Lino Cárdenas y Emilio Morales respectivamente— repican en una campaña infame con lujo de pormenores fraguados, explotando la denuncia contra el "Asilo del Buen Pastor".[3]

El 1° de abril se reúnen anarquistas y socialistas en la plaza de Caballito y vociferan contra todos. Después de los consabidos "abajo" y "mueran" organizan una manifestación que se dirige al "Asilo del Buen Pastor" para quemarlo. La policía montada impide su propósito y los obliga a disgregarse.

Pero el ambiente ha sido caldeado y envenenado por la persistente campaña periodística explotando el escándalo de Caballito.

"Las calles y aceras de la Capital se vieron inundadas de muchachotes que a voz en cuello pregonan diarios y boletines obscenos e infames, siempre con nuevos pormenores acerca del manido escándalo.

Sacerdotes y monjas deben desertar de las calles, ante el peligro de soportar toda clase de vejámenes: insultos procaces, pedreas, salivazos, y hasta amenazas e intentos de agresión.[4]

* * *

Vista la magnitud del escándalo el arzobispo de Buenos Aires, monseñor Mariano A. Espinosa dirige una nota al Ministerio de Relaciones

---

[2] El relato de la entrevista puede leerse en Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires —Año 1906; pág. 313, que reproduce el texto de El País.

[3] Revista Eclesiástica del Arzobispado de Bs. As. Año 1906; pág. 398-399.

[4] Juan E. Belza O. cit. pág. 89 Revista Eclesiástica del Arzobispado de Bs. As. — Año 1906; pág. 399.

Exteriores y Culto, doctor Manuel Augusto Montes de Oca, el 21 de marzo en la que protesta por la infame campaña de los diarios y pide que se aclaren los hechos.[5]

El Ministro ordena inmediatamente al doctor Carlos Imhoff, jefe de la sección Beneficencia y Culto, la instrucción del sumario requerido.

El día 23 de marzo el diario anarquista "La Reforma" publica una carta del Dr. Garrigós, presidente del Partido Liberal. Refiriéndose al próximo congreso del Partido Liberal expresa que de ese congreso:

> "...Tiene que salir la chispa que ha de electrizar a todos los argentinos, sacándolos del enervamiento en que yacen desde hace tantos años, dominados por la influencia fatal del clericalismo...
>
> Si el Parlamento permaneciera mudo a nuestras justísimas excitaciones, trasmitiremos a todos los pueblos de la República nuestra firmísima resolución de reivindicar por todos los medios posibles e imaginables los derechos usurpados y los bienes ilegalmente detentados por los frailes..."[6]

El mismo diario anuncia que reunidas la noche anterior en el local de la calle Alsina 2028, las logias masónicas Progreso, Mazzini y Virtud y Trabajo del Gran Oriente del rito argentino escucharon el enérgico discurso del señor Constante Verri, secretario del Partido Liberal. Les propuso seguir la campaña hasta que definitivamente se esclareciera el asunto de Rosa Tusso. La propuesta fue aceptada por aclamación.

...Si fuera cierto lo que se ha dicho sobre Rosa Tusso el mismo diario se pregunta qué pena merecería el criminal y arriba a esta conclusión: "La pena que impuso este pueblo, el pueblo argentino (?) el año 1870[7] en el asunto del Colegio del Salvador"; es decir, quemar el "Asilo del Buen Pastor".[8]

* * *

Recibido el informe de los médicos de los tribunales, el juez Constanzó dictamina el 5 de abril que es evidente la inexistencia de los hechos denunciados por lo cual da por terminada la querella.[9]

---

[5] "Revista Eclesiástica del Arzobispado de Bs. As. Año 1906; pág. 399.

[6] "La Reforma", 23-III-1906 (Cfr. Revista Eclesiástica del Arzobispado de Bs. As. Año 1906; págs. 399-400.)

[7] El Colegio del Salvador fue quemado en 1875 y no en 1870.

[8] Revista Eclesiástica del Arzobispado de Bs. As. Año 1906; pág. 400.

[9] Ver Auto del Dr. Constanzó en el sonado asunto Rosa Tusso Revista Eclesiástica del Arzobispado de Bs. As. Año 1906; pág. 407-408.

Producido el dictamen del doctor Constanzó, el 7 de abril el apoderado de la Superiora del Buen Pastor, don Luis Zabala, patrocinado por el doctor Joaquín M. Cullen, entabla demanda por calumnias contra Lino Cárdenas, director de "La Reforma", ante el juez del crimen doctor Tomás M. de Veiga.[10]

El proceso prosigue su curso, hasta que el 28 de noviembre de 1908 "La Prensa" publique la retractación y condena de Cárdenas, ordenada por el juez de Veiga.

Pero Garrigós, obcecado volverá a la carga. Con poder de Vicente Tusso, reabre el proceso, y acusa como cómplices y encubridores a cuantos actuaron en la sustanciación de la causa, desde el juez Constanzó hasta el mismo Presidente de la República.

Como advierte que los funcionarios acusados no pueden ser llevados ante los tribunales pide se le de testimonios escritos para presentarse ante el Congreso e iniciarles juicio político.

Todos los diarios, con excepción de "La Reforma" y sus adláteres, tejen risueños comentarios sobre la quijotesca arremetida de Garrigón.[11]

A pesar de la sentencia del juez Constanzó la campaña anticlerical e incendiaria no ceja. Ahora no son los anarquistas ni socialistas sino el Partido Liberal que organiza un mitin el 8 de abril de 1906, en Plaza Once. Los discursos incitan a la violencia y al incendio. Se producen escenas de salvajismo y tiroteos. La turba se lanza hacia Caballito dispuesta a incendiar el "Asilo del Buen Pastor". Impedida de llegar por el escuadrón de policía apedrea la iglesia "Nuestra Señora de Sión" y se oyen gritos de ¡a San Carlos! ¡a los salesianos!...[12]

* * *

El 20 de abril el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto publica en los diarios los resultados del sumario realizado a pedido del Arzobispo monseñor Espinosa.

El informe llega a la conclusión de que no ha habido delito alguno.

> Por lo tanto el Ministro resuelve que:
>
> ...de acuerdo con las conclusiones del informe precedente... se archi-

---

[10] Ver el texto completo de la querella en Rev. del Arz. de Bs. As. Año 1906; p. 408.

[11] Rev. del Arz. de Bs. As. Año 1906; pág. 406.

[12] La Rev. del Arz. de Bs. As. Año 1906; pág. 409 reproduce la crónica de "El Pueblo" con pormenores sobre el acto realizado.

ven estas actuaciones, por no haberse comprobado con motivo de las denuncias hechas, ningún acto inmoral, ni que revele falta de disciplina en el Asilo del Buen Pastor de Caballito, ni que en forma alguna pueda afectar su reputación.

Hágase saber

M. A. Montes de Oca[13]

La cosa no quedó terminada. Continuó la campaña periodística dirigida por gente sin escrúpulo. A la gente sensata le causaba repugnancia. Dice la Revista Eclesiástica de ese año que ha llegado a un grado tal de asquerosidad la campaña periodística con motivo de lo que se ha dado en llamar el escándalo del convento del Caballito, que un abogado liberal el doctor M. de Vedia y Mitre, en carta abierta al director del periódico "La Voz de la Iglesia", le ofrece gratuitamente sus servicios profesionales.

...en defensa de los elementos católicos o simplemente cultos de esta sociedad, contra la campaña de difamación iniciada por ciertos órganos de la prensa, en medio de la indignada estupefacción de todos. Estoy de lleno con esa acción de defensa... Cedo (mis honorarios) a favor de los mismos asilos que se ha pretendido deprimir con la más inicua, la más injusta y la más deplorable campaña periodística".[14]

El doctor Láinez, director de "El Diario" transcribía el 21 de abril el juicio de un amigo suyo, vertido en reunión de camaradas;

— He recorrido toda Europa y parte del Africa.

Viajo desde hace medio siglo, y no he encontrado ni en la aldehuela más alejada de la civilización un cuadro de incultura e indecencia semejante al que ha presenciado en los últimos días la ciudad de Buenos Aires.[15]

Hasta el Sarmiento sintió la necesidad de reconvenir a sus correligionarios liberales

"Desde un principio comprendimos que existía un hecho que se explotaba con deslealtad y con provecho de mercantilismo por ciertos diarios, que de ese modo se equiparan mucho a los pasquines.

La propaganda liberal no se lleva a cabo con hechos falseados, ni excitando pasiones y creando odios y rencores" sino trayendo razones y exponiéndolas en una forma culta.[16]

---

[13] Revista del Arz. de Bs. As. Año 1906; pág. 411-412.

[14] Revista Ecles. del Arzob. de Bs. As. Año 1906; pág. 400.

[15] Revista Ecles. del Arzob. de Bs. As. Año 1906; pág. 484

[16] Juan E. Belza "Conci. bosquejo biográfico de un hombre y de una época" Buenos Aires 1965; pág. 94.

El novelón del supuesto túnel también tiene su historia. Los salesianos habían hecho abrir en la pared del Colegio "San Carlos" ("Pío IX") que da a la calle Yapeyú, debajo de una ventana y cerca del portón, un respiradero de unos 15 a 20 cm.

Ese intranscendente boquete llamaba la atención de los peatones y era motivo de maliciosos comentarios. Pero los salesianos, abocados a su labor educativa y pastoral, ignoraban todo. Hasta que en la Semana Santa de 1906 un feligrés envía una nota al Rector de San Carlos en la que le informa de las habladurías que corren.[17]

El padre José Vespignani, que era el superior, además del aviso recibido del parroquiano se entera de otras novedades: que las turbas que apedrearon la iglesia "Nuestra Señora de Sión" e intentaban quemar el "Asilo del Buen Pastor" gritaban: ¡a San Carlos! ¡a los salesianos!, y que el presidente del Partido Liberal, Dr. Garrigós, había pedido la expulsión de todas las congregaciones religiosas basándose también en el imaginario túnel del Colegio "San Carlos".

Vista la gravedad de la situación, el padre José Vespignani cree necesario escribir al presidente de la República, Dr. José Figueroa Alcorta, quejándose de la calumniosa afirmación de Garrigós y pidiendo que el Superior Gobierno realizara una severa inspección en el Colegio para verificar la inexistencia de dicho subterráneo. Invitaba a realizar esa inspección a cualquiera que quisiera, fuese de la religión que fuese, y hasta al mismo calumniador.[18]

El presidente de la República doctor Figueroa Alcorta responde de puño y letra al padre Vespignani diciéndole que está convencido de la injusticia de esa acusación y que no hay que darle importancia al asunto.

Ante la respuesta del Presidente, los salesianos, dan por terminada la cuestión.

La mentira acerca de ese novelesco túnel dejó algunos rastros. Todavía hoy (1992) alguna vez se oyen ciertos comentarios sobre aquel imaginario subterráneo.

* * *

Juan Bautista apenas pre adolescente reflexiona sobre estos vergonzosos sucesos.

Su fe y su confianza en los sacerdotes se acrecienta.

---

[17] El Nuevo Templo de San Carlos — Año 1906; pág. 1643

[18] Revista Ecles. del Arzob. de Bs. As. Año 1906; pág. 483. "El Nuevo Templo de San Carlos". Año 1906; pág. 1646.

Comprende que es necesario iluminar las mentes y convertir los corazones a mejores sentimientos. Podría ser él un factor eficaz de ese cambio. Decide capacitarse con el estudio serio y profundo y modelar su carácter a fin de que a las palabras que mueven las acompañe el testimonio que arrastra a la imitación.

* * *

Juan Bautista retorna al oratorio "San Francisco de Sales" en 1907. Con jóvenes oratorianos se había fundado la "Compañía de San Luis". Era una Compañía numerosa en la que reinaba un gran espíritu de piedad. Una vez al mes solía hacerse un pequeño retiro espiritual que en aquel entonces solía denominarse "Ejercicio de la Buena Muerte".

En esa ocasión no bajaban de un centenar los jóvenes de 14 á 18 años que se acercaban a comulgar.

Era digna la Compañía de contar con un presidente modelo. Pasaban y repasaban por la memoria del Director los nombres de los oratorianos que habían sido preparados para la primera comunión, cuando de pronto apareció el recuerdo de Juan Bautista Podestá. Se va a la casa del negocio que tenía el padre, en Rivadavia y Castro Barros, ferretería, pinturería y bazar, y entabla con éste un diálogo interesante, que reproduce en sus apuntes el padre Massa.

—Vea, yo vengo para buscar un artículo que vale mucho.

— Hable, hable, dice el padre de Juan. Estamos aquí para servir a la clientela. Le haremos una gran rebaja como acostumbramos con los salesianos.

— Es que es un artículo que no admite rebaja, antes bien, vale más cada día...

El buen señor Podestá, que no podía penetrar mi pensamiento, se puso entonces de costado, llevó su mano al mentón, y dirigiendo la vista a la estantería, quedóse unos momentos, pasando revista a las cajas, como para dar con el objeto que yo quería y terminó por decirme:

—Vea, si Ud. no me dice lo que quiere, creo que no lo podré complacer.

En el ínterin Juan se acercaba, pues en las horas libres era ayudante del padre en el despacho. Recuerdo que vestía un guardapolvo de brin y venía para preguntarle sobre el precio de no sé qué herramienta.

— Aquí está, repuse la mercadería que vengo a buscar; necesito un presidente de la "Compañía de San Luis Gonzaga" y solicito su venia para que Juan acepte el cargo.

Padre e hijo tenían sus dificultades que luego se vencieron.

* * *

En la Compañía de San Luis aprendió Juan Bautista la eficacia de la Acción Católica, de los grupos juveniles y la forma práctica de encararlos. Porque hay en esos centros de selección dos actividades inseparables: la de formar cristianos comprometidos y ciudadanos honestos al servicio de la Patria.

"Y bien, es indudable que Juan B. Podestá, continúa el padre Massa, comenzó la conquista de las almas para Dios y para la Patria en la "Compañía de San Luis Gonzaga del Oratorio San Francisco de Sales". Me parece, ayer, verle aconsejar a los socios que habían faltado en algunos primeros domingos consiguiendo el fin que se proponía", pues además del don de gentes tenía un gran poder de convicción.

Juan Bautista hizo sus primeras armas con aquellos jóvenes aprendices y obreros. Cada primer domingo uno de los socios pronunciaba una breve conferencia. Era natural que diese ejemplo el presidente. La primera vez que Juan Bautista debió pronunciar su breve discurso, costóle menudo trabajo al Director persuadirlo que escribiese y hablase. Tenía quince años, y desgraciadamente nuestros alumnos, aún en los primeros años del Bachillerato ó Comercial, no se distinguen por la correcta expresión de sus ideas.

Juan Bautista era una excepción. Su innata modestia pugnaba por seguir cubriendo bajo su velo, las dotes brillantes y cautivadoras de este adalid católico.

El Director confiesa que para animarlo le dijo: —"Escriba y luego yo le corregiré la paginita que ha de leer el domingo..."

Llegó el domingo primero de mes. Juan Bautista presenta su composición. El Director nada observó, ni siquiera elogió el escrito. Creyó que alguien de casa le hubiese ayudado en la redacción.

En el segundo ejercicio de la Buena Muerte, Juan Bautista lee un tema sobre las malas lecturas, algo muy notable, "y le pregunté confidencialmente, asegura el director de la Compañía, quién le ayudaba en la redacción, y me admiré cuando me aseguró, que si bien era cierto que había leído algunos libros, con todo nada había copiado y que nadie le ayudaba en la redacción." Juan Bautista había conquistado aquí un tesoro del que nunca se apartó; un amigo que le acompañó siempre; lo conoció en el oratorio: era la "Juventud Instruída", un librito que contiene el resumen de la enseñanza espiritual de Don Bosco. Cuando muere, lo estrechará entre sus manos.

CAPITULO TERCERO

VALIENTE Y DECIDIDO

En la Escuela Superior de Comercio "Carlos Pellegrini", Juan Bautista cursa los estudios secundarios que corona en 1913 con el título de Perito Mercantil.

Cuando frecuenta el segundo año comercial el ambiente de la ciudad se halla convulsionado.

Ocurre la sangrienta celebración del 1° de Mayo en la plaza Lorea y meses más tarde el asesinato del jefe de policía coronel Ramón L. Falcón y de su secretario.

Estos sucesos y la encendida prédica nihilista de los periódicos anarquistas hacen reflexionar a Juan Bautista sobre la gravedad de la situación y la necesidad de iluminar las mentes de los trabajadores engañados por las falaces promesas de los ácratas.

De ahí su decisión de estudiar seriamente y de profundizar en la doctrina social de la Iglesia.

Algunas llamaradas iluminarán este período de la juventud de Juan Bautista. Este siente el anhelo de instruirse, quiere saber. Su inteligencia ansía luz.

Llega en Juan Bautista a ser una pasión el deseo de conocer a fondo las cosas.

Desde joven irá siempre a la posesión de la verdad con toda el alma. Comprende que debe cumplir una gran misión en el mundo y para ello se requiere profunda preparación.

* * *

La delicadeza amable, característica de Juan Bautista, tuvo sus momentos de honda sinceridad y oportunidad de manifestarse.

Narra el padre Santiago De Paoli, Contador Público Nacional y compañero de Juan Bautista, que el profesor de geometría —ciencia abstrusa para los estudiantes— sea por los achaques de la edad, sea por intemperancias de carácter agudizadas por un asma crónica, venía siempre a la clase de mal humor y una nerviosidad desesperantes. Los alumnos eran los destinatarios

de la lluvia de insultos y denuestos. Las calificaciones eran bajísimas. Nunca estaba contento de las lecciones de los alumnos.

La clase se asfixiaba y los nervios de los alumnos iban a estallar el día menos pensado.

La intervención natural de Juan Bautista, no buscada, cambió el clima de la clase y la relación profesor-alumnos.

Una mañana Juan fue llamado a exponer un teorema.

El alumno podía ser un Pitágoras, no por eso dejaría satisfecho al iracundo profesor ni se escaparía de la acostumbrada rociada de denuestos.

Tampoco se libró de ella Juan Bautista. Escuchó con calma y resignación. Cuando el profesor hubo terminado su filípica, Juan Bautista se dirigió a él y le dijo con calma y voz serena:

—"Señor; yo deseo que se me enseñe, para eso concurro al colegio; pero me disgusta su trato al cual no estoy acostumbrado.

Estas sencillas palabras dichas con aplomo tuvieron un efecto decisivo. El profesor, sorprendido, apenas pudo tartamudear algunas palabras para justificarse.

Las observaciones de Juan Bautista fueron respetadas y desde ese día el anciano profesor tuvo otros modales para con sus discípulos.

Juan Bautista amaba mucho la humildad, pero más la justicia.

* * *

El mismo padre Santiago De Paoli, afirma que el Dr. Andrés Ferreira, profesor de Literatura de Cuarto Año Comercial en 1912, dedicaba los días lunes a la lectura y corrección de composiciones sobre temas libres, es decir, elegidos a gusto y talante del alumno.

En varias ocasiones el doctor Ferreira se había confesado liberal; estaba de moda y sentaba bien.

La fibra polemista de Juan Bautista no tardó en manifestarse en numerosas circunstancias. Sus argumentos se destacaban de lo común.

Con plena alabanza del profesor, fue Juan Bautista haciendo ver el heroísmo de las Hermanas de Caridad; llegó a glosar la letrilla de Santa Teresa de Jesús:

Nada te turbe
nada te espante...

y hasta la conocida composición:

"No me mueve mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido..."

No por mero compañerismo, sino por verdadero respeto, aprecio y admiración, jamás una sonrisa burlona despegó los labios de un solo oyente. El valor conquista el respeto, cuando lo salvaguarda el estudio y la virtud. Con estos fundamentos nunca pudo ser temerario ninguna actitud de Juan Bautista.

* * *

¿Qué extraño entonces que Juan Bautista fuera el ídolo de sus compañeros?. Su compañía era disputada; se le buscaba para conversar.

Hasta las discusiones tenían con él un sabor y un interés particular. Se le escoltaba hasta su casa, aun cuando después se debiera desandar el camino. Aquel joven constituía un imán potente, que cautivaba, conmovía a los compañeros y los hacía mejores.

Veinte y más jóvenes en plena primavera, escuchándole, colmaban las aceras y formaban un nutrido grupo en las boca-calles.

Nadie ante él se permitía una palabra grosera, una alusión velada o un guiño picaresco.

Sabían que Juan Bautista no lo toleraba y ¡era tan agradable su compañía!.

* * *

Juan Bautista se presenta de cuerpo entero en una polémica que conmovió el ambiente del Carlos Pellegrini y motivó los más halagüeños comentarios.

En uno de sus trabajos había protestado por la pornografía, por la venta en los kioscos de publicaciones notoriamente inmorales.

El pensamiento de los que se pierden, será una obsesión en Podestá.

Después de su exposición un compañero de clase lo ataca.

Es su contrincante el joven Enrique D... Lo ataca despiadadamente, llega casi al insulto y sobre todo se gloría de haber bebido el veneno de los libros condenados por Podestá, a grandes sorbos.

La clase está dividida, hasta que Juan Bautista lee su trabajo que titula Aclarando, donde se consagra el polemista, el estudioso, el razonador y donde rastreamos nosotros su vida pura, porque los pensamientos que lee son savia de su propio corazón, rayos de luz que descubren la transparencia de su alma.

La argumentación es poderosa, el lenguaje, cautivante. La sátira de mejor ley campea en este trabajo. ¡Qué fino humorista hubiera sido Podestá,

si la caridad no hubiese abierto los puntos de su pluma! ¡Hemos perdido a un maestro de la ironía! (Véase el texto completo en el Apéndice).

"Interesante y creo que eficaz" es la anotación del Profesor, al pie de esas valientes páginas.

Tal fue, en efecto el resultado de la polémica que conquistó la casi totalidad de la clase.

La acción de Juan Bautista fue siempre "interesante y eficaz".

* * *

Al servicio de la Patria

Una vez terminados los estudios secundarios con el título de Perito Mercantil ingresa en la Facultad de Ciencias Económicas.

Debe cumplir con la obligación del servicio militar.

Juan Bautista contempla más de cerca el cuadro de nuestra juventud, cuando debe vivir en el cuartel. Pudo observar allí la generosidad y el carácter bondadoso y noble del recluta. Al mismo tiempo pudo advertir su profunda ignorancia religiosa hasta de lo más elemental.

Cumple el período del servicio militar, con alegría verdadera, con profunda satisfacción, sin buscar en ningún momento zafarse de la disciplina.

Era en él una obsesión la gimnasia del espíritu y el endurecimiento del cuerpo. Sometía sus potencias a ejercicio constante, y en este sentido vio una ayuda en los meses de fajina cuartelera.

La voluntad de Juan Bautista era disciplinada y respondía en cada instante al impulso de las nobles iniciativas. Era en consecuencia un verdadero carácter.

Defecto argentino, y notable, es la falta de disciplina y de voluntad; no somos el pueblo más indisciplinado; pero estamos lejos de un pasable término medio.

De aquí que el molde del cuartel resulte útil para los temperamentos acostumbrados al capricho de una sensiblería enervante.

Las cartas que Juan Bautista escribe desde el cuartel denotan la sinceridad que ponía en todas las actuaciones de su vida.

* * *

¿Quién no sabe las conversaciones que se promueven en los cuarteles, por la juventud quemante de los veinte años?.

Cuando el freno de la religión no rige sobre la fuerza del instinto, éste se desboca inconteniblemente. Los labios expresan lo que la mente lucubra y el corazón siente.

Aquella primera comida, que debió salpicarse con la alegría más ruidosa fue también el triunfo definitivo de Juan Bautista. Triunfo envidiable y admirable, porque no era un superior, era un igual, un simple recluta en medio de un elemento heterogéneo, satírico por temperamento como es el tipo porteño.

Ya se había cautivado Juan Bautista las voluntades, por aquel modo varonilmente afable, aquel savoir faire que lo distinguió toda la vida y digámoslo claramente, por aquella virtud que se escapaba de todo su ser, imán poderoso y fluido avasallador. No hay poder superior al poder de la virtud.

Después de breves saludos y de esas presentaciones de los que van a confraternizar en comunes deberes, la conversación endereza por los campos vedados.

La actitud de Juan Bautista no se hace esperar.

¿Qué dijo? ¿Cómo lo dijo? ¿qué fuerza hubo en sus labios? No lo sabemos.

Lo cierto es, y son varios los testigos que lo afirman, que aquella conversación se rompió, como una bolsa de pus al punzar del estilete.

Jamás delante de Juan Bautista se conversó en el cuartel de nada, que desde lejos pudiera herir la delicadeza de su virtud.

Y este es el mayor homenaje del vicio a una conciencia cristalina.

Es indudable que a la virtud se unía la huella de una urbanidad distinguida, que no toleraba groserías.

A ninguno ofendía y estaba dispuesto a inclinarse respetuosamente ante todos, pero se erguía para decir la verdad, sin que se lo impidiera la intolerancia de nadie.

Juan Bautista supo siempre que la libertad no se mendiga, ni se suplica; la libertad se conquista con el valor.

A Podestá rectilíneo, diáfano e impávido, tal como se nos presenta en este momento, sin mimetismos morales que descoloren su virtud, cabe aplicarle las frases de Estrada, porque es ya una enseña en manos de la juventud: "Ninguna nación de la tierra ha puesto el color gris en su bandera, sino que todas han buscado los colores vivos que atraen la mirada, sin decepcionarla, y regocijan y encienden en entusiasmo el corazón".

* * *

Y era un colmo de compañerismo, cariñoso, finamente atento.

Hacía siempre derroche de buen humor.

En sus cartas a los amigos más íntimos se respiran aires de encantadora alegría.

En la correspondencia del 15 de diciembre de 1913 dirigida al amigo Juan Chiozza, habla de su próxima entrada en el cuartel:

> "Tito y yo (el doctor Tito Trebino), somos dos bichos felices, como que el veinte nos incorporamos al glorioso ejército de la Patria. Ya ves que es inmensa la dicha nuestra, e inacabable el gozo que nos aguarda... Es tan amable el cuartel... y tan gentiles y bonachones los sargentos, y tan apetitosa la tumba que sirven a los bravos milicos...; sin embargo una nubecilla hay en el cielo azul, sereno, cautivador de nuestra felicidad. Esa nubecilla tiene una forma, que acusa al artífice humano, sus líneas no son ni variadas, ni sinuosas, ni juguetonas. Son líneas geométricas trazadas severamente con ayuda de instrumentos, sin asomo de poesía ni pretensión de belleza; son círculos, querido amigo, quiero decir circunferencias concéntricas; son los blancos del tiro, Chiozza de mi alma, los que nos traen un si es no es, desazonados, inquietos y pensativos.
>
> ¡Es tan fácil hacer diez, doce, veinte papas...!, temo. Mira que he dicho que temo..., nada más... Temer no es perder la esperanza, ni llenarse de sustos, ni desesperar. ¡Sursun corda! In alto, in alto i cuori! Avanti Savoia!
>
> Todas estas palabras alentadoras que hablan de fe, de esperanza, de valor, suenan a mis oídos con voz amiga, y yo las escucho con serenidad...
>
> Firma luego: "John B. Podestá. Jean Baptiste Podestá. Giovanni Batista Podestá; Joanis B. Podestá. Juan Bautista Podestá y Cándido", alusión, lo de Cándido, a una broma entre compañeros."

Más tarde con fecha 1° de enero de 1914, escribe al mismo amigo desde el cuartel:

> "Por si te interesa, a renglón seguido va el horario que se nos impone en el cuartel como regular: De 6 a.m. a 10 a.m. y de 3 p.m. a 6 p.m. ¿Qué te parece la distribución de las horas? Me sospecho que dirás: ¡Ese no es horario de soldado! ¡Es horario de burócrata, de un empleado oficial, de burgués, fatto in América!
>
> La verdad es que sería ingrato e inconsciente si me quejara del servicio; mientras continúe así, la cosa es pasable. Pero sin duda ha de variar algo. Tendremos que sudar cuando nos entreguemos al máuser, cuatro veces más. Cuando nos lleven a hacer marchas diarias, armados con mochilas, correaje, fusil, etc., la sudada va a ser insoportable. Y finalmente cuando nos enderecen a Berazategui, a patacón por cuadra,

ya no sé imaginar lo que sucederá. Felizmente se lleva provisión de veterinarios, para los caballos y la tropa, (en lenguaje de cuartel, los caballos van junto con la tropa o más bien la tropa junto con los caballos), y amén de ellos y de varias ambulancias, se conducen también algunos... carros fúnebres; de esta manera no queda nada para temer. Si no fuera así, ¡pobres de nosotros!...

He dado el examen de tiro... y salí bien ¿bien?... sí hombre, bien. ¿Yo salí bien en el examen de tiro? Mira, Podestá, si no lo sabes bien pregúntaselo a González..." (el Dr. Pedro Heriberto González)".

¡En pleno calor de enero, el más caluroso de los meses porteños, cuando el termómetro oscila en los cuarenta grados, marchar por horas, jóvenes universitarios acostumbrados al mosaico de los pórticos, al encerado de las aulas y al asfalto de las ciudades!...

Juan Bautista ha templado su voluntad y su cuerpo de tal manera que hasta se encuentra con humor y agilidad para trazar un cuadro acabado de estas fajinas.

Y escribe:

"Lo que más cuesta es el regreso. A las nueve y media o diez de la mañana, durante los cinco días que cubrimos el raid, el señor sol se hacía temer; sus rayos eran de fuego, y sudábamos en abundancia. Sobre todo los de cuerpo robusto, volvían con la chaquetilla y aún los pantalones completamente bañados.

Muchos iban sin calzoncillos y sin camiseta para tener más frescor. Pero es en vano. Cuando el sol aprieta y hay que aguantar su beso tropical encerrado en el campo estrecho de una columna de marcha, bajo el peso y la molestia del máuser y a ratos con la polvareda que los propios pies levantan, y dando saltos, vueltas, y haciendo conversiones para salvar obstáculos, toda previsión resulta estéril. Los rostros más blancos, se tornan encendidos. La tez se dora y en todos los hombres de la Compañía parece que hubiera ensayado su pincel extraño, algún mago invisible que gustara ver todas las cosas del color del bronce.

La guardia también le fue llevadera a pesar de dormir a tirones o no dormir durante veinticuatro horas.

"Los otros soldados se empeñan en pintarnos las cosas con recargo de sombras. Nos anunciaron el servicio de destacamento como una calamidad que nos costaría resistir. Vivimos, sin embargo y ninguno está mas enfermo que antes. Es que ellos como veteranos quieren asustar a los chapetones y novicios, gustan de vernos a veces abriendo o simulando abrir desmesuradamente la boca, al escuchar todas las proezas de que se dicen héroes. Pero nosotros tenemos sacada ya una cuenta justa y cabal..."

Va a terminar el servicio militar, de tres meses para los estudiantes. Uno de los compañeros le ha mandado saludos desde París. Su alma tiene anhelos de un viaje por tierras de Europa. Un enamorado de la belleza, como debía soñar Juan Bautista, obsesionadamente con las grandes ciudades, cunas del arte y del saber señeras.

* * *

El 20 de marzo de 1914 ha terminado su cuartel: "Dejé de ser soldado... volví a ser ciudadano". El momento de la despedida tuvo sus emociones. Y va a decir el porqué: "Todas las partidas son dolorosas. También todas las emancipaciones son alegres. Allí había partida y liberación. Hubo entonces júbilo y pesares ¿que hubo más? No quiero saberlo... no busco cartabón para esas cosas. Pero sé que en medio de la general bulla y del regocijo común, yo sentí como una ligera opresión... Por lo demás, claro está, es más cómodo ser ciudadano que soldado. Y no obstante, fuera del cuartel y lejos de las filas hay muchas cosas que nos causan tristezas y que a ratos nos hacen poco felices...

Es que la libertad es un poco de bien, pero no es el bien. El 22 también era ciudadano puesto que volvía a serlo el 20 y puesto que del 20 al 22 no perdí los derechos de tal. Y como ciudadano voté".

En 1916 se recibe de Contador Público Nacional.

Desde el año anterior preside el Centro de Exalumnos de Don Bosco, "San Francisco de Sales" y actúa en la Junta Central de los Círculos de Obreros.

Como se acababa de crear el doctorado en Ciencias Económicas sigue los cursos en esa facultad para graduarse de doctor en ciencias económicas.

Llevaba un año y medio de estudios, con varios exámenes aprobados cuando por las ocupaciones que se toma en la cuestión de la Reforma Universitaria, y principalmente por la oportunidad que se le presenta de entrar a trabajar en la administración de la acreditada firma Martín y Leonardo Pereyra Iraola, interrumpe sus estudios de doctorado cuando poco le faltaba para finalizarlos.

* * *

En 1917 muere el poeta Pedro P. Palacios, más conocido por el seudónimo de Almafuerte.

En su entierro ninguno de los oradores tiene un pensamiento cristiano. Antes, al contrario, hacen referencia a los dioses paganos.

Uno de los oradores es un personaje de fama, diríamos un maestro por la influencia que ejerce sobre los jóvenes. Ni la oración que hace al final de su discurso es una oración cristiana sino pagana.

No es de extrañar, entonces, que con tan extraviados maestros, la juventud anduviera errante fuera de la senda.

Juan Bautista pertenece al Centro Católico de Estudiantes de Buenos Aires.

Tan triste espectáculo arranca de la pluma de Podestá, la preciosa meditación que titula Nostálgicos del Paganismo, comentario de las frases paganas vertidas, como dijimos, en el entierro de Almafuerte.

He aquí algunos párrafos:

"...Un vate ha muerto. Junto a su ataúd, en medio de la paz de una ciudad siempre dormida, ha escalado la cátedra un maestro...

Habla un maestro, y es preciso escucharle.

Y le escuchamos y quedamos pesarosos de la palábra del maestro...

Nada de Dios. El maestro —sacerdote de la escuela laica— no puede hablar de Dios, ni de plegaria cristiana, sin comprometer su fama. Nuevo iluminista, calla el nombre de Aquel a quien confesaba Voltaire.

Pero si es de mal gusto hablar de Dios, es muy digno del genio hablar de los dioses.

La plegaria también se escapa de los labios del maestro, pero es plegaria pagana...

* * *

Frente a Ti ¡oh Señor! quieren levantar de nuevo a los ídolos caídos! Pero Tú acaudillas hoy muchedumbres de gentes, inteligencias escogidas, espíritus superiores en todas partes de la tierra.

¡Las cabezas y los corazones se vuelven a Ti!

Quieren nuestros "maestros" restaurar a los dioses, pero los grandes y verdaderos maestros te confiesan sólo a Ti como verdadero Dios.

Y desprecian la ciencia pagana.

Y presienten el esplendor de tu Reino...

(El texto completo de estas páginas "Nostálgicos del Paganismo" se encuentran en el Apéndice).

* * *

Es siempre la pluma de Juan Bautista, que no se espanta ni espanta; precepto también de Ozanam para los periodistas católicos.

El 5 de junio de 1918 comenta en "El Pueblo" el triunfo de su amigo Barousse en la Facultad de Ciencias Económicas.

El socialista, doctor Alfredo L. Palacios, profesor de legislación industrial en la Facultad de Ciencias Económicas promovió entre lo alumnos una controversia sobre la doctrina de Marx relativa al materialismo histórico.

Designó a un alumno socialista para que defendiera la tesis de "El Capital" e indicó que fuera el alumno Amadeo P. Barousse de la corriente social cristiana el defensor de la tesis contraria.

El defensor de la tesis "El Capital" lo hizo con poco entusiasmo y convicción. En cambio al exponer Barousse lo hizo con convicción y entusiasmo y fue interrumpido varias veces por sonoros aplausos. Nunca las aulas habían resonado en aplausos tan fragorosos, que se hicieron apretados cuando el joven Barousse dando impulso a la persona, con la amplia frente lanzada hacia atrás y el ademán decidido, gritaba su fe naciente de la trama de la argumentación:

> "Algunos de los que reniegan de Dios han creído poder sustituirlo por el estómago. El estómago no reina sobre los hombres; tarde o temprano se impone a ellos la reyecía del corazón, de la inteligencia, del espíritu. Marx, mentalidad penetrante, pero unilateral, hipnotizado por un solo pensamiento no supo alcanzar la verdad completa. Agradezcámosle su análisis de la acción ejercida por el factor económico, pero corrijamos lo que tiene de exclusivo sus tesis y en este terreno demos también al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios; a la materia lo que le pertenece y al espíritu, al entusiasmo, a la razón, al pensamiento, a la voluntad lo que con toda justicia reivindican".

El mismo profesor reconoció que el señor Barousse había superado cuanto de él había podido esperarse, y a pesar de ciertas reticencias confesó que la sólida argumentación del conferencista social-cristiano conmovía la doctrina contraria.[1]

Juan Bautista subrayaba en "El Pueblo" este triunfo de su amigo y estos conceptos de monseñor Franceschi, abriendo el corazón a la esperanza.

> "El acontecimiento, decía, es significativo. Demuestra que con valor para confesar la fe y con labor intelectual perseverante, es posible imponerse aún a auditorios diversos. El señor Barousse se ha formado en los centros de acción social cristiana, sobre quienes refluye, de esta manera, parte del triunfo conseguido.

---

[1] Revista Eclesiástica del Arzobispado de Bs. As. Año 1918 pág. 656.

Nadie niega ya que entre nuestra juventud se produce una verdadera reacción en favor de las ideas cristianas. Toda una pléyade de estudiantes y también de empleados y aún de modestos obreros estudia y levanta el estandarte de sus creencias. En todas las categorías sociales el progreso del Catolicismo es visible, siendo altamente consolador que se inicie por las clases jóvenes.

Se está preparando una generación viril, desembozadamente católica, activa, fogosa, instruída..."

Es que los jóvenes educados en El Salvador, San José, Lasalle y Colegios Salesianos... van ocupando su puesto de avanzadas.

Estaba atado con las raíces de su corazón, a la causa de la fe y de la verdad.

Estas actitudes definidas son las que cuadran a un estudiante católico.

Cuando se sale de un instituto religioso para entrar en el mundo —dice Ozanam en sus cartas— quedamos consternados ante el desierto de la fe. El escepticismo ambiente nos alarmó, mientras lo agudizan los acentos plañideros de los cobardes y de los tímidos. A veces somos los únicos que creemos. Pero los niños son los que temen la soledad. Un alma firme y preparada, nutrida con los grandes recuerdos de la Historia, no ignora que la verdad y la virtud se encontraron aisladas en medio de las multitudes. El mérito fue entonces, luchar contra la corriente. Y sin embargo, viviéndose más en tales ambientes, se llega a estas dos alentadoras conclusiones: en los siglos pasados se corrieron iguales riesgos, la historia se repite; en segundo término, siempre acabamos por descubrir en torno nuestro más cristianismo del que veíamos en un principio.

Porque una voluntad y un carácter es forzosamente un centro de atracción.

La Reforma Universitaria

Cuando en 1918 se agita en Córdoba el asunto de la Reforma Universitaria, Juan Bautista está cursando el segundo año en la facultad para doctorarse en Ciencias Económicas. No está en contra de la Reforma en sí misma, pero sí en contra del carácter violento y antirreligioso que se está dando al movimiento.

En realidad la Universidad de Córdoba necesitaba ser reformada. Ya en 1913 los católicos, doctores Antonio Nores, Gregorio Martínez y Félix Garzón Maceda habían iniciado una campaña periodística para la reforma y enviado solicitudes al Consejo Universitario y al entonces ministro de Justicia e Instrucción Pública Dr. Cullen, sin tener éxito.

En 1918 la juventud enarbolaba el estandarte de la Reforma y quemaba en las plazas los viejos estatutos.

En verdad se requería renovación de métodos y sistemas, exigir que los catedráticos produjeran nuevas obras en tiempos más o menos prudenciales, como señal de sus conocimientos ampliados con asimilaciones que indicaran un adelanto y no una repetición estereotipada, ignorante del ritmo presente cuando no retardataria.

También era necesario reconocer legalmente la representación estudiantil, de manera que se constituyera un gobierno universitario tripartito.

Se debe terminar con las academias y profesorados "cerrados" que impedían el acceso de todos aquellos que antes no hubieran hecho un acto de acatamiento y sumisión.

Estas cuestiones y otras que debían ser renovadas eran abiertamente aceptadas por los estudiantes católicos.

Pero en ese tiempo estaba de moda ponderar lo que ocurría en Rusia sovietizada y los activistas de izquierda trataban de reproducirlo en nuestra patria.

El movimiento reformista, sano en sí, copado por las fuerza anárquicas que lo transformaron, primero veladamente y después abiertamente, en un movimiento violento anticlerical y antirreligioso.

Las huelgas estudiantiles habían comenzado a fines de 1917 y continúan, cada vez con más virulencia a principios de 1918.

Los huelguistas atribuyen el atraso de la Universidad a los elementos católicos que predominarían en ella. Lo cual es evidentemente falso, porque los católicos no predominan en la docencia universitaria y porque, precisamente son tres catedráticos católicos quienes, ya en 1913, inician un enérgico movimiento para que se reforme la Universidad y no tienen éxito.

Las huelgas se multiplican con destrozos y pedreas.

Como consecuencia de los incidentes producidos en la Universidad de Córdoba y por la actitud de los estudiantes, el 4 de abril el Consejo Superior de la misma resuelve su clausura hasta que el ministro de Justicia e Instrucción Pública intervenga.

El 11 de abril el Poder Ejecutivo nombra interventor al procurador general de la Nación doctor José Nicolás Matienzo.

De inmediato se produce la renuncia de los catedráticos Nores, Cafferata y Bas, ajados en su dignidad por esta determinación del Poder Ejecutivo.

El 13 de abril la Federación Universitaria de Buenos Aires realiza una Asamblea.

Los estudiantes porteños se solidarizan con la actitud asumida por la Federación Universitaria de Córdoba.

Con excepción del Sr. Watson, presidente de la Federación y del Sr. Bullrich, presidente del Centro de Estudiantes de Derecho, la nota dominante en las exposiciones de los delegados es el ataque inconsiderado, injustificado e importuno a convicciones religiosas.

El acto se transforma en una muestra de anticlericalismo plebeyo, atrasado y fuera de combate.

La tormenta arrecia. Hay que salir por los fueros de la verdad y combatir a cara descubierta.

Y sale a la liza Juan Bautista.

Establece en primer lugar los términos del conflicto, publicando en "El Pueblo" y en volantes, repartidos entre la numerosa juventud universitaria un artículo que es de una claridad meridiana y de una lógica, hija de Podestá.

Dice el artículo escrito a raíz de estos sucesos y de la huelga sancionada:

> "El conflicto universitario de Córdoba. Ante todo y por encima de todo debe prevalecer la verdad. Nada de sectarismos ni de maliciosas conclusiones.

Las cosas en su lugar:

> El conflicto universitario de Córdoba, por su importancia y trascendencia, ha repercutido entre los estudiantes porteños, constituídas en su inmensa mayoría por liberales declarados y calificados.

Tal es la verdad de los hechos".[2]

Desde este artículo que lleva fecha del 17 de abril y que publicamos en el Apéndice, no pasa día sin que aparezca el suelto de Juan Bautista siguiendo el desarrollo de los sucesos y puntualizando las luchas con entera claridad y segura competencia.

Comprende que el movimiento reformista se ha desviado hasta adquirir un carácter netamente anticlerical y antirreligioso.

Siendo así las cosas abandona o sacrifica momentáneamente su carrera para defender los principios católicos puestos en vilo.

---

[2] Rev. Eccles. del Arz. de Bs. Aires, Año 1918; pág. 567.

Se pone al frente del movimiento de defensa: es su alma y su motor. Día y noche lo sorprenderán en su puesto.

El 16 de mayo se difunde por Buenos Aires un manifiesto: Los Delegados del Comité Pro Defensa de la Universidad de Córdoba.

En Córdoba se agrava el conflicto universitario por la violencia empleada y los excesos cometidos.

El 15 de junio los estudiantes revoltosos asaltan el salón de recepciones de la Universidad, rompen muebles antiquísimos de gran valor, destrozan los cuadros de los próceres como el del Deán Funes y todos los retratos de sacerdotes y religiosos que pendían de sus paredes en la galería de los rectores. Los destrozos se realizan al grito de; ¡Frailes no!. Expresan que intentan destrozar el molde estrecho, las ideas oscurantistas y la abolición si posible fuera del credo religioso que acompañó a la Universidad en sus primeros pasos.[3]

A mediados de junio una solemne asamblea elige para rector de la Universidad de Córdoba al Dr. Antonio Nores, derrotándose al candidato Martínez Paz.

El nuevo Rector se traza un programa práctico; la asistencia a las clases teóricas no será obligatoria, pero se multiplican los seminarios y los trabajos en todo orden de facultades.

No cree en la tranquilidad de su actuación, diciéndoles a un numeroso núcleo de estudiantes que lo felicita. "La lucha ha empezado, me hallo bien en ella, porque me agrada, ya que la vida no es más que una perenne lucha en que es necesario saber triunfar por el carácter".

Jamás la Universidad de Córdoba se honró tanto como con la presencia en el Rectorado de una eminencia, reconocida sin discrepancias: el Dr. Nores. Así lo significó toda la prensa seria del país. Su elección era profundamente legal, según el testimonio del Dr. Matienzo quien con este acto terminaba su cometido.

Pero la huelga estudiantil seguía.

* * *

En el año 1918 era una proeza oponerse a una resolución universitaria, sobre todo a las huelgas decretadas. Esta consideración servirá para avalorar la conducta de Juan Bautista y conocer la envergadura moral del núcleo de jóvenes que desafiaba la furia de las falanges estudiantiles.

---

[3] Rev. Eccles. del Arz. de Bs. Aires, Año 1918; pág. 410 y sig.

Ante su fe, no trepidaron un instante, saliendo delante de todos Juan Bautista que cursaba el segundo año de la Facultad de Ciencias Económicas.

Bajo su firma, que no faltó nunca en los momentos de peligro y se borró en los días de triunfo; bajo su firma, publica la catilinaria siguiente: (el texto completo en el Apéndice)

> "Vale la pena sin duda, aclarar conceptos y definir posiciones, frente al conflicto que actualmente trae conturbada la vida regular de la universidad de Córdoba. Y aunque semejante tarea pueda resultar ingrata para los que la acometen y provocar juicios condenatorios de parte de los estudiantes que se dejan seducir por el encanto de las bellas palabras, rehusando penetrar en el fondo de la cuestión y examinar la realidad de los hechos, toca a los universitarios que entienden rectamente la solidaridad y se respetan a sí mismos, excluirse expresamente del número de los que apoyan a sabiendas o inconscientemente los actos de subversión contra el orden, la justicia, la cultura, el buen sentido y el buen gusto, que se han perpetrado por vándalos de levita en la ilustre universidad...
>
> * * *
>
> "Un rector ha sido legítimamente elegido, y ese rector es un hombre intachable en sus condiciones personales, en su pasado y en su presente. Pero tiene una falla y esa falla es su fe. No habrá dialéctica capaz de destruir los hechos. Los pequeños volterianos de Córdoba han querido asaltar a los jesuitas. ¿Por alguna irregularidad en la elección acaso? ¿Por la violación del inciso x de no sé cual artículo, tal vez? Si había irregularidades ¿tan aprovechados son los estudiantes revoltosos, que creen que la apelación debía llevarse a trompada limpia ante los jesuitas o ante Trejo y Sanabria?.
>
> Y la Federación de Buenos Aires, resuelve la huelga por solidaridad. No debió hacerlo, no pudo hacerlo...
>
> Digo que no pudo hacerlo, y quiero creer que no lo hubiera hecho si sus miembros no anduvieran extraviados en la interpretación y aplicación del famoso principio de solidaridad. Nos gusta ser solidarios para las buenas causas; no queremos ser cómplices del atropello y de la lenidad. Tenemos el deber los estudiantes de ser solidarios en el bien, pero no podemos serlo para agraviar a la justicia...
>
> * * *
>
> "Sé muy bien que muchos estudiantes niegan el carácter resueltamente anticatólico del movimiento promovido en Córdoba; pero sé también que las palabras no cubren los hechos; no basta negar una realidad

vergonzosa para destruirla. El tumulto del mitin anticlerical transportado a los claustros con todos sus excesos, son sobradas pruebas para el caso si no bastaran los discursos que se pronunciaron no hace mucho en el mismo local de la Federación de Buenos Aires, por delegados de las de Córdoba y Santa Fe..."

* * *

Las aulas estaban desiertas a pesar de la decidida voluntad de una gran mayoría de alumnos. ¡Los catedráticos temían por su integridad física y por la calificación amable de parte de los huelguistas!.

El 21 de junio un grupo de estudiantes de Buenos Aires protesta por la violencia de los estudiantes cordobeses. Publica un manifiesto: A la Juventud. Contiene 10 puntos. Los que firman el manifiesto protestan por la actitud antidemocrática y antiuniversitaria que deshonró a Córdoba con sus atropellos. Se desolidarizan con los que en la Capital Federal quisieran acompañar a esa minoría.

Mientras tanto el Dr. Antonio Nores rector de la Universidad de Córdoba recibe felicitaciones de personalidades y de centros culturales de todo el país.

Los estudiantes revolucionarios de Córdoba realizan una tumultuosa manifestación llevando cartelones con los retratos de religiosos y religiosas para burlarse de ellos. En uno de esos pendones de burla y escarnio está el retrato del rector.

* * *

En el local de la Federación, calle Corrientes, se hacen las reuniones tumultuosas de los estudiantes. Allí acude el núcleo valiente de universitarios católicos encabezado por Juan Bautista. En una noche se anotaron nada menos que cuarenta y tres oradores.

El núcleo católico disciplinado y entusiasta comenzó por imponer el canto del Himno Nacional, desplazando la Marsellesa.

Los bandos se dividían y se agitaban a las voces de: ¡abajo los jesuitas! ¡mueran los católicos! Nores no, viva la huelga! Mientras el grupo de Juan Bautista replicaba: ¡huelga no! ¡Viva la Patria! Queremos reforma, pero no destrucción; fuera los sectarismos!.

¡Que sesiones aquellas! La voz de Juan Bautista resonaba amplia y serena, respetado a pesar de la tremolina en que agitábase la asamblea.

Los oradores católicos llevaron ventaja en la discusión. Y una vez fuera, a las dos de la mañana, con un frío de junio, cortante, se prolongaba

la discusión en un pugilato favorable a los valientes jóvenes, que habían aprendido a defender sus ideales de fe en todos los terrenos.

Juan Bautista había propuesto un plebiscito de todas las universidades para pronunciarse sobre el caso de Córdoba. ¡Su idea fue aplaudida, pero no se votó!.

Por otra parte de nada hubiera servido aquella votación. Los votos no eran controlados en esa algarabía, en que se votaba arrojando el sombrero al aire...

La Universidad de Córdoba se había cerrado, porque los desmanes continuaban.

La Reforma consistía en la elección de un hombre, más bien que otro, para el Rectorado.

* * *

En Córdoba siguen los tumultos y atropellos. Los estudiantes revolucionarios llaman a niños y obreros, que poco o nada saben de estudios ni de universidad, a incorporarse a sus filas.

Los estudiantes antes eran de la "casta gobernante y burguesa", ahora son llamados "compañeros" por los ácratas.

El 30 de junio se repiten las manifestaciones a los gritos de ¡Frailes no! ¡Dogmas no! coreados por activistas previamente adiestrados.

Oradores llevados exprofeso despotrican contra todo lo sagrado, la religión y el clero. Uno de los oradores pide que se derriben las torres y que con las campanas se hagan cañones.

El 6 de julio el obispo de Córdoba monseñor fray Zenón Bustos y Ferreira publica una pastoral en la que denuncia los hechos vergonzosos acaecidos.[4]

Juan Bautista hace una defensa valiente de esta pastoral, en contra de los comentarios de un gran rotativo de la metrópoli, que pretendía el silencio y el cruzarse de brazos, en esta emergencia, de parte de los católicos.

El 16 de julio se difunde en Buenos Aires un manifiesto: Los delegados del Comité "Pro Defensa de la Universidad de Córdoba" a los representantes en ésta de la Federación Universitaria Cordobesa:

> Ante los informes falsos e insidiosos tergiversando los hechos acontecidos en la Universidad de aquella capital y torciendo los fines y

---

[4] Rev. Eccles. del Arz. de Bs. Aires. Año 1918; pág. 490.

propósitos del Comité Pro Defensa Universitaria por mandato de este Comité invitamos a los representantes de la Federación Universitaria Cordobesa a la pública controversia sobre todos y cualquiera de los puntos que se refieren al pleito universitario, como también a exponer los ideales de reforma que sustentamos.

Los estudiantes revolucionarios de Córdoba que andan sueltos por Buenos Aires dan conferencias en los locales de los comités socialistas de la capital. Para engañar o despistar dicen sólo local de la calle tal pero se cuidan mucho de agregar que el tal es un comité socialista.

El 6 de julio se realiza la asamblea de la Federación Universitaria convocada para oír el informe de varios delegados ante el conflicto planteado desde la elección del doctor Nores. El acto se hubiera tansformado en mitin netamente anticlerical si no se hubiese levantado contra la palabra insultante de oradores venidos de Córdoba nada más que para ultrajar los principios religiosos, un coro de voces enérgicas, templadas, viriles, capitaneadas por Juan Bautista, de en medio de los cuales se oyó claramente una que brotó estentórea de un pecho entusiasmado ¡viva la Iglesia Católica!.[5]

* * *

En la esquina de Callao y Córdoba se realiza el domingo 21 de julio un gran mitin para rectificar a los que han hecho propaganda en favor de los sectarios cordobeses. El acto dura más de cuatro horas. Hablan Amadeo P. Barousse, Roberto Meissegier, Juan B. Podestá, M. Orns, universitarios: D. Pérez y Dionisio Napal.

Exponen la desviación sectaria del pronunciamiento reformista y el vergonzoso sometimiento de los estudiantes a los comités socialistas. Asiste numeroso público que aplaude con entusiasmo.[6]

Sigue en Buenos Aires la campaña para defender a la Universidad de Córdoba y a la verdadera Reforma, tergiversada y desviada por elementos izquierdistas.

Esta campaña es dirigida por Juan Bautista como un jefe; él tan modesto, no titubea en quemar hasta el último cartucho en la lucha. Debía combatir a los amigos que militaban en el campo adverso. Lo hizo siempre con nobleza y altivez, mezclando lo cortés a lo valiente.

---

[5] "El Pueblo" 7 de julio 1918 (Cfr. Rev. Ecl. del Arz. de Bs. As. Año 1918; pág. 669).

[6] "El Pueblo" 23 de julio de 1918 (Cfr. Rev. Ecl. del Arz. de Bs. As. Año 1918; pág. 671).

Jamás fue cómplice de las sombras ni buscó el favor del anónimo cuando su apellido debió ser bandera de combate y grito de sublime rebelión.

"Triste pero cierto" es un suelto en donde revela Juan Bautista la elevación de su alma. Considérese que se está en plena y acalorada lucha; que los acontecimientos se precipitan; que mil asuntos solicitan igualmente la atención; que hierve la sangre en sus arterias con la vitalidad de veintitrés primaveras. Su pluma corre desmesurada, robusta, siempre irónica porque ello le nace; es el tono distintivo de su estilo, pero también lo revestirá de sinceridad, de energía y luminosa transparencia.

Enrostra la actitud del Presidente en turno de la Federación Universitaria de Buenos Aires y le dice:

> "El presidente en turno de la Federación universitaria de Buenos Aires ha visitado al señor ministro de justicia e instrucción pública y le ha manifestado que el doctor Antonio Nores no puede ser rector de la Universidad de Córdoba, desde que este ciudadano ha dicho que "prefiere ver una masacre de estudiantes antes que renunciar". Así, por lo menos, informan los diarios.
>
> La expresión atribuída al señor rector de la universidad de Córdoba, es inverosímil, precisamente porque es excesiva. Evidentemente, ha sido fraguada con poco acierto. Pero además el señor rector de la universidad de Córdoba ha desmentido categóricamente y en absoluto la versión propalada por la Federación Universitaria Argentina.
>
> Sin embargo, el presidente en turno de la Federación de Buenos Aires, habitualmente ponderado en sus juicios, sereno, cortés, medido y prudente en sus actos, no ha trepidado en llevar ante el señor ministro de Instrucción Pública la especie, no sólo inverosímil, sino, a mayor abundamiento, desmentida, expresamente por un caballero..."
>
> * * *
>
> "Pero sobre todo ¿cómo conciliar la actitud del presidente de la Federación de Buenos Aires, cuando no se percata de la tendencia impúdicamente anticlerical y declaradamente volteriana del movimiento cordobés, y asegura que sólo se trata de defender altos principios de renovación universitaria, con la que adopta cuando no vacila en recoger una frase inverosímil y desmentida expresamente, desprovista de toda autoridad legal y moral, para convertirla en argumento y presentarla a un ministro?...
>
> En medio de la confusión que se pretende introducir en el conflicto de Córdoba, se ven, pues, dos cosas claras: el furor sectario que ciega a algunos; la contemporarización, llevada hasta la complicidad, de otros

que se hacen abanderados de una causa a la cual, de frente a sí mismos, no pueden servir, con la tranquila aquiescencia del espíritu. Y esto último es muy doloroso, es muy triste, pero es cierto". (El texto completo de este escrito en el Apéndice).

* * *

El 3 de agosto El Pueblo bajo el título de "Un nombramiento inconcebible" comenta la designación del doctor Telémaco Susini como interventor de la Universidad de Córdoba. Si hay una persona que no podía ser nombrado, esa persona es precisamente el Dr. Susini.

Es el portaestandarte del anticlericalismo más violento y sectario. Encabezó la columna de forajidos que incendiaron el Colegio del Salvador en 1875.[7]

"La Nación" comenta la designación del Dr. Susini. Hace notar que Susini no es imparcial; o puede caber duda alguna sobre las soluciones que dará el Dr. Susini en el desempeño de su misión, contrarias a las autoridades universitarias de Córdoba...

El gobierno al designar al Dr. Susini da la razón a los estudiantes y desautoriza la obra inicial llevada a cabo con serena ecuanimidad por el anterior comisionado Dr. Matienzo.[8]

En Buenos Aires hay quienes censuran a Juan Bautista y a sus camaradas por haber usado de su derecho propio para expresar su pensamiento.

La lucha continúa y se multiplican las asambleas callejeras, no falta nunca el orador Juan B. Podestá. En esas reuniones se ponen las cosas en su lugar respecto del conflicto de Córdoba. A menudo son interrumpidas por los sectarios, que resultan rebatidos brillantemente.

El 3 de agosto en plaza Congreso se organiza un acto con numerosa concurrencia organizado por Córdoba libre.

Cuando está hablando Dionisio R. Napal contra el anticlericalismo de los estudiantes cordobeses, un grupo ácrata-socialista lo interrumpe y trata de impedirle el uso de la palabra. Pero el público y la policía contraatacan y los revoltosos tienen que retirarse. Es entonces que el orador dice las siguientes frases:

No tienen derecho a atropellar una tribuna garantida por la Constitu-

---

[7] "El Pueblo" 3 de agosto de 1918 (Cfr. Rev. Ecl. del Arz. de Bs. As. Año 1918; pág. 677).

[8] "La Nación", 8 de agosto de 1918 (Cfr. Id. pág. 684-685).

ción y la autoridad, quienes hace ocho días, en esta misma plaza, en consorcio con ácratas y socialistas, tenían vergüenza de cantar las estrofas del Himno Nacional al que sustituyeron por las canciones de la anarquía, el himno socialista y el canto de la Marsellesa... Los que se avergüenzan del Himno y de la enseña patria, los que destrozan los retratos de los próceres, los que no agradecen el sacrificio de los varones preclaros y virtuosos que consagraron la libertad, son hijos bastardos, indignos de vivirla. Y repitiendo una frase célebre, quien tal hace es, si extranjero, un intruso, si argentino, un extraviado".

Ese mismo día, con el mismo objeto se realiza en Plata Italia una conferencia en la que hablan Justo M. Gómez y Juan B. Podestá.

* * *

En Córdoba se produce la reacción de la población católica. El 18 de agosto se realiza una grandiosa manifestación en desagravio a la cultura, ultrajada por los excesos de los revoltosos. Se congregan más de 30.000 personas. Piden y habla el Dr. Arturo M. Bas con cifras y datos precisos sobre la Reforma Universitaria.

El doctor Antonio Nores renuncia altivamente en un histórico documento. El doctor Bas aseguraba que se vivía instantes de agitación y de combate, cuando las palabras deben ser breves, para fijar la lucha y fijar orientaciones en la acción.

Tal es el clamor del país y de Córdoba, que a los pocos días el Poder Ejecutivo resuelve designar un nuevo interventor.

El 23 de agosto el Poder Ejecutivo designa al mismo ministro de Justicia e Instrucción Pública Dr. Salinas como interventor de la Universidad de Córdoba, después de aprobar lo actuado anteriormente por el Dr. Matienzo en aquel establecimiento y sin acordarse para nada del Dr. Susini, pues las gracias se las da al Dr. José N. Matienzo.

El 3 de noviembre los estudiantes revoltosos hacen una tumultuosa manifestación en Córdoba. Rodean al seminario y lo apedrean durante media hora, pasan por el Colegio de la Compañía de Jesús y apedrean sus muros seculares, llegan hasta el Obispado y lanzan contra esa mansión pacífica, piedras y frases más abundantes y descomedidas, y atacan a la policía. Apedrean el templo de los domínicos, y el frente del diario "Los Principios" por izar éste la bandera pontificia.[9]

---

[9] "El Pueblo", 3 de noviembre de 1918 (Rev. Ecl. del Arz. de Bs. As. Año 1918; pág. 885).

El 7 de noviembre el periódico "El Diario" ataca al Obispo de Córdoba por pedir garantías al Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto.

* * *

Después de esta lucha tan áspera y continuada, Juan Bautista recibe un día un ofrecimiento halagüeño, donde se revelarán una vez más la rectitud de su acción y la nobleza de su espíritu.

Los señores Leonardo y Martín Pereyra Iraola, dueños de grandes establecimientos de campo, habían visto con disgusto la actitud de su entonces administrador, el estudiante de Ciencias Económicas Sr. Watson; en el asunto de la Reforma Universitaria. Pidieron a un sacerdote jesuita, al talentoso y benemérito padre Vicente Gambón, les indicase a un joven de capacidad, para poner al frente de la administración de sus bienes. Se hizo el nombre de Podestá, que no tardó en recibirla buena propuesta.

Juan Bautista consulta el caso, lo piensa mucho; escucha el consejo de personas que le parecían prudentes, deja sus estudios para doctorarse y por último se sincera con el mismo Sr. Watson, para que no supusiera que él, de algún modo, obtenía este empleo, como resultado de sus actividades universitarias en defensa de los ideales cristianos.

Demás está decir cómo Juan Bautista encontró aquella oficina y el punto a que la llevó.

Con constancia e inteligencia, va poniendo todo al día, dilucidando todos los asuntos, resolviendo todos los problemas, de modo que, con el cariño más que paternal de los señores Pereyra Iraola y la entera confianza de los mismos pudo demostrar el estado del último semoviente, y el movimiento de la más insignificante parcela de tierra.

Su cargo es de responsabilidad y de singular competencia. A menudo se presentan cuestiones de delicadísima índole, a las que debe forzosamente horas y más horas de concentrada atención.

Van y vienen los empleados, la vida de oficina se desarrolla hirviente delante de él; Juan Bautista nada oye, ni nada lo distrae, está resolviendo un asunto difícil. Como si se hallase solo, mordiéndose el labio y batiendo el compás con el pie —gestos característicos en él de honda preocupación— termina al rato por teclear el escrito o dar con la clave segura, porque el éxito ya se tiene por descontado.

Los clientes de la casa y los gerentes de bancos sabían que se encontraban ante una inteligencia privilegiada.

Los intereses de la firma comercial no podían tener administrador más ecuánime y cuidadoso.

Asunto que no fuera de positivo provecho para la administración no era aceptado por él.

En cambio, cuando se trataba de practicar las enseñanzas de las encíclicas de los pontífices León XIII y Pío XI, sabía hacer la parte de los clientes en contra —diríamos— de los propios intereses de los dueños, si la justicia social pudiese herir derechos surgidos a su margen. Esta conducta de Juan Bautista contó siempre con la aprobación de los señores Pereyra Iraola, quienes participaban del punto de vista de su representante.

El cariño más fiel y el respeto más completo rodean la persona de Juan Bautista en los largos años de su trabajo al frente de esta administración. Sabe conciliar ambas cosas y merecerlas. Sus modestos y afables modales tienen un ascendiente indiscutible sobre los empleados de modo que aquella gran oficina es un gran hogar, una gran familia.

Desde pequeño lo hemos visto amar al trabajo. Siendo universitario no desdeña vestir el guardapolvo y ayudar a su padre en el despacho de las mercaderías.

Esta formación bajo el techo paterno hace de Juan Bautista el incansable trabajador que no mide las horas de trabajo.

Ordenado y fiel no quiere ser distraído con otros asuntos en las horas de oficina. Si por necesidad se lo debe consultar sobre medidas de acción católica, desarrolla luego mayor actividad y suple los momentos que le distrae la conversación ajena a las obligaciones de su escritorio.

Cuando después de la muerte de Juan Bautista se presentaban asuntos complicados en el escritorio, los señores Pereyra Iraola mandan consultar la forma cómo los resolvía Podestá, para que así se proceda en el caso, seguros de que nada podrá hacerse mejor que lo dispuesto por Juan Bautista, como cariñosamente lo llamaban.

Y quieren que la serena imagen de Podestá presida el despacho que él ocupaba sito en la calle Florida 880, sede de la administración de los señores Pereyra Iraola. El reconocimiento de los empleados y la administración de los señores Pereyra Iraola han hecho que el gran joven modelo, el empleado de capacidad más única que rara, siga presente, siquiera en efigie para que su ejemplo perdure entre el seleccionado elemento que allí trabaja.

CAPITULO CUARTO
SU SEGUNDO HOGAR

La vida de Juan Bautista está íntimamente relacionada con la del Colegio y Oratorio "San Francisco de Sales" y con su Centro de Exalumnos.

Puede decirse que para Juan Bautista "San Francisco" fue su segundo hogar.

Ya en la elección de los exalumnos del 2 de abril de 1914 para formar la nueva Comisión Directiva es elegido secretario general Juan B. Podestá.

Y al año siguiente, en las elecciones del 28 de marzo de 1915 Juan Bautista Podestá es elegido presidente.

Durante su presidencia el Centro de Exalumnos toma nuevo empuje: se acrecienta el número de socios, florece la vida de piedad, se desarrollan las actividades deportivas, culturales y teatrales. "Mérito sin contradicción entre los más salientes del centro de exalumnos del "San Francisco de Sales" fue el florecimiento de su oratorio, principalmente por mérito de los grandes presidentes de gran lustre que gobernaron el centro; hasta 1920, principalmente Juan B. Podestá; en 1921 y 1922 Amadeo P. Barousse, benemérito sobre toda ponderación entonces y después en la obra salesiana argentina; en 1923, de nuevo Podestá..."[1]

Tan bien se desempeña Juan Bautista en su cargo de presidente que los exalumnos lo reeligen ininterrumpidamente de 1915 a 1920 y, después de un intervalo lo vuelven a elegir en 1923 y 1924 y luego de otro intervalo lo eligen nuevamente presidente en 1927 y 1928. Es en estas últimas fechas cuando, quien esto escribe, tuvo la suerte de conocerlo y de tratarlo. En los intervalos de sus presidencias siempre ocupa un cargo en la comisión directiva ya sea como vicepresidente o como vocal.

Nunca regatea su palabra a los muchachos oratorianos. Hace notar la crónica del Colegio que en la fiesta de San Luis celebrada el 5 de julio de

---

[1] Cayetano Bruno SDB. "Los exalumnos de Don Bosco en la Argentina" Buenos Aires 1991, págs. 32 y ss.

1925, que ha congregado varios millares de muchachos, después de la pintoresca manifestación popular que recorre varias cuadras del barrio les hablan a los muchachos Amadeo P. Barousse y Juan B. Podestá.[2]

* * *

Juan Bautista ha asimilado magníficamente el espíritu salesiano y lo refleja en su porte, en sus palabras, en su piedad y en su corazón oratoriano.

Su rostro siempre sonriente y sereno.

Su devoción es suave; su oración no asume nunca posturas raras; nada de extraño se veía en su recogimiento fuera de la concentración de su alma, transparentándose en su rostro. Su meditación es diaria; la hace como un religioso ejemplar.

Así estaba en la iglesia: derecha su persona, levemente inclinado hacia adelante, entrelazados los dedos de sus manos, o bien sosteniendo el libro de oraciones, el misal del cristiano; el rostro sereno.

Conocía perfectamente la liturgia, que es la flor de la devoción y de la fe. Así era más razonable el obsequio de su creencia.

No era hombre de muchas devociones, pero las que tenía las cumplía escrupulosamente.

Diariamente participaba en la Santa Misa y hacía su fervorosa Comunión.

Confesaba cada quince días con el P. Enrique Pozzoli, su director espiritual y gran director de almas.

Las jornadas eucarísticas, las comuniones de hombres dentro ó fuera de la Capital Federal, lo contaron entre los primeros concurrentes, hablando siempre después de estos actos para enfervorizar más y más los ánimos hacia Jesús-Eucaristía.

Por más que le agobiaran el cansancio, o debiera asistir a los actos de propaganda católica, no dejó de acudir a la adoración nocturna mensual.

Ni una sola vez faltó a este acto de los primeros domingos que se realizaba en su parroquia de San Carlos, con la procesión que la termina; portaba devotamente su cirio, y había que rogarle mucho, por creerse indigno, para que aceptara llevar el palio.

Cada año realizaba algunos días de retiro espiritual. En 1920 acompañó a Don Carlos Conci para dirigir con él los ejercicios espirituales a los exalumnos de Don Bosco del colegio de San Nicolás de los Arroyos.

---

[2] Crónica del Colegio y Oratorio "San Francisco de Sales" (1893-1936) A.C.S. Bs. As. Obras, caja San Francisco de Sales, 9.1

Cuando los exalumnos realizaban ejercicios espirituales los días de carnaval del sábado a la tarde hasta la madrugada del miércoles de ceniza, Juan Bautista asistía en las tandas de los años 1930 y 1931.

Desde 1924 los Círculos de Obreros realizan la gran manifestación de fe del Jueves Santo. Concurren varios millares de hombres que pasean su fe en el gran día del Amor.

Cuando se organizó tan emocionante acto por vez primera, Juan Bautista puso todo su entusiasmo y su decidido concurso, echando el resto.

La última vez que participó fue pocos días antes de su muerte, lo hizo con el más doloroso sacrificio. Fue el 13 de abril de 1933. En esa tarde se llegó a pie hasta la Plaza de Mayo.

Los dolores fueron tan grandes que se retiró antes de terminar la manifestación.

Su fe le hizo resistir los atroces desgarramientos que ya sentía.

En los paseos, en los tránsitos por las calles, no dejaba de visitar al Santísimo Sacramento.

* * *

Declina los actos de homenaje que a menudo quisieron promover los amigos para realzar sus muchos merecimientos.

Cuando el 4 de noviembre quiso el Centro de Exalumnos dedicarle un homenaje cordial, expresará Juan Bautista:

"Con la gracia de Dios he resistido, no por falsa modestia sino por justificada convicción, a las tentaciones de creerme autorizado a recibir ningún homenaje, por sencillo que él pudiera ser. Apelo al testimonio de muchos de los que aquí me oyen, para que ellos digan si estas cosas, que ahora manifiesto, no las he dicho en privado, para desarmar vuestra benevolencia hacia mí".

"He venido sin embargo. Porque no hubiera podido contrariaros hasta la desconsideración. Pero he venido —y esta es mi protesta— para deciros que en manera alguna mi presencia aquí significa una transacción con mi conciencia, que a gritos me dice la conducta que debo observar ante esta manifestación de vuestro cariño. He venido para protestar que yo no merezco, que no puedo merecer ningún aplauso de vosotros, y para afirmaros, sin dobleces con el corazón en la mano, que aunque enternecido por vuestro afecto, declino la demostración que habéis querido hacerme. Perdonadme si mi lenguaje no es todo lo adecuado a las circunstancias, si hay en él hosquedad o poca ternura. No sabría deciros estas cosas de mejor manera,

y tampoco sabría hacer componendas íntimas, para hablaros un lenguaje que no fuera el mismo que habla mi corazón".

Enamorado del bien, era en extremo prudente. Y sabía que, por desgracia, todas estas manifestaciones aunque merecidas, como las frases de elogio estampadas en diarios y revistas, producen quisquillosidades en espíritus que, sin ser mezquinos, sienten los celos de la envidia, transformada poco a poco en oposición a las causas y cosas más laudables.

La envidia fue pecado de ángeles. Cuanto más se refina la materia y se espiritualiza la acción, es más fácil que penetre este gas sutil y venenoso, que gasta las entrañas nobles de la más pura de las dedicaciones a la gloria de Dios y al bien del prójimo.

A pesar de los triunfos que obtiene en su actividad social —cristiana y de sus ocupaciones cada vez más extensas, no dejará la explicación del catecismo al cuadro de oratorianos en el Oratorio "San Francisco de Sales", durante los días festivos.

Distanciados los grupos, cada catequista imparte la lección a los respectivos alumnos en la amplísima iglesia.

La proximidad de Juan Bautista era "nefasta" para los catequistas, porque los mozalbetes poco a poco desertan de los bancos, para acercarse al grupo de Juan Bautista y quedarse embelesados, escuchando sus explicaciones.

Más tarde, con gran dolor de su alma, no puede continuar con este apostolado que tenía para él muy especiales encantos.

Este año el Oratorio "San Francisco de Sales" celebra el centenario de su fundación. ¡Con cuanta complacencia y agradecimiento a Dios contempla la obra realizada en tan larga trayectoria! ¡Cuántos millares de jóvenes pasaron por sus aulas, sus patios y su iglesia! ¡Cómo la inmensa mayoría permaneció fiel a las enseñanzas recibidas de ser cristianos comprometidos y honestos ciudadanos! ¡Cuántos de ellos descollaron en la magistratura, en las profesiones liberales, en el empresariado, en el foro, en la industria y el comercio! ¡Cuántos realizaron proficua obra apostólica en la Acción Católica y en otros grupos eclesiales!.

La inmensa mayoría fueron jefes de hogares cristianos: esposos fieles, padres amantísimos de sus hijos.

En esta trayectoria de cien años florecieron más de ciento cuatro vocaciones sacerdotales, ya sea salesianas, diocesanas o para otras congregaciones religiosas, Y en este florecer de vocaciones eclesiásticas varias de ellas fueron elevadas a la dignidad episcopal.

Pero sin desmerecer a nadie, la figura que en este primer centenario del Oratorio "San Francisco de Sales" se destaca nítida, en relevante perfiles del laico vitalmente comprometido es la del exalumno Juan Bautista Podestá. Los que lo conocieron así lo afirman y esta biografía constituye un elocuente testimonio de lo dicho.

Puede celebrar jubilosamente su centenario el Oratorio "San Francisco de Sales", pues tiene en Juan Bautista Podestá su gloria y su corona.

* * *

Se puede ser prescindente, pero no indiferente en política.

En consecuencia la observará muy de cerca. El más grande observatorio político, afirma el Padre Rutten, es el Vaticano, y también el mejor informado. Y nada hay tan superior y extra terreno como ese monte de las almas.

Desgraciadamente los hombres ven en todas las cosas aviesas intenciones, y los espíritus más activos y sutiles suelen pasar por genios políticos, aún delante de varones probos que ignoran o fingen ignorar la pureza de su acción.

¡Cuántas veces, aseguraba un sacerdote que algo sabía de estas cosas, cuántas veces el Señor dirá de los que pasan por políticos y acaso por mentecatos en la búsqueda de la divina gloria:

—"Este pobre loco es el único que me ha comprendido."

En estos párrafos que siguen sorprenderemos la generosidad de Podestá, mientras expresa un temor muy fundado, por nuestra idiosincracia algo teatral:

> "La política ha pasado a la izquierda; la acción social, la propaganda, ha pasado a la derecha. No sé si me equivoco, pero para nosotros, creo que todo esto va bien, creo que esto es un progreso, una promesa y una esperanza, y hasta una realidad de frutos abundantes. El giro de la campaña emprendida no puede ser mejor. Los adversarios se dan por aludidos. El Dr. Giménez escucha al Padre Franceschi; damas, socialistas (argentino o cualquier cosa) escuchan toda una conferencia donde hablan Conci, Vaudagnotto, Monseñor de Andrea... La Vanguardia da la voz de alarma. Todo esto es señal de nuestra fuerza, de la fuerza de la propaganda católica. ¿No le parece a Ud.? Y si todo no queda en estas primeras escaramuzas, si se cumplen los votos hechos, si se persevera como yo creo que se ha de perseverar, algo se habrá hecho, sin duda alguna. No querría ser más entusiasta que lo necesario, pero se me antoja que se están echando buenos cimientos. ¡Dios quiera que sea así!..." (Mayo 2 de 1916).

Mientras el Padre César Pedotti, profesor normal y autor de ponderados libros escolares, asegurará en carta a un amigo que "Podestá se está poniendo muy guapo orador: habló (sin leer) en las calles con una facilidad y elocuencia superior a la expectativa general de los que le conocían y Monseñor de Andrea lo abrazó en pública calle después de la conferencia", el nuevo conferencista popular escribirá confiando sus temores de próxima revolución:

> "La paz reina en Varsovia. Abundan los rumores alarmistas... predican la revolución. Otros dicen que hay quien la prepara. Yo ruego a Dios que nos libre del enemigo. Huelga decir que el enemigo es la revolución. Y creo de corazón que no ha de atormentarnos, porque sería abominable que celebrásemos así, con sangre, la fecha gloriosa de la Patria. ¡Que reine la paz...! Ya está visto que aquello marcha... tal cual lo exige el bien de las almas... y sobre todo, la mayor gloria de Dios. El movimiento social, va viento en popa. Hay una grande, una inmensa esperanza en todas las almas. ¿Ilusiones? Puede ser. Pero no lo parece. Bendito mientras tanto el entusiasmo, siquiera desmedido cuanto a algún "fruto de bendición"... (Mayo 12 de 1916).

* * *

Está rebosando de alegría por los actos del Congreso Eucarístico cerrados con la gran Procesión de mediados de julio de aquel año Centenario 1916, homenaje del catolicismo y clero argentino a la fecha de Tucumán.

"Mañana es el gran día... Las sesiones del Congreso resultan animadas y los actos públicos que se realizan en el Salvador son magníficos".

El gran Lamarca, ejerció siempre una influencia definitiva sobre Podestá:

> "En la primera sesión, como Ud. sabe, habló el Dr. Lamarca. ¡Qué consuelo el verle tan lleno de energías! Yo no lo esperaba en verdad, porque hace muy poco lo fuimos a ver con el Padre Paglière, para invitarlo al acto de la distribución de premios del Concurso de los Exalumnos, y le encontramos enfermo, al parecer bastante abatido. Y el tiempo desapacible de estos días no es el más a propósito para pasar buena parte de la velada fuera de su casa. Sin embargo, le hemos visto fuerte como nunca. Casi una hora nos entretuvo con su palabra. Ud. habrá leído el discurso en El Pueblo, pero los que lo hemos oído hemos gozado además, el gesto inimitable y la entonación fuerte, sin perder palabra, pues hasta el fin sostuvo su voz". (Julio 22 de 1916).

* * *

Juan Bautista exhibe sus sentimientos con motivo de la gran Procesión Eucarística:

"El acto ha superado todas las esperanzas y no puede imaginarse Ud. la impresión que ha causado en el ánimo de todos. Ha sido un triunfo, un magnífico triunfo, una apoteosis de la fe de los católicos... Lo que sé, es que ha sido un desfile colosal, enorme... Aquello era un hormiguero y todos se hacían lenguas del número de procesionantes. Cuando se trata de describir cosas así, las palabras faltan y todo lo que se diga parece pálido. Sólo el corazón las comprende y las canta. Claro que para honrar a Jesús todo es pequeño, pero como manifestación de la fe porteña, la procesión del domingo lo es muy espléndida y como expresión de fuerzas, el comentario general dice lo que vale. Así es grande también nuestro entusiasmo y nuestro consuelo.

Jesús ha paseado triunfalmente por las calles de la ciudad que se creía poco menos que atea, seguido, como en su paso por la tierra, por turbas numerosas llenas de fe, y ha derramado sus bendiciones sobre las cabezas inclinadas a la tierra de la parte más distinguida de la sociedad argentina, que ha sido un ejemplo magnífico de entereza en la confesión de sus convicciones religiosas y sobre un número inmenso de humildes hijos del pueblo, no menos valientes cristianos. Y a ese paso triunfal de Jesús, todos han respondido por lo menos con el respeto... Aquí no era el clima que impedía hacer. Y no es el clima que nos ayuda ahora, al contrario el domingo hacía un frío y un viento que ni que lo mandaran los socialistas!.

A propósito de los socialistas. Como Ud. se imagina están imposibles de despecho y agravio. La Vanguardia está irritada. El Dr. Giménez desde la una estuvo apostado en la Avenida y se quedó hasta que todo hubo concluido. No hay que ser suspicaz para creer que el espectáculo lo ha aplastado... ¡Tantos hombres! Porque es sin duda lo que más ha impresionado: el número de hombres, de jóvenes y de niños.

Quizá para desquitarse, el pobre Giménez dio ayer un escándalo en la Cámara, como habrá Ud. visto en El Pueblo. Hizo la torpeza mayor que podía hacer en el momento y sus palabras, insultantes y necias, provocaron una reacción saludable en la Cámara, exteriorizada en la votación unánime del subsidio para el templo de las Mercedes. Es casi seguro que de otra manera no hubiera habido unanimidad". (Julio 27 de 1916).

* * *

El sentimiento patriótico de Podestá se pone de manifiesto en las

solemnidades religiosas y en las conmemoraciones épicas. Siempre empero cristianiza este amor, que es acendrarlo y hacerlo de ley.

Era también el orador de las grandes circunstancias. El centenario de Tucumán, la despedida de los Exploradores que van a Mendoza para realizar el homenaje al Ejército de los Andes, encuentran en Juan Bautista la más caldeada y completa expresión.

Analicemos una de sus oraciones patrióticas, la que pronunció en la plaza de Mayo ante los Exploradores que partían para Mendoza, con la meta del Cerro de la Gloria.

* * *

Hondo es su poder de evocación; rápidamente comunica el afecto sugestionador de que él mismo se ha poseído.

> "Con unción patriótica alzo mi voz, pobre pero entusiasta, en esta plaza cuna de nuestra libertad y cuna de la libertad de América, uniéndome a la Obra de Don Bosco que quiere ofrendar su homenaje a la Patria, en el año en que se recuerda la hazaña del glorioso Ejército de los Andes que cruzara, a las órdenes del Gran Capitán, las cordilleras más altas de la tierra.
>
> * * *
>
> "Por allí, por sobre esos Andes era preciso que cruzara el ejército de la libertad. Y Dios condujo a aquel bravo ejército formado a fuerza de tantos sacrificios generosamente aceptados y ofrecidos por aquel pueblo admirable de Cuyo que mereciera los elogios entusiastas de San Martín. Con él, con ese ejército, ¡cuántas cosas queridas marchaban!. Iban hijos alentados por sus mismas madres, esposos, prometidos que desgarraban el corazón de sus novias al abandonarlas y que laceraban su propio corazón.
>
> * * *

La Obra de Don Bosco se une alborozada a las fiestas jubilares del Paso de los Andes. Quiere así robustecer la educación argentina de sus niños.

> ¡Regocijémonos!. Estos niños que veis, éstos gallardos exploradores, son niños del "Oratorio Festivo Salesiano". Son de esos que sin el abrigo salesiano quizá cayeran en la pendiente del mal, renegados de la sociedad y enemigos de la Patria, sin Dios y sin ley. Vedles en cambio, enardecidos de entusiasmo, amando a su patria y haciendo guarda de honor en sus altares; son esperanzas de nuestra democracia naciente, y sus pechos fuertes son la coraza de sus almas cristianas".
>
> * * *

La democracia, que como dice Ozanam, es el término natural del progreso político hacia el cual Dios guía al mundo, es una pasión en Juan Bautista. Ama la democracia, no la liberal, individualista, la que envenenó las fuentes del pueblo, la de la tabla de sumar, sino la cristiana, la de perfeccionamiento individual, la que se ejerce según la justicia social y tiene por programa las grandes frases de N. S. Jesucristo: "Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto".

Por esto, su último pensamiento es para el Cristo de los Andes, en un anhelo de paz exacto y oportuno:

> "Niños muy amados: sobre la cumbre del Ande la piedad y al amistad argentina-chilena han levantado un monumento a Cristo Redentor. Los brazos amorosos de Jesús, Príncipe de la Paz, se extienden en señal de concordia, desde aquel trono azotado por los ventisqueros, sobre los dos pueblos. ¡Bendita señal! que jamás las pasiones la quieran arrancar de entre las nieves andinas. Por donde pasó el ejército de la libertad que ya no pasen ejércitos con armas de muerte. Que sólo los soldados del trabajo sigan sus huellas.
>
> Que la Virgen, en cuyas manos, para ejemplo de las generaciones, San Martín puso su bastón de mando como lo hiciera Belgrano, bendiga y proteja a nuestra Patria. Que Ella nos consiga ser un pueblo orgulloso de su pasado y consciente de sus deberes lleno de segura esperanza en su porvenir, que no mira sus tiempos heroicos con el deseo de volverlos a ver sino para recoger alientos y corajes para sus luchas de hoy, que sabe que la gloria se conquista lo mismo en el fragor de las batallas, como en las bregas del trabajo, pero quiere, eso sí, ver reproducidos la abnegación y las virtudes de aquellos tiempos de inmolaciones ¡un pueblo, en fin, que canta, con el Himno magnífico de la Patria, el Hosanna perpetuo de la gloria de Jesucristo, el Divino Libertador!".

* * *

En esos días el diputado Giménez presentaba un proyecto de expulsión... de los Salesianos y del Excmo. Nuncio Apostólico, el más tarde Cardenal Locatelli. En lo segundo obtuvo éxito, pues poco tiempo más tarde, se alejaba Monseñor Locatelli, para dejar en su lugar a Monseñor Vasallo di Torregrosa. En cuanto a los Salesianos, a quienes se les honró incorporándolos al Nuncio en la expulsión, hasta lo presente gozan de muy buena salud.

Juan Bautista gasta algunas bromas en una carta hablando de este asunto:

"¿Ha visto Ud. el proyecto genial del inefable Giménez? ¿Y los fundamentos que presentó por escrito? ¡Cosa magnífica!. Está visto que el hom-

bre quiere pasar a la historia. No será por su culpa si lo olvida la posteridad. El buen hombre hace todo lo que sabe. Y él mismo dice que lo hace con recta intención.

El italiano Locatelli, como lo llama el Dr. Giménez, se les ha quedado atravesado en la garganta a estos socialistas, y los Salesianos le causan un escozor inaguantable... Pero yo creo que no hay que mirar el proyecto con indiferencia total, porque por desgracia hay muchos que comparten las miras socialistas, y nadie puede decir que otros no pongan la eficacia de la habilidad y la argucia en cambio de la torpeza que no puede ocultar Giménez... Perdone que le entretenga con cosas como las de Giménez; no me crea de mal gusto..., Paso de prisa y cuido de no detenerme demasiado..." (22 de julio 1916).

* * *

El escándalo de la Ensenada

El escándalo debía venir y vino. A los pocos días reventaba la ola de cieno. Podemos hoy hablar con más claridad que entonces y asegurar que se buscó por el anticlericalismo una ocasión cualquiera para promover el escándalo y enlodar tantos triunfos obtenidos por la buena causa.

El teatro es la Ensenada y la víctima, ya que debía serlo cualquiera, lo fue esta vez un santo y amable sacerdote. El salesiano padre Francisco Vilcsel es acusado por "La Vanguardia" de un delito de inmoralidad denunciado por la familia Baratti y escandalosamente comentado por varios periódicos.

Juan Bautista forma parte del Consejo Inspectorial de los Exalumnos en el que se trata el asunto.

Escribe Juan Bautista:

> "Estamos llenos de indignación por el asunto de la Ensenada. Los calumniadores no cejan en su empresa y vuelven a la carga ofreciendo nuevas pruebas. Mientras tanto la semilla del escándalo, con fallo o sin él, prospera. ¡Y qué inquinidad! ¡Mire Ud. cuánto niño, cuanta criatura iniciada en cosas que ni debe sospechar! ¡Cuántos inocentes escandalizados!.
>
> Pero yo creo que por lo menos se ha de desplegar el mismo celo que se ha gastado para la inquinidad, en combatirlo. Mañana los rojos celebran una conferencia. El Consejo de los Exalumnos se ha reunido anoche y se ha resuelto realizar una manifestación de desagravio al Padre Francisco, se tratará de hacerlo en la calle y habrá discursos, cultos, es

claro, pero enérgicos. Además se difundirá un folleto que pondrá en evidencia la torpeza de la calumnia" (Agosto 10 de 1916).

Dos semanas más tarde escribía Juan Bautista, eliminando toda referencia a su acción, como era su inveterada costumbre:

> El domingo los Exalumnos han dado un hermoso espectáculo. Nadie lo preveía tan magnífico. Estamos ciertos de que el pueblo de la Ensenada ha recibido una impresión fuerte. Aquello era una verdadera manifestación. ¡Y con qué ánimos! Hubo mujeres valientes que aplaudieron desde las veredas y por supuesto, socialistas que no podrían tragar la píldora. ¡Viva el Padre Francisco! ¡Viva la Acción Social Católica! ¡Vivan los que no se dejan abombar por la calumnia! ¡Nosotros los conocemos! Así, con estos gritos, se llegó al Colegio. Allí hubo una salva prolongada de aplausos y luego discursos vibrantes bajo el sol que apretaba. Por segunda vez habló Samperio (J.M.) Lo hizo a maravilla, como el domingo 13 en Liniers, donde hizo su estreno... Ud. verá la crónica del acto... Soy feliz, eso sí, de escribirle estos renglones bajo la impresión de un gran éxito y con la mayor alegría de mi corazón". (Agosto 22 de 1916).

El juez de crimen Dr. Frutos sobresee al P. Francisco en el delito imputado por "La Vanguardia".

El P. José Vespignani, inspector salesiano, como superior del P. Francisco le obliga por obediencia a entablar acusación criminal por calumnias e injurias, a sus detractores.[3]

Y ya que hemos tocado este punto queremos terminarlo con unos párrafos de Roberto Lowry, que describe la escena con entusiasmo y fidelidad:

"Allí había cuatro centenares de jóvenes llenos de bríos, con la efervescencia en el ánimo demostrada elocuentemente por sus gestos y gritos. La impresión que producía ese núcleo compacto y selecto de jóvenes era imponderable y de efecto aplastador para los adversarios que veían el desfile ocultos en sus guaridas. La manifestación resultó al fin de cuentas un paseo triunfal, en medio del pueblo, que acudió en masa a presenciar el paso de esos pujantes y valerosos jóvenes, que de tal manera respondían al reto socialista y desagraviaban públicamente a ese mismo pueblo, de la ofensa que los sectarios le habían inferido en su honor y cultura. Llegados a la plaza que hay frente al Colegio Salesiano pronunciaron vibrantes discursos Vaudagnotto, Conci, Samperio, (en nombre de la Juventud Católica) y

---

[3] Rev. Ecl. del Arz. de Bs. As. Año 1916; pág. 776.

Podestá. Todos reprobaron con frase enérgica la vil calumnia de los socialistas y no hubo uno solo de éstos que osara interrumpir.

Mientras hablaba el primero de los oradores nombrados, hizo su aparición el Padre Francisco, siendo recibido entre una salva de estruendosos aplausos. Fue un momento delirante, todos aclamaban a porfía al buen sacerdote, cuya presencia infundía en el alma un sentimiento tal de amor y veneración que venían deseos de abrazarlo como se abraza a un Padre dulce y afectuoso. ¿Cómo es posible que ese religioso hubiera tenido ni la más remota idea de la que se le ha achacado?... ¿Y esto puede ser siquiera imaginado en un hombre después de cuarenta años de vivir consagrado a la educación de la niñez y tener al presente más de cincuenta de edad? Se ve en este caso patentemente el desatino y la insensatez de los que inventaron tan torpe calumnia contra un sacerdote de tan acendrada virtud y vida meritoria".

Y narra el único incidente del día, cuando se iniciaba el regreso:

"Sucedió que varios sujetos empezaron a proferir insultos en contra de los manifestantes y Vaudagnotto —que no se las va con vueltas— quiso reprimir el ataque en una forma radical y expeditiva, (léase puñetazos...). A consecuencia de ello se produjo un tumulto e intervino la policía para evitar que los agresores recibieran una lección bien merecida, pudiendo éstos escapar amparados por los agentes a caballo, en medio de una gritería descomunal que los habrá dejado con la carne de gallina". (Buenos Aires, 21 de agosto 1916).

La manifestación llegada a Buenos Aires fue recibida triunfalmente; en el Colegio Santa Catalina habló el Padre Vespignani, muy emocionado, participando a los Exalumnos la alabanza de un juez de La Plata, por haber ido al grano; siguieron los discursos el Padre Bonetti, el Dr. Tiessi, nuevamente Vaudagnotto y Barrantes Molina. Nadie quería irse y ya era noche entrada.

El Sr. Lowry añade: "¡Oh jornada dichosa y memorable!".

Así fue en efecto.

"Diez años atrás, cuando el sonado asunto de Caballito, dice Roberto Meissegeier testigo ocular y entusiasta participante, no se encontró media docena de Exalumnos para firmar una corta protesta, el célebre Defendámonos, escrito por el Padre Vespignani; hoy eran legión los jóvenes dispuestos a dar la cara y la vida en gallarda manifestación de fe."

* * *

Juan Bautista sufre lo indecible cuando un ministro del Señor da un mal paso.

En noviembre de 1916 el presbítero José Ignacio Yani apostata.

Un mes después, el 29 de diciembre, tras una breve enfermedad fallece, pero antes, por gracia de Dios, se reconcilia con la Iglesia, recibe los Sacramentos y pide perdón por su apostasía del mes anterior.

El corazón de Podestá había llorado lágrimas de sangre por el ministro del Señor que había dado un paso en falso.

Había sido un entusiasta de la revista De Nuestra Historia, fundada por el Presbítero Yani.

En un mes, de las más negras tinieblas volvió a la luz de la misericordia divina este benemérito sacerdote. ¡Ocasos que Dios permite para que brille con más fulgor su gracia infinita!.

Juan Bautista habla de este suceso:

> "Varias veces quise escribirle (al R. P. Massa), por ejemplo, cuando la noticia del Padre Yani. Me causó tanto dolor que sentía necesidad de escribir algo y lo había elegido a Ud. como víctima.
>
> Hoy casualmente, nos llega otra noticia sobre el Padre Yani ¡Cosas terribles!. En un mes y medio, todo un drama! Pero, en fin, Dios le ha concedido la gracia de morir reconciliado. ¡Tantas veces cantó las glorias de la Virgen!.
>
> Usted sabrá sin duda que en julio, los Exalumnos de San Carlos lo invitamos a hablar con ocasión de bendecirse la placa del clero patricio. Accedió y habló en la esquina de casa. Dijo un discurso hermoso y sobre todo, muy católico, que me impresionó muy bien y confieso que desde entonces lo miré con profunda simpatía. Hizo la apología de Castro Barros, entusiasta y elocuente, y esto mismo me causó mucho placer, ya que le veía aplaudir tanto al sacerdote de quien dicen que se conservó más íntegro en los principios, en medio de aquellos tiempos tormentosos. De suerte que la noticia de su apostasía, regalada con estúpido comentario por La Vanguardia, nos consternó. Aún bajo aquella impresión, recibimos hoy la nueva de su muerte y a pesar de todo, parece que alivia, ya que ha sido cristiana. ¡Pobre De Nuestra Historia! ¡Y tan excelente obra que había iniciado!.
>
> Bendigo a Dios, que no ha dejado cebarse en torno de su lecho de muerte a los enemigos, y que frustró sus pérfidos designios de innobles ataques.
>
> ¡Y mientras tanto adelante! como decía Pearson en su hermoso artículo: "Un claro en las filas". Se aprende y se busca fortaleza en el

contraste. Los soldados pasan, pero Cristo, el Jefe permanece siempre".(Diciembre 30 de 1916).

* * *

A mediados de 1918 el director del colegio P. José Clemente Silva propone a la Comisión directiva del centro de Exalumnos que preside Juan B. Podestá la creación del "Ateneo Popular de Almagro" como escuela nocturna para jóvenes obreros.

Huelga decir que la propuesta es aceptada y el Ateneo se abre el 3 de junio de 1918 con un término medio de 650 alumnos.

Juan Bautista se encuentra de inmediato entre el núcleo de profesores que desinteresadamente prestan su concurso entusiasta y constante.

Juan Bautista enseña Contabilidad y Teneduría de Libros, otros profesores dan clase de Idiomas, Aritmética, Redacción de Documentos, Economía, Dibujo Industrial..., en fin, lo más necesario para adiestrar al obrero y elevar su nivel de instrucción y posiblemente de vida económica.

No faltan las nociones de doctrina social de la Iglesia y de apologética, a través de conferencias de sacerdotes y laicos de prestigio como Gustavo J. Franceschi, Dionisio R. Napal, Carlos Conci, Juan B. Podestá y otros.

En 1919 los alumnos suben a 830, pero bajan a 700 en 1920.

Ese año deja de funcionar por falta de personal.

* * *

Y un recuerdo más de cosas domésticas.

A quien quería renunciar de su puesto en la Comisión de Exalumnos, por minucias le escribía esta carta que es un canon y una guía:

"Mi querido amigo: ¿Qué le ocurre a Ud. para tomar determinaciones tan extrañas? No acierto a explicarme como haya podido nuestro buen G. resolverse a "renunciar" ¡A renunciar! ¿Pero ignora acaso, querido amigo, que los exalumnos de Don Bosco no debemos renunciar nunca? ¿Quién renuncia a su casa? ¿Quién renuncia a sus padres? ¿Quien renuncia a sus hermanos? Hay condiciones y puestos irrenunciables por naturaleza. Bien sé que Ud. no entiende "renunciar" de exalumno, sino a su puesto en la Comisión Directiva. Pero es que aunque no lo parezca de inmediato, ambas cosas no son más que una sola. A Ud. le mandan estar allí y como no tiene ningún impedimento para obedecer, si no obedece, ya falta al deber del hijo, del exalumno, que consiste en vivir unido a la asociación por el afecto y por la obediencia. Ni puede servir de excusa el que otros "renuncian", porque a

veces es de necesidad hacerlo y porque otras veces esos tales proceden también mal y no hay derecho a imitarlos. Además en su caso particular, querido G., no hay sino cariño y buena voluntad para Ud. y eso a pesar de que se hagan chanzas no siempre convenientes. Todos quieren que Ud. permanezca donde está y que haga su parte de trabajo en bien de nuestro Centro, como lo ha hecho hasta ahora. En suma, por nuestro Venerable Padre Don Bosco, por el afecto filial que Ud. siente por los Salesianos y por el cariño que me dispensa, dejo yo mismo sin efecto su renuncia y le doy un abrazo". (17 de mayo de 1918).

* * *

Siendo presidente del Centro de Exalumnos de Don Bosco "San Francisco de Sales" se produce a comienzo de 1919 lo que es conocido con el nombre de "semana trágica". Los anarquistas intentan reproducir en Buenos Aires la semana trágica de Barcelona y, si posible fuera, lo ocurrido en Rusia.

Los episodios comienzan el 3 de enero cuando los gremios dominados por los rojos decretan la huelga en los talleres metalúrgicos de Vasena situados cerca de Puente Alsina.

A las 5.30 los huelguistas interceptan un transporte custodiado por la policía y la guardia de caballería cambiándose más de 300 disparos que deja un saldo de varios heridos graves.

Al día siguiente en Alcorta y Pepirí se produce otro encuentro y un nuevo tiroteo. El día 7 se inicia en el puerto la huelga de marítimos, por lo que el Gobierno dispone el acuartelamiento de las tropas y prohibe el tránsito de vehículos.

La F.O.R.A. (Federación Obrera Regional Argentina) dominada por los anarquistas decreta una huelga general y el país queda paralizado. En la avenida Alcorta se desarrolla una verdadera batalla campal.

Desde Almagro se escuchan los nutridos tiroteos que tienen lugar en los alrededores de plaza Once. Piquetes de huelguistas desalojan a los señaleros ferroviarios y clausuran las cabinas.

En horas la ciudad se convierte en escenario de una guerra entre izquierdistas y tropa de línea. En todos los barrios los escasos transeúntes son palpados de armas. Grupos de exaltados organizan ataques a barrios donde predomina la colectividad judía asaltando viviendas y quemándolas. El silbido de las balas perfora la quietud ciudadana y los muertos se amontonan. Quien estas líneas escribe es testigo de que en los sitios más

conflictivos, los vecinos amedrentados, encerrados en sus casas, colocan colchones en las ventanas que dan a la calle para librarse de los efectos de las balas.

Hay intentos de asaltar las iglesias de San Agustín y del Huerto, el Departamento de Policía (que estuvo a punto de caer en manos de los terroristas) y la gran prisión nacional para liberar a todos los presos.

Desde un primer momento Juan Bautista advierte el carácter del movimiento subversivo y la gran urgencia que hay en salvaguardar las iglesias, conventos y establecimientos religiosos. Son convocados los exalumnos de Don Bosco. Ciento veinte se presentan en San Carlos no sólo para defender esa casa salesiana sino también al Colegio "María Auxiliadora" y otros institutos religiosos. El Gobierno los provee de armas largas y proyectiles para la defensa.

Los exalumnos apostados en las azoteas y ventanas defienden, en la zona de Almagro, al colegio de las dominicas, al "Pío IX", "María Auxiliadora", "San Francisco de Sales", a los del "Sagrado Corazón" y de la Santa Unión, y al monasterio de las carmelitas descalzas de la calle Potosí.

Pero la acción de defensa se extiende a otros barrios de la ciudad.

Atestigua Don Carlos Conci: "Por ocho días consecutivos los vimos llegar a San Carlos, para proveerse de lo necesario y luego, máuser al hombro, ir a ocupar los cantones a los que previamente habían sido destinados. Hasta Villa Devoto llegaron estos jóvenes encabezados por Juan Bautista Podestá y otros tantos".[4]

* * *

El P. José Vespignani en carta del 26 de enero al Rector Mayor que está en Turín le informa:

> Parece que todo se ha preparado para implantar el régimen del terror, de saqueos, incendios y devastaciones.
>
> Las descargas contra la policía (comisarías), los incendios de coches, tranvías, automóviles, etc., todo se realiza también por turbas de niños y mujeres, dirigidos los asaltos principalmente contra los conventos y colegios de hermanas... pocos recibieron daños por la resistencia de nuestros jóvenes, que se portaron a maravilla".

* * *

El 9 se realiza el sepelio de las víctimas.

---

[4] Carlos Conci "Los exalumnos apostólicos y activos" en Revista Exalumnos de Don Bosco Año XX N° 183, julio de 1941 pág. 1328.

Los maximalistas se concentran sobre la calle Corrientes para acompañar el cortejo fúnebre.

A eso de las quince estallan las pedreas, discursos y banderas rojas; asaltan y saquean e incendian la iglesia de Jesús Sacramentado y el Colegio Asilo "Casa de Jesús" situados en Corrientes y Pringles.

Una columna marcha hacia el Colegio "Pío IX"; al llegar a Yapeyú y Adolfo Berro, los exalumnos apostados en las azoteas hacen una descarga cerrada que sorprende a los incendiarios y los obliga a disolverse.

El viernes 10 el presidente Yrigoyen comisiona al general Luis Dellepiane para reprimir la rebelión.

Dice Belza: "A eso de la medianoche, unos cien hombres se acercan sigilosamente al Colegio "Pío IX". Se detienen como a media cuadra. Luego, unos veinte avanzan hacia la esquina de Adolfo Berro y Yapeyú. Cuando están por alcanzar las verjas de las Hermanas Dominicas se oye una descarga cerrada.

Los Exalumnos salesianos parapetados en los Colegios María Auxiliadora y Pío IX avisaban que estaban dispuestos a lo peor.

No hace falta más. En contados instantes la calle Yapeyú queda totalmente despejada.

Esa noche el Partido Socialista se solidarizaba con los huelguistas.

El sábado 11 el general Dellepiane ordena la represión. Ataca las barricadas; detiene en masa a los maximalistas, que se rinden... y la paz avanza enrojecida sobre un tendal de muertos y heridos."[5]

El lunes cuando aún no ha terminado la huelga revolucionaria, se tiene este terrible resultado: 800 muertos, 4500 heridos, 600 presos.

Entre los esforzados defensores del grupo de Colegios de Almagro figuran Juan B. Podestá, Pedro Podestá, Simón Soroet, Norberto Repetto, José M. Samperio, Tomás Bérgamo, Edmundo Cazzaniga, Amadeo P. Barousse, Humberto Arata, Manuel Della Torre y otros.

* * *

Juan Bautista había entrado preparado para la vida. Se ha orientado y avanza.

Su cultura es extensa y cernida. Una visita a su biblioteca particular nos haría conocer la índole y la profundidad de sus estudios.

---

[5] Juan E. Belza "Conci-Bosquejos biográficos de un hombre y de una época" — Buenos Aires 1965; pág. 213.

Domina la historia, la sociología, la literatura y el arte. La historia de las religiones, el socialismo, los sistemas económico-políticos, todos los puntos de apologética con atingencias históricas, la filosofía y la teología, todo lo conoce a fondo, pues para Juan Bautista no existen las ficciones en los conocimientos.

Su estilo fluido y sencillo es elegante y tan puro, como claros los pensamientos.

Conoce al dedillo las encíclicas de los últimos Pontífices; en cualquier parte, salón, calle, cátedra las defiende y expone con dominio absoluto.

La literatura no tiene secretos para él. Además de los clásicos españoles, ha estudiado a los italianos y franceses. Posee el inglés y no desconoce el latín. Su ilustración es grande y puesta al servicio de un positivo talento. Su modestia se empeñó siempre en mantener estas cualidades en una continua penumbra.

Es la gran lección de Juan Bautista Podestá, lección de cada hora, más oportuna que nunca en estas obras de celo que vicia, asuela y destruye el pirata del personalismo.

Dotado de un buen gusto artístico, es exigente en música, escultura y pintura, hasta pecar de incontentable.

Nadie es hoy día enciclopédico, con esa elefantíasis del cerebro que a nada conduce. Juan Bautista no podía serlo, pero en el terreno de la economía, de las finanzas, de la bolsa, en las lecciones de sociología es un consumado maestro. La conversación o la conferencia, una reunión de estudiantes o una asamblea de obreros, como un círculo de intelectuales encontraban a Juan Bautista siempre especializado en el argumento.

Era un verdadero y sensato sociólogo. Al defender los postulados cristianos públicamente, no anhela fama de izquierdista católico, por más que flageló despiadadamente la usura y a los usureros.

No rehuía tampoco el dictamen de extremista cuando emitía sus juicios severos contra los explotadores y fustigaba los excesos demagógicos con las falsas orientaciones de la sindicación obrera.

Fue exacto y fidedigno en la exposición de la doctrina contenida en las encíclicas; de esta manera evitó las contradicciones hablando a obreros y patrones.

Su conducta se ajustaba a las enseñanzas de tales documentos, sabiendo que gravan la conciencia. Y aclaraba la confusión que suele haber en punto tan importante: nos obliga la palabra del Papa tanto en lo que nos conviene, como en aquello en que aparentemente pueda lesionar nuestros intereses.

Abiertamente se oponía a que ocupasen puestos de jefes de la acción, hombres que no sabían o no querían practicar lo establecido en las encíclicas Rerum Novarum, Grave de Communi y Quadragésimo Anno, porque quien no es justo ni caritativo, no puede representar los ideales católicos ni estar a su servicio.

Nunca fue violento en la exposición de estas verdades, pero sí severo, porque estaba persuadido de que en el cumplimiento rápido, estricto y completo de estas enseñanzas se encontraba la base del nuevo acercamiento del pueblo a la Iglesia. Hallaba ser la única manera de destruir los prejuicios, hechos ya carne y sangre en la masa popular.

No es difícil escuchar herejías sociales de labios llamados a dictaminar sobre la verdad. Juan Bautista sufría lo indecible cuando dirigentes católicos desconocían estas encíclicas y sentaban principios contrarios a los sustentados por la doctrina pontificia.

Para mayor confirmación y más clara exposición de estos temas, se fundaba en otras autoridades, cumbres sociológicas como Toniolo, y Harmel, Whindhorst y Brands, Seipel y Mercier...

La exactitud de la doctrina, la seguridad ortodoxa de un principio sociológico que no hubiera podido averiguar a ciencia y conciencia trayendo la documentación suficiente, ello solo bastaba para que Juan Bautista eludiera el tópico, o bien su pluma no lo tocara.

Se respetaba y respetaba. La envergadura de Juan Bautista, su conocimiento y práctica de gremios y sindicatos, el instinto y perspicacia con que se nace para estos menesteres, la serenidad perenne y austera de su conducta, lo predestinaban como gran dirigente obrero. Hubiera podido ser el fundador de la escuela sociológica argentina y su jefe indiscutido e indiscutible.

Después que recibió el espaldarazo que lo consagró adalid de la causa y caballero de Cristo, Juan Bautista tremoló el estandarte de su fe sin desfallecimientos y sin treguas. Repetía con Mermillod: "la bandera que se guarda en el bolsillo, no es una bandera, es un pañuelo".

* * *

Había que formar apóstoles de la idea cristiana, corazones que se opusieran al avance del vicio, inteligencias que combatieran victoriosamente el error, hombres de integridad moral e intelectual.

Es lo que realizan los Centros de Estudio. Juan Bautista se inicia en el círculo Pedro Goyena, nombre que le era sumamente grato pues le recordaba una figura descollante en el catolicismo de años atrás.

El Centro Pedro Goyena fue quien preparó y propagó los más eficaces estudios, sobre el Presupuesto de Culto, beneficencia de los católicos, divulgación de figuras históricas vinculadas al progreso y al catolicismo cuando un ponderable sector socialista difundía diariamente el error desde los pupitres del Congreso.

Juan Bautista en las horas destinadas al estudio de estos temas, es un infalible concurrente y un respetado maestro. Su modestia realza la profundidad de sus palabras.

Halla placer en hablar a los jóvenes e instruirlos. Podía repetir las palabras de Ozanam: "Después de los consuelos que un católico goza al pie de los altares y de las alegrías de la familia, no conozco mayor felicidad que la experimentada en hablar a los jóvenes que tienen inteligencia y corazón".

El mayor enemigo de la religión, decía, es el ignorante. Lo único que pide la Iglesia es no ser condenada sin ser conocida.

Exponía sin entrar en defensa de los argumentos: los laicos exponen, los teólogos defienden.

Sabiendo que la historia es la gran aliada de la obra civilizadora de la Iglesia, sus lecciones se señalan por la precisión y oportunidad de los recuerdos y el cotejo de los hechos.

Como Voltaire, todos los corifeos de la impostura, tienen un terror pánico a la historia.

* * *

Juan Bautista es un pensador aún en las cuestiones de menor importancia. Muchos le deben una buena posición económica, pero muchos más, la perseverancia en el camino recto o la vuelta al buen sendero abandonado.

Interviene en los asuntos materiales con exacto sentido práctico.

Más de una institución religiosa, que pasaba por verdaderos quebrantos financieros, mediante el consejo y la dirección de Juan Bautista, gratuitamente prestados, vio mejorar su situación económica hasta ser halagüeña.

Jamás se arrepintió nadie de seguir sus indicaciones. En todo era de una precisión matemática. Por esto las almas se les abren y las conciencias les manifiestan sus secretos.

Los asuntos confiados a su actividad, los ruegos de los amigos, las diligencias que se compromete a efectuar, todo tiene para Juan Bautista mayor importancia que los asuntos propios y personales. Sacrifica horas de merecido y necesario descanso con tal de procurar la rápida realización del favor pedido.

Cuenta L. R. Macías que habiendo consultado a varias personas por un asunto de dinero, sin encontrar mayor luz en sus consejos obedeció a la indicación de un colega y vio a Podestá. Su respuesta fue contraria al parecer de todas las otras personas. Sólo Juan Bautista obligaba al joven a agotar los recursos para exigir en ley y en derecho lo que le pertenecía.

Estos rasgos demuestran cómo le preocupa la felicidad del prójimo y dan fe de la abnegación de que revistió los actos de su vida.

* * *

Era un rendido admirador de ese gran argentino que se llamó Félix Frías.

De él aprendió Juan Bautista la robusta entonación de sus discursos, en ese corazón encendido de amor a la patria y a la religión templó el calor de sus peroraciones de fuego; en sus ejemplos bebió el entusiasmo por todo lo noble y supo que es hermoso dar la vida por el ideal cristiano.

Su prodigiosa memoria le permitía repetir largos períodos de Frías. Juan Bautista verá en Félix Frías al jefe de una escuela argentina de pensamiento.

Admiraba la pureza de su catolicismo, su versación en las cuestiones religiosas, debido a su larga permanencia en Francia donde mantuvo estrechas relaciones con Montalembert, Lacordaire y Donoso Cortés. Se pasmaba por el talento y la erudición de Frías, unidos a una elocuencia en verdad arrebatadora.

Y como este ilustre pensador, jamás creyó Juan Bautista que los males de la libertad con la misma libertad se curan; sino que se persuadió de que la libertad excesiva en un pueblo no preparado para ejercerla, conduce infaliblemente a la tiranía.

De su comunión con Frías supo que el cristianismo no puede ser un asunto meramente individual, sino también social, puesto que Cristo es el legislador de los pueblos, que la ley moral es norma suprema para el Estado que no puede erigirse en fuente del derecho; que los males políticos y sociales se originan en viciadas raíces morales.

Cuando el año 1918 se celebró el centenario del nacimiento de Frías, y por el celo del presidente de la Cámara de Diputados, el Dr. Estanislao Zeballos, se realizó en todo el país una solemne conmemoración, unida al monumento que se le erigió, Juan Bautista vio con íntima alegría la destacada parte que en tal solemne acto tomaron los batallones de Exploradores y Gimnastas de Don Bosco, porque se tributaba así por la juventud católica

un homenaje al más católico de los hombres públicos argentinos. Satisfacción que se repetía en Juan Bautista, cuantas veces se proyectaba en su presencia la película que en dicha circunstancia impresionó la cinematografía argentina de la Casa Valle y Cía.

* * *

Juan Bautista era Vicentino inscripto en la Conferencia Vicentina de la Parroquia de San Carlos. Conocía el espíritu de las Conferencias y se había deleitado en la lectura de la vida de Ozanam. Sabía que ellas reeditan las más hermosas páginas del Evangelio, porque la justicia constituye el engranaje de las relaciones sociales, pero el lubricante será siempre la caridad.

Práctico, y orientado además por la vida de Ozanam, se persuadió de dos cosas: de que es mejor practicar la caridad en vez de discutir sobre la forma de hacerlo; y de que la ciencia de las reformas a la beneficencia se aprende subiendo a las bohardillas, o visitando conventillos o callejones.

Y hasta por el ejercicio de esta exquisita caridad debía sufrir Juan Bautista lo que acaso nunca esperó padecer en causa tan noble. Mas, cuando se trataba de víctimas, su elección estaba hecha; la víctima sería siempre él; porque "en las familias creadas por la caridad está más alto quien da mayores pruebas de amor y de mayor sacrificio de sí mismo." (Ozanam)

Su caridad estaba regida por la fe y la humildad. Cuando asistía a un pobre, devolvía a Jesús en su persona la visita que el Dios de Amor le había hecho en la comunión de la mañana.

Juan Bautista hubiera caído de rodillas a los pies del pobre que socorría, repitiendo las palabras de Santo Tomás: "¡Señor mío, y Dios mío,!" porque veía al través de los harapos del pobre, de sus lacras físicas o morales, no la imagen, sino la realidad de Cristo: "¡a Mí mismo lo hicisteis!".

¡En verdad que la religión más sirve para obrar que para pensar!

El escándalo del siglo XIX, ha dicho el Pontífice Pío XI es la pérdida del obrero para la Iglesia. Los jóvenes vicentinos son los nuevos samaritanos a quienes el obrero y el pobre se entregan.

Nuevos caballeros de Cristo, como los llamó Pío IX, predican con las obras a las que el mundo cree todavía. "Hijos míos, hijos míos, os consagro caballeros de Jesucristo; el mundo no cree en la predicación, ni en el sacerdocio, pero cree todavía a la caridad. Conquistad el mundo con el amor a los pobres". (Pío IX a los Vicentinos).

Juan Bautista no pensaba en la crisis, para seguir con perseverancia en

este apostolado de caridad. Sus limosnas fueron siempre abundantes. ¡Dios es dueño de los bienes y del dinero aún en tiempos de escasez!

¿Quién podrá decir el número de pobres que socorrió oculta y personalmente?

Lo dijeron las muchas lágrimas que se derramaron el día de su muerte.

La limosna que se da por compromiso o por superficialidad epidérmica, llamada relumbrón vanidoso, no puede sino humillar al pobre e irritar la dignidad humana.

Por esto Podestá daba su corazón juntamente con el óbolo material. Sabía que en el Cristianismo la caridad no es un derecho para nadie sino un deber para todos; mientras que entre los pueblos paganos o apóstatas la limosna era un derecho para todos, pero para nadie fue un deber. El pobre con el agradecimiento lo paga todo. ¿Si das pan y recibes bendiciones no recibes más de lo que das? Juan Bautista enseñará a los pobres que dar no es título de patriciado, como recibir no es estigma de ilotismo. Creía por otra parte que dando a los pobres pagaba a la Providencia sus beneficios continuos.

Y mientras socorría las fatales consecuencias se empeñaban por cerrar las fuentes del pauperismo.

¡Vejez, enfermedad y desocupación, tres fieras que acometen al obrero en su penosa ascensión por la selva espesa y áspera de la vida! Juan Bautista trabajará con fines de caridad hasta en su propaganda institucional. Al igual de los Vicentinos franceses, se persuadirá de dos cosas: que el reino de Cristo no se restablece con decretos, ni con medidas políticas, sino sitiando las conciencias una por una; y, que una ley social bien orientada, vale mucho más que la acción particular más enérgica, extensa y constante.

Por lo tanto luchaba denodadamente para restablecer el salario vital y familiar; para sustituir el salario por el accionariado; para la ley contra el paro forzoso y la vejez, extendiendo su acción al agrarismo donde el terreno está virgen todavía, en una nación de base económica agropecuaria.

Las ideas de Juan Bautista, eran exactamente las mismas de Ozanam, en la orientación de la actividad vicentina; porque la mejor caridad es hacer innecesaria la caridad, con referencia claro está al pauperismo, que no es lo mismo que pobreza.

Soñaba con una institución legal, de eficacia cierta y permanente, para dar trabajo a los desocupados.

Su respeto hacia el pobre tenía raíces en la sinceridad de la fe. Presentes o ausentes, los pobres que socorría, le merecían palabras de profunda

veneración. Jamás se permitió pronunciar una frase que denotara disminución de estima, compasión material impaciente. El pobre es una bendición de Dios; por donde pasa florece la sonrisa del Señor.

Quien lo ha conocido íntimamente en muchos años, describía la forma cómo preparaba los célebres repartos de víveres que se hacen en la Parroquia de San Carlos. ¡Pareciera cosa fácil y agradable la preparación inteligente de una distribución de ropas y de alimentos!

Juan Bautista tenía conocidas todas las familias pobres; sabía sus necesidades; en consecuencia cada atado estaba inteligentemente hecho, gozándose con anticipación de la alegre sorpresa que recibirían sus pobres, con tal o cual artículo que estaban necesitando. Para esto sacrificaba noches enteras. De modo que a los trabajos y sinsabores que traen aparejados la recolección y pedidos de mercaderías, añadía la consagración enojosa de vigilias y velas a fin de satisfacer las necesidades de sus pobres. Era el colmo de la caridad unido al trato más exquisito.

Tal vez ninguna persona de elevada posición mereció de su parte, el trato que él dispensaba a las familias necesitadas.

Después de ser el alma de estas distribuciones, de disponerlo todo en orden, Juan Bautista desaparecía. El día del reparto no se lo encontraba en primera línea, y mucho menos si el objetivo fotográfico se empeñaba en registrar la huella de su presencia. Se dejaba ver, pero no se hacía ver.

* * *

Así también realizaba la limosna de su inteligencia. Las obras de misericordia son catorce, dice el catecismo: siete espirituales y siete materiales. Acostumbrados al fardo de la materia, nos parece menos compasivo el socorro espiritual que el físico. Enseñar al que no sabe; dar consejo al que lo ha menester; corregir al que yerra... ¡Qué mundo de cosas, qué programa inacabable!

Juan Bautista distribuía esta limosna espiritual presidiendo comisiones y asambleas.

Este es uno de los capítulos más interesantes de su vida, el de mayor enseñanza para nuestros jóvenes y en nuestro ambiente.

Hay dos extremos en las reuniones; son los dos igualmente viciosos: se suelen tomar las cuestiones que se ventilan con frialdad, y el presidente se convierte en un autómata; o bien se participa del acaloramiento general, y entonces se plantean los conflictos, acaso interminables. Juan Bautista era de los pocos que unían al aplomo la elocuencia. No era el expositor brillante

sin base práctica para el floreo verbal, irisaciones de pompas de jabón; ni, claro está, el hombre solamente práctico que ni sabe presentar el fruto de su pensamiento.

Elocuente y siempre sobrio, terciaba en la discusión en el momento más oportuno, cuando el acaloramiento amenazaba convertirse en el chisporroteo juvenil de la sangre azogada, porque se complacía en ver la defensa y el ataque en pro y en contra de las propias opiniones.

Combatía una opinión sólo en el caso de que fuera absolutamente necesario hacerlo.

Aun en estas asambleas juveniles hablaba correctísimamente. Era un maestro. Sin acritud, sin apasionamiento, razonaba en forma clara y acabada.

—¿Qué quieres? Cuando vi que Podestá sostenía este parecer, me incliné decididamente de su parte. Ya se sabe que piensa muy bien lo que dice.

¡Cuántos centenares de veces, se han escuchado éstas o parecidas frases!

La lógica no era para Juan Bautista una simple opinión; y su lógica era irresistible. La vemos en su trabajo titulado: "Aclarando".

Aunque su interlocutor fuera de menor edad y de inferior preparación, era siempre tratado con respeto por él. Ninguna sátira, ni alusión, por más que se sabía un ironista temible, como lo demostraba en las interrupciones de las conferencias callejeras.

Era en su trato una verdadera dama, ya que la palabra caballero no expresa hoy lo que significaba antes.

Al presidir asambleas o reuniones, no cometió un solo acto de injusticia, ni de agravio a nadie. La más delicada caridad cristiana reinaba, cuando Juan Bautista presidía.

Hecha una encuesta sobre esta afirmación estamos seguros que no se levantaría una sola voz desmintiéndola.

Y hubo sesiones homéricas.

Ni tuvo necesidad de acudir a ninguna válvula de escape o tic para disimular su nerviosidad; nunca la corbata, o los puños, o la presión de las mandíbulas, o algunos de los objetos de sobre la mesa, sintieron pasar la corriente nerviosa de Juan Bautista.

Presidía con fuerza de carácter; nada le amilanó nunca. Jamás su tono de voz conoció el arrebato, la imprecación o el insulto. Aquellas cuerdas

vocales, de timbre dulcemente baritonal, mandaban con imperio en alguna circunstancia, pero no mortificaron a nadie.

No faltaban impertinentes; pero la contestación serena, de razonamiento denso y de fuerza metálica de voz, conquistaban a la mayoría y aleccionaban al indisciplinado contrincante.

No se le conocieron furias dictatoriales; nunca una frase de absolutismo. El ¿quién manda aquí? no se oyó de sus labios.

Pero se volcaba enteramente en defensa de los dictámenes de su conciencia y de lo impuesto por la jerarquía.

Pero antes de las reuniones sabía aconsejarse a los pies del Prisionero de Amor.

"Una tarde, narra el Pbro. Gilardini, estaba preparando lo necesario en la Sacristía para la función con que se terminaban las conferencias de los Exalumnos, preparatorias de la Comunión Pascual. La Capilla del Oratorio San Francisco de Sales estaba a oscuras. Se percibía el rumor lejano de los jóvenes en las salas de recreo.

Voy para arreglar el altar y me encuentro con un joven sumido en la penumbra, rota apenas por la lamparilla del Santísimo, y en profundo recogimiento, inmóvil, abstraído, insensible casi.

Era Podestá que ocupaba su tiempo orando ante el Tabernáculo, con el fervor de un serafín."

* * *

De las muchas veces en que Juan Bautista se llegó hasta el trono de la Virgen de Luján como peregrino, ninguna más sugestiva, ni realizada con tanto fervor como la de octubre de 1932, en unión de los Exalumnos de Don Bosco.

¿Presentía las horas de amarga lucha que le esperaba? ¿Entrevió el término de su existencia, en la plenitud de su vida, cuando se entrelazan, las flores con los frutos, como en los ubérrimos valles de la zona tórrida?

Las almas que obedecen las inspiraciones de la gracia poseen una receptibilidad delicadísima. Respetemos sus secretos.

Pero aquel fervor quedó impreso en su rostro.

Los compañeros que desparramaban alegrías al retorno, pasando junto a él exclamaban irresistiblemente: — Este Podestá es un santo! Acaso tenía en sus labios aquella indefinible sonrisa, mientras los dolores físicos, no le daban tregua, agudizados con los trabajos del día.

Había concurrido sin duda con los dolores eternos de jaqueca, porque además del ejemplo que daba, quería depositar sus votos filiales a los pies de la Virgen taumaturga de Luján, en el trono mismo de sus favores.

Juan Bautista que voló tan alto, no pudo hacerlo sin una tierna devoción a la Virgen. Parco en las manifestaciones de sus propios sentimientos aprovechaba las pequeñas academias que menudean en algunos establecimientos católicos de educación, para dar rienda suelta a su afecto mariano.

Cuando las bodas de oro sacerdotales de Monseñor Costamagna, el Obispo auxiliar de la mayor parte de América —como lo definió el virtuoso Monseñor Alberti— pudo aprovechar Podestá la presencia de esta su alma gemela, para proclamar amor a la Virgen. Fue el día de la colocación de la placa conmemorativa, en la Navidad de 1918.

"Aquí quedará, decía de la placa, como testimonio perdurable, para esa multitud de generaciones que seguirán pasando... para hacerse cristianos a la sombra de María, la madre amorosa que ha bendecido siempre al obispo celoso de su gloria". "¿Y qué cosa, repetía, podéis negaros a hacer por la gloria de María?".

Y terminaba su discurso con "el grito de pureza, del amor, el que salva y hace feliz a la tierra: ¡Viva Jesús por María!".

Ese grito compendía la vida de Juan Bautista.

* * *

Debió hablar en Luján en las sesiones del Congreso Nacional de la Juventud, realizado en "la Villa de la Virgen" el 5 de mayo de 1929 y en homenaje a José Manuel Estrada, por quien nutría la más fervorosa admiración: "Yo pronuncio el nombre de ese grande, de José Manuel Estrada, con exaltación de mi alma y con amor reverente..."

Y no era su sola memoria que podía acompañarlo; sentía palpitar su presencia, su palabra, su vida, en aquella asamblea "fruto del entusiasmo sin cálculos y sin tibiezas de un sacerdote que se ha hecho portador de la fama del gran caudillo..." En esta conferencia de Podestá, que tiene por título "Dios", glosa los grandes conceptos de Estrada, hasta exhumar la frase que precedía al programa de Pío XI: "¡Este siglo de universal secularización de todas las cosas, es el siglo del apostolado laico! constituíos en apóstoles de verdad".

> "La Iglesia, afirma Juan Bautista a su vez, tiene recursos insospechados, y Cristo Señor Nuestro que la asiste según su palabra indefectible, le proporciona victorias que en nuestra fe pequeña y débil apenas nos atrevemos a soñar."

A los pies de la Virgen sentía redoblar el vigor de su elocuencia, los arrestos de su juventud.

Un pensamiento que lo meditaba a menudo, le sirvió para terminar esta vez sus elocuentísimas palabras. Es una hermosa consideración del Conde Alberto de Mun, de un parecido moral y muy significativo, con José Manuel Estrada.

> "He leído, decía, que en Solferino, el jefe de un regimiento austríaco, el príncipe Wunidischgraetz, herido de muerte, se hizo llevar a la cabeza de sus tropas para animarlos al combate, y que alineados en torno de ese trofeo sangriento, sus soldados permanecieron inquebrantables bajo la metralla. Jóvenes, lleváis delante vuestro a vuestro jefe mutilado, puesto a la muerte por nosotros y por el pueblo: es Jesucristo. ¿Retrocederéis acaso? ¿No daréis vosotros para hacer honor a este gran trofeo, la vida de vuestros corazones, la sangre de vuestros trabajos y de vuestros sacrificios? Sí, yo creo que lo haréis y lo juro por vosotros. Permaneceréis sí, cualquier cosa suceda, fieles al juramento y llevaréis al combate ¡oh! os lo suplico con ardor, y será mi última palabra, este entusiasmo de la juventud que es vuestra fuerza y el más hermoso de vuestros atributos. La juventud muere de frialdad e indiferencia, se discute la verdad, no se siente ya la pasión por ella; a vosotros, señores, corresponde la misión de devolver la vida a este cuerpo que se extingue; será vuestra gloria. Permaneced jóvenes ardientes y entusiastas y pasad junto a los prudentes, los laxos y los indiferentes, como soldados que van al fuego por Dios y por la Patria".

Así lo hizo Juan Bautista; fue al fuego por Dios y por la Patria.

Cuando envió su renuncia al Consejo Nacional de Hombres de la A.C.A. por motivos muy especiales y atendibles, defiriendo a lo que creyó ser una insinuación jerárquica, no dejó por ello de ocupar su puesto de vanguardia en el centro homónimo de su Parroquia.

La fortaleza de Podestá lo llevó al frente, al sitio peligroso del combate; de allí no retrocedió nunca. Así son los jefes y los apóstoles.

Desde su iniciación pública, no quiso saber nunca de más renuncias, que las de sus propias comodidades y las de los honores y medros personales.

Ni las personas, ni los eventos, prósperos o adversos, gravitaron sobre las resoluciones de su voluntad templada al fuego vivo del sacrificio. La gloria de Cristo fue el único móvil de su fecunda existencia.

* * *

Un compañero de la Universidad se expresa de la siguiente manera:

"Si ustedes me demuestran que todos los que se educan en colegios católicos salen como Podestá, también creeré en la Religión, porque nunca he visto a un joven como él.

Estando a su lado yo no experimentaba ningún género de pensamientos torpes.

Mi mente se conservaba pura en esos instantes.

Me causaba muchísima extrañeza la conducta castísima de su parte, porque era de una inteligencia aguda y descollante.

A nosotros nos razonaba de cómo en efecto, podía guardarse la castidad por un joven, y mientras le escuchábamos con profundo respeto y sin osar objetarle, sentíamos la ligereza de quien se libra del peso grávido de la carne".

El P. Enrique Muras puede afirmar que de los oradores que hablaban para los jóvenes del Oratorio en las jornadas eucarísticas, el único que era escuchado en perfecto silencio y profunda atención, sin recurrir a recursos declamatorios, era justamente Podestá. Apenas se presentaba restregando sus manos, como solía en los primeros momentos, aquel auditorio heterogéneo de jóvenes venidos de tan diversas partes, se sentía encadenado a su mirada transparente y límpida, a su faz angelical; porque tal era la impresión, que se comunicaba: ¡parecía un ángel!

CAPITULO QUINTO
A VELAS DESPLEGADAS

Una última encarnación de enérgicos caracteres católicos argentinos de fines de siglo XIX que vieron los ojos de Juan Bautista fue la del doctor Emilio Lamarca, fundador de la Liga Social Argentina en 1908.

Era la Liga un verdadero apoyo, un contrafuerte para las instituciones católicas, como el Volsverein alemán. "Su carácter popular la hace aceptar y amar con facilidad. Ella no perturba, no traba a los demás, por el contrario les da vigor y cohesión por cuanto su organización estrictamente personal impulsa a los individuos a entrar en la asociaciones particulares, los forma para trabajos prácticos, realmente provechosos, e imprime a los espíritus unidad de pensamiento y de resolución". (Palabras del Dr. Emilio Lamarca en el Congreso Católico de Córdoba en 1908).

En Juan Bautista se grabaron los conceptos del Dr. Lamarca que se le entraron a una con sus ejemplos:

"El ruido no hace bien y el bien no hace ruido". Es este un pensamiento que siempre ha influido en los procederes de la Liga, porque la publicidad fuera de lo estrictamente necesario no es inherente a la bondad de una obra, ni la conduce al éxito que no se conquista sino con la constante acción individual y a la vez con un paciente y enérgico espíritu de abnegación.

En las entusiastas asambleas que se realizaba en numerosos centros y colegios, la figura noble e irresistible de Lamarca pronunciaba los discursos-programas de medular contenido. ¡Fibra recia que venció la edad, justamente cuando entroncaba con una juventud, que como Juan Bautista, prometía la vuelta de aquella década de oro del catolicismo argentino, y que sabía ser el triunfo una prolongada lucha!.

La Liga fue disuelta al crearse la U.P.C.A. Dios permite los vientos en sus obras para que la semilla vuele lejos. Cuando los apóstoles se dispersaron, fue para sembrar en todas las latitudes.

Lo cierto es que, siguiendo a Juan Bautista, en sus actividades, nos encontramos con capiteles, columnas y basamentos que debían formar un

gran templo. ¿Se interrumpe o se trunca la obra? Si mañana no se continúa, sus materiales servirán para otro plano igualmente eficaz, porque quien da el incremento es Dios.

Los hielos obligan al agricultor a permanecer en su cabaña... y hacen germinar los granos.

* * *

¿Deberemos decir que el soborno jamás se acercó hasta su hombría?

Juan Bautista hubiera podido repetir con San Pablo: —¿Quién me separará de la caridad de Cristo? Ni el oro... ni la espada. Ni el oro de los halagos, ni la espada de los sufrimientos pudieron doblegar esa fibra apostólica, tan semejante a la de San Pablo. Era uno de esos raros campeones, que aparecen de tarde en tarde, para asegurarnos que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios.

Ni se rompía, ni se doblaba, ni se sumergía, ni flotaba; cruzaron las nubes delante de su faz, pero él fue siempre un sol.

En los asuntos fundamentales no cedió nunca; en otras cosas en que hubiera sido conveniente la negativa, difería luego al pedido de la amistad o del respeto; pero en lo necesario, su carácter fue inquebrantable.

La historia dirá un día hasta donde llegó en el cumplimiento de lo que creyó un deber de conciencia, sin herir el derecho adquirido por ley o por justicia, de ningún tercero.

* * *

Y sabía perdonar las injurias. Hubo años en que los ánimos se encendían a la primera fricción. Muchos jóvenes, apellidándose católicos, plagiaron a representantes de tendencias diversas, aunque no contrarias. ¡Luchas estériles para ver quien empuñaría la tea luminosa!

Un núcleo quiso esperar a Juan Bautista para... apalearlo. La mesura de Juan Bautista no los satisfacía. Se levantó, al saberse esta osadía, un verdadero clamoreo entre amigos y enemigos.

¿Quién intentaba tocar a Podestá? El mismo Cura Párroco debió intervenir, defendiéndolo calurosamente.

Un día encontró Juan Bautista al autor de la intentona nada benigna; era Juan Bautista mayor de edad, preparación y fuerzas que aquél; sin embargo pasando a su lado, lo saludó con gesto generoso, sacándose el sombrero.

Su nobleza y consecuencia le llevó a sacrificar los intereses propios y a riesgo de su porvenir, de su carrera o de su puesto.

Los amigos podían descansar tranquilos en la consecuencia de Juan Bautista: estando él presente serían defendidos con entera eficacia.

Pero ante el deber, quebraba la amistad. La amistad, que es lo más noble que hay sobre la tierra, era aventajada por el deber, la doctrina o el principio que obligaba su conciencia.

De vivir en tiempos de un Enrique VIII, hubiera sido un Tomás Moro.

No obstante, la conducta rectilínea de Juan Bautista lejos de restarle simpatías o amistades se las confirmaba y acrecía.

Hacía los beneficios sin esperar agradecimiento de nadie.

Mas de uno de los agraciados le devolvió mal por bien; jamás salió de sus labios una palabra de pesar o de crítica. Y si nuevos favores le hubieran pedido quienes tan mal le retribuyeron, él hubiera hecho todo lo posible para complacerlos y servirlos.

Ni jamás por su boca se supo la debilidad de algún amigo.

A esta delicadeza de virtud le llamaban sus íntimos escrúpulos: —"Pero este Juan es muy escrupuloso!".

* * *

¿Pensó Juan Bautista en casarse? ¿Estuvo alguna vez enamorado? Parece que no, ni lo uno ni lo otro.

Descartemos todo sentimiento de timidez inexistente en Juan.

Su Director espiritual declara que "era un alma que abrazó la práctica de la virtud dentro de la mayor sencillez, haciendo un estudio especial para ser modesto, en el significado de pasar inadvertido, sin ninguna notoriedad. En esta forma, su modestia fue más que proverbial e invencible."

Era también un alma que conocía todas las delicadezas de conciencia. No había un solo pliegue en ella, por insignificante que fuese. Alejado de todo temor vano, de todo escrúpulo infundado, practicó todos los grados de la virtud, hasta los más delicados matices. Confesaba con el confesor fijo y director de su conciencia cada quince días, con una regularidad que denota su método de vida espiritual.

"No tuvo ideas de matrimonio y no conocí sus anhelos para más tarde; acaso porque nunca le pregunté nada de una probable vocación de sacerdocio, para el que parecía maduro."

Que Juan Bautista tenía un alto concepto del matrimonio lo demuestran sus cartas, que son un monumento cristiano, que dirigió a su compañero Barousse y a otros compañeros de infancia cuando contrajeron enlace.

¿Conoció Juan Bautista la rebelión de los sentidos? No lo sabemos. Lo que sabemos es que en una fiesta de exalumnos pronunció un magnífico discurso sobre la pureza de costumbres.

Ni en serio, ni en broma, inició o escuchó conversaciones al parecer inofensivas, pero con ribetes de grosería. No se permitió jamás una alusión, un desliz o un simple ademán menos que correcto.

Los compañeros atestiguan que las conversaciones objetables terminaban al acercarse Juan Bautista.

No era exagerado ni fastidioso, no se presentaba como insoportable censor, sus modales eran de una encantadora naturalidad; su mirada abierta, su conversación agradable, de modo que su compañía era anhelada.

Preguntado sobre temas delicados, contestaba con entera tranquilidad y sencillez. Jamás se turbó por la pregunta o la consulta sobre asuntos de sexualidad. Como se había ganado la confianza general y con la confianza el aprecio, muy a menudo debía responder a especiales situaciones de los jóvenes. Sin desasosiego satisfacía el pedido del amigo, y a fe que siempre certeramente.

Hablaba con las mujeres con la mayor naturalidad. Conversaba sin afectación alguna, dejando ver su gran cultura y la distinción de sus modales. Este respeto por la mujer era fruto de sus conceptos evangélicos, que tantas veces expuso magistralmente.

Supo conciliar las exigencias de la juventud, del hombre social y del llamado hombre de mundo, conservándose puro entre los puros.

Jamás se alzó una voz para empañar este gran mérito y esta gran virtud de Juan Bautista.

¿Y qué ideas tenía Podestá de la mujer?

Se podrá conocerles a través de sus mismas palabras.

Habla en una reunión selecta, en la asamblea de Exalumnas de las Hijas de María Auxiliadora.

El amplio salón estaba repleto de elemento juvenil; abundaba la representación del gremio de maestras.

El razonamiento del orador pasa de la manifestación precipitada de los progresos modernos, a la inconmovilidad de los preceptos morales. Con un gran criterio entra luego a examinar la transformación operada en la mujer de nuestros días:

> "Tomemos, el ejemplo de la mujer. ¿Quién duda de la transformación operada en la vida de la mujer en la sociedad de nuestros días? La vemos

ocupar, paulativamente, todos los puestos que antes, proverbialmente, axiomáticamente, correspondían al varón. Ella no es solo vendedora de las tiendas, y obrera en los talleres y fábricas. En los bancos, en las instituciones del comercio, en los bufetes de los profesionales, la encontráis alternando con el hombre en el desempeño de toda clase de actividades. Pocos años atrás, era común ver llegarse tímidamente a una mujer a las oficinas públicas, o a los bancos, para pedir una información, realizar un trámite, o una operación cualquiera. Y al hombre le tocaba ser gentil y servicial hacia la mujer. Hoy muchas veces, son no pocos hombres los que llegan tímidos a las mismas oficinas y bancos, y es la mujer la que los saca de dificultades, resolviéndoles con agilidad y diligencia sus pequeños problemas...

...Para una sociedad trabajada por la duda, por el relajamiento del vínculo familiar y de las costumbres públicas, la incolumnidad moral de la mujer es un asunto esencial. La mujer, en su fragilidad aparente o real, es una fuerza salvadora de primer orden. Si ella, impulsada por el cambio de su vida, que del hogar se diversifica y proyecta al exterior, llegara a perder sus energías espirituales, que son maravillosas, la sociedad correría al abismo..."

Juan Bautista es un admirador de la mujer cristiana. Sus ojos no ven los encantos del cofre, sino el inmenso valor de las joyas que él encierra. Por esto traza una síntesis maravillosa de los valores invariables de la mujer:

En el vasto campo de la caridad, que en sus infinitas proyecciones abarca todos los órdenes de necesidades y miserias, en lo espiritual como en lo físico, esas mujeres apóstoles, defienden y propagan el viejo pero siempre nuevo, porque es inmutable, concepto de la mujer plasmada según el modelo que el cristianismo trajo al mundo. Ella lo realiza en sí misma, lo adorna, lo embellece con su gracia, y lo hace amar. Así como, frente a todas las maravillas de la técnica moderna, un artículo del catecismo abre los arcanos del principio de la vida, del origen y destino de las almas, así también frente a esa realización de la mujer que antes que otra cosa es mujer y cristiana, desaparecen y palidecen todas las conquistas, reales o no, de la mujer sustituta o igual al hombre, en las profesiones, artes y oficios".

Un corazón que sabía sentir tan altamente de la mujer, no podía sino hablar de ella con profundo respeto.

Es delicado y florido al alabar la gracia femenina, pero no se hallará una sola frase que denote el sentir puramente humano:

"Que la mujer sea hoy ingeniero, arquitecto, escribano y médico (los femeninos de estas profesiones aún no nos suenan bien), nada cambia

sobre las condiciones que la misma mujer debe reunir hoy como ayer y como siempre para que ella pueda prestar a la sociedad los inapreciables dones de sus virtudes cristianas.

No pueden preocupar al hombre culto esas aparentes conquistas de la mujer moderna, por una simple razón de celo o competencia. En cambio pueden y deben preocuparle, por lo que a ellas puede anejarse una perturbación moral, o un aniquilamiento de la fuerza conservadora, providencialmente conservadora, que por todos los aspectos, representa la mujer en el conjunto social." (El texto completo de esta disertación se publica en el Apéndice de este libro).

* * *

Después de conocer el pensamiento de Juan Bautista sobre el valor de la mujer creyente, nadie sostendrá que su retraimiento fuera consecuencia de algún temor descrito por los psicólogos.

Juan Bautista proponía que entre los elementos católicos se formara un elevado ambiente social; que se estimularan y promovieran reuniones y fiestas donde muchachos y chicas pudieran encontrarse y pudieran así conocerse y encontrar al futuro compañero o compañera de la vida.

Como miembro del Secretariado Regional de los Exalumnos de Don Bosco, y antes, de los Círculos de Obreros y de la Liga Argentina de la Juventud Católica, abogó por la formación de grandes campos de deportes y para que se promovieran reuniones de encuentro.

* * *

Cuando Dios nos llama a una misión, nos da también las aptitudes y los gustos para cumplirla. Condición del éxito es nuestra adhesión a la voluntad divina que se manifiesta.

Hubo quienes, sin aspirar al sacerdocio guardaron el celibato para consagrarse con mayor libertad a la consecusión de un gran ideal. Como Lueger, fundador de un gran partido en Austria, que hizo voto de castidad para dedicar su vida a la defensa de la religión de su patria.

Son muchos los caminos del Señor. Lo cierto es que éste no es un celibato egoísta sino generoso que nada tiene de trágico ni de duramente austero.

No tenemos constancia de proposiciones para el matrimonio, directa o indirectamente presentadas a Juan Bautista. Ni siquiera de tentativas al respecto.

En cambio, todo nos habla en él de inmolación, porque su celibato no fue consejo de ningún egoísmo.

Alguna vez habló con el padre José Vespignani del importante asunto de su vocación eclesiástica.

¿Generosidad del corazón apostólico de Juan Bautista?

Lo cierto es que en el hecho de dolor renovó su anhelo de largos años: vestir un sayal, empuñar una cruz y evangelizar las regiones del Asia, como otro Francisco Javier.

* * *

Es evidente que anidaba en él un espíritu eminentemente apostólico de entrega y compromiso por los demás.

Uno de sus íntimos amigos, el P. Antonio J. Garbini, demuestra este deseo de Podestá. Lo describe como un buscador de almas:

"Si algún anhelo ferviente he admirado siempre en la bella alma de Juan Bautista Podestá, fue el anhelo de la salvación de las almas. ¡Tenía alma sacerdotal!... Me consta que fue el supremo ideal de su vida. Porqué no llego a serlo, sólo Dios lo sabe. Tal vez porque quiso dejar un ejemplo acabado de Sacerdocio Seglar para los nuevos apóstoles que debe dar a la Iglesia la Acción Católica, que bien puede considerarse la última revelación del Sagrado Corazón de Jesús al glorioso Pontífice Pío XI.

En mis frecuentes conversaciones con el querido Podestá, desde los primeros años de nuestra acción activa en el campo del apostolado cristiano, sabía decirme: "Debemos tratar de convertir y de conquistar las almas. Los discursos y conferencias violentos podrán impresionar o entusiasmar pero no conquistar las almas." Y por eso su palabra era suave, sencilla y casi diría amorosa, y reflejaba toda la serenidad de su rostro siempre tranquilo, sonriente y optimista. Para mí era el orador que más se asemejaba al sacerdote santo y fervoroso en el púlpito.

Este amor a las almas, lo llevaba a no tener en cuenta el número o calidad del auditorio para pronunciar sus discursos o conferencias. Le bastaba saber que podía hacer algún bien a las almas para que se entregase de lleno al apostolado y diera todo lo que su corazón fervoroso y profundamente cristiano atesoraba.

Así recuerdo, que en una de sus visitas a la Ciudad de Córdoba donde pronunció una preciosa conferencia, le pedí que hablara a los niños de la Compañía de San Luis, y puedo afirmar que no sabría decir cuando fue más elocuente, por el afecto y el fervor con que hablaba a aquellos jovencitos, a quienes cautivó con su palabra sacerdotal por el espacio de una hora. Y llevado por su celo terminó obsequiándoles una pequeña biblioteca de libros

piadosos, amenos e instructivos, que él personalmente envió pocos días después desde Buenos Aires y en la que no habrá invertido menos de cien pesos.

Los niños conservaron siempre una profunda impresión de "aquel Doctor que hablaba como un padre!".

* * *

Cuando Juan Bautista predicará en las calles y plazas, su palabra se dirigirá al corazón y a la mente del auditorio con acentos de ruego. No gesticulará, ni tendrá arrogancias despampanantes.

Avellaneda es una ciudad esencialmente obrera. Muchas veces pronunció allí sus conferencias, ante un crecidísimo público.

En una de esas ocasiones, Juan Bautista debió cerrar el acto. Un núcleo de obreros se mantenía alejado de la tribuna y más bien comentaba en voz alta lo enunciado por los oradores, que se sucedían.

Cuando le tocó el turno a Podestá, desde las primeras frases, el núcleo de obreros de referencia dejó de hablar.

—Este es el peor, dijo uno de ellos. Este es el temible. Y se fueron acercando para no perder sílaba.

Porque el elemento más reacio y maleado sentía la atracción en verdad sugestionante de Podestá.

De los propagandistas católicos fue el que más habló y el que lo hacía siempre en forma insuperable y única.

Había también en él un alma sacerdotal. Se la descubre en sus palabras cuando habla del sacerdote y se manifiesta en sus cartas cuando escribe a alguno de sus amigos más íntimos que sigue la vocación religiosa y sacerdotal.

Escuchémoslo en su discurso de estreno, pronunciado en las circunstancias que se narran.

* * *

En los primeros días del mes de febrero de 1915 era ordenado sacerdote el P. Guillermo Brett, exalumno del Oratorio "San Francisco de Sales".

Los compañeros del novel sacerdote decidieron realizar una academia literario-musical de homenaje. Máxime que la familia estaba muy vinculada en el barrio y los hermanos del P. Brett estaban relacionados con el Centro de Exalumnos.

Como se deseaba que el acto revistiera cierta jerarquía se tropezó con

la dificultad de encontrar un orador capaz, que hiciera el discurso de presentación.

Se barajaban nombres, pero nada quedaba decidido.

No es fácil hablar en público y hablar bien. Todavía no habían florecido los labios elocuentes de tantos oradores capaces como más tarde lanzaron a la tribuna pública los Centros de Estudio, los Cursos de Cultura y las Conferencias Populares.

Nadie quería someterse a las torturas de la palabra ante un público aunque no fuera exigente. Por razón de más o de menos nadie podía aceptar.

Tomó entonces la palabra el Director del Colegio y Oratorio que lo era el P. Lorenzo Massa y dijo: —"Hace un tiempo conocí a un jovencito de unos dieciséis años, que hablaba brillantemente y que ahora podrá hacerlo mucho mejor pues debe haber terminado los estudios del Comercial. Es Juan Podestá.

—Y ¿quién es Podestá? repusieron a coro. Por ese entonces Juan Bautista no frecuentaba el Oratorio, cumplía las prácticas de piedad en la parroquia.

—Vaya, les dije, es un joven que habla muy bien.

—Y ¿quién le oyó hablar?

—De ustedes, tal vez nadie, pero hace algunos años pronunciaba hermosos discursos a los socios de la Compañía de San Luis.

—Qué quiere Ud. que le diga, objetó alguno muy antiguo del Oratorio y del barrio, yo lo conozco a ese joven; pero vea Padre... El P. Massa lo interrumpió:

—"Asumo toda la responsabilidad en este caso."

Con estas palabras del Director se dieron por terminadas las incertidumbres.

Llegó el día de la fiesta. El amplio salón rebosaba de una selecta concurrencia, como se trataba de un sacerdote hijo de una de las familias más conocidas de Almagro.

Después de la sinfonía de apertura, Juan Bautista sube al escenario. Está en todo el vigor de sus veintidós abriles. Es un joven de prestancia, con una belleza varonil calma, serena, nunca amenazante.

Más de un incrédulo miraba todavía al Director con aire decepcionando, como diciendo: —¡Qué papelón vamos a hacer!

* * *

No es el discurso que pronuncia Juan Bautista; no son las palabras lo que va a obrar el portento; es la sola presencia de este joven lo que cautiva al auditorio. Tenía el don de cautivar por presencia. Hoy diríamos que tenía carisma.

Es que su persona revela lo que es, la perfección de su vida consustanciada con lo que dice.

Sus frases eran fruto de la propia convicción. Alguna vez fueron oleadas sobre el auditorio recogido y anhelante. Luego volvía a su modestia habitual.

Una palidez que acrecentaba la distinción de sus ademanes se extendía sobre su rostro al hablar, porque toda su vida y toda la sangre se refundían en sus palabras, coloridas, palpitantes, densas.

Este es Podestá. No despintará nunca después.

> "Reverendo Padre: Vuestros compañeros, los Exalumnos de Don Bosco del Centro "San Francisco de Sales", han querido asociarse en este día dichosísimo para vuestro corazón, mediante este modesto homenaje, que os ofrecen por mi intermedio, al justo y santo júbilo que Dios os ha concedido con la celebración de vuestra Primera Misa.
>
> Perdonad, ante todo, que la palabra amiga os llegue de alguien que no conocéis, con quien no habréis compartido ni horas de estudio, ni ratos de recreo... Perdonad si las circunstancias no han permitido que alce su voz en esta gratísima hora, uno de aquellos a quienes amáis con ternura y para quienes hay un lugar en vuestro corazón. Hijo de esta casa también es quien os dirige la palabra, y bien sabéis que los Exalumnos todos, conocidos o desconocidos, formamos una sola, compacta legión.
>
> Acoged, pues, el testimonio de afición que yo os ofrezco: como el de todos los socios de nuestro Centro, pues todos ellos, como yo, participan de iguales sentimientos."

El público estaba conquistado. A la nerviosidad de los exalumnos sucedían la admiración y el aplauso. (Véase el texto completo del discurso en el Apéndice).

* * *

Cuando el joven Garbini antes citado, entraba en el postulantado para seguir la vocación sacerdotal, Podestá le revela sus más íntimos deseos. Son dos compañeros que se alistaban en la milicia de Cristo, que vestían su librea. Con una tristeza de náufrago, aunque siempre superada por la fe, escribíale Juan Podestá.

> "Se muy bien que tienes ganas de preguntarme: ¿y tú, que es lo que

haces? ¿Para cuándo lo dejas? ¿Le reservas a Dios los peores años y le niegas los mejores? Y yo te contesto con el acento de mi fe: Dios Nuestro Señor lo hará todo y lo hará bien. Yo por mi parte ya le he ofrecido mi corazón, para que si estuviere en sus secretos designios, lo tome y lo haga suyo. Eso sí, necesito mucho de la oración, y ahora que tú puedes orar con toda eficacia, yo te pido fervientemente que reces mucho por mí.

Dime algo del otro amigo, inseparable tuyo, y tanto que según creo ¿no es acaso verdad? lo será también en la santa confraternidad de la vida religiosa.

A todo esto —y aunque aquí no hago más que conjeturas— me parece evidente que el premio de tan grandes conquistas corresponde al Padre Zuccarino. ¿Me engaño o estoy en lo cierto? En verdad, ese padrecito es un tentador de siete suelas.

Unido contigo en la alegría, y mientras bendigo a Jesús por tanto consuelo, te abraza afectuosísimamente..."

El ya citado padre Garbini continúa:

"Y cuando el Señor en su divina misericordia se dignó sacar del polvo de la tierra a quien esto escribe, para colocarlo entre los ministros de su altar, Juan me acompañó en esos momentos solemnes de mi vida, y de palabras y por escrito me descubrió todo lo que su gran corazón sentía por las almas y el sacerdocio católico: "Un sacerdote más, que sabe lo que sufren las almas, me escribía, ¿qué no harás por salvarlas? ¿qué sacrificios no serás capaz de afrontar por curar sus heridas y sus llagas?" Y dejándose llevar por su amor de predilección por las almas de los obreros y de los humildes, agregaba: "recibes la consagración sacerdotal en el día de la Encíclica "Rerum Novarum", como si Dios quisiera decirte que debes amar intensamente a los obreros y a los humildes. Amales y trabaja por ellos, necesitan sentirse amados por el sacerdote de Jesucristo."

Y en un discurso pronunciado con motivo de la ordenación sacerdotal de otro sacerdote amigo, terminó con estas hermosas palabras: "Que seas un sacerdote celoso de las almas, y si ha de llegar un día en que sientas desfallecer tu mano, que sea por el cansancio que te ha producido el absolver a los pecadores y distribuir comuniones."

* * *

"Y hasta en los momentos de prueba para la causa de Jesucristo, cuando las tinieblas de los prejuicios y de las ambiciones obscurecieron la inteligencia de los católicos, encontré siempre en este joven admirable e incansable

en el apostolado, sólo la palabra de pesar y de dolor por el perjuicio que sufrían las almas. Lo único sensible en todo esto, me decía, "es el mal que reportan las almas".

* * *

Monseñor Santiago Costamagna, obispo de Méndez — Gualaquiza (Ecuador), después de escucharlo en una jornada eucarística manifestó que lo habría ordenado sacerdote de inmediato. El padre José Vespignani iba más lejos: en un día de fiesta parroquial, viendo pasar a Juan Bautista, dijo a un sacerdote: —"Ahí va un joven modelo; lo podrían consagrar Obispo, que enseguida haría mucho bien".

* * *

La abnegación en el apostolado es la piedra de toque de la rectitud de las intenciones y de la sinceridad con que se busca la gloria de Dios: ¡nada de segundas miras!

Los santos conocieron el secreto valor encerrado en el desasinmiento personal, por esto borraron todas las huellas de sus propios pasos.

Supieron honrar al Padre que está en los cielos y se cumplió en ellos la promesa del cuarto mandamiento.

Juan Bautista cela la gloria del Padre Celestial y permanece su memoria, en cambio, largo tiempo sobre la tierra.

Solamente los muy íntimos conocían algunos de los sacrificios que Juan Bautista realizaba buscando la gloria de Dios.

Evitó cuidadosamente honores y aplausos. No supo nunca lo que era el auto-bombo, la propia ponderación.

Las crónicas trazadas por la pluma de Juan Bautista, detallando actos de propaganda social, o reuniones de prestigio y en las que tenía máxima parte, no registran ni su nombre. Generosamente destacaba la acción de los demás y él permanecía en la obscuridad del silencio. Se releían sus crónicas antes de imprimirlas, porque ya se sabía que su apellido no había de figurar escrito por su mano.

No aceptó ninguna remuneración de sus servicios, en cambio gastó muchos miles de pesos de su propio bolsillo acudiendo a los diversos sitios que se disputaban su presencia.

Los domingos y fiestas los consagró íntegros a los trabajos de propaganda católica. Las noches siguieron la misma suerte que los domingos. Volvía de su ocupación a las veinte horas; tomaba aprisa un bocado y

marchaba apresuradamente a los puntos más distantes, dejando a veces reuniones de mayor atractivo, realizadas por elementos de la buena causa, con la presencia de personas de fuste.

En estas ocasiones se le rogaba que asistiese, se le ofrecía arreglar el compromiso contraído; nunca dejó de cumplir con la palabra empeñada y mucho menos tratándose de centros modestos, de actos de relativa trascendencia.

¡Cuántas veces se le vio materialmente rendido por el cúmulo de los trabajos y el esfuerzo realizado! Su abnegación le daba nuevas energías y nunca desistió de su puesto de honor: el sacrificio.

Hubo momentos en que se alababan públicamente sus escritos adjudicándoselos a otras personas; no se corría el riesgo de que desmintiese tales afirmaciones. Su nombre no lo cotizaba en las obras de Dios.

Amaba por sobre todo el triunfo de la Iglesia. Su abnegación le hacía acatar las resoluciones de la autoridad eclesiástica, aún cuando antes de producirse, él hubiera sostenido puntos de vista diferentes y hasta contrarios.

Cuando alguna vez en su parroquia, se juzgaron poco acertadas las medidas que se tomaron para la distribución de víveres a los pobres, Juan Bautista era el primero en disculparlas y hasta en defenderlas:

—Será mejor así, decía; quizá se tenga algún motivo especial para disponer las cosas de esta manera.

Constituida la autoridad, su obediencia era perfecta.

CAPITULO SEXTO

EL SOLDADO DE CRISTO

Desde que se organizaron, Juan Bautista desenvuelve gran actividad en las Conferencias Populares.

Se hallaban éstas en la órbita de los Círculos de Obreros pero, a poco de fundadas, en el VI Congreso de los Círculos de Obreros se resuelve crear, el 28 de junio de 1916, la Comisión de Acción Popular que debe correr con todo lo atinente a las Conferencias.

Preside esa Comisión, Carlos Conci y actúa como secretario el Padre Napal. Para integrarla designan, entre otros, a Juan B. Podestá.

Juan Bautista forma parte no sólo como uno de los oradores más cotizados por su capacidad, elocuencia y preparación doctrinal, sino también interviene en la dirección, organización y financiación de las conferencias.

A él le impulsa interiormente el deseo de llevar el mensaje de Cristo a cuantos ignorantes o engañados transitan por el camino del error. Para lograrlo no mide sacrificios, no ahorra esfuerzos ni se agota su generosidad.

* * *

Las conferencias seguían el siguiente esquema.

El acto se iniciaba con la fijación de los carteles, pues la mozada valiente salía antes de las primeras horas de la madrugada, con lluvia, frío o calor a fijar en el barrio, profusamente, los llamativos anuncios.

Allí se encontraba Juan Bautista, brocha en mano, animando a todos y trabajando como el último de los jóvenes, con una modestia igual a su ardor.

Las del alba serían, cuando abandonaban las armas modernas de propaganda, para un necesario descanso.

Llegada la hora de la conferencia, al subir el primer orador, subía a los aires la rechifla, hasta que la voz, el gesto y la sensatez de la expresión conquistaban y domaban la fiereza de aquel público.

Más de una vez en el tole-tole que se armaba, salían a relucir dagas y

revólveres. Una Providencia especial guardó la vida de estos confesores de Cristo.

En alguna ocasión, como ocurrió en Bánfield en febrero de 1917, el diputado socialista Pascali se presentó esgrimiendo en una mano un revólver y en la otra su medalla de diputado, para solicitar se suspendiera el acto. Resulta herido por la espalda un joven obrero: Alfredo Rezzónico. Interviene el Sr. Zaccagnini quien habla reprochando a los socialistas su actitud y los invita a retirarse, lo que éstos hacen [1].

En protesta por lo ocurrido, los socialcristianos, el 11 de febrero realizan una manifestación en Talcahuano y Pellegrini, (Bánfield) organizada por un grupo de jóvenes de Bánfield. Dice el diario "La Epoca" del día 12 que concurrió un público numerosísimo:

"Hablaron José M. Samperio, Juan B. Podestá y el Pbro. Dionisio R. Napal. Terminadas las conferencias, el público se formó en columnas y se dirigió a la estación aclamando a los oradores. En la estación un centenar de socialistas intentó cantar la Internacional pero fueron fácilmente acallados por las estrofas del Himno Nacional coreado por la muchedumbre" [2].

En otra ocasión el Círculo de Obreros de Nueva Pompeya organizó una conferencia en la esquina de Avenida Sáenz y Esquiú. Terminada la conferencia la muchedumbre se organizó en ordenada manifestación hacia el Parque Patricios. Como era habitual cantaban el Himno de los Círculos. Al llegar a las calles Rioja y Caseros vieron que avanzaba en sentido contrario otra manifestación de elementos anarquistas y socialistas. El encontronazo tenía que producirse. A los primeros signos de agresión la columna de los Círculos de Obreros se enardeció y atacó resueltamente a sus oponentes que se dispersaron en todas direcciones y se ocultaron en casas y esquinas vecinas. Volvió a hablar Napal mientras se desarrollaban escaramuzas y refriegas en los alrededores del acto. El saldo fue varios contusos y heridos para quienes se vieron obligados a defender la tribuna [3].

El vocerío y la grita alzábanse de tono, cuando aparecieron las primeras sotanas en los barrios obreros, ocupando la tribuna pública.

Todo ello se fue venciendo, hasta recoger aplausos y manifestaciones tumultuosas de aprobación.

---

[1] Diario "La Epoca". Cfr. Rev. del Arz. de Bs. As. Año 1919; pág. 245.

[2] Diario "La Epoca". 12 de febrero de 1917. Cfr. Rev. del Arz. de Bs. As. Año 1917, pág. 247.

[3] Diario "El Pueblo", 6 de enero de 1919. Cfr. Néstor T. Auza. "Aciertos y Fracasos sociales... Tomo 2; págs. 94-95.

No faltaron las interrupciones, el chascarrillo, la alusión más o menos picante que daban una vida hirviente a estas conferencias.

También el orador debía estar listo para recoger un dicho, una frase del público, que en un momento dado cortaba el discurso y deshacía una argumentación, a fin de retorcer con arte la alusión arrancando el aplauso que achata o anima.

Juan Bautista era de una habilidad única para estos trances. La ironía más sutil y legítima rebozaba en sus respuestas provocadas por el tonto que quiso despuntar de agudo.

Pero la cualidad que distinguía sus conferencias era el celo. El celo de Juan Bautista es inimitable; había unción en sus palabras, amor en sus labios, fuego en su corazón, y esos brazos que se extendían con ardoroso ademán, ansiaban recoger, enredadas de apostólica actividad, a las almas inmóviles que sentían la irresistible atracción de su figura.

Por esto, el día que se fundirá la estatua de este apóstol, habrá que sorprender toda la indecible expresión de su rostro y el movimiento ascensional de su cuerpo en el ansia de la idea y en el calor del sentimiento, para que perpetúe el mármol o el bronce el gesto de este sembrador de amor y paz.

Y no se crea que por la fluidez de su palabra y su preparación esmerada en cuestiones que poseía a conciencia, dejase por ello de pertrecharse para las conferencias, bebiendo en las mejores fuentes los argumentos de mayor fuerza y eficacia.

Tenemos ante los ojos la pauta de su último discurso en las calles, en los actos de esta índole promovidos en 1932 por los Círculos Católicos de Obreros y precisamente el 1° de mayo, un año justo antes de su muerte.

El título de su conferencia debía ser la Restauración del Orden Social, glosando la encíclica Quadragésimo Anno.

Llevaba a la disertación este documento pontificio, con el cuadernillo marginado en orden numérico, a fin de citar fielmente los puntos que se referían a su tesis, y además un artículo de La Vanguardia de la fecha, firmado por Rosa Scheiner (Belladona) que se titulaba: Socialismo y Comunismo. (El plan de esa conferencia puede verse en el Apéndice).

* * *

El 8 de diciembre de 1918 se realiza un gran mitin en la Plaza Congreso. La explanada del monumento a los Dos Congresos se halla repleta de gente. Junto con Norberto Repetto y el P. Napal, Juan Bautista habla a un

público calculado en unas tres mil personas. Algunos trompis amenazan el acto que concluyó con entusiasta manifestación.[4]

En general las conferencias eran escuchadas con simpatía y premiadas con aplausos por el auditorio.

Se advertía que entre los sectores populares había apetencia por escuchar el mensaje que les brindaban las conferencias.

Un Círculo de Obreros invita a Juan Bautista a hablar en la esquina de un barrio apartado de Buenos Aires en una noche de verano.

A la hora fijada llega al lugar establecido; no se descubre por allí a ninguno de los organizadores del acto. El lugar no era agradable ni tranquilizador; se quedó esperando tranquilamente hasta las 22 y viendo que no llegaba nadie, se dirigió a un café vecino, pidió una mesa y una silla, improvisó una tribuna, subió a ella y dio comienzo a su discurso. Unos treinta hombres se le fueron acercando; a los pocos minutos aumentó el auditorio; breves instantes más y ya pasaron de doscientos los que lo escucharon durante una hora. Los últimos en acudir fueron los organizadores. Terminada la conferencia entre clamorosos aplausos, Podestá abandonó su improvisada tribuna, devolvió la silla y la mesa al café y sin el menor resquemor o enfado, saludó cordialmente a sus tan poco galantes invitadores.[5]

De 1916 a 1919 la obra de las Conferencias Populares organizó 422 conferencias callejeras, fijó 540.000 carteles y distribuyó 675.000 hojas volantes.

El biógrafo de Napal consigna que en 1916 pronunció él solo cincuenta y dos conferencias callejeras; en 1917, ochenta y tres y en 1919, noventa y seis...

Creemos que Juan Bautista no queda a la zaga y que, considerando todas sus disertaciones públicas, superan esas relevantes cifras.

* * *

No sólo con las conferencias actúa Juan Bautista en los Círculos de Obreros. El no es obrero. Pero ama entrañablemente a la clase obrera, conoce sus problemas y se desvive por solucionarlos o atenuarlos. Conoce perfectamente la doctrina social de la Iglesia, trata de difundirla y de que se aplique a la clase trabajadora.

---

[4] Rev. del Arz. de Bs. As. Año 1918; págs. 115-117.

[5] Carlos Conci en Revista "Exalumnos de Don Bosco", N° 217; mayo de 1944; pág. 1005.

Durante años es miembro de la Junta Central de los Círculos de Obreros y trabaja codo a codo con Don Carlos Conci en la promoción de los proletarios.

Escribe Don Carlos Conci: "Era el año 1919. Habíamos ido a Tucumán; invitados por el P. Massa nos acompañaba Juan B. Podestá. Llegamos un día de huelga general; una huelga fuerte y brava; durante toda la semana que permanecimos allí, no disfrutamos un sólo día de luz eléctrica...

Nos habíamos propuesto crear un Sindicato de Cañeros. Llevábamos bien estudiados las cuestiones técnicas y los métodos más provechosos. Seguíamos reuniéndonos en el Colegio Gral. Belgrano a la mortecina luz de una vela. Razonábamos con los trabajadores, y resolvíamos sus dificultades logrando la fundación de doce sindicatos, o mejor dicho, de doce comisiones promotoras de los mismos en los diversos ingenios.[6]

* * *

Polémica con Montemayor.

La fibra de polemista y sus profundos conocimientos debían ponerse aun más de manifiesto, con ocasión de una polémica surgida a raíz de estas mismas conferencias callejeras.

Aunque no era el caso de acudir a las fuentes teológicas, Juan Bautista demostró en el transcurso de la misma, conocimientos en verdad profundos de la sublime ciencia.

Juan Bautista unió dos cosas: doctrina segura, argumentación rápida, estilo incisivo y sátira tan mordaz como legítima, no desposeída de entrañas de caridad.

Se encuentra publicada en un libro ya raro, impreso en Buenos Aires, el año 1919, sin pie de imprenta. Posiblemente se imprimió en los talleres del diario ácrata La Protesta.

La carátula lleva el nombre de César Montemayor, con las figuras de Darwin y Moisés, subrayadas por el título del libro: ¿Con Moisés o con Darwin? Se añadía la índole del contenido: Controversia católico-materialista sobre el origen del Universo.

Dejemos la palabra a Juan Bautista que en el diario El Pueblo del viernes 24 de agosto de 1917 hace crónica de este asunto, bajo el título: Hacia una polémica.

---

[6] Carlos Conci en Revista "Exalumnos de Don Bosco", Año 1941; pág. 1381.

"A raíz de una conferencia celebrada por una agrupación anarquista el sábado pasado —15 de agosto— en Castro Barros y Rivadavia, algunos correligionarios nuestros, que controvertieron con los oradores ácratas, desafiaron a éstos a sostener una polémica por escrito y con sujeción escrita a condiciones que aseguraban su seriedad. El órgano anárquico —La Protesta— publica ayer las proposiciones que los anarquistas se comprometen a sustentar en la discusión".

¿Cuáles eran estas proposiciones?

Las concreta César Montemayor, el contrincante de Podestá, con fecha 22 de agosto en La Protesta.

Eran nada menos que quince puntos, magníficos para un serio estudio, si no se supiera la superficialidad de estos doctores nutridos de leyendas.

Concretaremos algunos de ellos: un abismo insondable separa la Religión de la Ciencia; la creación milagrosa del Universo no encuentra base en la razón ni en el estudio científico de la naturaleza; los célebres seis mil años atribuídos al mundo por los Santos Padres, son apenas un cuarto de hora en la historia de la vida orgánica sobre la tierra y un minuto en presencia de la eternidad de la materia; leyendas son la creación de Adán y la resurrección de Cristo; las páginas del Viejo Testamento, en especial las del Génesis, son alteraciones de mitos orientales; inexistencia del Hombre-Dios; nuevas leyendas son los milagros de Cristo; la moral Cristiana es de origen pagano; la liturgia cristiana es copia de los ritos paganos; el cristianismo se impuso con la cimitarra; es oligárquico y proclama la explotación y la esclavitud; es funesto para el progreso humano; su moral es la obscena de San Alfonso, de Bosuet y De Maistre, porque exalta el celibato, la esclavitud, el odio entre familias, pueblos y razas, y finalmente que la secta católica está representada por millones de parásitos que en nombre de Dios y del Diablo, con mayúscula los dos nombres, se enriquecen desde hace veinte siglos... devorando a la humanidad que trabaja.

Son las eternas cantilenas que se oyen y se oirán por años y años como se vienen repitiendo por boca de filósofos, de profesores, de parlamentarios.

Montemayor probaría todo esto y mucho más.

Ya sabemos lo que significa probar para estas autoridades omniscientes.

"Los señores católicos, decía, pueden llamar en su ayuda a todos los santos del cielo y a todos los doctores reverendísimos de la Iglesia para sustentar lo contrario; nos encontrarán hueste humilde y modesta, siempre en nuestro lugar de combate en defensa de la Razón y de la Ciencia".

* * *

Juan Bautista conocía las espirales del error y los movimientos de anguilas de estos contendores.

De aquí las cláusulas firmadas para ajustar a ellas los debates:

"Los católicos que intervinieron en la recordada conferencia aceptan los temas propuestos, aun cuando los adversarios acumulan en quince cargas apartadas, todas las abyecciones y vulgaridades del anticlericalismo menos ilustrado, amén de ciertas despampanantes novedades como la de atribuir al cristianismo la hipótesis de la metempsicosis".

Estas eran las condiciones: ambas exposiciones serían conjuntamente publicadas en dos mil hojas volantes, pagadas por partes iguales; luego se cambió esta cláusula por la publicación en El Pueblo y en La Protesta, respectivamente. En discusión un tema, sería obligatorio ceñirse a él hasta terminarlo; exclusión de expresiones groseras; el máximun de cada exposición sería de tres columnas y media de La Protesta.

Firman este convenio, el 30 de agosto, Juan B. Podestá, César Montemayor y los testigos José M. Samperio, Santiago Locascio, José A. Sanguinetti y Gregorio Ruiz.

* * *

Así terminó el año 1917 sin terminarse la polémica. El joven universitario no hallaba tiempo material para escribir, además quería constatar hasta el escrúpulo las citas y los argumentos de sus respuestas.

Ya se habían publicado varias réplicas, cuando la época de exámenes, fines de 1917 y principios de 1918, no le daba espacio a Juan Bautista para una última respuesta, que luego escribió el 22 de enero de 1918, en treinta columnas de gran formato y tipo 8, sin interlíneas.

Montemayor se creyó eso mismo, un mayor monte frente a la altura de Juan Bautista, y así le escribió una carta en La Protesta, contestada a vuelta de correo, algo así como un cañonazo.

Por esta respuesta podrá verse la fibra del polemista y el carácter fuerte de Juan Bautista, carácter que templaron la virtud y una humildad obtenida a fuerza de combates diarios y de serios exámenes de conciencia. Para que se aprecie este perfil de su vida, no titubeamos en insertarla.

Escribía Montemayor (La Protesta, 4 de enero de 1918): "Hermano en Cristo; Salud:

El gran acontecimiento se produjo. Cándida estrella anunciadora surgió en el cielo de rubíes y perlas enguirnaldado. Hijo del misterio a redimir nuestro infame pecado cometido por la divina pareja primera, vino al mundo, esperado Mesías, el Buen Jesús de Nazareth entre vacas y burros,

incienso y mirra. Igualmente esperados, vinieron graves y solemnes, al divino pesebre los reyes magos del Oriente y vino también por mortal urbe suspirado, el año del Señor de 1918. Pero su artículo —se refiere a la sexta réplica de Podestá— mi buen hermano en Cristo, todavía no vino, ni por estrellas peregrinas anunciado fue... Quiera, muy señor mío, ceder a los votos ¿qué digo? a las súplicas, al anhelo ardiente, febril, de tantos admiradores que no quieren ser privados, "tout a coup" de sus divinas luces, o por lo menos, dígnese contestar como lo hizo un ministro italiano a los socialistas: "Respondo que... no respondo".

Y ésta es la contestación de Podestá:

"Me ha divertido mucho su cartita de hoy, aparecida en el diario ácrata. Es usted deliciosamente cándido. ¡Qué victoria! ¿eh? ¡Cómo quisiera usted que yo me llamara a silencio!

¡Pobrecito! ¡Qué almita de ángel la suya!

¡Vamos, señor científico! ¿Por qué tanta impaciencia?

¿Por qué pierde la calma? ¿Por qué se alborota? ¿Que le duele? ¿Acaso he contraído obligación de contestar en el término de diez, de veinte, de treinta días? ¿Y se ha olvidado ya, ¡oh insigne científico! del gran papelón que hizo su cofrade del diario ácrata, cuando publicó aquella diatriba soez, sin duda, pero más que soez, estúpida, en la que me insultaba de pies a cabeza, me ahogaba —o pretendía ahogarme— debajo de una lluvia de palabras de estercolero, porque se forjaba la grata ilusión de que yo había renunciado a iniciar la controversia? ¿Y no recuerda que al siguiente día, el mismo diario que había servido de cloaca para que pasara el desperdicio de aquel señor de la redacción hubo de desmentirse vergonzosamente publicando el artículo del obsceno seminarista a quien se acusaba de haber desertado? ¿No ha escarmentado todavía? La réplica vendrá; ¡vaya si vendrá! Tan luego mis ocupaciones me permitan escribirla. Ud. desea, don Cándido, que yo me limite a decir: "Respondo que... no respondo". Lamento no poder darle el gustazo. Respondo que responderé a su último artículo y a otros cien que escriba. ¿Le molesta?

¡Salud y anarquía! ¿Cree Ud. que voy a largar así no más el derecho que he adquirido de defender mis convicciones ante lectores anarquistas? No se chancee usted, pues, ni se forje ilusiones, ilustre scienzato. Sobre todo no venda la piel del oso antes de haberle matado.

Sea más hombre y menos bobalicón. Agradecido, lo saludo en nombre de la materia eterna. Juan B. Podestá".

Eran indudablemente tiempos de lucha recia.

* * *

Una advertencia necesaria.

Al volver a esta discusión, después de una tregua obligada, que motivó una candorosa cartita del señor Montemayor a la que dí oportuna respuesta desde las columnas de El Pueblo, debo hacer una advertencia necesaria.

Sé que algunos extrañan mi persistencia en discutir con adversario del nivel moral del que me ha tocado en suerte. Para esos tales, quiero decir que por el señor Montemayor no perdería un sólo minuto. Su mala fe no fue para mí revelación de su conducta en la controversia. La conocía antes de iniciarse ésta. Me constaba que el señor Montemayor no procedía en su virulenta campaña contra el catolicismo por convicciones doctrinarias, sinceras y profundas. No podía engañarme respecto a un hombre a quien había oído, por esas calles de Dios, vociferar, lleno de iracundia y de odio, contra todo lo bueno, contra todo lo santo, y empleando por sistema un lenguaje brutal, que no es el lenguaje de las convicciones sinceras ni de las opiniones rectas.

Si, no obstante, concerté esta controversia, fue por aprovechar la oportunidad de dirigirme a lectores anarquistas, defendiendo ante ellos mi credo católico con razones y hechos que difícilmente encontrarían en sus lecturas habituales. Por eso continúo complacido, sosteniendo la discusión, por eso continuaré todo el tiempo que sea menester, cumpliendo la ingrata tarea de leer y refutar las lucubraciones de mi adversario, en las que campea, con el estilo más desenfadado, la más insigne mala fe.

Discuto, pues, con el señor Montemayor, pero no por él, ni para él. Nunca he esperado convencer, ni siquiera hacer confesar la verdad de un hecho evidente, a quien miente por sistema, y se miente a sí mismo...

* * *

La última respuesta de Juan Bautista Podestá fue la del 22 de enero de 1918. No continuó con ellas por sus muchas ocupaciones. Pues las hacía a ratos perdidos, hurtando las horas del necesario reposo.

* * *

A pesar del brillo con que Juan Bautista condujo la polémica, le pareció que su trabajo era muy poca cosa, que no estuvo a la altura del argumento y en consecuencia no la mentó nunca.

Montemayor, exiliado del país, se arrojó al agua antes de llegar a Montevideo. Fue en los días siguientes a la Semana Trágica, que comentamos anteriormente.

Sus sentimientos se moderaron mucho y la figura de Podestá alzándose en su alma, se le habrá aparecido como sombra amiga y guía del buen sendero.

* * *

¿Habrá que decir ahora su preocupación constante por la buena prensa?

Compenetrado de la importancia del periodismo y de la ayuda eficaz que cada católico debe prestar a su diario, Juan Bautista puso sus dineros y sus energías al servicio del diario "El Pueblo".

Su pluma fue trazando artículos que eran una filigrana. Es fácil reconocer las columnas que brotaron de sus dedos.

Si se quisiera coleccionar esos artículos, Juan Bautista no respondería con Sarmiento: "los mejores, ésos son los míos", sino que, en su modestia, nada aseguraría haber escrito que valiese la pena. Pocas veces aparecía su firma en el vanidoso escaparate de papel.

Y allí están sus sueltos, breves, jugosos, atildados, con intención fina y sonrisa de sutil ironía, como el estudio a fondo y continuado sobre temas que obsesionan en esos momentos, en los que se ve la difícil trama que acredita al periodista de ley.

¿En qué escuela se formó Juan Bautista para dominar la pluma y exceder ventajosamente a los veteranos de la péñola?

Su vida entera era una preparación para el periodismo. Lo hemos visto. Así como desde un primer instante decidió su vocación social, así también comprendió que la palanca de la pluma levanta al mundo, y que es cincel, combo y espada para perfilar, destruir, defender y conquistar.

Juan Bautista es el periodista de vocación y de intensa preparación. No había peligro, lo dijimos, de que asentara una premisa, o afirmara una conclusión, sin estar cierto, absolutamente seguro de ellas; pero cuando pensaba el argumento, brotaban las carillas debajo del rodillo de la máquina de escribir, casi sin interrupción, al máximo con una o dos pausas, inicios de nueva concepción.

Su pluma era tan cotizada, que mientras otros escritores de mérito esperaban vanamente su llamado, se invitó a Podestá para que colaborase en la revista Criterio, en los tiempos que pudo sostener este semanario, a una lista preclara de firmas extranjeras y nacionales.

"Para "El Pueblo", escribe quien fue su Director, el Sr. José M. Sanguinetti, reservaba una simpatía tan estrecha como libre de todo interés. "El Pueblo" honró sus valientes columnas con editoriales y sueltos de su gran amigo Podestá, y con mayor frecuencia aún, insertaba las modestas

crónicas y noticias de actos religiosos o católico-sociales, que con toda afabilidad y complacencia había redactado para el diario de los católicos argentinos".

Añadamos que ello lo hacía en ratos de merecido descanso, en altas horas de la noche o primeras de la madrugada, después de los actos, cuando todos ya fatigados sentían de plomo el lapicero y de hierro la lengua.

"Jamás exigió ni aceptó por ello retribución alguna, continúa el Sr. Sanguinetti, siendo su mayor estipendio ver a su diario marchar dentro de las rectas normas del periodismo católico. Para otorgar a "El Pueblo" su ayuda entusiasta y su aprobación efusiva, bastábale cumpliera integérrimamente con sus deberes de órgano del pensamiento católico. El, que en justicia podría exigirle algo, jamás le pidió nada, inversamente a los que no dando nada, lo exigen todo."

Sus escritos eran profundos, ajenos a todo oropel literario, a todo rebuscamiento y a toda ampulosidad. Su vida austera, su amor a la verdad y a la justicia, sólo adornadas de su virtud intrínseca, estaban fielmente reflejadas en sus artículos medulosos, medidos, exactos.

Su firma pocas veces aparecía al pie de los mismos. Una inalterable e irreductible modestia aconsejábale olvidar una firma, que los hubiera enaltecido y prestigiado.

Cuando sabía que "El Pueblo" necesitaba su cooperación pecuniaria, no sólo no lo escatimaba, más aún, la ofrecía. Por ello contábase entre los accionistas y entre sus benefactores de primera línea".

"Apenas terminados sus discursos, dice el Sr. Conci, era el momento de mover la pluma de periodista". Sabía que después de los actos públicos, pocos acudían a las oficinas de U.P.C.A. y más tarde de la A.C.A. para dedicarse a la prosaica tarea de escribir una crónica".

Hay periodistas que rehusan escribir la reseña de un acto. En efecto, tiene muy poco atractivo este trabajo.

Era un buen cronista, pero algo olvidadizo, e injusto. Si se debía consignar su nombre, sin duda se le había olvidado y todo lo que en justicia debía reseñar de su actuación o de sus palabras, eso sin falta se quedaba en el fondo del tintero, como solía escapar del campo del lente fotográfico, por ser enemigo jurado de todo exhibicionismo. Tratándose de los demás, era un cronista de lo más ecuánime. Nunca exageraba. Sus crónicas eran tan exactas, correctas y castizas como sus escritos.

Sus artículos son de tal valor, que muchos fueron reproducidos en la prensa extranjera y con frecuencia.

Su especialidad era la lógica de hierro, encerrada en el terciopelo de su estilo envidiable.

Podestá hubiera escalado posiciones muy elevadas si hubiese esgrimido su pluma para medro y ganancias personales.

¡Cuántas crónicas y artículos de otras firmas, pasaron por las manos de Podestá, sufriendo una operación de estética periodística, con gran satisfacción de los interesados que estaban seguros de su secreto y de su prudencia!

Cuando los acontecimientos se precipitaban, se lo iba a buscar de noche, a horas tan avanzadas, que confinaban con las primeras del día.

Nunca se negó a concurrir al diario, ni jamás dejó de escribir, con pleno éxito, el artículo pedido en esos instantes.

Alguna vez el artista nos pintará un Podestá, momentos antes de iniciar un suelto, un estudio, sentado a la mesa de redacción de "El Pueblo".

Es después de una pesada noche de verano; la jornada ha sido dura y amarga; los desengaños arañan el corazón del más acorazado. Podestá tiene la cabeza apoyada en la mano izquierda; el lapicero se levanta sobre el papel tres, cuatro y hasta diez veces.

Han pasado unos instantes y de sobre la mesa se recogen cuartillas que encierran una réplica contundente, un comentario acertado, una nota de redacción que se la hubieran disputado los rotativos de más fama.

Tan limada era su producción que apenas necesitaba una que otra enmienda.

En el Congreso de la prensa Católica nacional de abril de 1918, Podestá dio la bienvenida a los delegados de la República, con una alegría, que fácilmente se imagina, pues este movimiento tendía a prestigiar la buena prensa, leit motiv que no caerá de sus labios.

Por su participación en el Congreso debiéramos extendernos más en este aspecto de la actividad de Podestá; pero como él va surgiendo del comentario y de la narración de otros hechos, creemos que esta faz notable de su vida queda suficientemente presentada.

¡Cuántos le habrán hecho llegar el agradecimiento del alma por la fe devuelta, por la nueva luz encendida en la brumosa inteligencia, debido a sus conferencias y escritos!

Nada nos dijo Podestá. Aquellas dulzuras caían en el secreto, en el hondo secreto de su modestia.

* * *

En cambio, a más del trabajo material, del cansancio y de la agitación,

debía sufrir la molestia en verdad inaguantable de un eczema continuado, que no podía calmar ni llevando rápidamente la mano al sitio de dolor. Ningún remedio, ni untura pudo terminar con esta espina clavada en su cuerpo, que se hacía presente en los momentos de mayor entusiasmo y de más activo trabajo.

Porque Podestá fue el varón de las enfermedades raras. Tuvo el eczema de referencia en los pliegues de la ingle; fue su cilicio y su cruz; lo afirmamos sin hipérbole.

Un año sufrió de afta, esa úlcera de la mucosa de la boca, tan dolorosa y tan extraordinaria en el hombre; y finalmente el cálculo al páncreas, que lo arrebató a nuestro cariño.

Su jaqueca era continua: mientras pronunciaba los discursos o escribía los artículos, ella era su compañera inseparable.

También este cilicio lo sobrellevaba en silencio; muy pocos, los más íntimos, sabían algo; pero muy poco, porque de sus labios nada pudo oírse que de lejos redundara en su admiración o en su aprecio.

¡Y así en este estado, hasta cuatro conferencias debió pronunciar en una sola tarde!

Si otros dolores no se hubiesen sumado a sus padecimientos físicos bastarían éstos para destacar el espíritu de fe y de abnegación con que procedía Podestá en el complejo desarrollo de la acción católica.

* * *

¡Y pensar que esta actividad múltiple y descollante la realizaba un joven de veintitrés años! En verdad debemos aplicarle el dicho escritual: «super senes intellexi quia mandata tua quaesivi», he sabido hacer más que los ancianos porque busqué siempre la guarda de tus mandamientos.

Aquí brota espontánea una observación que la formulaba Contardo Ferrini, el sabio catedrático universitario: "¿Por qué las aspiraciones de la máxima parte juvenil se concretarán alrededor del matrimonio, perdiendo de vista el ideal de la perfección cristiana? Nada más fecundo que la integridad física y moral, como fue fructuosa la virginidad de una doncella a quien llamamos Madre de Dios..."

* * *

Al día siguiente de ciertos triunfos, concurrirá a la capilla de su antiguo Oratorio «San Francisco de Sales». Es presidente de los Exalumnos y es día de Comunión mensual. Para confesarse, se pone en el banco de los

oratorianos, esperando su turno. Lo hace públicamente, visto y observado por todos, con una devoción seria y un recogimiento templado. Los jóvenes obreros le invitan a pasar en primer término; él mueve dulcemente la cabeza y sigue como los demás, corriéndose de espacio en espacio, hasta arrodillarse a los pies del confesor.

* * *

Habiendo terminado en 1922 el mandato presidencial de Hipólito Yrigoyen, el 12 de octubre de ese mismo año asume la presidencia de la Nación el doctor Marcelo T. de Alvear.

Al año siguiente, en el mes de abril, fallece el arzobispo, monseñor Mariano Antonio Espinosa después de una larga enfermedad que en los últimos años le había impedido el gobierno de la arquidiócesis.

Producida la vacante se reúne el Cabildo Metropolitano y elige vicario capitular a monseñor Bartolomé Piceda.

El de vicario capitular es un cargo provisorio, administra los asuntos ordinarios hasta tanto sea nombrado el nuevo titular. La buena marcha de una diócesis o arquidiócesis urge que este nombramiento se haga cuanto antes.

La provisión del arzobispado de Buenos Aires tardó más de tres años debido al grave conflicto suscitado acerca de esa provisión.

La pluma de Juan Bautista estuvo en continua actividad, pues el apasionamiento público, no dejaba espacio para tregua. Pero Juan Bautista sufre mucho por esa dolorosa situación, ante todo por el mal que produce en las almas y en segundo lugar, porque sufre en carne propia una lastimosa prueba moral.

* * *

En aquel entonces no existía el Acuerdo firmado entre el Estado argentino y la Santa Sede el 10 de octubre de 1966. Para nombrar nuevo arzobispo se procedía de acuerdo con el Patronato Nacional que figura en la Constitución de 1853 pero que nunca fue reconocido por la Santa Sede.[7]

---

[7] Llámase Patronato al privilegio otorgado por la Santa Sede a los monarcas o Jefes de Estado de presentar o proponer un eclesiástico para ocupar el arzobispado u obispado vacante.

Los reyes de España alcanzaron este privilegio para la Metrópoli y las Indias.

El papa Julio II por la bula Universalis Ecclesiae, del 28 de julio de 1508, concedió el privilegio y defendió su alcance en lo relativo a su transferencia: "Concedemos a los dichos reyes Fernando y Juana (su hija), y a los que adelante lo fueran de Castilla y de León; el derecho de patronato y de presentar personas idóneas para las dichas iglesias..."

El concordato de 1753 entre Benedicto XIV y Fernando VI reconoció este privile-

El ejercicio del Patronato consiste, principalmente:

a) En la intervención del Gobierno nacional en la provisión de cargos eclesiásticos vacantes; b) En el examen de las disposiciones de la Santa Sede, para concederles el pase o negárselo. Según la Constitución el Senado formula una terna, y el Presidente elige el candidato que debe ser presentado al Sumo Pontífice para que le otorgue la investidura.

Este procedimiento se presta a innumerables conflictos; para evitarlos en la práctica se procedía de la siguiente manera: antes de presentar al candidato se obtienen informaciones previas de que no merecerá reparos de parte de la Santa Sede. Esta examina las cualidades del presentado, y si lo cree aceptable extiende la bula de nombramiento. En esa bula no se hace mención alguna a la presentación hecha por el gobierno.

Si el candidato no fuera aceptable la Santa Sede guarda silencio. Visto este silencio, después de un tiempo prudencial, el gobierno presenta otro candidato.

El 26 de junio de 1923 el Senado propone al Ejecutivo la siguiente terna para cubrir la vacante del arzobispado de Buenos Aires: 1° monseñor Miguel de Andrea, 2° monseñor Francisco Alberti, 3° monseñor Abel Bazán y Bustos.

Pocos días después, el 4 de julio, el presidente Marcelo T. de Alvear firma el decreto que presenta a monseñor Miguel de Andrea a la Santa Sede para que ésta le confiera la investidura de arzobispo de Buenos Aires.

Antes de hacerlo Alvear invitó a monseñor de Andrea a su casa y le confió su decisión.

De Andrea le agradece la deferencia pero no quiere darle ninguna respuesta antes de consultar al Nuncio Apostólico.

El Nuncio Apostólico, monseñor Beda Cardinale, lo felicita y hasta le delinea un plan de trabajo.

Cuando los diarios publican el decreto del Poder Ejecutivo se produce

---

gio como legítimo en su origen y funcionamiento secular, y lo sancionó de nuevo.

No obstante tratarse de privilegios personales o propios de la Corona española, los Gobiernos argentinos han continuado en el ejercicio del Patronato fundados en un presunto derecho sucesorio que la Santa Sede nunca ha reconocido oficialmente.

Que el asunto no está claro, lo da a entender la misma Constitución Nacional que en el artículo 67, inc. 19 dice que corresponde al Congreso: «Aprobar o desechar... los concordatos con la Silla Apostólica, y arreglar el ejercicio del Patronato en toda la Nación.» (Véase Mario Alexandre «Instrucción Cívica». Ediciones Don Bosco- Bs. As. 1985; pág. 275 ss.)

una explosión de entusiasmo. Llegan a monseñor de Andrea centenares de telegramas de felicitación y expresiones de júbilo. Los diarios publican artículos elogiosos y dan por descontado la designación de monseñor de Andrea como arzobispo de Buenos Aires. Se multiplican los agasajos. Desfilan obispos, sacerdotes, superiores de órdenes religiosas, personalidades del gobierno y del laicado católico a congratularse con el elegido. No faltan algunos banquetes de homenaje.

* * *

Más o menos contemporáneamente con la de monseñor de Andrea se había hecho la presentación de monseñor Julio Campero y Aráoz para cubrir la vacante del obispado de Salta.

Era el mes de setiembre. Había llegado la bula correspondiente a monseñor Campero pero la de monseñor de Andrea no llegaba.

Comienza a circular el rumor de que la designación de monseñor de Andrea no es acepta a la Santa Sede. Junto con el rumor la interpretación de por qué no era aceptado.

Circulan chismes calumniosos acerca de la moralidad del candidato y hasta la posibilidad de que éste pretendiera formar una iglesia cismática.

Es probable que estas especies y otras acusaciones contra el candidato propuesto llegaran hasta la Santa Sede.

Los archivos vaticanos se abren para los investigadores pasados muchos años de haber ocurrido los hechos, de ahí que no es posible consultar la documentación allí existente sobre este sonado asunto. También el incendio del arzobispado de Buenos Aires perpetrado en 1955, ha reducido a cenizas valiosos documentos.

Lo cierto es que en Buenos Aires los que no ven con afecto a monseñor de Andrea y sostienen que puede haber otro candidato en su lugar intensifican sus ataques. Recrudece la campaña periodística que complica más la cuestión.

Se perfilan netamente dos corrientes de opinión: los que defienden la persona de monseñor de Andrea y son denominados "deandreístas" y los que la atacan, llamados "antideandreístas".

* * *

A fines de octubre el Nuncio hace saber a monseñor de Andrea y al presidente Alvear que la Santa Sede vería con alivio un desestimiento del candidato al arzobispado que allanara obstáculos.

Monseñor de Andrea recuerda al Nuncio sus conversaciones de julio y,

dando un hermoso ejemplo de obediencia, decide sin más acceder a los deseos de Roma. Renunciará.

Conversan acerca de las consecuencias políticas y periodísticas de esa actitud y el Nuncio mismo bosqueja un borrador de renuncia para que de Andrea presente al gobierno argentino, y un comunicado aclaratorio para dar a la prensa.

El comunicado del Nuncio es demasiado escueto; a de Andrea le parece que es necesario ampliarlo y redacta otro.

Comentado este nuevo comunicado en rueda de amigos, éstos le aconsejan quitar una frase que podía molestar a la Santa Sede.

Las expresiones que aconsejaban quitar eran éstas: "Ciertas oposiciones, cuya índole y procedencia he conocido demasiado tarde, han hallado eco en el Vaticano, difiriendo y dificultando mi promoción."

Monseñor Perazzo era el que más insistía en la supresión de dicho párrafo. Con esa frase de por medio, afirmaba, de Andrea nunca podrá ser arzobispo de Buenos Aires. Pero de Andrea es inflexible y entrega el comunicado al periodismo tal cual lo había preparado.

No quiero de ninguna manera ser arzobispo, repetía, sólo me interesa que mi madre moribunda no crea en las calumnias que publican los diarios. Que se sepa que el rechazo no es por razones de moralidad... Un error de los Superiores eclesiásticos no es un delito, puede ser una sorpresa o cualquier otra cosa..., y tampoco es delito denunciarlo, si las circunstancias lo exigen...

* * *

La publicación el 8 de noviembre del manifiesto de monseñor de Andrea por los diarios causa revuelo en todas las esferas.

Los políticos liberales y socialistas claman porque se ha inferido un nuevo e insólito atropello al Patronato Nacional.

Los amigos de monseñor de Andrea justifican el comunicado en todas sus líneas. Sus enemigos vislumbran un amago de cisma en la Iglesia argentina. La Santa Sede se siente muy ofendida...

Los diarios hacen publicaciones y protestan a su gusto.

Mientras tanto el presidente Alvear se dirige en cable personal al Sumo Pontífice y le pide "una favorable solución al asunto."

Dos días más tarde Pío XI contesta en la misma forma:

"Por ser grato a Vuestra Excelencia, Nos habríamos deseado complacerle..., pero luego de madura reflexión, y después de haber rogado férvidamente al Señor, debimos persuadirnos de que ello no convenía..."

El 23 de noviembre Alvear rechaza la renuncia presentada por de Andrea "en mérito a no existir causas que obliguen al Gobierno a desistir de esa designación". De Andrea vuelve a presentar la renuncia el 14 de diciembre, y el 31 Alvear vuelve a rechazarla.

Entonces, de Andrea se encierra en un mutismo absoluto que observa por muchos años.[8]

* * *

En el Parlamento se interpela al Ministro de Relaciones Exteriores y Culto, doctor Angel Gallardo, el cual manifiesta que respecto a la presentación de monseñor de Andrea el Gobierno no había hecho sondeos preliminares; se había basado en una conversación mantenida entre el doctor Alvear, cuando todavía era presidente electo y visitaba Roma, y el Padre Santo, en la cual hablando de la salud de monseñor Espinosa, no se hicieron objeciones al candidato cuyo nombre se barajó en esos momentos.

¿Qué había sucedido, entonces? Indudablemente hubo cambio de posición en el concepto de la Santa Sede. Ese cambio se debía a informaciones recibidas de Buenos Aires. No se conoce el tenor de dichas informaciones. Parece ser que la mayor acusación que se hacía a de Andrea era su actuación en polftica.[9]

Pero en Buenos Aires circulaban especies calumniosas acerca de la moralidad del candidato.

Indignado el vicario capitular, monseñor Piceda, por la circulación de ciertas calumnias manda al fiscal de la Curia que realice una investigación y se haga castigar a los culpables. El fiscal, monseñor Ussher, le informa que ya se conoce al calumniador, que monseñor de Andrea le había exigido cuentas personalmente pero que, de acuerdo a la norma de guardar absoluto silencio que se había impuesto, no haría ninguna denuncia.

Monseñor Piceda ordena al fiscal que haga una investigación de oficio. Así se hace. El calumniador, es condenado, en segunda instancia, aplicándosele praves penas.[10]

* * *

Monseñor de Andrea, desde la fecha de su manifiesto se abstuvo totalmente de participar en actividad alguna de la U.P.C.A. Ni siquiera asistió a

---

[8] Juan E. Belza. "Conci, bosquejo biográfico de un hombre y de una época". Bs. As. 1965; págs. 279-280.

[9] Id.; págs. 280-281.

[10] Id.; págs. 281-282.

la inauguración de las primeras casas edificadas con los fondos de la Gran Colecta.

Los directivos de la U.P.C.A. iban renunciando uno tras otro.

En Buenos Aires los acontecimientos se complican. Aparece un libelo contra monseñor de Andrea, sin pie de imprenta, firmado por un Doctor Efas y titulado: "A propósito de la renuncia de monseñor Miguel de Andrea. Crítica y comentarios". Bs. As. 1923.

El doctor Francisco P. Sagasti publica en febrero de 1924 un libro titulado "Monseñor de Andrea y el Arzobispado de Buenos Aires". Contesta a Efas y hace la apología del obispo impugnado.

La Nunciatura cree necesario rectificar públicamente, en "El Pueblo" y en "La Nación", una afirmación de Sagasti: de que su titular había creído necesario que monseñor de Andrea diera un comunicado a la prensa. Sagasti replica el 25 de febrero y el 1° de marzo en ambos diarios.[11]

* * *

La revista El Mensajero, del Apostolado de la Oración, dirigida por los padres de la Compañía de Jesús publica la intención general del mes: — Por los jefes de Estado y sus gobiernos, seguida de un comentario firmado por el padre José María Blanco.

Alvear se imagina atacado por el jesuita y ordena salir del país al padre Blanco quien hace declaraciones a la prensa de Montevideo.

¿Alvear ordenó al provincial de los jesuitas que hiciera salir a Blanco del país, o solo le había expresado su disgusto por el artículo? Juristas y políticos discuten la cuestión y los derechos presidenciales ejercidos en el caso del padre Blanco. Se multiplican las cartas.

En realidad el artículo no podía ofender a nadie que no quisiera darse por ofendido; pero Alvear tenía sindicados a los jesuitas como antideandreístas y el artículo lo enfureció.

Después de estas escaramuzas, hasta el diarucho más irresponsable se permite desquisiones jurídicas. Que si el odium plebis, que si otro impedimento canónico, traban la promoción del candidato...

Pero la afirmación que se afirma es la de que de Andrea es rechazado por sus actividades políticas.[12]

* * *

---

[11] Id.; pág. 284.

[12] Id.; págs. 284-285.

La discusión acerca de la cuestión del Arzobispo de Buenos Aires sigue en todos los ambientes.

En 1924 aparece otro anónimo cruel contra monseñor de Andrea firmado con el seudónimo de Fray Jenaro de Rapagnetta, titulado: "Levantando el velo. Por qué ¿monseñor de Andrea no puede ser arzobispo de Buenos Aires".

Como si fuera poco, para embrollar más la cuestión "La Prensa" publica bajo la responsabilidad de un anónimo Católico Militante varios artículos destructivos de todas las entidades religiosas. El escándalo continúa. Esta vez se acusa a los deandreístas.[13]

El clero, los católicos, la opinión pública están divididos. El chismerío, los comentarios y las discusiones trascienden todos los ambientes, se habla en las esferas eclesiásticas y en las del gobierno, parroquias, barrios, mercados, ferias... todos hablan.

El escándalo es alimentado por los periódicos. Los diarios serios lo tratan con altura, pero los pasquines ceban la morbosidad popular.

El 16 de noviembre, "El Pueblo" se ve en la necesidad de publicar un violento suelto que titula ¡Basta! y que concluye así:

> "Nombres de damas, apellidos de sacerdotes, suposiciones infames, cuando no afirmaciones tan gratuitas como ofensivas, alimento putrido arrojado a las fauces de una curiosidad malsana: todo va acumulándose en ciertas columnas que están destinadas a esto como destinados están los sumideros a las aguas servidas..."

* * *

Para colmo de males fallece el vicario capitular monseñor Piceda. La Santa Sede nombra al Obispo de Santa Fe monseñor Juan Agustín Boneo, administrador Apostólico de la arquidiócesis de Buenos Aires que en lenguaje civil sería como un interventor federal.

El Poder Ejecutivo de la Nación dictó un decreto el 7 de febrero, por el que se retiene el pase a la bula respectiva, y prácticamente deja acéfala a la arquidiócesis de Buenos Aires.

* * *

Monseñor de Andrea trabaja intensamente para convencer a los senadores irreductibles a que presentaran una nueva terna con candidatos aceptos a la Santa Sede. Después de mucho andar consigue que así lo hagan.

---

[13] Id.; págs. 286-288.

Esta actividad de monseñor de Andrea es conocida en Roma y causa gran satisfacción a la Santa Sede.

Resulta evidente que ese clima de gran conflicto no es propicio para la acción religiosa ni para la actividad social.

Considerando esa grave situación y ante la presión de los hechos, el 14 de enero de 1925 el Presidente decide aceptar la renuncia de monseñor de Andrea.[14]

Al día siguiente, por otro decreto, se comunica que el nuncio apostólico Beda Cardinale ha dejado de ser persona grata. En consecuencia debe abandonar el país. Ya antes, el gobierno había buscado una excusa para declarar persona no grata al auditor de la nunciatura, monseñor Maurilio Silvani, señalado como antideandreísta y que tuvo que retirarse, siendo reemplazado por monseñor Alberto Levame.

El Senado vota una nueva terna. Finalmente el 9 de octubre de 1926 es preconizado arzobispo de Buenos Aires fray José María Bottaro, de sesenta y siete años de edad.

De esa manera se cierra el más doloroso y prolongado conflicto que ha sufrido hasta entonces la Iglesia en la Argentina.

Pero las secuelas de esos sucesos se prolongarán por varios años.

* * *

Juan Bautista Podestá era presidente de la Liga Argentina de la Juventud Católica, rama de la U.P.C.A. cuyo asesor era monseñor de Andrea. Era también muy amigo de este virtuoso Obispo. Como muchos otros, lo era también Don Carlos Conci, presidente del Secretariado Económico Social y brazo derecho de monseñor de Andrea en la U.P.C.A. como antes lo había sido también en la Junta Central de los Círculos de Obreros.

Conci y Podestá además de dirigentes en la U.P.C.A. lo eran en la Junta Central de los Círculos de Obreros y en el Secretariado Regional y Nacional de los Exalumnos de Don Bosco. Nada de extrañar, entonces, que salesianos, exalumnos de Don Bosco, Conci y Podestá fueran señalados como deandreístas, lo que nada tiene de especial.

* * *

Hay quienes interpretan que quienes están con monseñor de Andrea están en favor del Gobierno argentino con su pretendido derecho de Patronato y en contra de las decisiones de la Santa Sede, lo cual es un gran error.

---

[14] Néstor T. Auza "Aciertos y Fracasos..." Bs. As. 1988. Tomo 3; págs. 149-150.

Lástima que esa interpretación errónea haya llegado hasta la Secretaría de Estado de la Santa Sede.

Quienes defienden a monseñor de Andrea lo defienden de las torpes calumnias de que es objeto, de las habladurías que corren, pero de ninguna manera aprueban y menos defienden la posición del Gobierno.

Sienten que el Vaticano haya sido mal informado y que esa información tendenciosa dificulte la promoción de quien es su gran amigo y que por algunas clases sociales es tenido como un obispo zurdo y socialista. Pero se someten filialmente a las decisiones de la Santa Sede y al estar con monseñor de Andrea están también de acuerdo con su renuncia al cargo para el que ha sido postulado. Pero esta actitud no es conocida en Roma. De ahí que consideren a los deandreístas contrarios a la Santa Sede y partidarios del Gobierno que sostiene el Patronato.

* * *

El diario "El Pueblo" se mantiene fiel a la doctrina de la Iglesia y sumiso a sus disposiciones; sostiene además el desigual combate trabajo entre la prensa nacional y el periódico católico de indoblegable fibra.

Por algunos de sus títulos podrá verse la importancia de los temas, pero todos eran magistrales alegatos en defensa de la doctrina de la Iglesia y de sus relaciones con el Estado.

Los ciento cuarenta artículos de fondo, escritos desde el 9 de noviembre de 1923 hasta el 8 de diciembre de 1926, día en que el virtuoso Pastor de la Arquidiócesis, monseñor fray José María Bottaro deja escuchar su voz de paz y de amor, son nada menos que ciento cuarenta serios estudios. De la mayor parte de ellos Juan Bautista Podestá es autor sin firma.

Estos artículos tienen el empuje de la lanza de Aquiles porque Juan Bautista no transigió nunca con los que, apellidándose católicos, usaron las columnas de la prensa liberal para disparar desde allí sus armas en contra del campo católico, y provocar la división, el encono de los ánimos.

Y este defensor acérrimo de las glorias pontificias tuvo que padecer una dolorosa prueba, por quienes se cebaron en su nombre.

Permite Dios que en aquello que más amamos, de lo que menos se puede dudar se cierna la duda o el ataque. Si algo incuestionable había en Juan Bautista Podestá era su amor al Papa y su fidelidad a la Iglesia. Y es precisamente sobre este punto sobre el que se siembra la duda. Lo hirieron en la fibra más delicada de su corazón, tildándolo de poco afecto, cuando no hostil a la persona del Papa, a sus mandatos y deseos.

Podestá combatió victoriosamente la falsa especie, con renovado ardor, por más que le sangrase el alma.

La calma no le abandonó nunca en esos largos meses de prueba. Supo mirar el Crucifijo de frente para decirle: "Tú sabes, Señor, que padezco por ti y por tu gloria."

El rumor de la murmuración se lo llevó el viento que lo trajo; Podestá surgió con más luminosa claridad del seno de las nubes borrascosas.

Bastaba leer sus profundos artículos sobre el pretendido Patronato Nacional para reivindicarlo categóricamente. Bastaba recordar su destacada actuación, la valentía de sus actos por los representantes del Pontífice entre nosotros. Todo eso se olvidó. Fue la hora de la incomprensión. En medio de esas tinieblas brillaba su generosidad, siempre magnífica y perenne.

La sinceridad nos atrae irresistiblemente en Juan Bautista. El es sobre todo y ante todo un corazón sincero y un alma transparente. Porque mucho más que las penitencias; mucho más que los cilicios y maceraciones, vale la sinceridad a la que llamaríamos el cilicio del alma. Jamás transará en su vida con esos caracteres de doble fondo, que no llegan a la hipocresía, pero emplean armas prohibidas por la caridad y hasta por la decencia.

Y sin embargo, jamás se abrirán sus labios para proferir una queja, para iniciar la más insignificante murmuración.

* * *

En la página 54 de las Memorias que Don Carlos Conci dejó, escritas el mismo año de su fallecimiento, 1947, se lee la siguiente afirmación:

"Monseñor Miguel De Andrea, al retornar de una de sus últimas visitas a Roma, me refirió confidencialmente que había gozado el mayor consuelo que podía esperar en la tierra. El Padre Santo Pío XI, que antes lo rechazara, le había dicho:

— Monseñor, la Iglesia tiene necesidad de mártires de la sangre y del pensamiento. Usted es uno de estos últimos...

— He quedado tan tranquilo —añadió Monseñor—, que hoy ordené al padre Ferrero echar al fuego todos los documentos que había guardado para justificarme."[15]

---

[15] Juan E. Belza "Conci, bosquejo biográfico de un hombre y de una época" Bs. As. 1965; pág. 14; notas 6 y 7.

CAPITULO SEPTIMO

EL ABANDERADO BANDERA

Juan Bautista puede ser definido como el joven eucarístico por antonomasia. Toda su vida nos habla de su amor a la Eucaristía. Lo dicen sus frecuentes visitas al sagrario, su oración silenciosa junto al tabernáculo donde tantas veces fue sorprendido al anochecer en la iglesia San Francisco de Sales; su participación los primeros domingos de mes en la procesión eucarística en el templo de su parroquia, la Basílica de María Auxiliadora y de San Carlos, y los jueves santos en la visita a las iglesias organizada por los Círculos de Obreros. Su participación en jornadas y en la promoción de grandes actos eucarísticos. Lo pone de relieve principalmente su participación diaria en la celebración litúrgica de la Eucaristía y la comunión sacramental de todos los días.

Indudablemente su corazón rebosa de amor hacia la Eucaristía. Ex abundantia cordis os loquitur; de la abundancia del corazón habla la boca. Pondrá el mayor empeño en predicarlo y sobre todo en atraer con el ejemplo.

Juan Bautista es un joven de veintisiete años; ha templado las armas de la oratoria en más de un encuentro y debe pronunciar un discurso en la Jornada Eucarística que se celebra en el templo de su parroquia, con ocasión de las bodas de plata del primer sacerdote salesiano argentino, el P. Esteban Pagliere.

Es un ejemplo de lo que él decía en las numerosas Jornadas Eucarísticas en que habló. Si la lectura de sus pensamientos conserva tanto calor ¿qué fuera escuchar de sus labios los caldeados afectos que con verdad brotaban de su corazón?

Nunca se mostró más sacerdotal e inspirado como cuando trató el tema de la Eucaristía.

Manejaba entonces la Escritura Sagrada, la Filosofía, las profundidades del dogma; le prestaban elocuencia su convicción y su amor; el estilo impecable, se amoldaba a su pensamiento, sin esfuerzos, con viveza, con enérgica expresión; los rasgos de su rostro se iluminaban...

Para un sacerdote, decía, no hay mayor delicia, gusto mejor "que este espectáculo de una muchedumbre de corazones, rendidamente dispuestos a los pies de Jesús, y ofrecidos a su Amor infinito como otros tantos tabernáculos".

* * *

¿Donde se inspiraba Juan Bautista para sus discursos? ¿En qué fuentes bebería?

Es completamente original. Los conceptos dogmáticos se tornasolan pasando por su inspiración. (Véase su discurso sobre la Eucaristía en el Apéndice).

Gozó con el pensamiento de que su Patria sería la sede del XXXII Congreso Eucarístico Internacional.

Y como en la vida de los patriarcas y profetas del pueblo de Dios, vio de lejos la gloria de este gran día y su corazón saltó de júbilo en de su pecho.

* * *

La sinceridad que pondrá Juan Bautista en proclamar el Evangelio lo retrata de cuerpo entero; no lo traiciona porque vive el Evangelio que para él es algo vivencial.

La Obra del Cardenal Ferrari tiene el gran mérito de haber difundido entre nosotros los ejemplares de los Evangelios y de estimular su lectura.

Realizó asimismo las Jornadas del Santo Evangelio, trasplantando los ejemplos de Europa y significadamente de Italia.

Invitado Podestá a participar de esas provechosas jornadas hizo un estudio breve y acabado de lo que la civilización debe al Evangelio.

El Evangelio no es nuevo, dirá, pero es siempre actual; no envejece nunca y conserva la eficacia divina del primer día.

Después de trazar un cuadro de la obra civilizadora del Evangelio termina:

> "He ahí recordado a grandes rasgos, algo de lo que el Evangelio hizo por la civilización. Algo solamente, pues si se hubiera de extender estas observaciones a otros vastos campos donde fructificó su semilla, sería necesario entretener excesivamente vuestra atención. Y aun cuando sea harto fragmentario el horizonte recorrido, es sin embargo bastante luminoso, para que nos permita sacar las consecuencias útiles para nuestro tiempo.
>
> La familia cristiana, dentro de la cual el jefe de ella no es déspota, sino padre, que participa en alguna manera de la Paternidad eterna y

misericordiosísima de Dios; y su mujer, esposa y madre, con todos los atributos de estas dos dignidades sublimes, y los niños, centro de afectos y de respeto de parte de los padres que ven en ellos la bendición divina, la familia cristiana, digo, está amenazada. Las costumbres paganas renacientes quieren invadirla, y disolverla. Las leyes, ya claudicantes, peligran modificarse de suerte que sirvan nuevamente de instrumento adecuado para deshacer la obra del Evangelio en la civilización cristiana...

Hay que defender, por una parte la ciudadela de la familia cristiana consagrada por Jesucristo. Por otro lado hay, que realizar las nuevas cruzadas, no ya para rescatar el sepulcro del Señor, sino para llevar a Jesucristo vivo, que es la Resurrección, a los campos de muerte de la impiedad y del descreimiento.

He aquí porqué afirmamos que esta cruzada del Evangelio, es una cruzada civilizadora.

Se quiere entronizar de nuevo al placer sensual con todos los vicios que lo sirven. Se quiere anular la ley del deber y la ley de la misericordia y del amor. Se quiere matar por el ridículo y el desprecio, la fe y la piedad: la fe que nos hace menos miserables frente a las luchas de la vida, la piedad que dulcifica las amarguras del destierro con las esperanzas eternas. La fe que hace tan admirables a nuestras madres, tan grandes a muchos débiles, tan fuertes a tantos que sufren, pero esperan. Se quiere cada vez más reducir a Jesucristo a un personaje amable, ideal para la literatura dulzona y decadente, y acaso para temas de epopeyas, pero alejado completamente de nosotros, de nuestra vida y de nuestro pensamiento. El que es el Camino, la Verdad y la Vida. Pues bien, nuestro deber es difundir su nombre adorable, y el libro que contiene su divina Palabra, para que cada vez más se experimente en la sociedad la realidad del Emmanuel, del Unigénito de Dios, presidiendo como rey de las naciones a todos los pueblos".

* * *

¿Extrañará, entonces, que él viviera estos mismos conceptos; que su alma incontaminada practicase la caridad más exquisita?

Fue el iniciador del reparto de víveres a los pobres que se realiza en las fiestas patronales de su parroquia.

"Y no se contentaba, dice el P. Farinati, cura párroco ese entonces, con recordar esta obligación, sino que él mismo escribía a máquina las noventa y más circulares a las casas de comercio y personas pudientes del barrio. El mismo se ofrecía para acompañar a los miembros de la comisión que recogía las donaciones. Y a lo recaudado, unía su aporte individual, que era

generoso. Tal era la grandeza de su corazón y la espontaneidad de sus actos."

Por su propio deber, siendo administrador de los señores Pereyra Iraola, tuvo que exigir el desalojo de uno de los inquilinos. Lo hizo con tanta delicadeza y caridad que ese mismo señor conservó un cariño por Juan Bautista, llorando su muerte, como la del mejor amigo.

Juan Bautista servía al Evangelio, rendía culto a la amistad y odiaba cordialmente la ficción y el engaño.

Su franqueza, fruto de su alma fuerte, templada por el amor al prójimo y resplandeciente de sinceridad, se dejó oír en todas las ocasiones, sin arredrarle temor alguno, con la santa libertad de Cristo, con la cual no se teme ni se ofende.

* * *

Así cuando la República lloró la muerte de monseñor Abel Bazán y Bustos, obispo de Entre Ríos, Juan Bautista como presidente de la Liga Argentina de la Juventud Católica, se llegó hasta la ciudad de Paraná, para decir con claridad lo que pensaba del ilustre extinto.

Todavía no estaba solucionada la grave cuestión del arzobispado de Buenos Aires. Juan Bautista nada dice de las exquisitas y austeras virtudes sacerdotales de monseñor Bazán y Bustos ni sus otras relevantes cualidades; en cambio subraya este valiente concepto:

> "En medio de la orfandad en que hemos vivido durante mucho tiempo en nuestra atribulada Arquidiócesis —era el mes de abril de 1926— teníamos el consuelo de saber que monseñor Abel Bazán, presidente de la Comisión del Episcopado para las obras de la Unión Popular Católica Argentina, tenía su corazón muy cerca del nuestro, y tuvimos la fortuna de experimentar que el magnánimo obispo no sólo compartía nuestras ansias de una actuación más orgánica, intensa y popular, de una mayor penetración moral y social y religiosa, sino que él mismo —a pesar de la montaña de dificultades acumulada por la incomprensión— nos empujaba con su ejemplo y con su palabra autorizada de jefe y pastor. Y en más de una circunstancia, cuando amarguras no desaparecidas aún, nos hicieron participar siquiera en pequeña parte de los dolores inmensos que inevitablemente deben padecer los que emprenden obras por la extensión del Reino de Cristo, hemos experimentado también que él nos ayudaba a todos a llevar la cruz, aún cuando en sus hombros pesara ya, y quizá toda entera, la suya. Llegará el día en que se sabrá bien hasta qué grado quiso y supo ser buen Cireneo para alguno de sus Hermanos en el Episcopado, también grande alma de sacerdote y apóstol."

Jamás dejará de elevar sus ojos hasta la cruz y de ver en todo la voluntad de Dios que acata y adora.

> "Adoremos la voluntad divina, con la humildad de los siervos que acatan a su Señor. El Nuestro, es Señor de Misericordia infinita y él restaña dulcemente nuestras heridas, las heridas que cada día desgarran nuestra alma y abren surcos en nuestra carne mortal. Adoremos y oremos."

* * *

En los anales de nuestra libertad de enseñanza Juan Bautista debería ocupar un lugar descollante, por su continua defensa de la escuela católica, en la tribuna y en el periódico.

Poseía a fondo los antecedentes de la enseñanza laica entre nosotros y era una autoridad en esta materia, demostrada por sus estudios, por sus interesantes exposiciones y por los artículos de fondo escritos para "El Pueblo" en momentos de lucha agitada e intensa. Sus ideas eran claras en este importantísimo aspecto del catolicismo social.

En la Cátedra de la Cultura Católica de Rosario, habló sobre el pavoroso problema escolar argentino. Para su fácil solución proponía el ejemplo de Holanda, país con mayoría protestante.

"No hay institutos que no tenga una opinión religiosa o filosófica. Si no la tiene exclama Juan Bautista, está fuera de la humanidad; es un idiota o u monstruo. Si la tiene, y la oculta para salvar su puesto, es el último de los viles. ¡Pero lo desafío a que la oculte!" Era la cita de uno de los más grandes corifeos de la escuela laica.

No se llamaba a engaños. Conocía a este respecto, lo dicho por Viviani en L'Humanitate en 1906 y supo repetir sus palabras con oportunidad: "La neutralidad fue siempre una mentira. Ciertamente, esta mentira pudo ser necesaria cuando se forjaba, en medio de la indignación de la derecha, la ley escolar. Se prometió esa quimera de la neutralidad para tranquilizar a algunos tímidos, cuya oposición hubiera estorbado la sanción de la ley. Pero es tiempo ya de decir que la neutralidad escolar no ha sido otra cosa que una mentira diplomática o una tartufería de circunstancias.

"La invocábamos para adormecer a los incautos". Es la triste historia que se ha repetido capítulo por capítulo en nuestro país.

La ley laica, como decía Juan Bautista, viene cubierta con Bandera amiga; y "es necesario que nosotros arranquemos esa bandera para descubrir el contrabando".

Juan Bautista proponía como ejemplo la ley holandesa pero bien podía ser la ley belga sobre libertad de enseñanza.

* * *

Para neutralizar la incredulidad y el vicio que fácilmente implante la escuela atea, no veía otro medio que la acción de la mujer cristiana. Nunca se negó cuando se solicitaba su palabra, ya muy autorizada para hablar en cualquier asamblea, beneficio, o sencillamente reunión de señoras y señoritas creyentes. Iba a despertar entusiasmos, a dar clarinadas de atención, a señalar salvadores rumbos.

Abre un paréntesis a sus tareas que él llama: "rutinarias y materiales" y escribe unas páginas orientadoras sobre la mujer católica y la práctica de la caridad "cristiana por definición".

Quiere olvidar el panorama oscuro de las mujeres, que apartadas de la fe, atraídas por el vértigo de una ilusoria felicidad, de una vida frívola y engañosa, son para el hombre "como fauces abiertas en que se precipita su menguada esperanza".

Mujeres que se matan ansiosas de vivir.

* * *

Juan Bautista es un patriota a carta cabal. Repito, dirá en una ocasión, que hay muchos juicios en nuestra historia por rectificar, y para no ser largo en esto bástame decir que cada vez que cruzo delante de la estatua del general Lavalle, y esto me pasa desde niño, al leer las palabras "Libertador y Mártir" completo mentalmente la leyenda agregándole otro título: "verdugo", aún cuando pienso que la estatua de Lavalle no sobra y comprendo que hay méritos que no se escriben al pie de las estatuas; aun cuando sé que Lavalle lloró su error o su delito y creo con Estrada "en el llanto de los bravos".

Y alabará el patriotismo en los demás, cuando lo sabe sincero: "Es usted muy patriota y de eso me enorgullezco; está Ud. bien en Tucumán en este año gloriosísimo."

Creía que "el sistema federal es el perfeccionamiento del régimen republicano":

"El ejemplo de Suiza me seduce, ya que no tanto el de Norte América, pues los yanquis no acaban nunca de gustarme".

Con una orientación certera en política previno exactamente el vuelco de los acontecimientos que monopolizaban el fervor popular a principios de

1916. A los partidos debía dárseles base filosófica, no sólo plataformas económicas...: "lo que nada significa, no mata, no puede matar lo socialista, que es un error, pero un error en marcha."

* * *

Nos hemos acercado más al alma de Juan Bautista. Conocemos ya su temple. Sabemos toda la generosidad de su alma. Las páginas que hemos visto son espejo de su vida.

Ama a su Patria, verdadero y abnegado, va unido a la disciplina y a la justicia.

Y no se basa en solo consideraciones humanas.

Como el platillo de la justicia, en las clásicas pinturas de los templos, está suspendido por hilos invisibles, mientras la rodean las otras virtudes cardinales; así esta vida que se consagra al bien del país, tiene su sostén y su fuente de los sacrificios que demanda, en el principio trascendental de toda justicia, a quien el hombre debe obedecer. Serán entonces inflexibles las leyes de la conciencia cívica, como lo fueron en Juan Bautista Podestá.

Cuando más tarde en las grandes asambleas de jóvenes, junto a la Cruz ondeará la bandera azul y blanca, y los cánticos patrióticos romperán la niebla de la ciudad en las vísperas de las conmemoraciones mayas o julias, Juan Bautista, siempre tan dueño de sí mismo, se conmoverá porque en este acuerdo de Religión y de Patria, deja ésta de ser una madrastra desdeñosa y la amamos entonces como se ama a una madre.

La oración, primado de lo espiritual, era un tributo diario que ofrendaba Juan Bautista al porvenir de la República.

¡Si nuestra vista hecha para la materialidad pudiera sorprender, además, las relaciones de su alma con Dios! Si de estos frutos exteriores pudiéramos llegarnos hasta las raíces encarnadas en el Dios que alegraba su juventud, ¡qué mundo para abismarse, qué venero para explotar!.

CAPITULO OCTAVO

EL AMIGO DEL PAPA

Todos los apologistas católicos se distinguen por la veneración profunda al Romano Pontífice.

En Juan Bautista esta veneración se confundía con el amor. Disciplinado por virtud y por perspicacia de apóstol, sabía que los triunfos se obtienen bajo la unidad de mando y de acción.

Jamás, entonces, produjo un solo acto que pudiera merecer el calificativo de indisciplinado, lo que no es tan fácil en personas del temple y de la visión de este dirigente que actuó en los momentos más interesantes de la historia eclesiástica del primer tercio de este siglo.

Su vida de propagandista se inicia con los actos públicos que comienzan a tributarse en nuestra Patria al Pontífice, y se cierra también con dos magníficas manifestaciones de su fe en el sucesor de Pedro, el dulce Cristo en la tierra.

La Bandera pontificia no era conocida en Buenos Aires. Cuando en los aniversarios patrios, después de los colores blanco y celeste seguían los blanco y gualda de la pontifica portados por los alumnos del Colegio Pío IX, la expectación y la voz de los curiosos interrogaban sobre el significado de este símbolo, mientras desfilaban los seiscientos alumnos, que iban bien temprano hacia la pirámide de Mayo, para entonar por primeros en estas fechas el himno de la Patria, cantado en el escenario insustituible de su cuna y de su gloria.

Es un honor que no le será quitado. El Colegio "Pío IX" paseó la bandera pontificia, desde el principio de sus clásicos desfiles por el centro de la metrópoli. Años más tarde, la Nunciatura dio a conocer la disposición de los colores papales, a fin de que se enarbolaran sobre los campanarios y en los frentes de las iglesias e institutos religiosos.

Cuando la inmensa mayoría ignoraba el escudo pontificio, los conferencistas católicos con Juan Bautista, lo prodigaban en adornos, anuncios y carteles, y cuando muy pocos habían oído los acordes del himno de los

Papas, las orquestas y conjuntos musicales de los Exalumnos de Don Bosco, desparramaban sus acordes después del himno de la Patria.

Juan Bautista tiene el gran mérito de haber solemnizado el primer acto público que se realizó en el país en el honor del Papa, consagrando en el calendario nacional una fecha que se ha generalizado ya y que se denomina el Día del Papa.

Era en las últimas terribles jornadas de la Gran Guerra. Las palabras de Benedicto XV portadoras de amor y de paz, pujaban por penetrar en los pechos acorazados de odios y de venganzas.

El último domingo de junio de 1918 en el amplísimo patio del Colegio "León XIII", por primera vez en la República se cantaron las glorias del Pontificado. El adalid que subía a la tribuna era Juan Bautista Podestá. El Excmo. Nuncio Apostólico monseñor Vasallo de Torregrossa abrazó conmovido al orador, cuyo discurso fue el punto culminante del acto y que tenía por tema: *La obra de Benedicto XV.*

Esa oratoria de alma de Juan Bautista brilló entonces con fulgores genuinos, porque se proyectaba desde lo más íntimo de su alma.

Repitió su triunfo y su fervor, cuando los Círculos de Obreros, realizaron el gran homenaje al Pontífice el 7 de setiembre del mismo año, en el local de la Junta Central.

El Tedéum del día 8, domingo, llenó la catedral. Por la tarde, el desfile de los Círculos por la Diagonal del Sur fue sencillamente soberbio.

Juan Bautista había trabajado con todo entusiasmo y sacrificio para que el acto fuese un canto de amor al Pontífice.

* * *

Por buena suerte conservamos aquellas hermosísimas palabras. Tienen la fuerza de las luchas que en esos precisos momentos se empeñaban entre los defensores e impugnadores del Papa.

Los originales de este discurso, que los tenemos escritos a máquina, presentan numerosas enmiendas, algo tan contrario a la modalidad de Juan Bautista; prueba del sumo cuidado que puso al tratar este punto y la prudencia de que revistió sus palabras.

Era el cuarto aniversario de la elección de Benedicto XV, y tenía temor de que su corazón lo traicionara; cuando él solo meditaba copiar argumentos en defensa del Pontífice entonces reinante.

¿Qué pensaba Juan Bautista del Papa? ¿Cómo participaba de los éxitos y de las tristezas del Pontificado? El expone con fervor de hijo las razones

que le dicta la fe, mientras se indigna por las villanías que a diario se arrojan en contra de la acción pontificia, desde las tribunas públicas y desde la prensa sectaria, mucho más numerosa de lo que se cree.

La ignorancia en este punto, aun entre católicos suele ser tan grande, que en verdad descorazona. Por ello sube de punto el valor demostrado por Juan Bautista y su versación profunda en esto que es esencial en el catolicismo.

El discurso completo se puede leer al final de este libro, en el Apéndice. Transcribimos aquí sólo algunos párrafos.

> "Pocas veces se llena mi alma de tanto entusiasmo como cuando debo hablar del Papa, el Padre del pueblo cristiano, y nunca tanto, como en estas tremendas horas de la historia, en las cuales vemos su nombre escarnecido por los mercenarios de la pluma y de la palabra, y por los enemigos jurados de la fe católica..."
>
> "Oigo decir que hay un ejército que defiende la libertad y la civilización. Oigo decir que hay otro ejército que defiende la civilización y la libertad.
>
> Unos y otros querrían que el Papa se inclinase, que se hiciera el capellán de uno de los ejércitos.
>
> ¿Y el Papa que ha hecho? Ha condenado el abuso donde lo encontraba y ha proclamado con lenguaje insospechable los derechos de la civilización. En medio de los hombres rebeldes a su voz y enardecidos en la lucha, después de haberlos exhortado a que depusieran las armas, el Papa, Padre de todos ¿había de ponerse con los unos para repudiar a los otros?..."

* * *

Las dos grandes manifestaciones con que cierra su vida de apostolado serán el Homenaje al Jubileo sacerdotal de Pío XI y su magistral explicación sobre la encíclica Caritate Christi compulsi pronunciada en la asamblea de Hombres de la Acción Católica, cuyo tesorero fue hasta el día de su renuncia.

* * *

Homenaje a Pío XI

El instituto de las Hijas de María Auxiliadora ofrecía un grandioso homenaje al Pontífice Pío XI con motivo de su jubileo sacerdotal. Nada más grato para Juan Bautista que aceptar cordialmente el discurso de fondo en esta actuación, que tuvo muy especiales resonancias y contornos de un

auspicioso acontecimiento, dentro de las múltiples manifestaciones de vida de la Institución. Fue el 28 de julio de 1929.

Desde las primeras palabras se nota al católico y al crítico, al analizador y al amante de las síntesis. Se siente atraído por la intrepidez del Pontífice, tan a tono con la energía de su propio espíritu:

> "La personalidad de S.S. Pío XI es de aquellas que dejan huella perenne en la historia. Nosotros asistimos a las gestas de este grande Pontífice, y la proximidad de ellas no nos permite ver con suficiente exactitud la obra magnífica de su sabiduría, de su voluntad férrea y de su ardiente celo de Maestro, de Obispo de los obispos y Padre de todos los fieles. No obstante la falta de perspectiva, que sólo da el tiempo, sentímonos impulsados a la admiración, e inundados de entusiasmo, cuando nos llega el eco de su palabra intrépida y comprobamos los hechos gloriosos que en una portentosa sucesión van llenando los años difíciles de su Pontificado.

El texto del discurso se halla en el Apéndice. Insertamos aquí la parte final. Allí estaba el Señor Nuncio Apostólico, monseñor Felipe Cortesi a quien saluda con el respeto y la veneración de un hijo, mientras con naturalidad y gesto caballero, velado por aquella su sempiterna modestia, le ofrece el homenaje de sus palabras:

> "Vos, Excmo. Señor, que sois en nuestra Patria, en medio de esta grey argentina, el Nuncio de tan grande Pontífice, aceptad el testimonio de la veneración y del amor con que se os ofrece esta tarde, de manos y de labios de la inocencia y de la virtud, la ofrenda filial. Aceptad también estas mis pobres palabras, que querrían haber sido un himno de agradecimiento y de devoción hacia Vos, que os dignáis honrar esta fiesta con vuestra ilustre presencia, y hacia el Supremo Pastor, Padre de nuestras almas, timonel seguro e intrépido de la nave mística de la Iglesia en el proceloso mar del siglo".

* * *

Expresión sobre la "Caritate Christi Compulsi"

Ante las frases de cariño y de entusiasmo por las Misiones con que Juan Bautista alude a la acción del Pontífice, cabe preguntarnos con un resultado afirmativo. ¿Habría madurado ya en su espíritu el deseo de consagrarse un día a esta obra excelsa armándose caballero para la conquista de la cruz en las lejanas playas del Oriente? Creemos sinceramente que sí; porque este holocausto generoso que ofrece en su lecho de dolor, tan espontáneo y decidido, tiene toda la madurez de lo que profundamente se piensa y largamente se acaricia.

El respeto y la veneración de Juan Bautista por el Sumo Pontífice adquiría en él una forma práctica; estudiaba las encíclicas las comentaba, las hacía norma de su vida. Es la mejor prueba de amor y de aprecio.

No puede extrañar, por lo tanto, que su exposición en la Asamblea de Hombres Católicos, sobre la encíclica Caritate Christi compulsi a mediados de 1932, haya sido elogiosamente comentada y haya constituído también su más hermoso canto y el último en honra del Pontificado.

Y podía hablar con autoridad de la encíclica, que ensalza el amor y reordena la caridad, quien era un ejemplo vivo de amor al prójimo y de fidelidad a las prácticas vicentinas.

Juan Bautista inicia su disertación con una mirada de síntesis sobre la encíclica, repetida más tarde por labios autorizados. Los pensamientos están expresados con vigor y absoluta claridad, las consecuencias son valientes y perfectamente demostradas, hasta llegar al dilema: con Dios o contra Dios.

Se afirmaría que es el mejor trabajo de Podestá, con tener tantos y tan buenos. Aquí publicamos sólo algunos párrafos. El texto completo en el Apéndice.

> "Habituados los escritores y estudiosos en general a no considerar estos asuntos de índole social y económica sino a través de las concepciones del liberalismo y del materialismo histórico, no quieren ni saben descubrir la trabazón indestructible que vincula ese orden económico y material con el orden moral del espíritu. "La humanidad —dice Gemelli— ha danzado frenéticamente por demasiado tiempo en torno al becerro de oro. Hoy está ebria, extenuada, aniquilada y hambrienta, pero tiene aún puestos los ojos vacilantes sobre el ídolo de su locura y de su ignominia".
>
> Para salvar a la humanidad de esa fascinación y de esa miseria, acude al Romano Pontífice, aquel que constituído en Pastor y Doctor del género humano, tiene siempre palabras libertadoras para todas las encrucijadas de la historia del mundo.
>
> Y el Papa transportando los problemas económicos que nos agobian, al campo moral y espiritual, dice al mundo, repitiendo la palabra de San Pablo a San Timoteo, "la ambición es la raíz de todos los males".
>
> La mutua desconfianza, la detestable envidia, el individualismo abyecto "que todo lo ordena y subordina al propio provecho sin cuidarse de los demás, y más aún, hollando cruelmente todos sus derechos", todos son males que tienen su raíz en la ambición.

* * *

Todos los campos fueron igualmente fértiles para el celo de este laico comprometido: la prensa, la tribuna, la cátedra, el círculo, la conversación... Será difícil señalar cualquier actividad social que él no haya convertido en aliada de su apostolado. Usó todos los progresos y a todos los santificó con la rectitud de su empleo.

Invitado a conversar por radio, supo mostrarse observador fino, ironista sutil, agradabilísimo cronista pero siempre primó su deseo de hacer el bien, de cristianizar el convivir social, las elementales reglas de buena educación.

Su anhelo será ganar para Cristo, la calle y el salón, y la plaza y el tranvía y el club y las canchas de fútbol, amén de la familia, el periódico, la escuela... para que en todas partes se exteriorice el sentimiento cristiano.

Nadie como él, que lo practicaba, podía hablar del trato cortés y gentil. La grosera conducta tuvo en Juan Bautista uño de los más severos censores.

Su conversación por radio nos da también una idea más cabal de su gran espíritu de observación. Decía en su charla:

Cortesía y civilización

"Sin duda, la cortesía no es exactamente lo mismo que civilización. Esto está sobreentendido. Y hasta puede ser no más que una apariencia engañosa de civilización. Pero también es evidente que *la cortesía es virtud inevitable para todo hombre civilizado*, a quien pretende aplicarse en toda su extensión el honroso calificativo.

Grados de cortesía

Hay grados de cortesía, y yo confieso que no soy muy entendido en los matices, a veces imperceptibles, que han creado, al través del tiempo la moda y la costumbre. Y aún por propio interés, —ya que a todos nos gusta excusar nuestros defectos y nuestra ignorancia— me cuidaría mucho de censurar a los que no conociendo todos los cánones de la cortesía social, olvidaran algún detalle de los que aquéllos imponen. Pero hay cosas que chocan a la más elemental cortesía, y que pueden declararse más bien del dominio de la buena educación. Y aquí no puede haber duda ni ignorancia.

Estamos en una bocacalle. Hay varias personas aguardando un tranvía, o uno de esos terribles ómnibus que han inspirado ya tantas caricaturas intencionadas a los dibujantes satíricos. A veces la espera es larga y mortificante. Pero al fin llega el suspirado vehículo. Entre los que esperan hay señoras, hay niñas, hay ancianos; también hay hombres jóvenes, agilísimos, como que cultivan con admirable perseverancia todos los deportes viriles. ¿Creen ustedes que estos simpáticos atletas, dejarán subir tranquilamente al anciano, y a las señoras? Así debíamos

suponerlo, pues al fin, ellos, con músculos elásticos y ágiles miembros saltarán al estribo cuando ya el guarda impaciente dé la señal de salida. Pues no señor. Se valen de su propia soltura, para atropellar, dejar a los demás atónitos en la acera, y ubicarse ellos en los mejores lugares, casi como repitiendo el mal consejo criollo "el que viene atrás que arree".

* * *

El señor cómodo

"Aquí está otro señor —o señora— que mediante sus diez centavos ocupa todo el asiento en el tranvía. Llega otro pasajero, ve el único asiento libre, echa una mirada, se toca el sombrero, con gesto adecuado se inclina hacia el señor cómodo, en fin, hace cuanto puede para que el aludido se dé por tal. Pero nada, el señor cómodo sigue leyendo su diario, impertérrito, inconmovible. El recién llegado le pide permiso; el señor cómodo se sigue haciendo el sueco. Al fin, el interesado, ya sin ganas de sentarse, pero por evitar el ridículo en que lo dejan, habla más alto. Entonces el señor cómodo, ceñudo, malhumorado, como haciendo un colosal esfuerzo y una grandiosísima concesión, se arrastra un poquito sobre su asiento, y le deja al peticionante exactamente la punta, lo bastante para que quede colgando hacia el pasillo.

Los distraídos

¿Y habéis sufrido nunca la intemperancia de ese otro pasajero bastante difundido, que absorto en la lectura de su folletín, al advertir de pronto que ha llegado a su bocacalle, echa a correr por el pasillo llevándose todo por delante, sin más atenuante para su grosería que los "disculpe" y "perdone" que prodiga por si acaso?

Los conductores de auto

Y nada digamos, mis oyentes, de los conductores de automóviles, ya de alquiler, ya manejados por sus propios dueños, que como alma que lleva el diablo, despreocupados de cuanto se refiere a la integridad física de los pobres viandantes, hacen pista de calles y avenidas y si algún prójimo menos ágil y poco saltarín no puede hacer bastante a tiempo y con elegancia la maniobra indispensable para zafarse del peligro, se ve alcanzado por palabras o gestos que le hacen comprender que es un solemne zoquete y un perfecto desgraciado. Y guay si el peatón desprevenido (no pocas veces hombre de edad, achacoso y cegatón) se sobrecoge de temor, y lo deja ver, porque entonces le alcanza la risotada humillante y despectiva de los terribles héroes del volante".

"Me dolería que mis oyentes se indispusiesen conmigo por haber notado estas minucias, que por otra parte, sólo son pequeña muestra de lo mucho que en materia de falta de cortesía (de la cortesía que todos

pueden y deben saber) es dado observar a cualquiera en la vida cotidiana de nuestra magnífica Capital. A la verdad, no me hubiera atrevido a distraer la atención y el interés de los que me escuchan con observaciones de esta clase. Es a algo más serio y más digno de la meditación de todas las personas de buena voluntad, que quiero preferentemente referirme.

Las revistas pornográficas

Pues sin duda, (aunque peque contra una cortesía elemental y también contra el más incipiente espíritu de equidad) que un individuo le pise a uno los callos mientras lo hace a un lado mediante un empellón, en la calle, en la estación de ferrocarril, o en el tranvía, o que otro le rompa a usted el bautismo en una encrucijada porque él anda seguro y no le importa saber si a usted le pasa lo mismo, es cosa que al fin puede perdonarse, porque eso no ensucia, no infecciona el ambiente. Pero ¿qué me dicen ustedes del caballero (digo caballero porque de algún modo hay que llamarlo) que en el tren, o en el café, abre de todo en todo la revista mal oliente con que el muy... caballero se regodea? ¿Tendrá ese tal, o habrá tenido madre? ¿Tendrá novia, esposa, hijos? ¿Será un señor de apellido limpio, o no tendrá apellido? Y ¿cómo se atreve a ofender así la delicadeza de la mujer, o la dignidad del hombre decente que ha tenido que sentarse a su lado?

Sigamos observándole. He aquí que llega un amigo. Dos o tres chuscadas para comenzar (siempre en voz bastante alta para que todos puedan oír), y al cabo de ellas, el comentario procaz, desvergonzado, ofensivo, que lastima los oídos de todo hombre bien nacido y de toda mujer culta y cristiana, que escandaliza a los adolescentes, avergüenza al hombre maduro y subleva con razón al padre de familia honrado.

Esto mancha, esto ensucia, esto enturbia e inficiona el aire que se respira y el agua que se bebe. No hay derecho a tales atentados y esos... caballeros, debían merecer, no la sonrisa benevolente que les dispensamos, como reconociéndoles ingenio y superioridad, sino nuestro desprecio y nuestra censura.

Si se ha prohibido fumar en los tranvías, si en obsequio de la higiene se ha prohibido salivar en el suelo, ¿por qué no se ha prohibido usar el lenguaje soez propio de las malas tabernas? Es que hay cosas que no pueden prohibirse públicamente sin inferir agravio a todos, porque están prohibidas por la conciencia y por la moral.

Y lo grave es que no ya solamente el "caballero", sino el mozalbete atrevido que se jacta de su viveza y de su ingenio procaz, son los que así ofenden las buenas costumbres en la calle y en los lugares públicos. Las niñas también —mis señores— las gentiles niñas también echan su

cuarto a espadas, con sus conversaciones desconcertantes, con sus lecturas imposibles y su alarmante falta de delicadeza.

Mujer al volante

Cierto es que ahora han puesto sus finas manos sobre el volante, y se disputan con los malhumorados "chauffeurs" las calles de la ciudad para correr desenfrenadamente por ellas. Y que no van a la zaga de nadie lo prueban bien al imponerse con el estrépito de sus bocinas para aturdir y atemorizar a los peatones y al pasar como una exhalación dejándolos turulatos y chiquititos, con un "par de narices" como se suele decir. ¡Bien por ellas, desde luego! Si han de ser esas niñas mejores madres gracias al donoso manejo del volante y al dominio perfecto de las maniobras del tráfico; si así han de aprender mejor el gobierno doméstico y la forma más acertada de educar a los hijos en el santo temor de Dios, en el respeto al prójimo y en el amor sagrado de la Patria, bien por ellas una vez más. Saludémoslas cuando pasen acompañadas por el chauffeur que llevan de adorno a su lado, o por el perrito faldero, por el delicadísimo falderillo, alimentado con leche y azúcar, a quien cuidan con una conmovedora ternura, iba a decir... maternal. Pero no impediente esta novel habilidad que las distingue, que sigan siempre, esas buenas niñas y esas discretas señoras, siendo lo que fueron, lo que aprendimos a respetar, y lo que la verdadera civilización exige y necesita que sean, es decir, precisamente, discretas y buenas, delicadas en su conducta, despreciadoras de la revista sucia que emporca la calle, y del libro no menos sucio que mancha la biblioteca elegante, y el salón distinguido, y afrenta el hogar santo. Que no se obstinen en destruir en sí mismas todo lo que caracteriza la feminidad, y lo que es su más hermosa y atrayente diadema: la santidad de las costumbres".

* * *

Desviación del sentido moral

"He aquí de lo que quería hablaros, como de cosa de veras importante y grave. ¿Quién no comprende cuántos intereses sagrados están comprometidos en esta compleja desviación del sentido moral que se comprueba día a día en un avance funesto? ¿Cómo esperar que la "raza", esa raza que aún no existe entre nosotros, pero que se va formando, con el aporte de todas las nacionalidades, llegue a ser fuerte y viril, si poco a poco, el enervamiento moral lo va ganando todo? Observad esto: para que un pueblo sea fuerte, es indispensable primero que la "familia" lo sea.

Familia fuerte

Y para que la familia sea sana, robusta, asiento sólido de una sociedad bien organizada, es necesario que prime en los individuos el concepto

del deber. El egoísmo, llevado a sus mayores extremos, produce la anarquía en la sociedad, después de haber producido la desmoralización, la corrupción en el individuo. Puede ser, señores, que aquél señor cómodo de quien os hablé al principio, que no quiere ceder sino a regañadientes el asiento que le corresponde a su vecino, no sea más que eso, un señor cómodo, y quizá no lo sea más que allí, en el tranvía, cuando quiere saborear a su gusto las noticias del día. Pero imaginad que el egoísmo de ese hombre se extienda a todo; que busque solamente su placer, su comodidad, sin concepto del deber y sin ninguna preocupación superior de orden moral. ¿Qué familia podrá él fundar, dirigir, inspirar? La familia supone goces, consuelo y alegrías, pero también abnegaciones, renunciamientos, supresión de egoísmos individuales. Y el señor cómodo no conoce, no quiere conocer estas cosas.

Suponed que esa niña que maneja su automóvil paquete, bien pintado a la moda, (aún cuando no mejor que ella misma), no tome eso más que como una legítima diversión. Nada habría de grave en ello. Pero imaginad que esa niña, encantada de los goces del volante, y de todos los que con él puede alcanzar fácilmente, huya por sistema de todo lo que signifique cumplimiento de deberes, domésticos, sociales, religiosos, en una palabra que sea una egoísta, desinteresada de los bienes de la Patria, de las necesidades de los pobres, de las desgracias ajenas. Entonces tendréis que reconocer que esa niña no honra ni a su sexo, ni a la especie, y que con gente como ella y como el señor cómodo, es absurdo prometerse una gran nación y un pueblo feliz".

"En la calle, dicen algunos que se disimula. Es posible que algo se disimule; pero en todo caso, se manifiesta, mucho más de lo que se disimula. Se diría que el alma de la ciudad se descubre y se revela en la calle. Por eso aflige ver el desenfreno callejero, porque revela males hondos, y porque al exhibirlos los agrava y generaliza. No transijamos. No dejemos desde luego, la calle a la perversión, al desenfado, a la grosería, a la inmoralidad. Ganémosla con la exteriorización de nuestro propio modo de sentir. Pero sobre todo, trabajemos para cambiar la orientación de las ideas y de los sentimientos. No dejemos de difundir la hoja o el periódico o el libro que enaltecen las virtudes cristianas, que defienden la honra de la mujer, la santidad de la familia, la inocencia de la niñez y la pureza de la juventud. Y tratemos como a un traidor a la Patria a todo el que conspira contra estos bienes sagrados, donde quiera que sea, y como quiera que lo haga.

CAPITULO NOVENO
MÁNDAME IR A TI

Para este capítulo reproducimos con algunas modificaciones las páginas de quien ha descripto en la primera biografía inédita la partida de este mundo de Juan Bautista.

La vida de Podestá no tiene un solo día ocioso; aunque no hizo el voto de San Alfonso María de Ligorio, que se obligó por él a no perder un instante de tiempo.

Es el jefe que no da ni pide cuartel. Su lucha significa el ímpetu de la flecha por clavarse en el blanco; no hay una flexión en su trayectoria.

Como el apóstol, no necesitó espacio para morir.

Hacía tiempo que una dolorosa puntada iba multiplicando sus insistentes llamados.

La fortaleza de Podestá los despreció. Inmolaba su vida en los dolores. Si ella fue fecunda, se debió a esa permanente corona de espinas con que seguía detrás del Primer Jefe y del Primer Apóstol, Cristo.

Además de las penas morales, que son el fermento vital del apostolado, sufrió continuamente dolores físicos que fueron su cilicio y el despertador de sus energías.

El jueves santo del año 1933, el 13 de abril, sintió los síntomas definitivos de su enfermedad. Haciéndose una heroica violencia siguió con las manifestaciones que los Círculos Católicos de Obreros realizan este gran día mientras visitan los Sagrarios. No había faltado nunca a este acto de fe y amor.

La dolencia vencía por primera vez su voluntad de acero. Solo, se dirigió hasta la Plaza de Mayo, presa de atroces dolores. Antes que terminase la manifestación, se retiró a su casa.

Como siempre, nada dijo a su madre; no quiso alarmarla. El malestar sería pasajero al igual que otras veces.

Y siguió concurriendo a la oficina de trabajo, sin mayores preocupaciones.

Transcurrió la fecha celebrada por él con tanto entusiasmo piadoso, la de Don Bosco [1]. Fue el 26 de abril. Su sonrisa era un velo tendido sobre el dolor que le roía las entrañas.

En la noche del 27, los dolores no le dieron un instante de descanso. Vinieron los médicos y no pudieron diagnosticar la enfermedad. Se aconsejó la operación. En el Sanatorio Marini se dispuso lo conveniente. El sábado 29 fue operado. No hubo nada que hacer. Aquel quiste del páncreas, cuya presencia se anunció con pertinaces dolores, había hecho demasiado camino. Cosióse la abertura y sobre la cama del sanatorio quedó el jefe y el apóstol. Durante dos días, el 29 y el 30, ante el incesante desfile de amigos, el mayor homenaje al talento y a la virtud, fue dictando Podestá las lecciones que recogemos con explicable conmoción.

Cuando los dolores punzaban sus carnes, estampaba un beso en el crucifijo. Sufría horriblemente, pero no se escapó una sola queja de sus labios.

Las arcadas y las bascas no le abandonaron en esos últimos días; esas ansias y náuseas le provocaban angustias indescriptibles. Pero en su rostro flotaba la sonrisa.

Quiso confesarse nuevamente. Lo había hecho antes de la operación. Efectuó la confesión con la tranquilidad de siempre.

Su confesor el P. Enrique Pozzoli asegura que debió realizarla entre cruelísimos dolores.

Las jaculatorias más fervorosas las decía con naturalidad espontánea, como quien tiene el hábito de pronunciarlas frecuentemente.

Cuando le dijeron que no podía comulgar sacramentalmente, se hizo traer la *Juventud Instruida* su manual de piedad que desde el día de su primera Comunión no quiso dejar nunca.

Pidió que se leyera la preparación para la Comunión. Así efectuó su comunión espiritual. ¡Tantas veces la había hecho en su vida!

Al divisar las torres de una Iglesia, su corazón había volado hasta el sagrario y el deseo de recibirlo se encendía en su corazón. Pasando con amigos ante un templo abierto, entraba a saludar a Jesús Sacramentado y sin duda a comulgar espiritualmente.

Juntó también ahora sus manos y en un recogimiento doloroso, ofreció a Dios su martirio y su vida.

---

[1] Don Bosco fue beatificado el 2 de junio de 1929. Hasta su canonización en 1934, su memoria se recordaba el 26 de abril.

No podía realizar el ideal acariciado. Por las misiones daría su vida, pero no su actividad. Dios aceptaba su deseo generoso y premiaba el anhelo de su alma.

Ofrecía a Jesús el mayor dolor de su existencia: no poder recibirlo sacramentalmente.

¡Cuántas veces había hablado de Jesús Hostia! Aquella vez que en Avellaneda su vida corrió inminente peligro; cuando la policía debió cargar repetidamente sobre el elemento ácrata. Podestá recordaba que a la luz mortecina de unos focos empañados por la niebla, había hablado del placer de quien tiene a Dios en su pecho, de quien le da hospedaje en su corazón.

¡Y él no podía recibirlo!

Siguió la acción de gracias que musitaba pausadamente.

¿Ya no sentía sus dolores?...

Después del recogimiento, tornó a lucir su perenne sonrisa.

Iba a pedir la extremaunción. Su confesor previno su deseo. Ante su insinuación, agradeció como si le hubieran interpretado el placer de su alma en esos instantes.

Tornó a recoger visiblemente su espíritu. Acompañó todas las oraciones. Pidió tiernamente perdón a Dios de sus faltas. Al final de cada unción repetía amén, dominando sus dolores físicos.

Su piedad brotaba en esos momentos, como en todos los días de su vida; pero su fe brillaba más que nunca.

Terminadas las unciones, recibió la bendición papal con una alegría indefinible.

Más tarde le dieron la noticia más agradable, que calmó sus atroces tormentos: ¡podía recibir a Jesús sacramentalmente!

Veía preparar por las buenas Hermanas del Sanatorio lo necesario para la venida de su Dios: ¡Iba a llegar su Amor!

El Cura Párroco, Juan Farinati, le traía al que él había confesado y alabado públicamente. En sus facciones pálidas se encendieron dos manchas rojas. Aquellos ojos se abrían como nunca, en el impulso de quien contempla la realidad.

Sus ademanes son sinceros y mesurados.

Y se confundió con el Jesús que albergaba su corazón.

Podestá cruzó las manos sobre el pecho. Sabía que Dios había aceptado el holocausto. Con voz suave, comenzó a recitar la oración de San Ignacio: "Alma de Cristo, santifícame, Pasión de Cristo, confórtame... En la hora de

mi muerte, llámame..." Abrió entonces sus grandes ojos brillantes con la fiebre y la palidez mortal de sus mejillas; extendió con afecto sus brazos, en un ademán familiar y amigo, y clamó con acento encendido de amor: —"Y mándame ir a Ti...!"

Después... quiso despedirse de todos. A su confesor le estrechó fuertemente la mano. Y parco siempre pero cordial: — Padre, le dijo, muchas gracias. Y volcó su alma en aquel apretón de manos.

Mandó llamar a todos sus amigos. Sabía que la muerte es la mejor maestra y deseaba dejar grabadas sus últimas enseñanzas. Fue maestro, apóstol y jefe en el lecho de muerte. Cuando tantos de recia fibra se rinden al aguijón del sufrimiento, Podestá recogía la eficacia del dolor para sembrar el bien, como todos los días de su vida.

Es el apóstol que se olvida de sí mismo y se consagra a los demás, dándose sin reservas.

El jefe que imita al Divino Jefe, y desde una cruz de amargura, señala el camino de la gloria, el sendero de las conquistas.

—"Ahora que el sacrificio está completo, no me resta más que despedirme de todos, darles un beso y decirles: hasta el cielo". ¡Ternura de Podestá!...

Y con la sonrisa en los labios, fue saludándolos a todos, estrechando la diestra a todos, besando a los deudos y amigos.

Allí estaba su madre. Mujer heroica, de fortaleza cristiana, no derramó una lágrima delante de su hijo. Cuando la angustia la oprimía, se iba al vestíbulo y desahogaba su pena, para tornar a la cabecera de quien le debía su formación, la nobleza del alma, la fe gigante de su vida y la práctica de las virtudes cristianas.

Lo devolvía a su Dios.

¡Digna madre de tan sublime hijo!

El hijo no manifestaba sus desgarramientos para no afligir a la madre. Los besos al crucifijo denotaban la duración y frecuencia de las carnes retorcidas; y la madre en la severa dignidad de todos los días, se inmolaba en el dolor del hijo, con la imperturbable tranquilidad de un rito, bebiendo el cáliz de su amargura, sin un ceño, sin un gesto. ¡Qué llenos de elocuencia aquellos silencios!

Y Podestá sonreía mientras el frío sudor de la muerte cubría su cara blanca por la gran pérdida de sangre.

A todos les suplicó que sufragaran su alma, que se dijesen por él muchas misas a fin de que su purgatorio fuera breve.

Creemos que los atroces dolores de Podestá, sufridos con resignación del mártir, lo purificaron y le merecieron pasar de su lecho, convertido en cruz, a la gloria de los cielos.

La enfermedad lo reveló tal cual era; como lo conocían los más íntimos: piadoso, sufrido, de una fe admirable, de una amabilidad única, de un entrañable cariño. Y sobre prendas tan bellas campeaba su naturalidad inimitable, fruto del absoluto dominio de sí mismo.

A todos les aseguró que los recordaría ante el trono del Señor.

* * *

"Al encontrarnos por primera vez después de la operación (narra su amigo de todas las horas el Sr. Carlos Conci) a pedido de él mismo, me hallé muy cohibido y sin palabras. Me miró en la semioscuridad de la pieza, me invitó a que me acercara para saludarle, y me dijo con pasmosa naturalidad, como la de un hombre sano que de nada sufriese: —"¡Oh, Don Carlos; ya lo ve; yo me voy; me voy arriba; me voy al cielo: ¿sabe?; vea que lo espero; véngase, pero vea que lo espero!".

Parecía que estuviese de viaje.

Yo nada le dije; tenía un nudo en la garganta. Tardé unos instantes y luego lo besé en esa santa frente. Allí permanecí callado y salí en silencio".

Se lo había dicho a Pedro, su hermano: —Ya sabes que Don Carlos no sufre estos trances; pero de todos modos me gustaría verlo y saludarlo...

La entereza de carácter no lo abandonó ni en el último instante.

Cuando hubo terminado de despedirse dijo con absoluta tranquilidad: Ahora me falta repetir: —¡Jesús mío misericordia! ¡porque todo queda hecho!

Recordó que no se había despedido de la sirvienta: la hizo llamar y le dio su último adiós.

"La víspera de su muerte —el 30 de abril, narra el Sr. Barousse, los amigos velábamos su reposo. Y digo bien, su reposo, pues, aunque ya se había perdido para la ciencia médica, los minutos de vida que le quedaban, los empleaba para prepararse a morir, sin que ese su próximo fin lo perturbara. Una serenidad absoluta traslucía su rostro pálido, a veces apenas coloreado, con sus labios firmes, rojos, como queriendo traicionar la vista de quienes al observar su semblante, anhelaban arrancar a sus ojos serenos, el secreto de su alma, en esa hora tremenda de su partida, que se aproximaba y que él esperaba tranquilamente.

Llama a los suyos con infinita ternura; no tiembla su voz, que supo dominarla lo mismo ante las multitudes que hasta su postrer segundo de

vida. Para su buena mamá, todas las potencias de su hijo querido, para sus hermanas y hermano, todo el cariño de su tierno corazón, para sus amigos, todo el afecto de su alma... Y a nadie olvidó: familiares, amigos, y criados. Del afecto de todos ellos, había vivido; con el afecto de todos ellos partía.

Aún vibra en mis oídos su acento varonil: "Adiós, Barousse, me voy". Esa hora la recordaré como una de las más augustas de mi vida. Cuando me llamó, procuré serenar mis sentimientos puestos a prueba desde el día anterior, tan pronto supe que a mi dilecto amigo lo habían internado para someterlo a una urgente operación. Entré a su pieza que no me pareció tan triste porque no lo estaba él. Verme y regalarme una de sus sonrisas, luego un fuerte, un cálido y efusivo apretón de manos, fue todo uno. Con la cordialidad de todos los días, pausadamente, me hace algunas recomendaciones que me apresuré a cumplir y luego nos besamos con el profundo cariño que siempre nos habíamos profesado. ¡Qué instante! ¡qué honda pena inundaba en esos momentos mi corazón! Y ya no dudé que su muerte se hallaba cercana. No atreviéndose a decírmelo él, sino a través de su generosa frase "ya me voy", me lo dijeron mis labios al posarse sobre sus mejillas bañadas por un sudor frío. Sin embargo, todavía tengo fresco su beso, que como hermano mayor mío, quiso estampar, en las mías calurientas, por la angustia que me embargaba y lo recuerdo a ese beso, abrasador, lleno de su vida santa, porque si bien es cierto que yo besaba su cuerpo que se iba, él en cambio me besaba con su alma que no moría, que ya comenzaba a remontarse hasta el trono de Dios."

* * *

No tuvo delirios de fiebre. Empleó todos los instantes que siguieron a la operación en ofrecer a Dios el holocausto de su vida.

En las horas que precedieron a la madrugada del 1° de mayo, Podestá en pleno doloroso conocimiento, había pasado revista por todos los años de su vida, y el himno de acción de gracias se elevó sin duda, desde las heridas fibras de su corazón.

Le agradeció a su Dios y Señor el hogar de sus padres, cristiano y ejemplar; el colegio donde custodió su inocencia; el campo de acción que lo puso en contacto con los obreros; las aulas de la Escuela de Comercio y de la Universidad donde proclamó su fe, hizo amar las virtudes y avergonzar el vicio; las conferencias populares; los actos de fervor y entusiasmo; las asambleas de jóvenes; los sufrimientos por Cristo; la rectitud de sus intenciones; el desprendimiento y abnegación de su celo, su amor a los pobres; el fuego de las polémicas dando la cara por su Cristo; el fervor de la pluma,

cruzada del pensamiento en las lides del día...; todo pasó por su mente en esas horas que precedían a la aurora del 1° de mayo y pudo después exclamar con San Pablo: "He peleado varonilmente, serví a mi fe..., espero ahora la corona de la gloria..., porque fiel es Dios..."

"A media noche del 30 de abril, continúa el Sr. Barousse, en la antecámara de su habitación, después que se hubieron retirado los innumerables amigos de todos los campos de sus actividades, (que encabezaban el Ilmo. y Rvmo. Mons. Dr. Miguel de Andrea, los PP. Salesianos, los Señores Pereyra Iraola, el Comendador José Z. Ferreccio y Don Carlos Conci), quedamos velando su plácido reposo con sus familiares, sus cuatro camaradas, quizá más queridos, más recordados, los Contadores Chiozza, González, Trebino y el que escribe estos tristes recuerdos. Fuimos los últimos en retirarnos. Muy cerca del sanatorio llamaban a misa. En esa hora precrepuscular, su sonido nos obligó a la meditación, al recogimiento, al silencio y a la oración... Y pensábamos en el incomparable amigo que yacía en su lecho de dolor.

Nos parecía que vivíamos un sueño irrealizable. No podíamos convencernos que detrás de la puerta de vidrio que nos separaba de su aposento, se hallaba nuestro amigo luchando con la muerte. Ayer no más lo habíamos visto compartir nuestras tareas y nuestros afanes. Unas pocas vueltas del viejo reloj del tiempo, nos lo presentaba ahora sin fuerzas, impotente para la lucha, él, que había sido todo dinamismo, pujanza y fortaleza. Y como queriendo convencernos que nada podría sucederle, nos retiramos a nuestros hogares con el corazón dolorido, sin suponer empero, que a los pocos minutos caería vencido quien jamás supo de desmayos y flaquezas.

Al regresar de nuevo al sanatorio, la dolorosa verdad tronchó todas nuestras esperanzas. El apreciado amigo ya no existía. Su nombre había pasado a la inmortalidad. Su espíritu a engrosar la falange de los elegidos."

* * *

Después de leer estas páginas, no se podría dudar de que Podestá pidió acompañar más de cerca a Jesús Crucificado y participar de aquella su dolorosísima agonía del Calvario.

A trueque de repetirlo, reafirmaremos que su cuerpo quedó destrozado durante dos días, de modo que su lecho era una pira de sufrimientos. Y este mártir manifestaba no sentir el tormento físico, en el ansia santa de padecer con Cristo.

En las últimas horas estaban junto a la cabecera de su cama, su mamá, María Elena y Sara Leontina sus hermanas, su hermano Pedro, con sus primos Victorio, Alfredo y Valeria Dauby, Sra. Valeria T. de Gruslín su tía.

Hacía unos instantes que su primo el P. Gruslín lo había dejado para ir a celebrar la santa misa.

Un cuarto de hora antes de expirar prestaba atención a todo lo que se le decía.

Su madre dominando la emoción, le agradeció el gran cariño que le profesó y su conducta de buen hijo:

—¡Hijo, muchas gracias porque siempre fuiste tan bueno!

Podestá movía la cabeza con energía, como quizá negando. Su modestia no le permitía aceptar ni las alabanzas de su madre.

Besaba el santo crucifijo y repetía a menudo: —¡Jesús Crucificado ten piedad de mí!

Se esperaba un milagro: se lo suplicaba a Dios por la intercesión de Don Bosco. Se lo dijeron para que él también pidiese el prodigio.

Y añadió: — Dios todo lo puede y Don Bosco es un poderoso intercesor; si lo quiere puede sanarme.

Besó la reliquia de Don Bosco que tenía sobre el pecho.

Y resignadamente dijo: —¡Pero que se cumpla la voluntad de Dios!

A cada instante repetía: — hay que amar mucho a Jesús Crucificado.

Los vómitos no le dejaron un momento de tranquilidad; mas sus labios no profirieron una sola queja.

La aflicción de la madre era su mayor dolor. Por esto muy a menudo le decía: — No te aflijas que no es nada, mamita. Comenzaba él mismo las jaculatorias y las oraciones para que todos rezasen en alta voz.

Su mamá le acercaba el santo Crucifijo, que pedía también a cada instante, entre arcada y después de los dolorosos vómitos.

Una hora antes de morir se acordó que era 1° de mayo y dijo: —¡Hoy es primero de Mayo! y se quedó pensativo.

El último cuarto de hora demostró agitadamente un deseo y como que sostuviese una conversación con alguien, pues a su madre le pareció que dijera: —¡gracias, gracias!

Volvió luego a la repetición de las jaculatorias sin que los vómitos le abandonasen.

Durante los dos días de sus dolores terribles y en los últimos momentos, gustaba decir la reparación de las blasfemias con que se termina la bendición con el Santísimo Sacramento:

—¡Bendito sea Dios!

—¡Bendito sea su santo nombre!...

La inquietud última era acaso motivada por el deseo de evitar incomodidades a los suyos.

Se sentía morir y deseaba que fuese en su casa y no en el sanatorio. No por él, sino por sus deudos, por su mamá y sus hermanos, por los trabajos que suponía iban a tomarse después de su muerte.

Al principio creyeron un delirio la expresión de sus deseos, cuando era la más concreta prueba del perfecto equilibrio que hasta el último instante presidió su voluntad.

—¡Yo no veo claro en este asunto! repetía; y su buena madre lo calmaba diciéndole:

— Pero no digas estas cosas; quédate tranquilo.

—¡Oh entonces yo tengo que morir aquí!, replicó con pasmosa serenidad.

— Quédate tranquilo Juan, volvían a decirle.

— ¿Así que muero en esta cama? repuso. ¡Ah... bueno, me quedo tranquilo entonces. Pedro dispondrá todo...

Con esta paz suave, como quien dispone todo minuciosamente, según hábito de su vida, así transcurrieron sus últimos segundos de existencia. Murió con el nombre de Jesús en los labios, las ansias del martirio en su corazón y el pensamiento de Dios Crucificado en su muerte.

¿Quién negará que su último suspiro fue un postrer acto de amor a Jesús Crucificado?

Eran las 6,30 del 1° de mayo.

Momentos antes de entregar su espíritu a Dios, tornó a preguntar si era el primero de Mayo.

Sus familiares asintieron.

Pareció recogerse en un esfuerzo supremo; rezó el Angelus; sus ojos se fijaron unos instantes y aquella alma, sin sacudimientos, voló al seno de su Creador, abrazado al Crucifijo que fuera el amor de su vida.

Moría a los 39 años y 9 meses de edad, pues que nació en Buenos Aires el 18 de Julio de 1894.

Ozanam fallecía a los cuarenta. Hasta en esto se le pareció Podestá.

El benemérito Padre Bartolomé Ayrolo, Cura Párroco de Avellaneda, el decoro de los Párrocos de la Provincia de Buenos Aires, había afirmado en repetidas ocasiones que Podestá era un santo...

Y esta fue la frase que cundió apenas se conoció su muerte.

Pocos supieron de su enfermedad, porque el 1° de mayo, Día del Trabajador, no aparecen los diarios.

Es un día de silencio; el movimiento comercial es nulo. Pareciera que la ciudad vistiese crespones.

* * *

Por esto escribe el Sr. Barousse:

¡Qué misteriosos designios nos depara la Providencia! Juan Podestá fallece el 1° de mayo (fecha de los trabajadores), día en que tantas veces había alzado su recia voz de tribuno admirable, para hablarle al pueblo de su patria de sus sacrosantos deberes. Y en este aniversario de 1933, Juan B. Podestá, el infatigable orador de los Círculos Católicos de Obreros, y de cuantas instituciones solicitaron su cálida palabra, enmudecía para siempre... El socialismo, de quien era temible adversario, por primera vez también, dejaba de levantar su tribuna para afiebrar al pueblo con sus utópicos ideales, con su doctrina demoledora y anarquizante. Un decreto del Poder Ejecutivo prohibiendo el uso de su bandera fue la causa de su silencio. Y aquí se produce nuevamente otro misterio de los inescrutables designios del Creador. En tan infausto día, cerraba sus labios el talentoso vocero católico laico, como aprovechando la circunstancia de que ese día no había trabajo en el campo social, dado que el socialismo había replegado sus huestes enmudeciendo también. Juan B. Podestá no desperdició la tregua. Se me antoja que se la preparó él, pues, tantas veces había insistido desde la tribuna pública para que se prohibiese el uso y abuso de la bandera roja, que su acción podría ser llamada precursora de la referida medida del Poder Ejecutivo."

Al día siguiente 2 de mayo, toda la República católica sabía la gran desgracia que hería las filas de los luchadores. Y el duelo, la consternación diría, fue general.

En Junín donde su palabra vibró entusiasta, se comunicó su muerte el mismo día 1° de mayo, ante una asamblea numerosísima del Círculo Católico de Obreros.

El silencio es el mayor tributo de respeto que se rinde ante una vida o el recuerdo de una existencia. Y los Centros católicos de la República le ofrecieron su recogimiento, es decir, el homenaje de su inteligencia.

* * *

Y comenzó su gloria.

Sus funerales fueron un triunfo. Su entierro un plebiscito de afectos.

Antes de morir obtuvo, con sus ruegos, la gracia de la conversión para una señora que se resistía a recibir los sacramentos.

Se la recomendó su primo el P. Raúl Gruslín.

Podestá asintió tranquilamente; y el favor se realizó.

Opiniones caracterizadas aseguran que nos encontramos delante de una vida integérrima, apostólica, de acrisolada pureza, de nítida virtud; en presencia de un ejemplar magnífico para los jóvenes de acción católica.

Su nombre es grito de combate, y su intercesión es poderosa delante de Dios.

Su recuerdo aun inspira dolorosos sacrificios.

Después de su muerte, Podestá es más que nunca un apóstol; predica y arrastra con su ejemplo. Es también un jefe por la fortaleza de su carácter, la intrepidez de su esfuerzo; por la destacada actuación en las filas de la acción católica, donde el trabajo colocó las insignias del dirigente sobre la modestia de su vida, sustentada en la fe más viva, en la esperanza más constante y en la caridad más ardiente.

Es también la alegría y el honor del catolicismo argentino que escribió brillantísimas páginas en el primer tercio del siglo XX. ¡Dios lo ha suscitado y El armó su brazo!

Algún día Dios realzará su modestia, —carácter distintivo de su acción— con la gloria inmarcesible que en este mundo eleva y exalta la humildad de sus fieles servidores.

¡Por ello sobre las sienes de Juan B. Podestá amanecen los resplandores de una aureola!...

Su vida, repitámoslo, es un canto de victoria y su muerte, una resurrección.

No lo busquemos, entonces, entre los muertos, porque está vivo como una bandera que se agita, como un rayo de luz que nos ilumina. Es el precursor que nos marca el camino del triunfo...

* * *

En la pared derecha de la iglesia San Francisco de Sales, en el presbiterio, los exalumnos colocaron la siguiente placa:

A la ejemplar memoria
de JUAN B. PODESTÁ
quien supo consagrar toda su juventud
en holocausto a su Dios
Sus compañeros Ex-alumnos de San Francisco de Sales
18-VII-1894 1-V-1933

APENDICE

Contiene:

Prólogo de monseñor Roberto J. Tavella a la primera redacción no publicada.

Conferencias,

Discursos,

Escritos,

de Juan B. Podestá;

de la polémica con el ácrata César Montemayor escribió Podestá más de doscientas páginas. Publicamos sólo dos o tres que demuestran su vasta preparación.

PRÓLOGO

(De la primera redacción inédita)

"A los veintiún años el hombre está hecho", escribió Silvio Péllico, y añadimos por cuenta nuestra que a los cuarenta, queda definitivamente resuelto el éxito o el fracaso de la vida.

A este concepto me remonto para justificar plenamente estas páginas biográficas ante los que no hubiesen tenido la suerte de conocer o intimar con el Sr. Juan B. Podestá, fallecido el 1° de mayo de 1933, a los treinta y nueve años de edad.

Un libro de biografía encierra mucha responsabilidad. Por parte de quien intenta escribirlo supone la contribución de un hondo sentido de la vida, la facilidad del análisis y la sensibilidad necesaria para percibir los méritos que muchas veces se ocultan en una actitud simple, o en una mínima frase.

Hay también una responsabilidad póstuma, si así se la quiere llamar, de parte de quien va a ser tema del libro de biografía.

Es el libro el más público, espectable y duradero de los escenarios en que nuestra admiración puede colocar a un hombre.

El justo homenaje que rendimos a los muertos, los elogios que fácilmente tejemos ante su tumba, los patéticos recuerdos que se despiertan en nosotros consagrados con las lágrimas de la amistad ¿no nos inducirán fácilmente a llenar ese escenario en forma desproporcionada, elevando a la categoría de héroe —el que motiva un libro de biografía es héroe según Carlyle— a nuestros amigos, que pierden después el interés para el público lector?

Sinceramente, creo que no es éste el caso del Sr. Podestá, y han de acompañarme en tal creencia cuantos quisieran leer hasta el fin las páginas de este libro del Padre Pesce Battilana.

Podestá fue un HOMBRE, completamente hecho, en el verdadero sentido de la palabra.

No nos interesa tanto la fórmula de expresión de Silvio Péllico para afirmarlo así, sino esa prestigiosa madurez de alma, riqueza de carácter, serenidad de juicio, luz de consejo, causal de entusiasmo, nobleza de sentimientos y fecundidad en obras que constituyen el riquísimo material que se ofrece en la biografía de nuestro querido amigo.

* * *

Una vida que se cierra antes de los cincuenta años es apenas algo más de la mitad de una existencia. Y según es la lentitud con que crecen los caracteres en nuestros días, la dolorosa pérdida de tiempo que sufren por falta de una inmediata orientación y el desgaste de energía que han de emplear en defenderse de la intemperie del ambiente moral en vez de consagrarla a acrecentar sus propias reservas, hemos de admirar doblemente ese círculo perfectamente trazado de la vida de Podestá.

Pero pienso que el interés que puede ofrecernos su biografía no radica sólo en la armonía de su alma ni en los elementos puramente subjetivos que descubrimos en él. Su vida puede ser considerada como nudo histórico, fórmula de planteos y soluciones que algún día recogerán los que reconstruyan la crónica de la laboriosa determinación del catolicismo social argentino.

No será la persona del Sr. Podestá una de esas figuras de primera magnitud que se imponen a nuestra consideración por el papel primario y central, muchas veces indiscutiblemente providencial, que desempeña en el triunfo de las grandes ideas. Pudo serlo, en cierto sentido hasta me atrevería afirmar que lo fue. Pero, dejando de lado esta difícil y estéril apreciación de proporciones, no cabe dudar que por el momento en que debió actuar en distintos círculos de la actividad católica, por los hombres con quienes debió unirse y el carácter perfectamente definido de algunas instituciones del que se revistió hasta convertirse en una encarnación personal de sus ideas, la figura de Podestá nos resulta singularmente interesante y llega a la trascendencia a que antes me referí.

La serenidad fue en él más un rasgo de carácter, hermoso triunfo de su voluntad cristiana, que reflejo de una simple gráfica de su acción. Esta se desarrolló en días difíciles, cuando generosas iniciativas de apostolado social y político quisieron apresurar en nuestro necesitado país el advenimiento de un justo y sólido régimen cristiano.

Las necesidades eran perentorias. Aquí nos instaban los síntomas evidentes de descomposición social; de Europa nos llegaba el estimulante

ejemplo de diversa escuelas católicas; de lo alto bajaba, como arma omnipotente, la voz de Dios grabada en las grandes encíclicas de León XIII.

¿Cuál fue en tales momentos la actitud de nuestro catolicismo? La historia, porque quiere ser justa, también es prudente, y por eso no adelanta ni apresura el juicio definitivo sobre los acontecimientos que recoge en sus páginas. Lo que desde ya podemos afirmar es que, gracias a Dios, el catolicismo argentino no permaneció indiferente en horas tan graves. Se había iniciado en la lucha bajo la égida de los grandes maestros de fines del siglo pasado. Los nombres de Estrada y Goyena eran repetidos todavía por sus mismos discípulos; Don Emilio Lamarca unía con el prestigio de su persona y la claridad de su doctrina, su propia generación con la que tiene hoy la dirección de nuestras fuerzas. Se sustituían personas en el momento en que se planteaban los grandes conflictos sociales. Todos, con igual sinceridad en los diversos grupos —no creo que hubiese que llamarlos bandos cuando quedan justificados con la nobleza de sus programas— se aprestaron a afrontar la lucha compleja que les presentaba la metamorfosis de nuestro viejo liberalismo. Hubo divergencias; se sucedieron las iniciativas destinadas a no pasar de ensayos; desaparecieron hombres de destacada actuación. Como jirones de banderas, quedaron discursos, programas y polémicas. Unas instituciones absorbieron a otras. Fue un esfuerzo heroico, impuesto por la premura de las circunstancias y que contó con el generoso sacrificio de los dirigentes.

¿Fue un esfuerzo también estéril? No lo creemos.

¿Quién podrá medir ni apreciar la influencia decisiva que en todas las empresas de Dios tienen esas almas, hechas para la lucha, que abren camino a la desorientación común, venciendo la propia vanidad o sacrificando las ansias de un triunfo que ellos no han de ver todavía, pero que presienten próximo y seguro, y como consecuencia de su propio holocausto?

Pero aun fuera de estos méritos, sólo presentes por ahora a los ojos de Dios, produjo esa doble década que va del año 1910 al 1930, otros bienes cuyo valor veremos que se aumentó indefinidamente en el porvenir como la abertura del ángulo que se proyecta en el infinito. Desde luego ha de reconocerse que las grandes encíclicas de León XIII, y particularmente la "Rerum Novarum" produjeron un intenso movimiento de opinión que no cuajó siempre en organizaciones definitivas, es verdad, pero que nos legó ejemplos viriles de apostolado social y ese difícil estudio de la adaptación

de los problemas religiosos y sociales al propio ambiente y a las propias necesidades.

* * *

Los detalles huelgan; la historia de tales iniciativas es sólo de ayer. Lo que sí puede decirse y debe lamentarse es que la opinión de los que intervenían en las distintas agrupaciones no encontró la cohesión que requiere una sólida organización nacional; y sin dificultad de reconocer en todos ellos la mejor intención y las ansias del advenimiento de la paz de CRISTO *en el reinado de* CRISTO*, hemos de recoger esa profunda y misteriosa lección que el genio de San Agustín desprende de la Historia, al afirmar que los grandes acontecimientos del bien que cantan la gloria de Dios y procuran la felicidad a los pueblos, sólo pueden apresurarse por la armonía entre la Providencia que señala el camino y la libertad humana que se dispone a seguirlo con inteligente generosidad.*

"Estas dificultades —hemos de decir hoy con Moret y Ozanam cuando anunciaban el fracaso de uno de sus más caros esfuerzos en los turbios días de 1848 con los que tanta similitud tienen las décadas argentinas que analizamos— estas dificultades fueron exigidas por la Providencia para la fecundación de esas mismas doctrinas, como la reja del arado que los agricultores hienden en la tierra para disponer la cosecha".

Los desencantos dejaron amargos disgustos. Aquellos van compensándose en halagadora medida con los bienes que nos trae desde ya la Acción Católica; éstos se van cicatrizando gloriosamente como las heridas del guerrero cuando amanece la mañana de la victoria.

"Incedo per ignem". Aquí las brasas queman los pies del que pretende acometer la investigación de este momento histórico. Yo no penetro en él. Demasiado próximos los acontecimientos, no podemos abarcar toda la verdad; el silencio que impone esta proximidad no va a ser temido por la historia. Es fácil preverlo así.

Fueron de crisol los días en que la causa del bien pidió la colaboración de Podestá. Evidentemente, Dios lo había hecho para esa su causa al enriquecerlo con tan abundantes dotes de inteligencia y corazón. Le tocó incorporarse al reducido grupo de CATÓLICOS SOCIALES *cuando éstos obtenían las primeras victorias, fáciles victorias si se quiere, frutos de simples escaramuzas y que debían ser comienzo de la lucha desigual que recién hoy vemos encaminada al logro de cuanto se persigue.*

* * *

La llamada a las armas lo encontraba bien dispuesto... Pero ¿no se consagraría excesivamente al programa ò a la acción de un grupo hasta dejar de ver la legitimidad que también pudiera asistir a otros? ¿No daría, en tan peligrosa senda, ningún paso demás, ni diría, en el calor de las polémicas una palabra demasiado ardorosa él, que debía improvisar tantas veces en arriesgadas tribunas? Eso fue precisamente lo que no aconteció, y no porque le faltaran ocasiones para enardecerlo, ni porque no tuviera amigos en los distintos campos que reclamaran su inteligente colaboración, ni, mucho menos, porque no sintiera en su alma los arrebatos propios de aquellos días de lucha.

Será uno de los grandes elogios que podrá tejerle justicieramente el recuerdo de sus amigos: Podestá salvó admirablemente la prueba. Se entregó por entero a la causa social —fue integramente un católico social— ocupó en tal carácter los puestos más avanzados y su palabra alternó siempre con la de los dirigentes de la hora. Pero fue siempre ecuánime, sereno, franco, delicadamente respetuoso. No tuvo enemigos. Sus intervenciones fueron muchas veces decisivas; su pensamiento brilló siempre con rara diafanidad, pero después de expresarlo en la tribuna, o de estamparlo en la prensa, nada quedó en el recuerdo de los que no compartían sus opiniones sino la característica y amable sonrisa del amigo Podestá.

No trepido en afirmar que el testimonio más ecuánime y elocuente que se levantó en himno de exaltación en el día luctuoso de su muerte, fue precisamente éste que lo proclamó benemérito Soldado de la Causa Social, ajeno a todas las disidencias secundarias que habían abierto divisiones en el campo católico.

De este carácter nace precisamente la proporción cada día en aumento que tomó de inmediato su nombre y su figura.

Al poco tiempo de su fallecimiento la crónica diaria de las instituciones católicas de la capital y del interior, de diverso género y elemento, va diciéndonos cómo se multiplican los homenajes a su memoria y cómo su nombre va convirtiéndose en bandera.

"De abanderado se ha convertido en bandera" —dijo un orador en una memorable asamblea de los Exalumnos de Don Bosco al proponerlo a su imitación—. El trueque es muy verdadero y esa blanca bandera de ideales cristianos no se agita sólo para las legiones de Exalumnos Salesianos —ello fueron sus más próximos hermanos— sino para toda la juventud argentina.

"¡Dichoso, dice el P. Noble, aquél que con su serena fiereza e independencia para inspirar la obra de su vida, guarda el soplo generoso de la juventud del alma!".[1]

Dios llamó a su seno a Podestá en el momento en que maduraba su juventud. El soplo generoso de esa alma joven ha de inspirar ahora a las juventudes de la Patria en la realización de los mismos sublimes y altísimos ideales.

Roberto Tavella, S.S.[2]

Buenos Aires, Mayo de 1934

Aclarando

Escrito leído en la polémica con un compañero acerca de la pornografía.

"Hace algunos días escribí yo una composición en la que me refería a los libros inmorales y pornográficos que se exhiben en los kioscos y en las librerías de la capital.

Cualquiera que apenas medianamente haya alcanzado lo que he intentado expresar, podrá haber comprendido que mis ataques se dirigieron contra los tales libelos, que a la prosa impúdica añaden representaciones gráficas ultra-obscenas.

Jamás creí que alguien pudiera salir en defensa de las publicaciones de la iniquidad.

Sin embargo, con mi asombro y con el asombro de muchos, ese defensor ha surgido.

Es un aventajado condiscípulo nuestro, con quien, como con todos, me unen vínculos estrechos de compañerismo.

Declaro que yo pienso, y casi con perfecta seguridad de no equivocarme, que ese compañero ha interpretado mal, lo que tal vez no oyó muy bien. De otro modo, yo en vano busco de explicarme su conducta.

Causóme sorpresa el escuchar, en clase, la palabra del condiscípulo, y me consideré en el deber moral e ineludible de aclarar mis anteriores conceptos y al mismo tiempo de atacar ciertas apreciaciones con las cuales disiento, de una manera absoluta.

---

[1] P. Henri D. Noble "Lacordaire Apôtre el Directeur des jeunes gens".

[2] Monseñor Roberto J. Tavella fue durante veintinueve años arzobispo de Salta.

No he querido, como lo ha hecho el compañero, lanzarme a polemista, sin conocimiento de causa. No me he atrevido a atacar, sin antes saber lo que iba a atacar. Por eso, y siempre obrando por modo diferente que el Sr. D..., me he permitido solicitar de él que me facilitara su trabajo, para poder, con seguridad y sin apasionamiento ni extravíos, discutir punto por punto los ataques que me dirige y la doctrina que expone.

Séame pues permitido analizar la composición del Sr. D..., que como repito, debe ser el parto de interpretaciones equivocadas.

* * *

Comenzaba el compañero a decir que yo atacaba de una manera feroz (son sus palabras), a cierta clase de personas que escriben libros, faltos de moralidad, es más, llenos, desbordantes de impudicia.

Siempre con el consentimiento del compañero, yo diré aquí que desconozco la ferocidad, no; yo lo haré tal vez con entusiasmo, con imperturbable fe, con las energías todas de mi alma. Pero hablar con indignación, y aún cuando fuese con dureza, no es en manera alguna hablar con ferocidad.

Yo no hubiera subrayado ese "lapsus" del compañero, si ello no comenzara por convencerme de que el Sr. D..., no se ha impuesto de lo que yo decía en aquella composición.

Pero sigamos.

A renglón seguido el compañero dice, que él se extraña sobremanera de que yo haya podido "declamar espantosas filípicas", contra libros que no he leído y contra personas que no conozco.

Yo querría saber transmitir la íntima sorpresa que esta anotación del compañero, causó en mi espíritu.

No es muy difícil advertir que esa incidencia es toda una acusación contra mí. Hablar de lo que no se sabe es en efecto, lo mismo que meterse el labrador a médico o el amanuense a legista.

Si el Sr. D... podría demostrar que, efectivamente, no se puede atacar a libros que no se han leído, es evidente y real que él me hubiera ganado casi todo en el terreno. Pero, lo que precisamente no se ha consumado todavía es esa demostración que el compañero debió hacer para justificar el asombro de que nos habló.

Yo he dicho, y no tengo ningún inconveniente en repetirlo, que me siento feliz, muy feliz de no haber jamás abierto ni leído uno de esos libros escandalosos.

Lo repito, sin temor a las sonrisas ni a las burlas de los que se creen más fuertes cuando han ingerido una copiosa dosis de novela bestial.

Se puede ser hombre, y más hombre, sin leer inmundicias, sin mirar ilustraciones obscenas, sin concurrir a los antros putrefactos que se llaman prostíbulos.

Por eso no me sonroja hacer la declaración que he hecho y por eso no temo el epíteto que yo sé que alguien me lanzará de afeminado o timorato.

Yo no conozco esos libros en el sentido de que no los he leído, de que no he gastado mis horas, ni las del trabajo, que han sido las más, ni las del ocio que han sido las menos, en la lectura de libelos. Pero con todo eso, yo invito al Sr. D... a que me pruebe que mi imaginación, por obtusa y rastrera que la suponga, no pueda concebir todas las bajezas, las maldades, las infamias que hay allí escritas.

¿Ignora acaso el compañero, que precisamente como yo lo significaba en mi composición, los ojos del transeúnte caen contra su voluntad sobre esas cubiertas sudorosas de inmoralidad que se exhiben en los escaparates y kioscos de Buenos Aires?

¿No era esa observación cabalmente la que me hacía doler que las autoridades permitiesen que tales libros se dejasen a la vista de todo el mundo? ¿No hablaba yo allí mismo, de la enormidad que se cometía al consentir que el candor de los niños, la honradez de los jóvenes, y el pudor de las doncellas, estuvieran en tan gran peligro?

* * *

Paréceme que mi lenguaje no fue ni obscuro ni alambicado, aunque haya podido ser gramaticalmente incorrecto.

Mi atacante sin embargo, no se ha notificado, a lo que se presume, de nada de todo esto.

Yo consideré inútil e inoportuno traer aquí nombres de algunas de esas obras. Me limité a decir que su sola enunciación subleva.

Tampoco ahora me empeñaré en hacer catálogos de ese linaje. Pero yo, como el compañero, y como todos nosotros, conocemos esos nombres. Ni a mí, ni tampoco al Sr. D... ni a ninguno de nosotros se nos habrán escapado las burdas pinturas de ciertas cubiertas.

Por lo demás y por ventura que el cielo me ha concedido hasta hoy, yo no soy sordo, cosa de la que yo no sé si será indispensable convencer al compañero.

El compañero consentirá, yo espero que sin mayores oposiciones, en que por allí suelen haber conversaciones, algunas que pintan cuadros del natural, otras que son voceras de los libros que ataco, conversaciones decía, que jamás se adoptarán para plegarias de iglesia porque no son, ni de lo más beato, ni de lo menos grosero.

Considere todo esto el condiscípulo y tenga un poco de espíritu intuitivo y concédamelo a mí, y yo estoy casi seguro de que lo habré sacado de su asombro.

Quizá si juzga cuanto precede podrá comprender de cómo, yo sin haber leído jamás esos libros miserables puedo imaginar lo que son.

Diré aquí más. Creo que no le hago ningún honor al excelente compañero que me ataca, al suponer que jamás haya atentado contra la propiedad ajena.

Y bien: ¿no puede el Sr. D... forjar en su mente la silueta de un ladrón? ¿No alcanza a penetrarse de lo que es un robo? ¿No pensó nada, jamás, contra esos cómodos señores que viven con el fruto del trabajo del prójimo que desheredan?

Salga, salga enhorabuena el compañero de su estupefacción y en vez de acusarme, justifíqueme.

* * *

Prosigo con el análisis.

Imaginaos los que me leáis, o lo que me escuchéis, (si es que alguien me ha de leer o escuchar) imaginaos lo que todos me diréis que es inimaginable.

El compañero polemista que ha errado su polémica, sea dicho con todo respeto y consideración, habla de poetas.

Yo apelo a los que tienen conocimiento de mi composición anterior, para que digan si esos libros a que yo me he referido, a quienes he atacado y a quienes el compañero defiende atacándome a mí, yo apelo a ellos para que digan si esos libros son obras de poetas.

Fuera menester entenderse. Yo ignoro a qué cosa llama poeta el Sr. D... Yo no llamo poeta a los infames, que con los bajos sentimientos del lucro ilegítimo, escriben esas páginas, que a buen seguro, han de ser un estilo que es insultante para la lengua castellana.

Hablarme de poetas, cuando yo hablo de libros de perdición cuya finalidad es la pasión, el vicio y la ganancia y en ninguna manera el ideal poético y el amor literario, es una imperdonable inconsecuencia.

De aquí que yo desde el comienzo he querido suponer que el compañero no se ha enterado de mis manifestaciones anteriores. Creo sinceramente que le hago un grande honor al suponerlo así.

* * *

Agrega el Sr. D... que los tales escritores han sido jóvenes como nosotros y que por lo tanto sus ilusiones les hacían imaginar un porvenir de rositas, lleno de facilidades y dulzuras.

Consiento en que hayan sido jóvenes esos autores y que en consecuencia hayan tenido sus ilusiones, puesto que es innegable que todos las tenemos. Pero me apena el pensar que un estudiante de buen criterio pueda llegar a decir que las aspiraciones de la juventud son el placer desordenado, el vicio y la lujuria.

Tenemos aspiraciones (¿qué sería si no las tuviéramos?) nos ilusionamos; pero el horizonte que se divisa no es el del crimen sensual.

Aspiramos al saber, al puesto, al título, a la fortuna, al bienestar de los semejantes y no hay mal en aspirar a las comodidades. Se aspira, sin cometer mal alguno, a tener una esposa, a regir un hogar, a ser abuelo y tatarabuelo; se aspira al comercio, a las artes, a las ciencias, al trabajo manual, a todo eso se aspira.

Ese es el ideal de los sanos y de los honrados. Los que no lo son, esos sí lo ven todo color de rosa, en el sentido que bregan por los placeres, por los desórdenes, por los delitos, que se cometen en la penumbra.

Y luego consiento con el Sr. D... que desengañados, cansados de sus continuas iniquidades, torturados por su conciencia, se ven en la necesidad de escribir.

Natural es que otra cosa no pueden escribir que lo que han sentido y vivido.

Escriban y desahóguense a su sabor esos pobres extraviados, pero cuando han escrito, hagan como el padre Enrique de la novela de Valera y métanlos en un rincón de su escritorio, o mejor aún quémenlos.

El compañero dice por el contrario que deben editar esos escritos y que una razón los asiste para hacerlo así. Están pobres, hambrientos, y publicando sus libros pueden ganarse la vida holgadamente.

* * *

Aquí tenemos a mi atacante justificando el que se apele al crimen para conseguir el alimento. Con la filosofía perversa que suele predicarse en

estos tiempos, eso no es del todo escandaloso. Pero asimismo yo no creo que el compañero haya creído decir lo que indiscutiblemente ha dicho. Habla de gente envenenada y sostiene que esa gente tiene el perfecto derecho de vender su veneno a tanto la unidad, por el hecho de que han de satisfacer sus exigencias. He aquí lo que el Sr. D... ha dicho aunque a él le parezca quizá que yo estoy calumniando.

En adelante, el condiscípulo asciende al terreno de la doctrina y debo desde luego declarar que por lo visto disentimos de teorías.

Declárase enemigo de los idealismos y dice que de ellos está harta la humanidad: es un materialista.

Soy un perfecto profano en filosofía. Conozco en cambio algo de la doctrina evangélica, y por ella he aprendido a ser, no sé si idealista, espiritualista por lo menos; yo he aprendido que se ha de vivir, no para gozar exclusivamente, sino para trabajar, amar, ayudar y bendecir. Yo he aprendido que la pureza, la honradez, el freno de las pasiones, es indispensable para la salud verdadera del hombre.

Mi contrincante cree en cambio que es superior a las teorías no materialistas, la que enseña el realismo. Esto es cuestión de doctrina, y sería el caso de que él y yo trajéramos razones plausibles que puestas en los platillos de una balanza dijere de una buena vez si es o no es superior a las doctrinas demoledoras de cierta filosofía, aquella otra que se predicó con un sacrificio inmortal desde las alturas de un Monte memorable.

* * *

Una consideración más y terminaré. El compañero piensa que esos señores de la literatura canallesca ¿qué digo? no literatura, sino escritura pésima, educan a la juventud, y la preparan para la lucha por la vida.

Esto yo no puedo contestarlo; menester sería que me repugnase menos esa afirmación. Si la pornografía educa, el hogar, que según yo entiendo debe ser un santuario, corrompe.

De eso jamás me convenceré.

Los mejores no han de ser los sensuales. Y más que sensuales no pueden resultar los que naufragan en el mar de la impudicia. Pienso que los libros son alimentos del alma, y el alimento ha de ser sano. De ahí que ahora como antes, sin un ápice de arrepentimiento, siga atacando los novelones y las cartillas pornográficas.

Perdone el apreciado amigo aquello que pueda disgustarle y hágame el honor de guardarme el mismo afecto, que hoy como ayer le profeso"

* * *

"Interesante y creo que eficaz" es la anotación del Profesor, al pie de estas valientes páginas.

Adolescente, visita la Biblioteca Nacional

"No he de empeñarme en hacer la descripción del hermoso edificio en el cual está instalada la Biblioteca Nacional. Sería tarea larga y difícil. Baste decir que es de construcción moderna; su fachada, en buena parte de granito, es de aspecto severo y la sala de lectura amplia y cómoda, tiene en ciertos detalles pretensiones de lujosa... Allí se guardan los tesoros del saber; allí están las producciones de los cerebros vigorosos, que pasaron por el mundo; las páginas bellas de los poetas, las sentencias graves de los filósofos, sus errores y sus sofismas; las teorías y las doctrinas, aquellas que perduran y las que, tras breves días de éxito, se sintieron vencer.

"Entre esas páginas, siguen hablando los que un día, llenos de vida, dominaban a su antojo con la elocuencia de su palabra a cuantos acudían presurosos a escucharles; cantan todavía los que enamorados de la belleza, la cultivaron en las letras; entre esas páginas hay quien aún continúa predicando la verdad y anatematizando el vicio y la mentira, y también quien sigue como en los días de la existencia, llevando el coraje a las almas pusilánimes, mostrándoles un ideal; y, con el acicate de la persuasión, encaminándolas hacia él...

"Vuelto empero de mi asombro, echo una rápida mirada a las mesas de lectura; jóvenes y ancianos, en número regular ocupan sendos asientos e inclinados sobre el libro, leen en silencio; pero hay muchos puestos vacíos, desiertos, esperando con hastío a los lectores que quieran ocuparlos.

"En una ciudad tan grande y que cuenta con tan pocas bibliotecas, tal comprobación resulta penosa. Porque efectivamente se lee poco en Buenos Aires... Finalmente quizá influya en este estado de cosas la gran difusión del periodismo argentino, que ofrece en diarios y revistas, abundante material de lectura, más o menos buena, y por lo general, interesante"

No son, por cierto, los conceptos leídos, los primeros ensayos de un vínculo que se inicia; es ya un dominador del pensamiento quien señorea en las alturas.

Carta a un amigo acerca del triunfo de los socialistas

En las elecciones de 1914 los socialistas obtienen la mayoría en Buenos Aires. Ese triunfo entristece a Juan Bautista: no sólo por el triunfo en sí sino por lo que él significa: que el pueblo que vota está engañado y extraviado. El corazón apenado de Juan Bautista se abre espontáneamente al amigo Chiozza. Es el criterio político de un joven de veinte años. Este hecho define su vocación social. Es, como dice su amigo Barousse, una carta básica de su futura acción cristiano-social, pues no dudaría en afirmar que dicho triunfo ha sido quizá la causa de su enrolamiento definitivo en el entonces minúsculo batallón de los oradores populares.

* * *

Escribe a Chiozza:

"Yo estoy bastante apenado con las cifras del escrutinio. No tanto porque esos señores de la lista roja vayan a los escaños de nuestro Congreso, lo que sin duda es deplorable, sino porque esas cifras nos hablan con elocuencia del extravío del público, de la pobreza de la mentalidad popular. Yo bendigo esa hermosa manifestación de civismo que ha dado el pueblo con su concurrencia a las urnas y si se quiere aplaudo la abstención absoluta del gobierno en el acto electoral.

Aplaudo sobre todo esa ley de elecciones, que de acuerdo con las inspiraciones que el Dr. Sáenz Peña, presentó y defendió en el Congreso, ese gran ministro, tan grande como calumniado y perseguido, que fue el Dr. Gómez. Pero deploro esa inexplicable ceguera de tantos ciudadanos, que ungen con su voto a hombres, que como representantes de la intelectualidad argentina, nada valen, y como apóstoles sinceros o mentirosos de una doctrina social, debían merecer el repudio. Obcecados por una acción parlamentaria no eficaz, pero bullanguera; no sabia sino impresionante, dan su voto a hombres cuyas tendencias y finalidades desconocen. Los que votan a los candidatos socialistas, no saben, en la mayoría de los casos, que ellos son voceros de un programa que preconiza la abolición de la propiedad privada. No lo saben. Si lo supieran, a parte de que es una quimera que ni tiene tampoco la cualidad de ser bella, los electores que votan a los corifeos rojos, sin duda amantes de la propiedad privada, no se pronunciarían en favor de tal abolición.

* * *

No saben que en el programa del socialismo está incluido el amor libre, el divorcio, calamidad que en estos días precisamente colma la medida por las sensacionales revelaciones del asunto Rochette, en el cual desempeña tan importante papel, y no es más que un simple expediente para llegar a la abolición del matrimonio como institución no ya religiosa, sino aún civil. No lo saben sin duda, porque por poco que valga el resto del pudor, de la honestidad y sobre todo del buen sentido que les quede, les haría abominar de una doctrina que así quiere trastornar la sociedad so pretexto de mejorarla, como si algún médico extravagante tuviera la idea peregrina de privar a un enfermo de los órganos vitales de su organismo, so pretexto de sanarlo.

El más sagrado de los órganos de la sociedad es la familia. No hay pueblo débil o infeliz cuando la familia es sana y robusta. Y en esta tierra de los hogares patriarcales, donde se educaron los grandes de nuestra epopeya y de nuestra organización, en esta tierra donde los italianos han traído consigo todos los respetos para el hogar, asentando los suyos, de donde ha salido gran mayoría de los argentinos, sobre las mismas bases de la veneración a la jerarquía paterna y de respeto por las tradiciones caras, en esta tierra, el socialismo endereza sus tiros contra la familia y pide al pueblo su apoyo en cambio de mentidos desvelos por su bienestar. Y el pueblo engañado por falso brillo de oropel le da su voto y los consagra sus porta-estandartes como los únicos capaces de representar en el Parlamento a los que habitan una Patria nacida hace cien años a la libertad, no por obra del socialismo, que no sé si ya había lanzado a rodar sus divertidas utopías sobre el estado colectivista, sino para aquellos que penetrados de la grandeza de la democracia, no creían que había de dar al traste con organizaciones probadas al través de muchos siglos y suplantadas por reformas advenedizas para hacer el bien de las gentes.

* * *

Y el partido socialista ha querido todavía burlarse más de los cándidos que llevan a la cámara a cualquier pelafustán, que enrolado en sus filas se presente con rótulo rojo, lanzando una lista de candidatos que es una bofetada para el país.

No soy patriotero... es más, soy un internacionalista en el buen sentido de la palabra, puesto que soy católico a carta cabal, y el catolicismo no es argentino sino universal, y Jesús reina sobre todo, y no sólo sobre nuestra tierra, y nos ha dicho que amemos a todos, no a los argentinos solamente; pero el sentimiento de patria y el sentimiento de dignidad, no los he

perdido. ¿Y no te parece que sale malparada la dignidad nacional con una lista como la socialista que el pueblo argentino proclama, donde figuran tantos o más extranjeros que argentinos?

Tal vez me equivoque —los obscurantistas nos equivocamos siempre que hablamos— pero yo creo que el triunfo socialista es una vergüenza para el país. Todos deben hacer lo posible porque no se repita y yo espero que el íntimo anhelo de los que no podemos nada, será colmado por la acción de los que pueden mucho.

Acepta, le decía al amigo Chiozza, estas cartillas como carta. Y con ellas recibe el saludo afectuoso de tu amigo... socialista"

* * *

En el centenario de la Independencia
Despedida a los Exploradores de Don Bosco que parten para Mendoza

"Con unción patriótica alzo mi voz, pobre pero entusiasta, en esta plaza cuna de nuestra libertad y cuna de la libertad de América, uniéndome a la Obra de Don Bosco que quiere ofrendar su homenaje a la Patria, en el año en que se recuerda la hazaña del glorioso Ejército de los Andes que cruzara, a las órdenes del Gran Capitán, las cordilleras más altas de la tierra.

¡Los Andes, señores! Los que no hemos tenido todavía la fortuna de verlos, soñamos con ellos, vislumbramos su grandeza imponente, la majestad subyugadora de sus cumbres excelsas, la blancura de sus nieves, sus siluetas colosales disponiendo el espíritu a un explicable pavor. ¡Oh, en verdad debe ser aplastadora esa muralla gigantesca que ataja en sus flancos los vientos del Pacífico!"

* * *

"Por allí, por sobre esos Andes era preciso que cruzara el ejército de la libertad. Y Dios condujo a aquel bravo ejército formado a fuerza de tantos sacrificios generosamente aceptados y ofrecidos por aquel pueblo admirable de Cuyo que mereciera los elogios entusiastas de San Martín. Con él, con ese ejército, ¡cuántas cosas queridas marchaban! Iban hijos alentados por sus mismas madres, esposos, prometidos que desgarraban el corazón de sus novias al abandonarlas y que laceraban su propio corazón.

Era un ejército, formado como ninguno, de ofrendas generosas y de

abnegaciones superiores. ¡También era grande como ninguna la causa que tenía que defender!

Y los Andes fueron traspuestos, y la audacia de aquel ejército, improvisado al fin, desconcertó al enemigo. Y llegó Chacabuco, el día de la luz y de la gloria, día de eternos recuerdos para América y para el mundo, y la media luz de Cancha Rayada, sólo sirvió para que brillara más esplendoroso el sol radiante de Maipo!".

* * *

Sus conceptos son hermosos y nuevos.

"El corazón estalla de entusiasmo, al representarse la marcha de nuestros bravos por los Patos y Uspallata, llevando consigo la bandera bendecida antes de partir, "la primera bandera de libertad que se bendecía en América". Desde esta plaza, el grito revolucionario llegaba hasta aquellas tierras abruptas, y la libertad amada con delirio por Moreno, era llevada al triunfo al través de aquellas alturas, saludada por los alados señores de las soledades andinas, y levantada bien alta para que la vieran y amaran todos los pueblos americanos.

Y en lo profundo de los valles el ruido del ejército que avanzaba, seguro de sí mismo, debía parecer, repetido por el eco, el lenguaje rudo del alma tosca de los montes que saludaba también a la libertad pasando, henchida de gozo por ver de nuevo sus albas vestiduras, parecidas a las nieves de sus montes.

Cantar las glorias del Ejército de los Andes es cantar las glorias de José de San Martín, para siempre vinculado al nacimiento de nuestra nacionalidad y para siempre señalado a la admiración de las generaciones argentinas."

* * *

Enamorado de la figura epónima de Pedro Goyena, enfrenta el derrotismo patriótico para deshacerlo victoriosamente.

"Pero, ¿no será vano orgullo nacional el saludar con admiración la figura de ese hombre? ¿no será hiperbólico llamarle Gran Capitán?

Hacer estas preguntas parece sacrilegio, y en verdad el corazón se revela al escucharlas y sin embargo, existe hoy una tendencia que quiere deslustrar el prestigio y las glorias de nuestros grandes hombres. El deseo de empequeñecer, cuando no de enlodar perturba algunas inteligencias, y el doctrinarismo revolucionario, sustentado más o menos con fe y pasión,

quiere reducir a cero nuestras glorias. Desde la negación de un ideal superior determinante del movimiento de Mayo hasta el obscurecimiento de nuestros próceres, todo se usa para quitar del corazón argentino sus amores patrióticos... Ahora mismo, en estos días, alguien que gusta de mancillar todo lo que nos es más querido, después de invocar una amistad esclarecida, se complace en publicar un trabajo, que quiere ser esbozo o biografía o apología quizá, y que no es otra cosa que un innoble ataque a un grande, a un eminente ciudadano, ejemplo incomparable para la juventud de este país y para los hombres en la vida pública y en la vida privada, ilustre por sus talentos pero más admirable por su abnegación y por sus varoniles energías, por el temple superior de su grande alma cristiana. Hablo de Pedro Goyena a quien puedo recordar en este acto patriótico, al lado de San Martín porque a los dos los caracterizaba un mismo valor y un igual desinterés. El úno era genio de la guerra y vivió en las horas azarosas de las luchas de nuestra emancipación. Fue el héroe por excelencia y a su paso las multitudes le aclamaban cuando volvió de sus grandes triunfos. Tenía en esa hora todos los prestigios, y pudo hacerse coronar como a un César. Pudo ascender a un nuevo Capitolio americano, y hacer pagar con la obediencia de los pueblos la libertad que les había ganado con su espada. Ni era preciso que él lo pidiera, porque los pueblos mismos le ofrecían el mando, No lo quiso. Prefirió la proscripción al ejercicio del poder, y en vez de laureles para orlar la corona del vencedor, buscó la paz amarga del retiro para morir amando a su patria, cuyos hijos un día llegaron a herirle con su ingratitud. El ótro fue un príncipe de la palabra y un agraciado del talento. El también pudo ceñir coronas, porque él lo tenía todo para vencer. Pero no lo quiso. Había un precio fijado, para que pudiera ascender, y ese precio era el de la abdicación de los principios, la traición. Y como San Martín, cuando las ambiciones del mando y los sueños de grandeza perturbaban las conciencias, renunció a todo, así también Goyena, cuando se alzaba la marea revolucionaria, renunció a todo. Pero ni el úno ni el ótro renunciaron jamás al amor de su Patria ni al culto de la libertad"

Buscaba siempre la lección de los hechos.

"No señores, no es vanidad patriótica cantar a San Martín, ni es fanatismo o vulgaridad hacerse lenguas de su grandeza. Porque fue grande en verdad. Yo no os digo de su genio militar, que está consagrado. Yo os digo más bien de su austeridad cívica. Y cuando un hombre, glorificado por un pueblo que lo mira con admiración, lejos de envanecerse y de querer

crecer, se elimina por sí mismo, llega sin ruido a Buenos Aires, sale del país, y es después rechazado en las playas argentinas, y sin agravios ni despechos, pide al morir, que lleven sus despojos a la tierra que le fue ingrata, ese hombre, verdaderamente, merece vivir por siempre en nuestros corazones.

La Obra de Don Bosco se une alborozada a las fiestas jubilares del Paso de los Andes. Quiere así robustecer la educación argentina de sus niños. Quiere que en cada uno de los corazones infantiles que ella forma, estalle un patriotismo ardiente y sano. Sabe muy bien que es misión principal de la escuela el robustecimiento del sentimiento nacional, amenazado muchas veces por insensatos sectarismos.

¡Regocijémonos! Estos niños que veis, estos gallardos exploradores, son niños del "Oratorio Festivo Salesiano". Son de esos que sin el abrigo salesiano quizá cayeran en la pendiente del mal, renegados de la sociedad y enemigos de la Patria, sin Dios y sin ley. Vedles en cambio, enardecidos de entusiasmo, amando a su patria y haciendo guarda de honor en sus altares; son esperanzas de nuestra democracia naciente, y sus pechos fuertes son la coraza de sus almas cristianas"

* * *

Su último pensamiento es para el Cristo de los Andes, en un anhelo de paz exacto y oportuno:

"De esta plaza de la libertad, como para darnos un símbolo van a marchar hasta la plaza que lleva el nombre del Gran San Martín y donde se eleva su estatua. Aquí se respiran las agitaciones de aquel 25 de Mayo por siempre memorable. Allá el Capitán del Ejército de los Andes los señala, como para conducir a sus bravos por entre sus quebradas. Aquí sienten palpitar la idea y allá van a probar la fuerza y el empuje del brazo que llevó a la idea encarnada en sí mismo y en sus soldados, en una carrera de gloria, por las tierras refrescadas en el mar Pacífico.

Niños muy amados: sobre la cumbre del Ande la piedad y la amistad argentina-chilena han levantado un monumento a Cristo Redentor. Los brazos amorosos de Jesús, Príncipe de la Paz, se extienden en señal de concordia, desde aquel trono azotado por los ventisqueros, sobre los dos pueblos. ¡Bendita señal! que jamás las pasiones la quieran arrancar de entre las nieves andinas. Por donde pasó el ejército de la libertad que ya no pasen ejércitos con armas de muerte. Que sólo los soldados del trabajo sigan sus huellas.

Que la Virgen, en cuyas manos, para ejemplo de las generaciones, San Martín puso su bastón de mando como lo hiciera Belgrano, bendiga y proteja a nuestra Patria. Que Ella nos consiga ser un pueblo orgulloso de su pasado y consciente de sus deberes lleno de segura esperanza en su porvenir, que no mira sus tiempos heroicos con el deseo de volverlos a ver sino para recoger alientos y corajes para sus luchas de hoy, que sabe que la gloria se conquista lo mismo en el fragor de las batallas, como en las bregas del trabajo, pero quiere, eso sí, ver reproducidos la abnegación y las virtudes de aquellos tiempos de inmolaciones ¡un pueblo, en fin, que canta, con el Himno magnífico de la Patria, el Hosanna perpetuo de la gloria de Jesucristo, el Divino Libertador."

* * *

Discurso en la ordenación sacerdotal del P. Guillermo A. Brett.

"Reverendo Padre: Vuestros compañeros, los Exalumnos de Don Bosco del Centro "San Francisco de Sales", han querido asociarse en este día dichosísimo para vuestro corazón, mediante este modesto homenaje, que os ofrecen por mi intermedio, al justo y santo júbilo que Dios os ha concedido con la celebración de Vuestra Primera Misa.

Perdonad, ante todo, señor, que la palabra amiga os llegue de alguien que no conocéis, con quien no habréis compartido ni horas de estudio, ni ratos de recreo... Perdonad si las circunstancias no han permitido que alce su voz en esta gratísima hora, uno de aquellos a quienes amáis con ternura y para quienes hay un lugar en vuestro corazón. Hijo de esta casa también es quien os dirige la palabra, y bien sabéis que los Exalumnos todos, conocidos o desconocidos, formamos una sola, compacta legión.

Acoged, pues, el testimonio de afición que yo os ofrezco: como el de todos los socios de nuestro Centro, pues todos ellos, como yo, participan de iguales sentimientos."

Juan Bautista hace su acto de fe en el sacerdocio.

"Sin duda, señor, para quien como vos ha escuchado la palabra de Dios que os llamaba por sus caminos, la dicha mayor, como la emoción más intensa es la que habéis experimentado esta mañana, cuando por primera vez ofrendasteis, cuando por primera vez levantasteis con vuestras manos, quizá un poco vacilantes, al Cordero Inmaculado, al Dios de la

Eucaristía, al Rey de los Cielos y de la tierra, al Príncipe de la Paz, a Aquel mismo Jesús que llenó la tierra con el eco de su nombre y la fama de su gloria, y dio a la Iglesia potestad para consagrar a los que en la sucesión de los siglos, habían de ser sus ministros, predicasen a todos los pueblos su doctrina y les dijesen de su Omnipotencia y de su Misericordia.

¡Oh sí, Señor! El alma cristiana comprende esa alegría y mide en toda su intensidad esa emoción, y se conmueve, sintiendo en sí misma la confusión temerosa mezclada con el júbilo santo que invade y llena a los nuevos ungidos del Señor, cuando el Señor, Señor magnífico en sus dones y amorosísimo en sus gracias, les concede que le sacrifiquen por sus mismas manos, y le ofrezcan, como víctima expiatoria, al Dios de las justicias".

* * *

Realza y recalca el concepto de confesar en todas partes el nombre de Cristo.

"Colmado está, a buen seguro, vuestro corazón con el gozo que se os ha concedido en el altar, porque es gozo divino. Pero si acaso no lo estuviera ¿quién podría hacerlo mejor que Jesús? ¿quién podría mejor que El, con tanta y tan abundante y escogida gracia como hoy ha derramado sobre vos llenar ese presunto vacío de vuestra alma? Un vaso de delicadas esencias de las más ricas flores, no se puede rebasar con agua, aunque sea de puro manantial, y no enriquece la corona cuajada de perlas y preciosos diamantes agregándole quijarros, aunque limpios y hermosos. Y agua de manantial, de puro manantial, es verdad y quijarros hermosos y limpios, es lo único que los exalumnos pretenden traeros lo único que pueden, lo único que saben ofrendaros.

Empero, Señor, creemos de corazón que os ha de ser especialmente grato este homenaje que se os ofrece en una casa de la cual debéis conservar cariñosos recuerdos. Estos muros han de hablar a vuestra alma con el lenguaje de las cosas viejas y queridas, y la deben cubrir de gratas añoranzas. Alguna vez, quizás, habréis sentido las nostalgias de esta casa pobre, pobrísima hasta hoy como edificio, pero valiosa, incomparablemente valiosa por el bien que ha hecho, por el espíritu que flota en sus vetustas salas, en su pobre capilla, en sus amplios y siempre alegres patios. Valiosa sobre todo por las almas cristianas y fuertes que se han formado en ella, que en ella han recibido el valor para confesarse en todas partes hijos de Cristo.

Y os ha de ser muy grato volver aquí, como sacerdote, donde pasasteis

como discípulo, donde tal vez conocisteis vuestra vocación sobre todo cuando volvéis en una hora auspiciosa, en que el viejo Oratorio se transforma y muestra gallardo sus modernos muros y sus airosos salones, señal de vitalidad y promesa venturosa de más gloriosos días".

* * *

Y este sacrificio se encarna en el santo sacerdocio:

"Ensanchad vuestro corazón, y comprended la legítima alegría con que hemos asistido a la tocante ceremonia de esta mañana, y con que os vemos incorporado a la milicia de la Iglesia, la más gloriosa de las milicias, la única invencible, la que ha resistido todos los ataques, todas las traiciones, todas las apostasías, sin ceder jamás, sin desfallecer nunca, sin flaquear ni en lo más rudo del combate, ni en las guerrillas agotadoras, ni en las persecuciones crueles.

Doble es nuestra alegría, Señor. En primer lugar porque vemos a uno de los nuestros, formado en esta casa, consagrarse al servicio del altar. En segundo lugar porque quedáis para siempre incorporado a las filas del grande apóstol del siglo pasado, del Venerable y amado Don Bosco.

Como exalumnos, como discípulos de un colegio salesiano, no podemos sino mirar este hecho con especial complacencia.

La Pía Sociedad Salesiana, fundada por aquel santo y admirable sacerdote que fué el asombro de su tiempo, desempeña hoy un papel trascendental en la sociedad. Su obra tiene ya realizadas grandes conquistas, y señalados grandes destinos. En un siglo impío y revolucionario, en que aparecen redivivos todos los errores de los siglos pasados, agravados con los nuevos; en una época en que todo se conjura contra la fe, contra la moral cristiana, contra las buenas costumbres, contra el principio de autoridad, contra la paz social, contra el mismo Dios; en tiempos aciagos en que los pobres maldicen y los ricos, paganizados, se olvidan de los pobres; en que mientras arriba hay perenne rumor de fiesta, ruge abajo el odio, y se ven relámpagos y se oye el ruido de choques que a la manera de truenos anuncian la tormenta, y en que parecen diseñarse, rojas y siniestras las llamaradas del incendio; en que se ve a apóstoles mentidos, que por malicia o por engaño se afanan por dividir en vez de esforzarse por acercar; en estos tristes días, los Salesianos, conformes con los derroteros que les señaló su Fundador, se mezclan con ese pobre pueblo enfermo y engañado, les recogen sus niños, con los que la impiedad haría almácigos de futuros rebeldes y los educan, los hacen cristianos, buenos chicos de hoy

y mejores ciudadanos para mañana; les enseñan a "servir a Dios con alegría" según el precepto de Don Bosco, y los preparan para que más tarde sean buenos soldados del ejército de Cristo, defensores de la verdad, y hasta voceros y apóstoles de la buena causa."

* * *

"Pero con ser muchos, los Salesianos resultan pocos. Grande es el número de los pastores, pero infinitas son las ovejas que necesitan de sus cuidados. Por eso es un triunfo salesiano la incorporación de un nuevo sacerdote a las filas de sus bravos, y por eso, señor, en vuestra ordenación, nosotros encontramos motivo para hondo y sincero regocijo.

Cualquiera que sea el lugar donde la obediencia y el deber sacerdotal os llame, recordad siempre, Reverendo Padre, a este Colegio de nuestras afecciones. No lo olvidéis ni en vuestros cariños ni en vuestras plegarias. Sabed también que de hoy en más, vuestro nombre figurará en nuestra lista cuidado con mayor orgullo, ya que a la dignidad del exalumno, se agrega la excelsa dignidad del sacerdote. En pago, Señor, recordad siempre también a nuestro Centro, que es el vuestro, y dispensadle vuestro afectuoso cariño.

Que el Señor de la fortaleza os haga fuerte, para que no flaquéis, como no flaquean jamás los Salesianos, en el ejercicio del sagrado ministerio. Que El haga fructífera vuestra obra, abundante vuestra cosecha, riquísima vuestra mies. Que El bendiga vuestros trabajos y vuestras iniciativas. Vestís una sotana que el mundo desprecia, sobre la cual reniega y blasfema y escupe; vais a ejercitar un ministerio que las potencias del mal, de mil maneras quieren abolir. Lleváis una Cruz que se quiere desterrar de todas partes, y de la cual abominan desde los más encumbrados que en vez de gobernar tiranizan, hasta los humildes roídos por el desengaño y cansados de una vida que no puede llenar sus apetitos de Epicuros modernos. Sois discípulos del Maestro, y el Maestro dijo que así como Le perseguían, así os perseguirían a vosotros sus ministros. Os señalarán con el dedo y hasta se apartarán de vos como de un genio maléfico que lleva consigo desgracias y desventuras. Sí, Señor. Es abominación de todos los tiempos. ¡El siglo de la luz es impío, pero lleva en la falta la penitencia, y es tan supersticioso como impío! El siglo de la luz no cree en los sacerdotes, pero tiembla ante los brujos".

* * *

Aquí está el alma sacerdotal del orador.

"¡No importa! No sería tan brillante la corona del sacerdote si ella no se ganase con sacrificios! Queremos, es verdad, la honra y la paz del sacerdote, como la paz y la honra de la Iglesia, pero es verdad también que jamás como en las horas del dolor, en los momentos de terribles agonías, despidieron destellos más luminosos la Iglesia y los sacerdotes!

Con una fe fuerte, bebida en las fuentes de la Eterna Verdad, con una perseverancia incontrastable, tesoro que siempre encontraréis en el retiro de vuestro corazón y en el ejemplo de los dignísimos sacerdotes que os rodean, no asomará en vos la cobardía, ni se agotarán las energías de vuestra alma.

Sois uno más de los que la impiedad hace siglos quiere barrer de sobre la tierra, con vana e impotente rabia. ¡Bendito sea el Señor!

Que el Dios de las excelsas recompensas premie, después, vuestra obra, con la paz del alma, que es el supremo bien en la tierra, y que una legión esforzada de jóvenes cristianos sin miedo y sin tacha, os reconozcan mañana, como su maestro, como su padre, como su consejero. Hermoso presente, Señor, que Dios os hará a vos, y que vos devolveréis a la Iglesia y a la Patria..."

* * *

Nostálgicos del paganismo

(Reflexiones sobre el sepelio de Almafuerte)

"Alta cátedra es, sin duda, la que se erige junto a una tumba recién abierta.

La majestad del momento y la severidad del lugar, la rodean de profundo respeto y le conceden prestigio.

Y cuando a ella asciende un maestro, un sabio, los espíritus se repliegan sobre sí mismos para aprovechar bien la lección que va a oírse.

No se aguarda, sin duda, ni erudición, ni ciencia profana, ni grandes recursos retóricos.

Pero se espera algo que satisfaga el corazón conturbado ante el espectáculo de un muerto; algo que oriente, que ilumine y que fortalezca.

Y un maestro puede dar esas cosas.

* * *

Un vate ha muerto. Junto a su ataúd, en medio de la paz de una ciudad siempre dormida, ha escalado la cátedra un maestro.

No es un orador vulgar, de esos que profanan el lugar sagrado con vanas palabras vacías de sentido. Es maestro consagrado con vanas palabras vacías de sentido. Es maestro consagrado por la fama del momento y tiene su morada en la cumbre.

No convocará con enojo ridículo a la Parca famosa, para increparla de su crimen, o para hablarla con desdén, o para asustarla con amenazas.

El género no es propio de un maestro. La comedia parece muy mal en el lugar sagrado.

Habla un maestro, y es preciso escucharle.

* * *

Y le escuchamos y quedamos pesarosos de la palabra del maestro.

A ratos parece el orador ridículo de los apóstrofes pueriles de esos que se sublevan contra el destino, e increpan a la muerte.

De pronto se revela el maestro, y nos habla de cosas raras, confusas, extravagantes, que parecen profundas, pero que no lo son.

Y en todo su discurso, siempre galano y bello, el maestro se muestra campeón esforzado del paganismo y arrojando por la borda todo el tesoro del pensamiento cristiano, acude al Olimpo a buscar inspiración.

Nada de Dios. El maestro —sacerdote de la escuela laica— no puede hablar de Dios, ni de plegaria cristiana, sin comprometer su fama. Nuevo iluminista, calla el nombre de Aquel a quien confesaba Voltaire.

Pero si es de mal gusto hablar de Dios, es muy digno del genio hablar de los dioses; el Dios de los cristianos está viejo, suelen decir los nuevos sacerdotes. Y lo primero de los grandes hombres, para no confundirse con el vulgo, es decir novedades, o cosas viejas que lo parezcan.

La plegaria también se escapa de los labios del maestro, pero es plegaria pagana. El mismo que no sabía hablar de oración cristiana sin avergonzarse, puede sin recelo hacer de sacerdote sacrificando en altares gentiles.

Aprendemos que el llanto es femenina cobardía... Inútil, vano palabrerío el de estos sacerdotes laicos! Llorar al borde de una tumba es femenina cobardía!...

Sabemos, además, que el vate ha muerto y que ha de mirar, desde allá donde moran los dioses inmortales, la valentía con que le despiden los

amigos. ¡Despedir al muerto como pagano, con palabras vanas, eso es valentía y virilidad!

Gentes hay que se atreven a desconfiar de la palabra del maestro, y no creen que llorar sea cobardía, ni que la cobardía sea femenina. No creen tampoco en valentías de ese linaje, ni se avienen a confundir valor con audacia. Pero ya se sabe como está el mundo lleno de necios y temerarios...

Y el maestro dice así muchas cosas, con un envidiable arte de bien decir. Y se le escucha, y muchos creen en su insuperable ciencia.

Y otros creen en cambio, que la filosofía del maestro, muy nutrida sin duda, si se habla de la de los libros, es floja, pobre e indecisa, si se entiende por ella la que surge de su palabra de maestro, de maestro que habla desde la alta cátedra levantada al borde del sepulcro abierto...

* * *

A un panteísta, no vacila el maestro en llamarle cristiano; cristiano "como Pablo de Tarso, anterior a los dogmas". Profundo todo esto ¿verdad? Un profano en este sacerdocio de le ley nueva, no entiende nada de este lenguaje.. Y así cree profundamente en la sabiduría del iluminado. Diría un retrógado que un chico de catecismo sabe más de estas cosas. Pero ¿que importa al oráculo una opinión tan despreciable?

* * *

Contra ese empeño por restaurar el paganismo, de que se ha hecho ostentación tan descarada en las exequias de Almafuerte, el espíritu cristiano protesta con energía.

Un pueblo recibe siempre de las altas regiones intelectuales, inspiraciones y enseñanzas.

Y si así hablan los que moran en la cumbre, ¿qué esperaremos del alma de nuestro pueblo?

Por un lado, predicando al pueblo sencillo, los revolucionarios de todo color, quieren arrancar de las alturas el tesoro incomparable de la fe, y so pretexto de redimirle, le vuelven, lleno de odios contra Cristo y su Iglesia. Triste espectáculo que reclama de todos los buenos la consagración al apostolado popular.

Por el otro, hombres que quieren ser a su manera orientadores del pensamiento nacional, que erigen cátedras con la autorización consagrada —al parecer, es hora de decirlo— de maestros eximios, envuelven en el

desprecio y en el olvido todos los tesoros de la doctrina de Jesucristo, y proclaman con la galanura de las formas y rumbosidad del estilo, la excelencia de las concepciones paganas. Deplorable espectáculo, que hace estallar la protesta viril.

Huérfanos estamos del espíritu de Cristo. Para remediar el mal, ¿será necesario resucitar el paganismo? ¿será preciso acudir a sus dioses y aberraciones?

¿Está ya cegada la fuente del Evangelio?

¿Y hay que retroceder más allá del Calvario?

Los "intelectuales" que pretenden ser los inspiradores del alma argentina, lo creen así.

Reivindican para sí mismos y para sus muertos el título de paganos que reputan glorioso. Están en su derecho.

Pero es preciso señalarlos como divorciados por completo del espíritu de nuestro pueblo.

Hay que prevenir contra los falsos profetas.

Y lo son peores aún los que agitan a las turbas con prédicas incendiarias.

Porque ellos están en la altura, y no abren sus labios sino como maestros.

* * *

Frente a Ti ¡oh Señor! quieren levantar de nuevo a los ídolos caídos! Pero Tú acaudillas hoy muchedumbres de gentes, inteligencias escogidas, espíritus superiores en todas partes de la tierra.

¡Las cabezas y los corazones se vuelven a Ti!

Quieren nuestros "maestros" restaurar a los dioses, pero los grandes y verdaderos maestros te confiesan sólo a Ti como verdadero Dios.

Y desprecian la ciencia pagana.

Y presienten el esplendor de tu Reino.

* * *

El pigmeo que habla de un hombre de muchas letras, saludado hoy por la fama, y no para alabarlo, puede ser acusado de atrevido e irreverente.

Nada, sin embargo, me merece más consideraciones que la ciencia de los demás.

Me inclino ante el erudito con respeto.

Pero discuto al pagano, que no está en el alma de su pueblo y quiere extraviarla, al pagano que asciende y asciende, merced al ditirambo no menos que a sus merecimientos, y amenaza convertirse en dios.

Y es necesario decir claramente, que hay castillos levantados sobre arena.

* * *

Esquema de una conferencia sobre la Quadragesimo Anno.

1) "Saludo a las fuerzas sociales católicas, que en este día de agitación revolucionaria, salen a la calle con serena firmeza para proclamar sus salvadores principios de armonía social fundados en la justicia y la defensa de todos los derechos.

2) "El 1° de mayo es en el concepto de las fuerzas extremistas, un día de más intensa y más forzada gimnasia revolucionaria. En el concepto de los católicos, es una fiesta del trabajo y de los trabajadores, que al afirmar sus derechos de hoy, y preparar sus conquistas de mañana, no pretenden levantar ninguna bandera de rebelión, ni amenazar a nadie con la violencia, ni mucho menos atentar contra derechos legítimos de las otras clases.

3) "Los que sin ser trabajadores manuales, militamos, por derecho y deber en las filas de los católicos sociales, y los empleados y obreros que forman el mayor contingente en la institución de los Círculos de Obreros, sabemos bien que nos rodea la incomprensión de muchos. De los de adentro, los retardatarios que alejados al mismo tiempo de la realidad social y económica del mundo como de las altas orientaciones directivas nos miran con recelo como seguidores más o menos decididos o más o menos tímidos, de los teorizantes de la izquierda. De los de afuera que materializados en la ruda lucha económica e imbuidos de doctrinarismo de la escuela clásica, o bien arrastrados y seducidos por las corrientes bolcheviques o bolchevizantes, nos miran con ruin desprecio, como a gente ignorante que aun quiere ceñirse a las normas y a los preceptos de una institución secular como la Iglesia, en la cual miran con increíble ceguera, un emboscado sostén de las injusticias del régimen económico que se quiere derrumbar.

4) "Nosotros no nos conmovemos ni por los desprecios de los unos ni por los recelos y reproches de los otros. No nos agitamos al impulso de intereses subalternos, ni de elucubraciones personales o caprichosas. Encarnamos una idea en acción. Somos una fuerza con movimiento. En el

entrevero de los combates de hoy, escaramuzas tal vez de los cruentos que llegarán mañana, enarbolamos confiados y serenos nuestra bandera, en la que están inscriptos los principios sagrados por los cuales empeñaremos siempre nuestro esfuerzo y nuestra voluntad hasta el sacrificio.

"Dos grandes fuerzas de la extrema izquierda se disputan hoy el campo de las agitaciones proletarias;

La 2° Internacional.

La 3° Internacional de Moscú.

"Diferencias: Consisten en los métodos, en la táctica.

"Coincidencias: Son de fondo, en cuanto al régimen que quieren implantar.

"Pruebas de las coincidencias: Cito el artículo de hoy de *La Vanguardia.*"

Y demostraba con la lectura comentada del artículo citado, que forzosamente el Socialismo debía terminar en el Comunismo.

Se seguirá la táctica de Lenín, que en su Victoria Proletaria había escrito: "Sí, nuestra revolución es burguesa mientras caminemos de acuerdo con la clase campesina en su conjunto. Nunca hemos intentado salvar esta etapa necesaria del proceso histórico, ni abolirla por decreto".

El artículo Socialismo y Comunismo, terminaba con estos conceptos que le servían admirablemente a Podestá: "En buena hora siga la República Soviética por el camino que considera más eficaz para afianzar la producción y el ideal socialista. No unamos nunca nuestras voces a las de la burguesía, que calumnia aquella obra de tiranos. Pero no se lancen flechas envenenadas, no se fustigue a los traidores, a los que por causas intrínsecas de la evolución propia de los pueblos, deban por el momento renunciar a realizaciones totales.

Las revoluciones no se forjan, sino que maduran a efectos del suelo social, de su clima y del esfuerzo inteligente y constante de las masas."

* * *

Y ahora Juan Bautista pasa a los puntos en que resume la doctrina de la Iglesia al respecto, doctrina que detallará con la Quadragésimo Anno en la mano:

"Véase como no nos engañamos y como no nos engaña la Quadragésimo Anno, cuando nos afirma que lo mismo el Socialismo moderado, como el Comunismo son reprobables. Porque ambos ansían llegar como puedan, por el camino practicable a un único fin: Socializar la tierra

y todos los medios de producción; establecer la dictadura del proletariado, destruir la familia, destruir la religión.

Y ¿cuáles son nuestras ideas concretas, nuestras afirmaciones positivas?

No es cierto que nosotros defendemos a capa y espada la organización económica presente.

No tendríamos porqué hacerlo.

El régimen de la libre competencia, que ha engendrado los fenómenos de las luchas de clases, de la ley de bronce de los salarios (ley de oferta y demanda), de la dictadura económica, no se asienta en principios cristianos. Su origen es conocido. Los errores del liberalismo en el campo religioso y moral, se trasladaron al campo económico. Sobrevino la guerra económica desesperada, el auge de la economía monetaria, el predominio de la banca y de la especulación internacional, jugando para sus fines desenfrenadamente egoístas, con las más apremiantes necesidades de los pueblos.

El trigo, para poner un ejemplo, en el régimen actual, no deja beneficios a los que lo cultivan, ni siquiera a los dueños de la tierra, pero enriquece a los traficantes que en las Bolsas deciden las cotizaciones y empobrecen a los productores y a los consumidores. Y esos grandes consorcios económicos, dotados de una voracidad connatural, crecen como pulpos, pesando en las decisiones de los gobiernos, como si ellos fuesen el poder y como si el poder fuese el atributo de la fuerza, en vez de serlo del derecho, procedente de Dios".

Es como se ve, un hermoso comentario de lo afirmado por Pío XI en el Quadragésimo Anno.

"No defendemos un régimen desviado de la ley natural, y que menosprecia hasta el punto de ignorarlos sistemáticamente, los preceptos de la ética que se contienen en el Evangelio".

Y pasa luego a explicar los principios cristianos.

"Nuestros principios: no defendemos como intangible el régimen del salariado. No solamente no combatiremos un régimen más accesible a la realización de la justicia social, sino que muchos de nuestros maestros y aun la autorizada y grave palabra del Pontífice, propician un sistema que reemplace el contrato de trabajo por el contrato de sociedad.

Con el contrato de sociedad los obreros y empleados participan en cierta manera, ya en el dominio, ya en la dirección del trabajo, ya en las ganancias obtenidas. (Palabras de la Quadragésimo Anno).

Ahora bien, dentro del actual problema del salario, que intrínseca y moralmente es lícito, pretendemos la transformación del salario determinado por el simple juego de la oferta y la demanda (que en realidad se transforma en la impotencia del que ofrece frente a la hegemonía del que necesita de los brazos, pero fija a sus arbitrios o según se lo exija la lucha industrial, el salario del bracero) en el salario familiar.

Desaparición del proletariado por medio de la accesión de la propiedad, (la tierra del que trabaja).

Con respecto al punto capital de la propiedad privada, no podemos apartarnos de lo que la ley natural impone. Defendemos el concepto de la propiedad privada y lo consideramos de todo punto indispensable para que la sociedad doméstica y la sociedad civil puedan cumplir sus fines.

La supresión de la propiedad privada, para concentrarla en la mano del Estado, es un atentado a los derechos de orden natural y contrario absolutamente a los intereses comunes de todos los miembros de la sociedad y cuando creáis que con ello habéis suprimido la causa de las desigualdades sociales y de la explotación de los trabajadores, os encontraréis con este resultado bien distinto: lo que antes hacían los hombres movidos por el natural incentivo de adquirir alguna propiedad para sí y para sus hijos, no lo harán ya sino obligados por la fuerza coercitiva de un gobierno despótico. Se implantará el látigo y suprimido éste, sobrevendrán la miseria y el hambre.

Propiciamos la restauración del orden social:

a) Con la reforma de las instituciones.

b) Con las reformas de las costumbres.

Porque en efecto:

a) La libre concurrencia se ha destrozado a sí misma. Ha sobrevenido la prepotencia económica. Toda la economía se ha hecho dura, cruel, implacable.

Se hace necesario instaurar un orden de profesiones. La política social tiene que dedicarse a reconstituir las profesiones. Hay que formar miembros del cuerpo social bien organizados.

b) A la restauración social ante dicha, debe ir unida, o aun preceder (Q. Anno) la renovación profunda del espíritu cristiano.

De otra manera el edificio se asentará sobre arena y no sobre roca firme. (Q. Anno).

Defendemos, pues, la moralización pública, como fundamento indispensable de eficiencia para toda reforma económica y social.

Defendemos la familia, el vínculo matrimonial indisoluble, el derecho de los pobres a educar la prole, el derecho de herencia. Combatimos la pornografía, la prensa venal y corruptora.

Defendemos las instituciones religiosas, no sólo porque se asientan en un derecho sagrado que no puede tocarse sin profanación, sino porque son altamente útiles para el bien moral de la comunidad.

En cuanto al Estado: no lo aceptamos como el ente monstruoso que engendra el socialismo o el bolchevismo.

Le asignamos una función supletoria, para amparar los derechos lesionados, y para proteger con la autoridad de su poder eminente el desenvolvimiento social.

Le negamos el derecho de sobreponerse a las conciencias, de suplantar la familia, de apropiarse de los niños y de monopolizar la instrucción y la educación de nuestros hijos.

Le negamos el pretendido derecho de controlar a la Iglesia, de convertirse en Pontífice, así como de proclamar el ateísmo. Porque el fundamento de todo poder es Dios. Y un gobierno que reniega de Dios, no tiene nada en que apoyar su autoridad. Se convierte en un poder tiránico, contrario al derecho.

¿Tememos el comunismo?

Como argentinos, como ciudadanos, creemos que debemos combatirlo. Su triunfo sería una noche para la Nación.

Como católicos, no nos preocupa. El mismo Lenín, en un momento de sinceridad, y contando él con el triunfo definitivo del Soviet, llegó a decir que dentro de algunos lustros, no quedaría más Estado que el Soviet, ni más Iglesia que la Católica".

* * *

Polémica con Montemayor

(Extracto)

Las respuestas de Podestá a más de aparecer en El Pueblo, veían la luz en La Protesta. Siempre será el apóstol que anhela neutralizar el mal en todo lo que está al alcance de su poder.

Las seis réplicas son seis estudios de fondo, por más que sigan la línea sinuosa de su contrincante.

Montemayor debía probar la primera tesis: *que la religión y la ciencia*

están separadas por un abismo insondable. La réplica estaba encabezada por la conocida sentencia de Bacón:

"Poca ciencia aleja de la religión; mucha ciencia conduce a ella".

"Voy a examinarla enseguida. Pero antes, debo preguntar: ¿Por qué no se ha ceñido al tema...? ¿Por qué habla del Santo Oficio, de la San Bartolomé, de las dragonadas y de las hogueras del Medioevo?".

Montemayor había escrito, firmándolo con la palabra *Ciencia*, este axioma anarquista: "El mundo es eterno, Dios no es más que un nebuloso fantasma, proyectado en los cielos por la imaginación supersticiosa de los pueblos primitivos".

¿La ciencia de quién? ¿La suya por ventura? dice Podestá. Cierto es que el hombre posee un caudal de verdades científicas, definitivamente adquiridas y que por serlo, están ya colocadas fuera del campo de la controversia. ¿Es acaso en nombre de algunas de esas verdades que puede el señor Montemayor escribir la frase que comento? Creo que no.

Veamos si en el curso de su exposición logra el señor Montemayor demostrar que sí, o si se preocupa siquiera, de conseguirlo."

* * *

De las trescientas treinta y cuatro páginas útiles que forman el tomo, "Con Moisés o con Darwin", más de doscientas pertenecen a Juan Bautista. No es posible reproducirlas aquí. Ello da idea de la ventaja desproporcionada del dirigente católico y de su completa posesión del tema. Juan Bautista se mantiene en la primera proposición que Montemayor debe demostrar: *Abismo entre Religión y Ciencia.* Su contrincante habla de todo pero nunca prueba esta afirmación suya. Para muestra de la polémica publicamos una pequeñísima parte de la misma.

* * *

Si alguna vez tuvimos duda de la extensión de los cernidos conocimientos de Podestá, nos deberemos rendir ante la evidencia deleitándonos con la lectura de las páginas con las cuales termina su primera réplica:

Colección de chistes. "Sigue una colección de chistes. No se distinguen por lo sutiles: son sosos... y están muy gastados. Jonás y la ballena, Josué, y... ¡paparruchas! No estoy para bufonadas. Pasemos adelante:

Garrulería corrida. Un largo párrafo, en el cual menciona una cantidad de sabios, entre los cuales muchos creyentes, y bastantes católicos, afirma que todos ellos merecen, en virtud de aquellos anatemas, el fuego del

infierno. Pase al chiste. Pero, señor, ¿y las pruebas de que existe un abismo insondable entre la ciencia y la fe? ¿O habrá que creer sobre palabra a Harmann? "¿O a la Ciencia?"

¡Cite, señor, que ya es tiempo, una ley cientffica, una sola, que contradiga la verdad revelada! Eso será un argumento digno de consideración. Lo demás es pura garrulería.

Sigue el señor Montemayor, en su pertinacia, prodigando afirmaciones y haciendo frases de relumbrón: "Cuanto más el filósofo piensa, cuanto más el geólogo calcula, cuanto más el astrónomo explora... tanto más se siente cerca de la verdad de las cosas y alejado de Dios". Oigamos ahora a un verdadero sabio: Kepler. Suyas son las siguientes palabras: "Es inminente el día en que a todos nos será dado leer la verdad en el gran libro de la naturaleza como en las Sagradas Escrituras y contemplar gozosos las armonías de las dos revelaciones". Oigamos también a Pasteur: "Mis largos estudios me han dado la fe de un bretón; si los hubiera proseguido aún más, probablemente hubiese llegado a tener la fe de una bretona" (De un discurso pronunciado en la Sorbona). Estas afirmaciones son de sabios de universal reputación; las opongo a las del señor Montemayor...

Respuestas a una pregunta

Pregunta el Sr. Montemayor: ¿Quién encontrará en el campo de la física, de la química, de la geología, de la astronomía... etc. (¡también habla de la patología celular!) sabios dignos de este nombre que acepten, hoy, la historia de la Biblia sobre la creación milagrosa, del universo y de la vida? Vayan aquí para respuesta, algunos nombres de sabios creyentes que han ilustrado el siglo XIX en cada una de las ciencias: Humphry Davy, Benjamín Thompson, precursores de la teoría termo-dinámica; Julio Roberto Mayer, Santiago Precott, Joule, Coling, fundadores de la teoría termodinámica. —Emilio Verdet, Guillermo Juan Macquorn Rankine, Rodolfo Julio Manuel Clausius, Guillermo Thompson (Lord Kelvin), continuadores de los sabios anteriormente citados. —Alejandro Volta, Hans, Cristiano Obsted, Andrés María Ampere, Miguel Faraday, descubridores de todo lo esencial en electricidad. —Carlos Teiller (llamado el padre del frío), René Just Hauy (sacerdote) creador de la cristalografía. —José Luis Gay Lussac, Enrique Sainte Claire Deville, Lavoisier, Juan Bautista Dumás, Miguel Eugenio Chevreul, Carlos Remigio Fresenius, Agustín Luis Cauchy, Carlos Ermite, Urbano Le Verrier, Leopoldo Cristián Cuvier... ¡y ya son algunos! Pero son muchos más los que omito citar por no ser excesivamente extenso.

Queda contestada la pregunta".

El dilema de hierro. "¡O con Moisés o con Darwin!" exclama el señor Montemayor. Llama a esto dilema de hierro. La cosa no tiene sentido. No son Moisés y Darwin los polos de la discusión. Ni es Darwin el más acreditado de los transformistas, para colocarlo como término del pretendido dilema. ¡Y háblese después de dogmatismos!

El testimonio de la Ciencia. Después de haber hablado del fuego del infierno, del Santo Oficio, y de anatemas, para mejor demostración del abismo que separa a la religión de la ciencia, el señor Montemayor ensaya poner en conflicto a la Biblia con todas las ciencias. Veamos si por aquí aparece el abismo insondable consabido.

"La geología —dice— establece que sólo el período de la vida orgánica sobre la tierra se extiende por ciento cuarenta millones de años, y que el período de la geología inorgánica, anterior al primero, debió de ser inconmensurablemente más extenso... lo que demuestra que la tierra existió, por lo menos, algunos centenares de millones de años antes que el buen Dios pensara crearla."

Contesto: "Nada afirma la Biblia en contra de ninguna de las hipótesis que puedan avanzarse sobre la antigüedad de la existencia de la materia inorgánica. ¿Cómo así? Sencillamente porque los días del Génesis no son días de veinticuatro horas, sino períodos. Así ha sido interpretado de antiguo, por los padres de la Iglesia, entre ellos, San Agustín. Tal es, por otra parte, la amplitud de significado de la palabra yom (día) en hebreo."

"De manera que ya puede el señor Montemayor regalar millones y billones de años sin que la Biblia sufra por ello el mínimo quebranto".

"La astronomía —dice también— ha destruído totalmente la teoría geocéntrica de la Iglesia".

Contesto: "No hay ninguna teoría geocéntrica de la Iglesia. Pruebe el señor Montemayor lo contrario. Lejos de ello, la concepción heliocéntrica nació en la Iglesia. El hecho de que algunos hombres de la Iglesia participaran de un error común a todos los hombres de ciencia de su época nada demuestra contra ella.

Además Moisés no escribió un tratado de astronomía sino un libro sagrado. Escribía con fines religiosos, y hablaba de los cielos como aparecían a los sentidos. Y el señor Montemayor debería saber que es antigua doctrina de la Iglesia el que la inspiración no aumenta la ciencia profana del escritor sagrado.

Esto bastaría. Pero tengo a la mano unas palabras del gran astrónomo del siglo pasado, Francisco Arago, y quiero ofrecer al señor Montemayor la

oportunidad de conocerlas; dice, refiriéndose a la trillada objeción de que Josué no pudo parar el sol, ya que estaba inmóvil: "Si de este modo discurrimos, tampoco se puede afirmar que los astrónomos de hoy día crean en el movimiento de la tierra, puesto que dicen generalmente: El sol se levanta, el sol pasa por el meridiano, el sol se esconde. Si Josué hubiera dicho: Detente Tierra, no solamente ninguno de los soldados de su ejército hubiera comprendido lo que quería decir, sino que tal lenguaje pareciera a todos anticientífico".

Continúa impertérrito el señor Montemayor, esforzándose ahora por poner a la Biblia en contradicción con la física. Antes debía mirar las contradicciones de la ciencia misma. Dice que la única fuerza que se conoce es la consubstancial y coeterna a la materia. Pues bien: la teoría electrónica actual concibe a la materia como núcleos de condensación de la energía, donde la dualidad materia-energía de Büchner queda destruída.

Le toca el turno a la química. Nos prueba —dice— que las substancias de que se compone el organismo humano son un conjunto de elementos acuosos, albuminóideos, fosfatos... etc., no distintos de los que constituyen el plasma viviente de todos los animales... Y bien: ¿qué deducción saca de esto el señor Montemayor? ¿Es que no hay diferencias esenciales entre el hombre y el bruto, aun cuando químicamente no se distingan los elementos de sus organismos respectivos? ¿O resuelve así el problema del dualismo de la materia y del espíritu? Luego tampoco por aquí aparece el abismo insondable que debía mostrarme el señor Montemayor.

Ni tampoco es verdad que la anatomía comparada de "ha evidenciado totalmente las estrechas relaciones de parentesco (del hombre) con las especies más aproximadas a él en la escala zoológica". —Huxley— contra las afirmaciones del señor Montemayor —asegura, por ejemplo, que: "Las diferencias estructurales existentes entre el hombre y el mono no son ni pequeñas ni insignificantes". Y Topinard, materialista y librepensador, dice: "Cuando nos atenemos a la craneología, debemos confesar que nos es imposible reunir en un mismo grupo al hombre y a los antropóideos". (L'homme dans nature, citado por Devivier).

Ni la paleontología, como el señor Montemayor afirma, ha podido comprobar la teoría del transformismo de tal suerte que muestre en los restos fósiles del plioceno superior e inferior los tipos ancestrales del hombre. Recuerda, a este propósito, el conocido descubrimiento del cráneo de Neanderthal. Y bien, el célebre Vogt, por ejemplo, en el Congreso de París

citó el caso de su amigo el doctor Emmayer, cuyo cráneo recordaba enteramente el de Neanderthal!... Tableau.

¿Y la embriología? Ella demuestra, también según el señor Montemayor, "que el embrión humano atraviesa, sucesivamente, en sus nueve meses de gestación en el cuerpo de la madre, todas las formas principales por las cuales ha tenido que pasar cada organismo superior del pez al hombre"

Para que las pretendidas comprobaciones de la embriología fueran una ley, debían ser generales. No puede inferirse una ley de lo particular.

La ley de la gravitación es ley en todas partes. Un huevo de ave no recapitula los estados evolutivos de sus pretendidos antecesores: protozoarios, procordados, peces, reptiles, etcétera.

La embriología de Haeckel es una mistificación. Recuerde el señor Montemayor la controversia de Haeckel-Brass, y sus resultados, y las propias confesiones de Haeckel, publicadas el 29 de diciembre de 1908.

¿Qué más?

Llego al fin del artículo del señor Montemayor. Ya se ha visto, por los ligeros apuntes que le he hecho, que él habla de las más variadísimas cuestiones, mezclándolas todas, y haciendo afirmaciones gratuitas e inoficiosas. Pretende que las ciencias depongan en contra de la Biblia y de la fe. Pero no lo consigue. Sin embargo termina preguntando: "¿Qué más?" asegurando que lo dicho basta para probar que entre la ciencia y la religión hay un abismo insondable. ¿Qué más?

Aquí va lo poco que falta. Lo que debió probar el Sr. Montemayor.

Toda religión tiene, como fundamento, la idea de Dios. El señor Montemayor, para probar que hay un abismo insondable entre la religión y la ciencia, debió probar que la ciencia, como le ha hecho decir a La Ciencia, tiene como cosa cierta que Dios no es más que un fantasma. Es el principio de su discusión, y es su base. Los desahogos literarios y picarescos alejan la solución. Si yo fuera a usar armas iguales, me podría vengar pintando las utopías anarquistas...

Concrete el señor Montemayor, y no hable de todas las cosas, para no hablar de ninguna. Pruebe que la ciencia tiene como cosa cierta que Dios es un fantasma. Después vendrán, si es el caso, los anatemas, el Santo Oficio, y otras cosas también..."

* * *

Las cosas en su lugar

Ante todo y por encima de todo debe prevalecer la verdad. Nada de sectarismos ni de maliciosas conclusiones.

El conflicto universitario de Córdoba, por su importancia y trascendencia, ha repercutido entre los estudiantes porteños quienes se han sentido solidarios en los propósitos y esfuerzo de sus compañeros cordobeses, en pro de una reforma a todas luces necesaria.

No hay duda que la campaña estudiantil obedece al anhelo de acabar con errores fundamentales de organización, corruptelas y predominios de círculo que mantienen a la universidad más antigua del país en un estado de postración realmente insostenible. Por eso la hemos juzgado digna de merecer el respeto de todos y la adhesión de cuantos, en alguna forma y medida, pudieran cooperar a su mejor éxito.

Pero, la propia opinión favorable que nos merece el movimiento estudiantil, nos ha impuesto la obligación de protestar contra cierta tendencia, manifestada por parte de algunos dirigentes del mismo, en sentido de asociar la propaganda de aquellos nobilísimos ideales de progreso universitario a una prédica anticatólica, admitiendo como verdad inconcusa, que los elementos católicos y las ideas católicas fuesen los culpables de cuanto existe de malo en la Universidad de Córdoba.

Y aunque tenemos motivos para esperar que el buen sentido y la verdad han de prevalecer en la dirección de la campaña, salvándola de los apasionamientos doctrinarios que amagan hacerla degenerar en una agitación sectaria, con el consiguiente desprestigio para su causa, creemos útil ilustrar a nuestros lectores con la exposición de hechos que dejarán restablecida la verdad.

La reforma y los elementos católicos

La reforma universitaria, "para acabar con las academias donde sus miembros nombrados ad vitam, no dejaban entrar a nadie que previamente no diera muestra de sumisión y asegurara el voto para determinados rectores o para los puestos rentados", ha tenido como abanderados precisamente a los elementos católicos más prestigiosos: la iniciaron en 1913, con una campaña enérgica por la prensa, y con solicitudes al Consejo Universitario y al Ministerio, los católicos reconocidos Dres. Antonio Nores, Gregorio Martínez y Félix Garzón Maceda, siendo la nota respectiva presentada y auspiciada con entusiasmo ante el entonces Ministro de Instrucción Pública

Dr. Cullent por los diputados nacionales Arturo M. Bas y Juan F. Cafferata, los dos grandes paladines de la causa católica.

La lucha se siguió tenazmente sin poder obtener jamás resolución favorable de las autoridades de la Universidad.

Es una mistificación afirmar que son todos católicos. La mayoría no lo son, y los que han provocado el conflicto, precisamente, son de los más conocidos sectarios antirreligiosos. Vamos a los hechos y a los nombres.

El conflicto se inició en las facultades de Medicina e Ingeniería, siguiendo la de Derecho.

Ahora bien. El decano de la facultad de Medicina, Dr. Centeno, y el Director del Hospital de Clínicas Dr. Pedro Vella, con quienes se origina la cuestión de los practicantes, y después la de la reforma, en noviembre ppdo., significan en Córdoba el exponente más alto del sentimiento antirreligioso.

El decano de la facultad de Ingeniería, Ing. José A. Ferreyra, como el 90% de los académicos de Ingeniería, son masones reconocidos, habiéndose sindicado el primero por sus ideas y propaganda antirreligiosas cuando fue Presidente del Consejo Provincial de Educación.

En la academia de la facultad de Derecho, así como hay algunos elementos católicos, en igual número, sino mayor, se presentan los de filiación declarada.

Las academias cerradas a que nos hemos referido, no han dado entrada que sepamos, en Medicina al Dr. Cafferata, ni en Derecho al Dr. Bas, lo cual no se explicaría si fueran, como se afirma, de tendencia católica, dada la saliente y notoria actuación de ellos en defensa del catolicismo.

El régimen de esas academias, favorecido, como se ve, por exponentes del sentimiento antirreligioso, era sin duda notoriamente perjudicial para la amplitud de miras y sana renovación de las ideas.

El profesorado

El tinte de las academias es más o menos el del profesorado. Indudablemente hay mucho de malo, como fruto de la desacertada y estrecha organización directiva.

Ahora bien; entre eso bueno y eso malo, lo hay de todas las ideas filosóficas y religiosas. Por de pronto es oportuno decir que entre las escasas producciones que sirven de base a la enseñanza, se encuentra la "Zoología Médica" del Dr. Félix Garzón Maceda, católico reconocido, ya de reputación fuera del país, y el "Derecho Público Provincial" del Dr. Arturo M. Bas, que sirve de guía a la enseñanza de la materia en la Universidad de La

Plata, y citado en múltiples fallos judiciales, en el Congreso Nacional y en varias Convenciones reformadoras de constituciones de Provincia.

¿Qué hay malos profesores y que varios de ellos son católicos? No hay duda. Pero que los hay, muchos, y muy muchos, sobre todo en Ingeniería, y que ellos son no sólo liberales rojos, sino también afiliados a la masonería, no es menos cierto.

En conclusión

El origen de la huelga no tiene carácter doctrinario; figuran en ella estudiantes de todos los bandos. Los de ideas liberales, han aprovechado de una ocasión para —abanderando una buena causa como es la modificación de las "academias cerradas y el gobierno estrecho y de círculo que era su consecuencia"— presentarla como determinada por el predominio de las ideas católicas, lo que es una falsedad, ya que, como queda demostrado más arriba, la reforma ha sido iniciada por católicos reconocidos, y resistida por las autoridades y academias universitarias, constituídas en su inmensa mayoría por liberales declarados y calificados.

Tal es la verdad de los hechos.

* * *

Definiendo posiciones

"Vale la pena sin duda, aclarar conceptos y definir posiciones, frente al conflicto que actualmente trae conturbada la vida regular de la universidad de Córdoba. Y aunque semejante tarea pueda resultar ingrata para los que la acometen y provocar juicios condenatorios de parte de los estudiantes que se dejan seducir por el encanto de las bellas palabras, rehusando penetrar en el fondo de la cuestión y examinar la realidad de los hechos, toca a los universitarios que entienden rectamente la solidaridad y se respetan a sí mismos, excluirse expresamente del número de los que apoyan a sabiendas o inconscientemente, los actos de subversión contra el orden, la justicia, la cultura, el buen sentido y el buen gusto, que se han perpetrado por vándalos de levita en la ilustre universidad.

El odio volteriano contra el catolicismo, ciega a un grupo indigno de los universitarios cordobeses. Verdaderos facciosos, han perdido toda noción del derecho y del respeto que deben a las instituciones, a los hombres y a símbolos que encarnan tradiciones venerables para la ciencia y para nuestra historia. Un intelectual enemigo del cristianismo, adversario de la jerarquía eclesiástica, de la disciplina de la Iglesia, del gremio sacerdotal, puede conce-

birse; pero un intelectual, un universitario que no es capaz de distinguir entre fe religiosa y simple respeto por la fe religiosa del prójimo; entre la confesión de un credo y la consideración debida a la estatua de un hombre ilustre, así haya vestido hábitos sacerdotales, eso no se comprende. Decía muy bien un escritor eximio, que monsieur Homais sabía establecer diferencias...".

* * *

"Un rector ha sido legítimamente elegido, y ese rector es un hombre intachable en sus condiciones personales, en su pasado y en su presente. Pero tiene una falla y esa falla es su fe. No habrá dialéctica capaz de destruir los hechos. Los pequeños volterianos de Córdoba han querido asaltar a los jesuitas. ¿Por alguna irregularidad en la elección acaso? ¿Por la violación del inciso X de no sé cual artículo, tal vez? Si había irregularidades ¿tan aprovechados son los estudiantes revoltosos, que creen que la apelación debía llevarse a trompada limpia ante los jesuitas o ante Trejo y Sanabria?

Y la federación de Buenos Aires, resuelve la huelga por solidaridad. No debió hacerlo, no pudo hacerlo. Sin embargo, henos aquí declarados solidarios con los tumultos de Córdoba, con las violencias perpetradas contra el derecho, contra la decencia y contra el sentido común, por la demagogia estudiantil.

Digo que no pudo hacerlo, y quiero creer que no lo hubiera hecho si sus miembros no anduvieran extraviados en la interpretación y aplicación del famoso principio de solidaridad. Nos gusta ser solidarios para las buenas causas; no queremos ser cómplices del atropello y de la lenidad. Tenemos el deber los estudiantes de ser solidarios en el bien, pero no podemos serlo para agraviar a la justicia. Menos podemos todavía los que tenemos un credo, y profesamos respeto por el derecho, hacernos solidarios contra nosotros mismos. Y la federación que representa a todos los estudiantes universitarios, no ha podido, pues, declarar una solidaridad contradictoria e imposible. Sólo hay dos maneras de juzgar su actitud; me atengo a la mejor.

* * *

"Sé muy bien que muchos estudiantes niegan el carácter resueltamente anticatólico del movimiento promovido en Córdoba; pero sé también que las palabras no cubren los hechos; no basta negar una realidad vergonzosa para destruirla. El tumulto del mitín anticlerical transportado a los claustros con todos sus excesos, son sobradas pruebas para el caso si no bastaran los discursos que se pronunciaron no hace mucho en el mismo local de la federación de Buenos Aires, por delegados de las de Córdoba y Santa Fe.

Sé algo más doloroso. Sé que hay muchos estudiantes que se cubren los

ojos para no ver; hasta algún profesor liberal trata de advertirles la improcedencia de un movimiento dirigido contra un hombre, por el delito de profesar una fe y sin embargo, empeñados dirfase en claudicar y en contradecirse a sí mismos, afirman que no hay tal cosa, que no se trata de anticlericalismo... Algo en esto hay de cierto, por que al fin de cuentas, anticlericalismo no es salvajismo: lo juraría monsieur Homais. ¡Triste espectáculo ciertamente, cuando lo da el amigo por quien se siente simpatía profunda y admiración y cuya inteligencia y habitual serenidad de criterio, dan derecho a exigirle algo más y a admitirle un poco menos!".

"Pretender ridiculizar a los que, sólo inspirados por la justicia, protestan contra el carácter sectario y contra la injusticia intrínseca de la belicosidad declarada en Córdoba y apoyar, con una huelga de solidaridad, los actos específicamente anticatólicos y antijurídicos que han sido consumados para vergüenza argentina, significa confesar un lamentable extravío de criterio tolerable apenas en los jovencitos que sin saber por qué ni para qué, andaban hoy por las calles amparados por los colores de la patria, dando vivas a la huelga, y aun cantando el himno nacional.

Como reacción contra la corriente que arrastra a los que no piensan o temen resistirla y a los engañados, aparecen en buena hora el manifiesto de que han dado cuenta los diarios. Estudiantes de todas las ideas filosóficas se reconocen interpretados por él y hombres de todos los puntos del mundo intelectual han de recibirlo complacidos, como una expresión de cordura y de serena reflexión y como una demostración de independencia de juicio y de energía en una hora en que hay tanto empeño en ocultar la verdad, haciendo como que se la defiende".

* * *

Triste pero cierto

"El presidente en turno de la Federación Universitaria de Buenos Aires ha visitado al señor ministro de justicia e instrucción pública y le ha manifestado que el doctor Antonio Nores no puede ser rector de la Universidad de Córdoba, desde que este ciudadano ha dicho que "prefiere ver una masacre de estudiantes antes que renunciar". Así, por los menos, informan los diarios.

La expresión atribuida al señor rector de la universidad de Córdoba es inverosímil, precisamente porque es excesiva. Evidentemente, ha sido fraguada con poco acierto. Pero además el señor rector de la universidad de Córdoba ha desmentido categóricamente y en absoluto la versión propalada por la Federación Universitaria Argentina.

Sin embargo, el presidente en turno de la Federación de Buenos Aires, habitualmente ponderado en sus juicios, sereno, cortés, medido y prudente en sus actos, no ha trepidado en llevar ante el señor ministro de Instrucción Pública la especie, no sólo inverosímil, sino a mayor abundamiento, desmentida expresamente por un caballero".

Dando de barato que la grosera invención fuese una realidad, todavía no se explicaría como un representante —que eso debía ser— del pensamiento universitario porteño, acuda a un argumento tan mezquino, tan indigente, para convencer a un ministro, y por su intermedio, al señor Presidente de la Nación, de la necesidad de declarar nula la elección legítima de un rector de universidad.

Anoto de paso, apena comentar este episodio lamentable, que él revela claramente la falta de razones que asiste a los revoltosos de Córdoba, y de consiguiente, a los que se dicen solidarios con ellos. Porque tengo la certeza moral de que si las hubiera, el señor presidente de la Federación de Buenos Aires no hubiera invocado el argumento macabro e impresionante del tendal de muertos: tiene bastante criterio y sobrado buen gusto para rehuir —si pudiera hacerlo sin violentarse— actitudes tan poco atinadas, tan ineficaces como demostración y del todo antiestéticas".

* * *

"Pero sobre todo ¿cómo conciliar la actitud del presidente de la Federación de Buenos Aires, cuando no se percata de la tendencia impúdicamente anticlerical y declaradamente volteriana del movimiento cordobés, y asegura que sólo se trata de defender altos principios de renovación universitaria, con la que adopta cuando no vacila en recoger una frase inverosímil y desmentida expresamente, desprovista de toda autoridad legal y mora, para convertirla en argumento y presentarla a un ministro?

No quisiera perder en ningún momento la ecuanimidad con que ha de juzgarse la actitud de un amigo, a quien le toca afrontar una situación difícil desde el puesto donde le han llevado sus reconocidos merecimientos; aún más, si no se tratara de asuntos que interesan a ideas, a principios y a hombres respetables, guardaría mis amarguras en el secreto de mi conciencia. Pero creo que no es posible decir menos, ni hacerlo con mayor sinceridad.

En medio de la confusión que se pretende introducir en el conflicto de Córdoba, se ven, pues, dos cosas claras: el furor sectario que ciega a algunos; la contemporización, llevada hasta la complicidad, de otros que se hacen abanderados de una causa a la cual, de frente a sí mismos, no pueden servir, con la tranquila aquiescencia del espíritu. Y esto último es muy doloroso, es muy triste, pero es cierto".

Discurso sobre la Eucaristia

"Hablar de la Santa Eucaristía, es a la verdad cosa muy difícil, por la inmensidad infinita del asunto, por la pequeñez nuestra y la Majestad del Sacramento. Si miramos de frente al sol, su lumbre nos enceguece... Si paseamos nuestra vista por el firmamento poblado de mundos, su inmensidad nos abisma... Nuestra inteligencia se humilla ante tanta grandeza, y nuestra lengua se rinde, porque no sabe, por que no alcanza a cantarla.

El corazón siente a veces amores, alegrías, pesadumbres. Se viste de fiesta, o se cubre de cenizas. Canta en secreto, o gime. Pero ¿qué lengua traduce la vida secreta del corazón? ¿Qué lengua no enmudece cuando pretende hacerlo? ¿Y qué inteligencia mide la magnitud de un dolor o la intensidad de una alegría?

¡Y sólo son corazones de tierra! ¡Y sólo son corazones de hombre!

¡Y alegrías y dolores, y júbilos y pesadumbres son de un solo día!

¡Poder, Humanidad, Bondad, Amor, Misericordia! Y Poder infinito, infinita Bondad, infinita Humildad, infinito Amor, e infinita Misericordia hay en la Eucaristía. ¡Cuánto Poder, cuánto anonadamiento! ¡Cuánta Majestad y cuánta humillación! ¡Cuánta sabiduría y cuánto amor!

¡Cuánto Amor! ¿Quién hablaría de El? Los santos mismos no pueden sino balbucear sus excelencias.

Bien lo decía, con elocuente palabra, muy de su patria, que es la patria de la elocuencia, un veterano de nuestras filas, que nos da ejemplo en estas Jornadas Eucarísticas. Ante el Sacramento del Amor, lo mejor es rendir siempre acatamiento y humilde reverencia, inclinándonos al pronunciar el nombre de Jesús Sacramentado. Y después... oigamos a los santos, a los doctores de la Iglesia y a sus ministros!

Remedio es, y no premio la Eucaristía. Por eso, ante la impiedad creciente, ante el mal que en la sociedad progresaba, amenazando la salud de las almas y empujando a las naciones a su ruina, el grande y santo Pío X, de augusta memoria, imitando a aquel rico del Evangelio que mandó buscar por todas partes a los pobres y a los humildes para sentarlos a su mesa y hacerlos partícipes del festín, desde su Trono de Sucesor de San Pedro, llamó a todas las gentes, y no sólo a los santos y a lo puros, para que participen de la Mesa Eucarística. Llamó a los inocentes, recogiendo la voz de Jesús que desde el Sagrario repetía las dulcísimas palabras que salieron de sus labios: "Dejad que los niños vengan a Mí". Y llamó a todos los hombres, y en especial a los enfermos del alma, a los lisiados del espíritu,

a los flacos y a los débiles, nos llamó a todos, para que fuéramos a la fuente de la Fortaleza y de la Salud, recogiendo así también la voz de Jesús, que desde el Sagrario repetía las dulces pero tremendas palabras que salieron asimismo de sus divinos labios: "En verdad os digo, si no os hiciereis como estos pequeñuelos no entraréis al Reino de los Cielos".

Desde entonces, desde que habló el Vicario de Jesucristo, por dondequiera van, en nombre de Jesús, gentes piadosas, buscando pobres y humildes, es decir, almas frías o enfermas, para llevarlas a la Mesa del Divino Festín.

La Iglesia no se cansa de llamar a todos para que todos se curen y se salven. Busca la sociedad un camino y una orientación, porque es mala la ruta que ha elegido, y ya no sabe hacia donde va. Y la Iglesia le señala un camino: es el que lleva a Cristo, a la Eucaristía; le señala una orientación, una lumbre, un sol: es el Sagrario.

¡Pero cuántos no oyen la palabra de la Iglesia! ¡Cuántos ignoran dónde tiene su trono Jesús! ¡Cuántos pobres, sobre todo, cuántos humildes!

¡Y en torno de Jesús, a sus pies, para recibirle, debían estar, sin embargo, apiñadas las muchedumbres! ¿No hay muchedumbres que sufren, en el alma, y también en el cuerpo? ¿No oís decir que hay multitudes de indigentes, de pobres que luchan a brazo partido con el hambre? ¿Y cómo no están todas junto al amigo de los humildes, de los pobres, de los necesitados? ¿Que placer los retiene, si no conocen placer? ¿Qué bien del mundo, si reniegan del mundo? ¿Que fuerza les tiene lejos de El, si El es para ellos la única fortuna, el único tesoro, y claro está, el Supremo Tesoro y la Fortuna Suprema?

¿O es que los pobres, los humildes, los que forman las muchedumbres, los que no tienen riquezas ni saben de honores, los que viven al día, los que riegan materialmente con sus sudores el pan que comen y el que dan a sus hijos, tampoco han de gozar del Tesoro que vale por todos los Tesoros, porque es El que los hizo a todos con su Omnipotencia?".

* * *

"Muchos ricos faltan, muchos ricos según el mundo no se allegan al altar. Es horrible, pero es explicable. Sus bienes puede hacerles olvidar el Supremo Bien. Pero los pobres, los que hacen vida de taller, esos debían estar todos con Jesús y debían alimentarse con su Sacratísimo Cuerpo!

¡Oh, es que no saben qué Jesús es el Amigo de sus almas! Les han

ocultado a Jesús, y el nombre adorable del Sacramento de su Amor, sólo lo pronuncian entre blasfemia y blasfemia.

Convenid, señores y amigos, que nada hay de mayor desolación.

Las muchedumbres separadas de Cristo, son y serán tempestad furiosa desatada sobre las naciones.

¡Hay que atraerlas al templo, y desde la puerta del templo hasta los pies del altar!

¡Hazlo, Señor, en Tu Misericordia!

Es la plegaria que brota, yo lo sé, de todos vuestros corazones.

Porque vosotros veis a un pequeño, a un hombre pobre, no según el mundo, sino según la fe, y no podéis menos de llorar su pobreza.

Y le queréis rico, con vuestra misma riqueza, con la riqueza de Cristo.

¡Glorifiquemos a Dios, que llama, que sigue llamando a las muchedumbres!

¡Cuántos Vicentinos en nombre de Dios, van buscando almas en todos los tugurios!

¡Sólo Dios sabe cuántas llevaron hasta la Mesa Eucarística! ¡Roguemos a Dios, señores!

¡Qué el Señor encienda los labios de muchos apóstoles, y que les dé un poco del poder de los primeros que enseñaron su Evangelio a las naciones!

¡Qué puedan abrir una brecha en los corazones endurecidos, y que llegue hasta ellos la suave caricia del amor de Jesús!

¡Para que sean pequeños los templos, pocos los sacerdotes, y muchos los que gusten del Celestial Manjar!

¡Para que vengan las muchedumbres a unirse con Aquel que de veras sintió por ellas compasión!"

Se entusiasmaba ante el solo pensamiento de ir a explicar por las calles la Divinidad de Nuestro Señor.

Y no celaba sus propios anhelos:

"¡Es, me parece, un secreto deseo de muchas almas!

Porque si la maldad ha separado a las muchedumbres del Templo, es deber nuestro inexcusable el ir a buscarlas.

De otro modo ¿cómo vendrían?

¿Querrán gustar de un Manjar que no conocen?

¿Amarán a un Dios que ignoran o que le han enseñado a odiar?

Dios puede obrar un milagro.

Pero el deber de los discípulos de Cristo es trabajar.
Y Dios se vale a veces de sus siervos para hacer el don de sus gracias...

En las Jornadas del Evangelio
Lo que la civilización debe al Evangelio

"Luminosa es, sin duda alguna, la idea que ha movido a los organizadores de esta hermosa jornada de difusión del Santo Evangelio. Y como toda idea simple, aunque de alcances inmensos, no es raro que haya parecido a muchos una cosa "excesivamente simple", desprovista como está de aquel prodigio de novedad que la generación presente exige para dispensar a las ideas y a las doctrinas un poco de su displicente y distraída atención.

Porque el Santo Evangelio no es cosa nueva, y tanto aquellos que lo oyen con fe y con humildad, como lo que por mandato divino lo anuncian y predican, hacen mérito de que no sea una cosa nueva. Antes bien, insisten en recordar que es un documento antiguo, que ha comunicado la vida y la salvación a las generaciones de veinte siglos después del Calvario. *Justamente porque no es una doctrina nueva, porque no es el mensaje de ninguna Academia de filósofos ni de ningún cenáculo de políticos o sociólogos, lo proponen sin jactancias y sin vanagloria a los hombres*; y porque creen que contiene la palabra del Salvador, lo anuncian como el mensaje que perpetuamente, y hasta el fin de los tiempos, hablará al género humano el lenguaje de la Verdad.

No es nuevo el Santo Evangelio, pero es siempre *actual*. Evangelio quiere decir Buena Nueva; y la Buena Nueva que recibieron primeramente los judíos, de los labios mismos de nuestro Divino Redentor, sigue y seguirá siendo la Buena Nueva para todos los pueblos y razas, hasta el último día.

No hay, pues, si bien se reflexiona, razón para extrañarse de que se haya concebido la idea de dedicar un día a la difusión popular del Santo Evangelio. Es una idea simple, pero grandiosa. Idea oportunísima por lo demás, porque ella llega a buen tiempo para recordarnos a nosotros, católicos, el olvido en que tenemos el libro divino, lo poco que lo conocemos, lo alejado que estamos de su espíritu y lo necesario que es un mayor acercamiento de nuestras almas, de nuestra inteligencia, de nuestro corazón, a ese manantial de verdad. Y no menos necesaria y oportuna, para atraer la atención de esa muchedumbre de hombres —ricos y pobres, ignorantes o sabios— que del Evangelio apenas conocen el nombre, y que hacen, por lo tanto, algo mucho

peor que combatirlo en la persona de quienes lo predican y se esfuerzan por practicarlo, ya que afectan, respecto del libro inspirado, un desdén supremo.

Quiera Cristo Señor Nuestro bendecir con abundancia el esfuerzo de esta hermosa jornada, para que en la mayor extensión posible se cumpla lo que de nosotros exige esta sentencia de San Agustín: "El verbo hecho Evangelio tiene derecho a la misma veneración que el Verbo hecho carne y Eucaristía."

* * *

En realidad, que el Evangelio sea una fuerza civilizadora incontrastable, es uno de esos hechos tan evidentes que apenas necesitan más que enunciarse para que resplandezcan a los ojos de todos. De todos, digo, siempre que no los ciegue la ignorancia o la maldad.

Notad que he dicho: El Evangelio es una fuerza civilizadora. Esa fuerza en efecto, es presente, o por mejor decir, actual y permanente. Hoy, año de 1928, en que tales problemas morales y tales otros de carácter social afectan al individuo y a la sociedad civil, el Evangelio, como en los tiempos de la Roma Imperial, posee la plenitud de su fuerza civilizadora. No es solamente el libro que enseña el camino único de alcanzar los bienes eternos. Esto es, sin duda, principalmente y ante todo, y la Iglesia nos enseña a tener esta verdad bien presente. Pero por lo mismo que es libro que nos instruye sobre la única manera de conseguir el fin último para el cual hemos sido creados, tiene una virtud esencial para influir de manera decisiva en la intrincada red de los problemas que a los hombres presenta el mundo de aquí abajo.

"Habiendo venido Jesús —dice con acierto un autor— "para perfeccionar al hombre, consideró al hombre integral y colocado en el cuadro que le asignó la Providencia. Le consideró, por consiguiente, con su cuerpo, con su destino social, con sus múltiples necesidades, con sus deberes de toda especie, con sus necesarias relaciones. El Reino de los cielos no le hizo perder completamente de vista el reino de la tierra... De este reino terrenal tuvo también cuidado, puesto que mejor que nadie sabía que es el camino por donde hay que pasar para llegar al de las alturas."

* * *

"La Iglesia, depositaria del Santo Evangelio, guardadora del tesoro de la Revelación, "tiene —dice León XIII— por primera y esencial misión el salvar a las almas, y ponerlas en posesión de las bienaventuranzas del cielo. No obstante, también es, por sí misma, y en lo que atañe al dominio de los intereses puramente terrenales, la fuente de donde brotan naturalmente tan

numerosas y apreciables ventajas que no podría producirlas mayores, aún cuando no hubiera sido fundada sino para favorecer la felicidad de la vida presente".

"¿Quién podría dudar de la eficacia del Evangelio para poner remedio a nuestros males? Aun cuando cambien los escenarios y los actores, siempre son en el fondo los mismos problemas los que agitan a todas las generaciones. Llegan hoy a unos extremos desconcertantes, a un estado de agudeza que no logra disimular el tumulto con que los hombres parecen querer aturdirse, pero por graves que sean, tienen remedio, y este remedio está en el Evangelio. Hizo Dios sanables a las naciones por el Evangelio de Su Unigénito.

Es verdad que la corrupción de las costumbres es muy grande, que crece día a día, y hay momentos en que viendo el crecer de esa abominación, el espíritu se espanta del porvenir que espera a la sociedad. Pero no era menor la decadencia y la corrupción que minaban el Imperio Romano en la época en que apareció Nuestro Señor en Nazareth de Galilea. "Dirigiéndose a los Romanos —dice un autor— cuya triunfante civilización había absorbido y transformado en sí misma todas las energías y todos lo vicios de los pueblos vencidos, el Apóstol San Pablo resume así la historia del mundo antiguo: "Vosotros, les dice, os encontráis sin afecto, sin fidelidad, sin misericordia; llenos de toda especie de iniquidades y de malicias; llenos de envidia, de homicidios y de malignidad, repugnantes y llenos, unos para con otros, de aborrecimiento".

Era pues, aquel, un mundo sin amor, sin piedad, sin virtudes. Todo lo que la filosofía pagana, en medio de su predominante dureza, había concebido de compasión para el prójimo, no pasaba de ser, en la realidad, más que bellas palabras, con alcance, literario pero no humano. Preguntaos, por ejemplo, cuál era la suerte de aquellas legiones innumerables de esclavos que eran el lujo de los patricios, es cierto, pero también la abominación de Roma. En teoría, desde luego, los esclavos carecían de todo derecho. Partíase de la base de que por derecho natural nacían unos hombres para ser libres y otros para ser esclavos. Al esclavo se le tenía no como hombre, sino simplemente como una cosa, el amo podía usar de ella como de los muebles de su casa o las bestias de su campo, tenía el derecho de castigarle, de darle muerte y de venderle. A medida que la corrupción de los amos crecía, y se hizo universal y escandalosa, aumentó la desgracia de aquellos infelices. La corrupción del alma, borra más y más de ella la imagen de Dios, y aparta la misericordia. El corrompido es forzosamente inmisericorde y perverso. Así se explica que si no obstante la monstruosidad de las leyes del Imperio,

contrarias a la ley natural, el esclavo no sufrió todo el rigor de aquellas en los primeros tiempos, en cambio, cuando con el poderío material y el desarrollo de la riqueza se precipitaron el patriciado y la plebe en la decadencia de los últimos siglos, fue espantosísima su suerte. Hombres corrompidos, duros de entraña y protegidos por semejantes leyes convirtieron la vida de los esclavos en un suplicio permanente".

* * *

"Ved en cuáles condiciones estaba el mundo cuando inició sus predicaciones su Divino Salvador. Por terribles que sean las condiciones presentes ¿quién no echa de ver que hay un abismo entre aquéllas y éstas?

Por un lado, la monstruosidad de las instituciones y de las leyes, creando una categoría de abyección para el mayor número de los hombres, y por el otro, la impiedad de los amos que aumentaba en el hecho el horror de las leyes.

No eran cierto, solamente los esclavos los que sufrían en aquella sociedad pagana. Recordad, cuál era el estado de la familia, y dentro de ella, la suerte de la mujer y del niño.

¡Qué lejos estaba la familia pagana de la familia que Nuestro Señor instituyó consagrando la ley natural creada por Dios desde el principio! La mujer, a quien el santo Evangelio nos enseña a respetar en las santas mujeres que nos muestra en las escenas de la Pasión, la mujer, a quien Nuestro Señor restablece en el lugar de honor del cual la había desplazado el olvido de las leyes divinas reveladas al hombre en el principio, ¿qué era en el mundo pagano? Esposa, no pasaba de ser la esclava de su marido; hija, la esclava de su padre.

El jefe de la familia, no era el padre de la familia cristiana. ¿Cómo aplicar ese dulce nombre de padre, que mueve nuestros corazones al cariño, a la gratitud y a la veneración, a ese déspota que maneja a su mujer y a sus hijos con la sola norma de su capricho y de su pasión? ¿Qué tiene que ver con la noción cristiana de la madre, de la madre que adoramos en la vida y después de su muerte, la que tenían los romanos de aquellas mujeres que permanecían como cosas muebles al lado de sus señores, sólo hasta tanto a éstos les pareciese bien el guardarlas?

Y ¿qué decir de los niños? Hoy, a pesar de todas las desviaciones del renacimiento pagano, y no obstante todas las incoherencias en que incurrimos en nuestras obras, el niño es un ser respetado. Por todas partes le rodea el amor y la misericordia. Y si es cierto que hay muchos padres desalmados

que abandonan a los azares de la vida a aquellos a quienes pusieron en el mundo, no es menos verdad, que a manera de sublime compensación, y en nombre siempre del Evangelio o por lo menos al influjo de su doctrina, esos niños abandonados por la impiedad de sus padres encuentran rezagos maternales en la caridad de Cristo que los acoge y los salva. No así en la civilización presuntuosa del mundo pagano, donde el padre tenía el derecho de vida y muerte sobre los párvulos que nacían de uniones donde nada tenía que ver el amor, sino solamente la concupiscencia.

El infanticidio, era admitido en el mundo pagano, reconociéndose como un derecho del padre sobre sus hijos, ya que la madre carecía de todo derecho y jurisdicción sobre ellos. Y cuando —como en Grecia— el niño era sustraído a la feroz autoridad de su padre, no mejoraba por cierto su suerte, porque caía bajo la del dios-Estado, cambiando así una esclavitud por otra.

El Evangelio restableció la dignidad de la mujer, recordó los deberes que tenemos para con el niño, en quien está aún sin empañarse la imagen de Dios. No ya cosa mueble, no objeto de placer para la satisfacción de apetitos momentáneos, no esclava vil, sino esposa, en toda la dignidad de esta palabra, enseñó el Evangelio a ver en la compañera del hombre que forma con él el hogar doméstico.

El matrimonio uno e indisoluble, tan sagrado para el hombre como para la mujer, pues que los dos han de ser "una sola carne", en un vínculo que sólo la muerte, con la permisión de Dios, podrá romper. Y si hay precepto para las mujeres, a fin de que respeten la jerarquía del varón como jefe de la familia, los hay también para los hombres, a los cuales habla San Pablo con estas sublimes palabras que interpretan el pensamiento del Señor: "Esposos, amad a vuestras mujeres como Jesucristo amó a su Iglesia, debéis amarla como a vuestros propios cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sí mismo".

* * *

"Esta trasformación de ideas y de sentimientos, no aparece quizá en toda su grandeza a nuestros ojos, porque aquellas concepciones monstruosas del paganismo están separadas de las nuestras como por un abismo, y se diría que no alcanzamos a penetrarnos del valor de las palabras cuando se refieren los hechos de la civilización que antecedió inmediatamente al advenimiento del Cristianismo. El fondo oscuro, ciertamente, hace resaltar más la luz, pero en este caso está tan alejado de nosotros que no alcanzamos a percibirlo tras los torrentes de luz de veinte siglos cristianos.

Y es el Evangelio predicado y vivido, el que ha obrado esa trasformación maravillosa. Primero con el influjo insustituible del ejemplo, que daban aquellos que dóciles a la Buena Nueva, rompían las cadenas que los unían a la abominación de la idolatría y del vicio, y abrazaban fervientes la nueva ley del amor. ¡Qué páginas más hermosas, son las que la historia consigna, al mostrarnos los progresos del cristianismo, en todas las esferas sociales, entre los esclavos, plebeyos y patricios! Creo que no hay nada más subyugante, de cualquier punto de vista que se le considere, que éste que nos ofrece la historia del cristianismo naciente: ver a los esclavos, a esos abyectos esclavos, objeto del desprecio y de la crueldad de los señores y de la plebe llegar, ellos, a ser el instrumento de la conversión de sus amos, de los patricios y de sus mujeres. ¡Espectáculo sublime que es una de las más bellas pruebas de la grandeza del Evangelio y de la realidad de la libertad cristiana!

Aquellos esclavos, no habían recibido todavía la manumisión legal. Podían aún las cadenas sujetar sus miembros doloridos en las duras faenas de la esclavitud, pero eran ya libres por el Evangelio de Jesucristo, porque habían sido admitidos al goce de la ley del Amor.

La influencia sobre las costumbres, al trasformarlas, prepara la trasformación de las leyes. El Evangelio, después de cambiar los corazones, de obrar la conversión individual, tanto de ricos como de pobres, mostrándoles a todos el medio de salvación eterna para cada alma, influye en la organización social. Aquellas leyes monstruosas, tenían que desaparecer, y es el cristianismo el que poco a poco, hizo renovar la estructura legal que regía al mundo, quitándole todo lo que contenía de subversivo contra las leyes de Dios y denigrante para la dignidad humana.

Y ved, cuán fecundo ha sido el árbol del Santo Evangelio. Mirad cómo han surgido, y cada día surgen nuevos frutos de bendición de ese tronco que no recibe la savia de los senos de la tierra sino del rocío del Cielo que sobre él derraman los Angeles de Dios. La infancia desvalida tiene sus asilos, pero también los tienen la vejez y la pobreza, y la miseria física en todas sus tristes manifestaciones. ¡Qué contraste, —diré nuevamente,— con el mundo pagano! El mundo pagano veía la hermosura de los cuerpos, y la había endiosado, pero carecía de penetración para ver la hermosura de las almas. Por eso, así como honraba y levantaba templos a la belleza física, abomina de los que eran feos, o deformes, o desgraciados, porque también la desgracia, en vez de moverle a compasión, le inspiraba desprecio. El cristianismo, con la enseñanza del Evangelio, enseñó a usar la piedad con aquellos a quienes la pobreza o la desgracia aflige, y no de cualquier manera, pues que

hizo de esos miserables y pobres la imagen de Jesucristo, el cual dijo: "Lo que hiciéreis a uno de ésos, a Mí me lo hacéis".

"He ahí recordado a grandes rasgos, algo de lo que el Evangelio hizo por la civilización. Algo solamente, pues si se hubiera de extender estas observaciones a otros vastos campos donde fructificó su semilla, sería necesario entretener excesivamente vuestra atención. Y aún cuando sea harto fragmentario el horizonte recorrido, es sin embargo bastante luminoso, para que nos permita sacar las consecuencias útiles para nuestro tiempo.

La familia cristiana, dentro de la cual el jefe de ella no es déspota, sino padre, que participa en alguna manera de la Paternidad eterna y misericordiosísima de Dios; y su mujer, esposa y madre con todos los atributos de estas dos dignidades sublimes, y los niños, centro de afectos y de respeto de parte de los padres que ven en ellos la bendición divina, la familia cristiana, digo, está amenazada. Las costumbres paganas renacientes quieren invadirla, y disolverla. Las leyes, ya claudicantes, peligran modificarse de suerte que sirvan nuevamente de instrumento adecuado para deshacer la obra del Evangelio en la civilización cristiana.

Conocer, pues, amar, respetar como palabra divina que es, el Santo Evangelio, propagarlo, hacer que muchas almas reciban el influjo sobrenatural que irradia de él, es una empresa digna de quien conoce el valor de las almas, y de quien ama a su patria.

Hay que defender, por una parte la ciudadela de la familia cristiana consagrada por Jesucristo. Por otro lado, hay que realizar las nuevas cruzadas, no ya para rescatar el sepulcro del Señor, sino para llevar a Jesucristo vivo, que es la Resurrección, a los campos de muerte de la impiedad y del descreimiento.

He aquí porque afirmamos que esta cruzada del Evangelio, es una cruzada civilizadora.

Se quiere entronizar de nuevo al placer sensual con todos los vicios que lo sirven. Se quiere anular la ley del deber y la ley de la misericordia y del amor. Se quiere matar por el ridículo y el desprecio, la fe y la piedad: la fe que nos hace menos miserables frente a las luchas de la vida, la piedad que dulcifica las amarguras del destierro con las esperanzas eternas. La fe que hace tan admirables a nuestras madres, tan grandes a muchos débiles, tan fuertes a tantos que sufren, pero esperan. Se quiere cada vez más reducir a Jesucristo a un personaje amable, ideal para la literatura dulzona y decadente, y acaso para temas de epopeyas, pero alejado completamente de nosotros, de nuestra vida y de nuestro pensamiento, El que es el Camino, la

Verdad y la Vida. Pues bien, nuestro deber es de difundir su nombre adorable, y el libro que contiene su divina Palabra, para que cada vez más se experimente en la sociedad la realidad del Emmanuel, del Unigénito de Dios, presidiendo como rey de las naciones a todos los pueblos.

* * *

Transformación de la mujer

"En la vorágine de la vida moderna, el progreso nos deslumbra cada día con nuevas y estupendas conquistas. A quienes nos toca el privilegio de contemplarlas con nuestros ojos, de verlas consumarse casi como si fueran hechos ordinarios, no nos corresponde, a mi juicio, adoptar la posición del que desdeña las mudanzas de los tiempos sólo porque son tales. Paréceme, en cambio, que todo nos obliga a tributar nuestra alabanza y nuestra admiración a esos magos de la ciencia y de la técnica modernas que nos ofrecen cada día un nuevo espectáculo maravilloso de la intrepidez de su ingenio.

Esos vuelos transatlánticos en que rivalizan los pilotos de las diversas naciones civilizadas, acercando prodigiosamente los continentes, las ilimitadas aplicaciones de la electricidad y de las ondas hetzianas merced a las cuales un hombre de Buenos Aires puede oír la voz de un interlocutor que se halle en París o Berlín y hasta recibir la transmisión de las imágenes que se acaban de fijar en una placa fotográfica en el otro hemisferio, son, si bien lo miramos, himnos que el hombre entona a la grandeza de Dios, de quien él ha recibido como un don preciosísimo, un destello de su infinita inteligencia. No menosprecia el hombre culto tales conquistas, que al sucederse caleidoscópicamente, y habituar en consecuencia a los contemporáneos, a recibirlas sin aparente asombro, no por eso pierden su significación extraordinaria. Que los latidos de un corazón que palpita en Buenos Aires, puedan ser auscultados por un clínico de Viena o París aún cuando llegara a ser vulgar, no por eso dejaría de ser una revolución técnica estupenda.

Ahora bien, para los espíritus que examinan estos hechos con detenimiento y a la luz de principios de sana filosofía, ellos no pueden inducirlos en engañosas consecuencias. Ni esas conquistas de orden técnico ni las transformaciones profundas de la organización social pueden modificar las verdades del orden trascendental que tienen su manifestación en los preceptos de la moral religiosa. Frente a todo lo que es cambiable, o junto a ello, existe un orden de cosas que es inmutable, y que no puede ser susceptible de mejoramiento o de progreso, porque está regido por la ley perfecta".

* * *

"Tomemos, el ejemplo de la mujer. ¿Quién duda de la transformación operada en la vida de la mujer en la sociedad de nuestros días? La vemos ocupar, paulatinamente, todos los puestos que antes, proverbialmente, axiomáticamente, correspondían al varón. Ella no es solo vendedora de las tiendas, y obrera en los talleres y fábricas. En los bancos, en las instituciones del comercio, en los bufetes de los profesionales, la encontráis alternando con el hombre en el desempeño de toda clase de actividades. Pocos años atrás, era común ver llegarse tímidamente a una mujer a las oficinas públicas, o a los bancos, para pedir una información, realizar un trámite, o una operación cualquiera. Y al hombre le tocaba ser gentil y servicial hacia la mujer. Hoy muchas veces, son no pocos hombres los que llegan tímidos a las mismas oficinas y bancos, y es la mujer la que los saca de dificultades, resolviéndoles con agilidad y diligencia sus pequeños problemas.

Me excusaréis de discutir con vosotros sobre el arduo y por cierto muy interesante problema, económico y social, que este trascendental acontecimiento contemporáneo plantea. En cambio, os pediré pocos minutos más de atención, para referirme a un aspecto de orden moral, que es lo que me interesa tocar para cumplir con mi propósito de esta tarde al ocupar esta tribuna, con más buena voluntad que méritos para hacerlo.

* * *

Así como no es con un gesto de desdén que el el hombre culto recibe los progreso técnicos, tampoco debe reservar esa actitud para estas otras transformaciones de orden social.

Para una sociedad trabajada por la duda, por el relajamiento del vínculo familiar y de las costumbres públicas, la incolumidad moral de la mujer es un asunto esencial. La mujer, en su fragilidad aparente o real, es una fuerza salvadora de primer orden. Si ella, impulsada por el cambio de su vida, que del hogar se diversifica y proyecta al exterior, llegara a perder sus energías espirituales, que son maravillosas, la sociedad correría al abismo.

Ahora bien, este peligro debe conjurarlo la misma mujer, orientada y dirigida por aquella institución milenaria que fue el instrumento de su liberación y dignificación, dones que le trajo el Evangelio".

* * *

"Y así ocurre, en efecto. Mientras en la ardorosa lucha de la vida diaria muchas de esas mujeres, que ocupan fuera del hogar lugares de trabajo, sienten relajarse las íntimas fuerzas que antes alimentaban su delicadeza y su virtud, su fe sencilla y pura y su esperanza sin desaliento, otras mujeres

—y son una legión pujante y laboriosa— no sólo resisten victoriosamente la ola del siglo, sino que a su vez, al llamado de los Pastores de la Iglesia, se convierten en misioneras del bien, de aquellas verdades que no varían a través de las edades, ni al conjuro de la magia moderna.

En el vasto campo de la caridad, que en sus infinitas proyecciones abarca todos los órdenes de necesidades y miserias, en lo espiritual como en lo físico, esas mujeres apóstoles, defienden y propagan el viejo pero siempre nuevo, porque es inmutable, concepto de la mujer plasmada según el modelo que el cristianismo trajo al mundo. Ella lo realiza en sí misma, lo adorna, lo embellece con su gracia, y lo hace amar. Así como, frente a todas las maravillas de la técnica moderna, un artículo del catecismo abre los arcanos del principio de la vida, del origen y destino de las almas, así también frente a esa realización de la mujer que antes que otras cosa es mujer y cristiana, desaparecen y palidecen todas las conquistas, reales o no, de la mujer sustituta o igual al hombre, en las profesiones, artes y oficios.

* * *

"Me perdonaréis si no les doy el nombre de "progresos" sociales, pues no me atrevería a concederles esa calificación sin apoyarme en testimonios de alto valor moral e intelectual. Y la verdad sea dicha, puestos aparte de los novelistas y gacetilleros, amén de los políticos; no puede decirse que los fenómenos a que me estoy refiriendo hayan sido sancionados como signos de un progreso real.

Pero no por eso deben ser objeto de desdén, como si se tratara de algo fortuito y pasajero. Es preciso concederles toda la profunda importancia que revisten".

Solo que, para juzgar bien, es necesario que, así como nada pueden los progresos técnicos para modificar principios inconsusos del orden intelectual, tampoco nada pueden estas otras transformaciones sociales, para modificar las exigencias del orden moral.

Que la mujer sea hoy ingeniero, arquitecto, escribano y médico (los femeninos de estas profesiones aún no nos suenan bien), nada cambia sobre las condiciones que la misma mujer debe reunir hoy como ayer y como siempre para que ella pueda prestar a la sociedad los inapreciables dones de sus virtudes cristianas. Si mañana la mujer ha de ser conductora de automóviles por oficio, como ya lo es por comodidad y deporte, o guarda de tranvías, o si ha de barrer nuestras calles, todo esto, para que sea admisible, no tendrá que contradecir las exigencias de su dignidad femenina y sus deberes sagrados hacia la sociedad, deberes característicos de la mujer según el Evangelio.

No pueden preocupar al hombre culto esas aparentes conquistas de la mujer moderna, por una simple razón de celo o competencia. En cambio pueden y deben preocuparle, por lo a ellas puede anejarse una perturbación moral, o un aniquilamiento de la fuerza conservadora, providencialmente conservadora, que por todos los aspectos, representa la mujer en el conjunto social".

* * *

Sobre la mujer

> "Hablemos de las que son en realidad —y no solamente en labios de románticos declamadores o dulces poetas— luz, gracia y armonía, causa de felicidad para el hombre, decoro para el género humano, honra de la Iglesia y de la sociedad.

Y sin duda me habéis comprendido ya. Esa luz, esa gracia y esa armonía de que hago mérito, son principal y fundamentalmente espirituales, y tienen su raíz profunda en la Religión. Por lo cual no es extraño que al proponernos alabar tan altas cualidades de la mujer, deba defender la piedad que es en ella característica, y que frecuentemente se desdeña o se aparenta desdeñar por muchos hombres. Estos son muy necios o poco sinceros cuando imputan esa piedad a debilidad y cortedad de espíritu en la mujer. Afectan un aire superior, manifestando con irritante petulancia que ellos admiten la religión como cosa buena para el frágil corazón y la menguada mentalidad femenina. Añaden que creen ser la Religión una medicina necesaria para la mujer. Y yo repito que estos que así desconsideradamente hablan, o son muy necios o poco sinceros. En efecto, o ignoran de todo en todo lo que es la Religión, vínculo obligatorio que une por la adoración y el acatamiento a la criatura con el Creador, sea aquella varón o mujer, alto o bajo, sabio o ignorante, rico o pobre, súbdito o amo; o hablan hipócritamente, pues saben que la Religión que afectan desdeñar, impone deberes sagrados que no quieren cumplir y anuncia sanciones divinas que quisieran ignorar.

No es debilidad sino fortaleza, no ignorancia sino verdadera sabiduría, la de nuestras madres que nos enseñaron en su regazo la oración que nos acerca a Dios. Es dulce al corazón cantar esa sabiduría y esa fortaleza. Ved la belleza de esa mujer cristiana que es madre. No solamente le ha dado a su hijo el sustento natural para conservar y desarrollar la vida que le ha trasmitido en nombre de Dios. Le proporciona además otro sustento y le abre los ojos del alma a la luz sobrenatural de la fe. Entre caricias y besos,

que dan al hijo la sensación dulcísima del amor más puro que florece sobre la tierra, le despierta el alma a la aspiración del verdadero amor que sólo se halla en Dios infinito! ¿Debilidad? ¿Ignorancia? ¿Cortedad de espíritu? ¡No!

¡Sublime ministerio de la verdad y de amor cumplido en la espontánea sencillez de madres humildes, sí, pero no débiles, ni ignorantes!

* * *

"Y si después de admirar a las madres cristianas, hermanas naturales de la abnegación, y extranjeras siempre en el reino de la frivolidad, para cantar a las cuales sería inacabable el himno que brota del corazón del hombre, nos detenemos a considerar a la doncella cristiana según el Señor, no podemos menos de regocijarnos a la vista de ese inmenso vergel en que la sociedad sana pone sus esperanzas y se recrea. Que si los olvidados de Dios y de sus leyes festejan la vida insubstancial y perturbadora de las mujeres sin fe, nosotros hemos de cantar la hermosura de esas almas femeninas que con la ternura propia de su sexo, comprenden las más recónditas bellezas del dogma cristiano, y en la pureza de su vida y en la excelencia de sus obras dignifican a la humana estirpe.

Vedlas desde luego, en el ejercicio de la caridad: caridad corporal y caridad de espíritu. Son mensajeras del Dios de infinita caridad, se revisten del espíritu del Evangelio y en las llagas del pobre entienden curar las del mismo Jesucristo. Si vais a los conventillos y a las casas de los pobres, dondequiera la delicadeza no les cierra las puertas, las encontraréis, con el pan para el cuerpo y para el alma, en nombre de Aquel que promulgó la ley universal de la caridad.

En el vasto desierto de la incredulidad y de la ignorancia religiosa, ellas plantan sus tiendas de catequistas como otros tantos oasis. ¡Cómo no admirar esa tenacidad sin quebrantos de tantas almas de niñas que sacrifican sus horas de solaz para anunciar la verdad del catecismo a millares de pequeñuelos! En Oratorios Festivos y en Parroquias, como auxiliares de Religiosas y Párrocos, son la dulce y regeneradora voz del Evangelio que ilumina y que salva. ¡Pobres aquellos que en la vorágine de la lucha diaria y el placer, no alcanzan a percibir el eco de esa voz!

No en vano, la Iglesia, en esta gigantesca lucha que en el mundo moderno se renueva entre el bien y el mal, da a la mujer cristiana un lugar señalado en el ejército del apostolado. Bien lo sabéis. Al formar los cuadros escogidos de la acción católica, el Papa ha formado los propios de las

mujeres y de las doncellas cristianas. La voz secular del Príncipe de los Apóstoles perpetuada y renovada en el Obispo de Roma, no ha trepidado en acudir al corazón apostólico de la mujer para que coopere con la ofrenda de su sacrificio a la regeneración del mundo en Jesucristo. La invitación no dejará de ser correspondida con generosidad, pues la generosidad es el adorno natural de la mujer y de la niña cristiana.

No ignoráis, que los corifeos de la impiedad, más de una vez han pretendido calumniar a la Iglesia, acusándola de empequeñecer y reducir a servidumbre a la mujer. La realidad es bien distinta. La Iglesia, al predicar la doctrina del Evangelio, proclamó la dignidad de la mujer, y abrió un nuevo y definitivo ciclo en la historia del mundo, en cuanto la mujer por él regenerada pudo desde entonces aspirar a todas las legítimas conquistas del derecho".

* * *

La obra de Benedicto XV

"Pocas veces se llena mi alma de tanto entusiasmo como cuando debo hablar del Papa, el Padre del pueblo cristiano, y nunca tanto, como en estas tremendas horas de la historia, en las cuales vemos su nombre escarnecido por los mercenarios de la pluma y de la palabra, y por los enemigos jurados de la fe católica".

"No defendemos al Papa por el Papa mismo, por la necesidad que él tenga de la defensa de nadie. Cristo le asiste y la asistencia de Cristo le asegurá la vida y el triunfo en medio del abandono de unos y las perfidias de otros y aun contra la persecución violenta si ella llega a levantarse alguna vez en horas de delirio sectario, para herir su sagrada persona, desconociendo el origen de su investidura y el poder que ésta representa..."

Rectificación de errores

"Esta asamblea tiene en particular este segundo objeto: rectificar los errores, las calumnias propaladas por los enemigos del credo católico, respecto de la acción del Pontífice en la contienda europea. Y la ocasión es propicia, porque al hacerlo nosotros, hijos del pueblo, reunidos amigos y adversarios, rendimos un homenaje simpático al gran Papa, cuyo representante nos preside en este acto de significación apenas calculable..."

"Detrás del Papa está Jesucristo y Jesucristo negado en su filiación divina por el racionalismo y la revolución asusta sin embargo a los que osan

levantarse contra El. Tan subyugadora es la majestad de su figura, tan incomparablemente admirable su vida, que sólo los que deliran se atreven a discutirle. La soberanía de Jesucristo no tiene igual en el mundo y la concepción de su grandeza se impone al ánimo de los hombres con una fuerza misteriosa contra la cual nada vale la rebelión del espíritu.

En cuanto el hombre despoja a Jesucristo de su divinidad, le parece todo tan contradictorio tan absurdo y tan miserable, que enseguida su razón humillada le exige que devuelva a Jesucristo el carácter divino que la soberbia de su corazón osó arrebatarle. Y la lucha se entabla entre lo que la razón exige y lo que la pasión quiere..."

Va a defender la neutralidad del Pontífice que fue calificada de artificiosa:

"No es necesario acallar el sentimiento patriótico, dirá para juzgar la actitud del Papa. "El más exigente patriotismo si llega a la ofuscación, puede convivir, me parece, con la cordura. Y para juzgar bien al Papa, no hay sino necesidad de cordura y buena fe".

"Oigo decir que hay un ejército que defiende la libertad y la civilización. Oigo decir que hay otro ejército que defiende la civilización y la libertad.

Unos y otros querrían que el Papa se inclinase, que se hiciera el capellán de uno de los ejércitos.

¿Y el Papa qué ha hecho? Ha condenado el abuso donde lo encontraba y ha proclamado con lenguaje insospechable los derechos de la civilización. En medio de los hombres rebeldes a su voz y enardecidos en la lucha, después de haberlos exhortado a que depusieran las armas, el Papa, Padre de todos ¿había de ponerse con los unos para repudiar a los otros?..."

"Y el Papa en presencia de hombres y de pueblos divididos, requerido para decir de qué lado estaba la justicia ¿no tenía el derecho de apropiarse las palabras de Jesucristo: el que esté libre de pecado que arroje la primera piedra?."

"El Papa maestro y custodio de la verdad, lo ha dicho con energía, y respecto de la guerra ha recordado al siglo impío la elevada doctrina católica que la explica. Y el Papa, padre de los hombres, se ha aplicado a aminorar los males de los soldados, a enjugar las lágrimas de las madres, a abreviar los dolores de los internados, a disminuir los sufrimientos de los heridos, y ha tenido para todos los pueblos palabras de paz y de amor.

¿Pero será todo esto pura hipocresía del Papa, artificiosa exteriorización

de afectos que no abriga su corazón? ¿Será el culpable de la guerra que fingiría detener?

¿Y cómo el Papa, ese Papa que no tiene poder, ha podido sin embargo desencadenar esta guerra inmensa, tomando partido en ella, como aseguran sus adversarios?..."

"Allí están los fuertes pueblos y poderosos gobiernos que nada han podido o nada han querido hacer para impedir la catástrofe. ¿Y quién los acusa? Al contrario, se les llega a saludar como libertadores. Y quizá lo sean; porque se han mezclado a los combatientes. El presidente Wilson habla de paz y decreta la guerra, y se acepta que el presidente Wilson quiere la paz, y yo advierto aquí que no tengo para qué dudar.

Pero el Papa habla de paz, se esfuerza desde la primera hora por mantenerla, se ocupa de todos los intereses, propone el arbitraje, la reconciliación, y sin embargo se le escarnece y se le declara enemigo de la paz del mundo..."

"El Papa es el único que ha hablado de paz sin desmentir con los hechos sus palabras. El Papa es el único que ha recordado el respeto que merecen los hombres, el valor de la sangre, que corre por sus venas, los derechos imprescriptibles de los pueblos, y los deberes impostergables de los gobiernos. Leed sus documentos y veréis que por ellos habla el espíritu de verdad. Cuando publicistas, pensadores, hombres de ciencia, se han dejado llevar a lamentables extremos por su patriotismo exaltado, sólo el Papa se ha conservado siempre maestro delante de la humanidad. Cuando los profesores del derecho humano han olvidado sus doctrinas y han renegado de sus teorías, el Papa, ha abierto de nuevo el Evangelio y ha predicado a todas las gentes la caridad de Jesucristo y ¡cosa extraña! al hacerlo, él ha sido el que ha enseñado también el derecho humano, salvando sus preceptos de en medio del naufragio de tantas que se llamaron conquistas de la civilización moderna!..."

"¿Y quién estaría autorizado para hablar en nombre del derecho, en la hora en que todos, quienes más, quienes menos lo conculcan?..."

* * *

"¿Qué hay Dios mío en aquella ciudad milenaria, en la ciudad eterna para que los pueblos se vuelvan constantemente hacia ella? ¿Es el lustre del solio de los Césares, de los muertos o de los vivos, el objeto de tanto afán, de tanta disputa, de tantas y tan grandes emociones? ¿O es el trono del Papa el que ejerce ese poder de atracción? Pero ¿cómo no bendecir tu sabiduría,

Señor, que arregla de manera tan maravillosa las cosas? Porque al fin y al cabo, tantos odios como se conjuran contra el Papa ¿no podrían haber acabado con él? Y si acaso viviera ¿no podría quedar olvidado siquiera en medio de la guerra? Porque ahora es el trigo, y el oro, y el petróleo, y los impuestos, y el tonelaje, y los cañones, y el algodón, y la mar de problemas que tienen por delante los gobernantes y los pueblos. ¿Cómo no bendecirte, Señor, porque demuestras a los sabios del mundo que a los gobiernos no les bastan los preceptos de las finanzas y de la economía política?

¿Qué hay en la ciudad eterna? Un trono que Dios ha levantado, para que diera testimonio de su poder, para que fuera el asiento de la autoridad sobre la tierra, y el asilo de la justicia y del derecho. Y en ese trono está Benedicto XV. ¡Bendito sea Dios!..."

* * *

Homenaje a Pío XI (28 de junio de 1929)

"La personalidad de S.S. Pío XI es de aquellas que dejan huella perenne en la historia. Nosotros asistimos a las gestas de este grande Pontífice, y la proximidad de ellas no nos permite ver con suficiente exactitud la obra magnífica de su sabiduría, de su voluntad férrea y de su ardiente celo de Maestro, de Obispo de los obispos y Padre de todos los fieles. No obstante la falta de perspectiva, que sólo da el tiempo, sentímonos impulsados a la admiración, e inundados de entusiasmo, cuando nos llega el eco de su palabra intrépida y comprobamos los hechos gloriosos que en una portentosa sucesión van llenando los años difíciles de su Pontificado.

El impulso vigoroso que el reinante Pontífice ha comunicado a la vida religiosa, dentro del gran programa de su Pontificado, la paz de Cristo en el reino de Cristo, llena hoy toda la Iglesia de Dios. El espectáculo que se ofrece a los ojos del Observador es magnífico. La altísima doctrina de sus clarividentes cartas encíclicas y de los otros numerosos documentos con las cuales aconseja, instruye, amonesta y exhorta al Episcopado, al Clero y al pueblo fiel, constituyen ya un verdadero monumento de sabiduría y de celo apostólico. Sus discursos, en los cuales, con palabra densa de pensamiento, pero no por eso menos paternal, generosa y ardiente, se complace en hablar a los grandes y a los humildes que acuden a los pies de su trono pontifical, forman una preciosa documentación de su glorioso reinado.

Las numerosas beatificaciones y canonizaciones decretadas por S.S. Pío XI constituyen una de las más ricas gemas de su corona. El Señor le ha

concedido la luz que emerge de estas glorificaciones, que son la divina respuesta de la Iglesia al siglo materializado, para que con sus fulgores ilumine toda la tierra. El Papa quiso dar a las grandes ceremonias el mayor esplendor. Y así vio Roma, especialmente durante el Año Santo, que la magnanimidad de Pío XI decretó para la Iglesia Universal, casi como un anuncio de otros cercanos y portentosos acontecimientos, el esplendor de San Pedro, constituído en centro extraordinario e inusitado de atracción para todo el mundo católico, el cual resucitando el entusiasmo de los grandes siglos cristianos, llenó la Ciudad multimilenaria de fe, de devoción ardiente hacia la persona del Vicario de Jesucristo; hacia su autoridad y su supremo Magisterio".

Expansión misionera

"La expansión misionera es otra de las grandes características de la acción pontificia de S.S. Pío XI. Como dice un escritor, es necesario remontarse hasta el esfuerzo misionero del siglo XVI y a San Gregorio el Grande para encontrar tal exuberancia evangélica. Monumento imperecedero de la historio de la Iglesia será su encíclica sobre las misiones, en la cual confirma la doctrina y la orientación de su ilustre predecesor Benedicto XV; pero sobre todo serán monumento vivo e indestructible las trascendentales providencias adoptadas por el Papa para el florecimiento misionero, el éxito de la exposición concebida por él y realizada principalmente gracias a su intrepidez y voluntad, y la consagración episcopal de los primeros prelados japoneses, demostración de su profundo interés por la formación del clero indígena en los países de las misiones.

Pero es tanta la intensidad y la extensión de la obra de este gran Pontífice, que cuando se quieren compulsar los hechos de su reinado, se siente el ánimo sobrecogido de estupor y de admiración. Dios ha querido sin duda que brillara en el candelabro una luz bien poderosa para que pudiera penetrar en las tinieblas del mundo. Después de los grandes Papas que últimamente ilustraron la Cátedra de San Pedro, con su ciencia, su don de gobierno y su santidad, diríase que la Providencia ha reunido en este Pontífice las cualidades sobresalientes que a ellos los distinguieron, especialmente la intrepidez y la sabiduría.

Intrepidez y sabiduría

Vedlo, con qué firmeza defiende los derechos de Dios y de la Iglesia, de donde quiera venga el ataque. Acaba de realizar uno de los hechos que

inmortalizarán su nombre ante la historia. Ha celebrado la Conciliación, venciendo todos los obstáculos, con su férrea voluntad, y recuperando toda su libertad extrínseca con su pequeño reino "que es el más grande del mundo".

El asume, con palabras impresionantes por el vigor del concepto y de la forma, la responsabilidad plena de los acuerdos firmados. Pero he aquí que el primer ministro de Italia expone una doctrina inaceptable sobre los derechos del Estado acerca de la educación de la juventud. La palabra del Papa, Maestro de la verdad, Custodio de la fe, Vicario de Jesucristo, verdadero Pastor, ajeno a toda sugestión de contemporalización por razones humanas, se levanta poderosa y enérgica para defender los fueros de la verdad, para reivindicar los derechos de la Iglesia. La dramaticidad que prestan a la hora histórica los grandes acontecimientos ya felizmente consumados, permiten destacar la sublime grandeza de la actitud de Pío XI.

Ved, pues, con cuánta razón se inflaman nuestras almas de santo ardor y de contagiosa alegría, al celebrar las fiestas jubilares de este gran Pontífice que es nuestro Padre, oráculo de la verdad, el dulce Cristo en la tierra... Ved con cuánta razón todas las cristiandades católicas esparcidas por el universo mundo se exaltan durante este año histórico para unir sus propias palpitaciones cordiales, a las del inmenso corazón del Padre común".

Era el año de la Beatificación de Don Bosco y no podía faltar la alusión del Exalumno, sabiendo que se encontraba en un instituto que está siempre muy cerca del corazón del Santo Padre.

> "Pero si todos deben gloriarse de su amor y de su gratitud al Sumo Pontífice reinante ¿qué diremos nosotros, vinculados por estrechos lazos a la obra de aquel Apóstol insigne a quien Pío XI acaba de conceder el honor de los altares? ¿Con qué palabras podríamos traducir el gozo, la alegría íntima de ver el triunfo de Don Bosco beatificado, en un año como este de 1929 en que se conmemora el jubileo de Pío XI, y en que se firman los pactos que devuelven la libertad a la Iglesia y la paz religiosa a Italia, gracias al desinterés y caridad del Pontificado?
>
> ¡Oh sí! Es con indecible emoción que hemos leído y releído esos discursos de Pío XI sobre el Beato Don Bosco, a quien conoció en vida, no de paso y superficialmente, sino largamente y con intimidad, como se ha complacido en hacerlo notar; discursos en que ha puesto en plena luz los méritos insignes del Apóstol en todas sus facetas, exaltando sus fundaciones y toda su obra. ¡Con qué santa complacencia, Veneradas Religiosas, que bajo el estandarte y el nombre de María Auxiliadora, sois las "Hermanas Salesianas o de Don Bosco", con cuánta alegría habréis leído el testimonio de reconocimiento que S.S. Pío XI ha tributado a

vuestro Instituto señalándolo como una de las más preciosas flores nacidas en el corazón del santo fundador!

Vosotras, Veneradas Religiosas, que en la historia sencilla y venerable de vuestro Mornés, anotáis complacidas que la primera fiesta solemne allí celebrada fue para asociaros a las fiestas jubilares del Angélico Pío IX, y que como primer regalo recibísteis precisamente un recuerdo de aquel santo Pontífice, bien hacéis en festejar a este nuevo Pío, cuyo nombre repetirán las generaciones con admiración y amor, por las grandes obras que ha cumplido y cumplirá en su glorioso reinado!".

Allí estaba el Señor Nuncio Apostólico Monseñor Felipe Cortesi a quien saluda con el respeto y la veneración de un hijo, mientras le ofrece el homenaje de sus palabras:

"Vos, Excmo. Señor, que sois en nuestra Patria, en medio de esta grey argentina, el Nuncio de tan grande Pontífice, aceptad el testimonio de la veneración y del amor con que se os ofrece esta tarde, de manos y de labios de la inocencia y de la virtud, la ofrenda filial. Aceptad también estas mis pobres palabras, que querrían haber sido un himno de agradecimiento y de devoción hacia Vos, que os dignáis honrar esta fiesta con vuestra ilustre presencia, y hacia el Supremo Pastor, Padre de nuestras almas, timonel seguro e intrépido de la nave mística de la Iglesia en el proceloso mar del siglo".

* * *

Disertación sobre la Caritate Christi compulsi

"La siempre esperada palabra pontificia –tan pródiga en sustanciales enseñanzas y seguras directivas religiosas y sociales bajo el fecundo reinado de S.S. Pío XI– ha resonado nuevamente por el mundo. Resonando, puede decirse sin figura ni hipérbole, pues la radiotelefonía la ha difundido desde la estación Central de la Ciudad del Vaticano, demostrando una vez más (según lo hace notar el Rector de la Universidad Católica del "Sacro Cuore" en Milán) cómo la Iglesia, que no ha sido nunca enemiga de ningún progreso y que al contrario ha favorecido todo lo que legítimamente puede acrecentar el bienestar del hombre y disponerlo mejor a la conquista de su propia salvación, no rehusa utilizar los más recientes y avanzados medios para hacer llegar a todo el mundo una alta, serena y sobrenatural palabra de paz y de esperanza, un consejo augusto y solemne brotado del corazón de un Padre que conoce los latidos del corazón de Dios".

"Esta reciente e importantísima Encíclica se inicia con las palabras:

"Charitate Christi compulsi" "La Caridad de Cristo –dice Pío XI– nos impulsó a invitar con nuestra Encíclica Nova impendent del 2 de octubre pasado, a todos los hijos de la Iglesia Católica y a todos los hombres de corazón, a agruparse en una santa cruzada de amor y de socorro para aliviar en algo las terribles consecuencias de la crisis económica en que se debate la humanidad y en verdad con admirable y concorde arranque contestó a nuestro llamado la generosidad y actividad de todos.

Bastarían esas palabras iniciales, como dice un ilustre escritor, para explicar su origen y sus intenciones.

En efecto, de la actual depresión económica se viene hablando desde hace muchos años, y no sin razón, pues cada vez se agrava y agudiza el mal. Con sólo pensar en el pavoroso ejército de desocupados que hoy inquieta con sorda amenaza a las clases sociales y a los gobiernos, es suficiente para representarse la trascendencia y la profundidad de la perturbación económica que padece todo el mundo. 50 millones de desocupados, de los cuales por lo menos 15 millones reducidos al hambre, son algo así como la encarnación dolorosa y trágica de la escuela de males de orden moral social y económico que preocupa al Pastor Supremo, a los gobernantes y a toda la sociedad.

Pero el tema principal de las conversaciones y comentarios que se refieren a la "crisis", se reduce siempre al aspecto financiero y económico. Se habla de barreras aduaneras, de la necesidad de cesar en la guerra de tarifas, o de adoptar represalias, de sobreproducción o de incapacidad del pueblo para consumir lo indispensable por falta de recursos, de circulación monetaria, sosteniéndose por unos la necesidad de remediar la rarefacción del numerario mediante la inyección emisionista y de otros numerosos problemas de índole semejante. Los que he citado, no son más que una ligera y arbitraria mención de los que menudean no solamente en los consejos de banqueros, industriales y comerciantes, sino también en las columnas de los periódicos y aun en la boca de aquellos mismos que de tan intrincadas cuestiones no están en condiciones de entender ni el abecé.

El argumento común queda en realidad reducido en el círculo de la espantosa contabilidad de la miseria, de las quiebras espectaculares y de la desocupación, con el mezquino consuelo de que la catástrofe alcanza a todos, inclusive al país que debía ser el paraíso de los trabajadores, y en realidad no es sino el formidable teatro de la esclavitud del trabajo materializado".

* * *

Pasa después a demostrar la certera visión del Pontífice, y tras de ella se eleva al terreno moral donde radica el mal de que se quiere libertar a la humanidad.

"Habituados los escritores y estudiosos en general a no considerar estos asuntos de índole social y económica sino a través de las concepciones del liberalismo y del materialismo histórico, no quieren ni saben descubrir la trabazón indestructible que vincula ese orden económico y material con el orden moral del espíritu. "La humanidad –dice Gemelli– ha danzado frenéticamente por demasiado tiempo en torno al becerro de oro. Hoy está ebria, extenuada, aniquilada y hambrienta, pero tiene aún puestos los ojos vacilantes sobre el ídolo de su locura y de su ignominia".

"Para salvar a la humanidad de esa fascinación y de esa miseria, acude al Romano Pontífice, aquel que constituído en Pastor y Doctor del género humano, tiene siempre palabras libertadoras para todas las encrucijadas de la historia del mundo.

Y el Papa transportando los problemas económicos que nos agobian, al campo moral y espiritual, dice al mundo, repitiendo la palabra de San Pablo a San Timoteo, "la ambición es la raíz de todos los males."

La mutua desconfianza, la detestable envidia, el individualismo abyecto "que todo lo ordena y subordina al propio provecho sin cuidarse de los demás, y más aún, hollando cruelmente todos sus derechos", todos son males que tienen su raíz en la ambición.

Estos perniciosos efectos se advierten no solamente en las relaciones de hombre a hombre, sino también en las que existen entre los individuos de las diversas clases sociales, y de nación a nación. Se ve así cómo las riquezas se concentran en las manos de muy pocos favorecidos que a su antojo regulan el mercado mundial, con la vista exclusivamente puesta en su propio lucro y en el objetivo de aumentar siempre más su riqueza y su dominación sin mirar si con sus manejos aplastan a pueblos enteros y los arrojan en el hambre y en la miseria. Y se ve igualmente cómo, abusando del legítimo amor a la patria y llevando a la exageración el sentimiento de justo nacionalismo, llega a considerarse lícito en las relaciones de pueblo a pueblo, aun aquello que entre los individuos se reputaría injustificable. El Papa, con su palabra insospechada e insospechable, condena así nuevamente la herejía del nacionalismo imperialista, que teniendo su raíz en la ambición, conduce a las naciones al odio recíproco, a la guerra económica de hoy que es el preludio de la nueva guerra militar de mañana."

* * *

Pero hay que añadir a la oraci
mal a los oídos modernos, el
le ha confiado, no la

El reconoci
cimiento d
de lo
la m
penite

Sól
de la sob
merece, só

Ningún
podrá llevar ja
en el mismo ca
y en la concienci

"¿Comprende
gravedad de estas s
Verdad? Hay que esp
desocupados, el aislam
más las naciones, la orie
desencadenadas parecen q
moderno tiene cada vez m
Roberto de Traz, y lo ha repet
papal no han dicho una sola pa
cional, son los síntomas de una d
dores de un colapso mundial. Sólo
Encíclicas de la Paz y las de la Gue
Novarum", como en todas las más ar
a los hombres fatigados y desilusiona
con la indicación de los valores esencial

He ahí, en síntesis, la palabra del Pa
fondo de nuestras almas surge el fervoros
recordando lo que el mismo documento nos
El confía en la Acción Católica, dispongamos
nuestra voluntad, y nuestro corazón para ser di
que el Papa llama a sus hijos más fieles, para que
obispos y sacerdotes, en la obra de restauración so

"Señalada la raíz de tan graves errores y perturbaciones materiales, Pío XI pasa a considerar cómo el comunismo y demás enemigos del orden social, los aprovechan con diabólico sentido de la oportunidad, para desatar una guerra inicua contra Dios y se refiere con detención a esa formidable y monstruosa guerra. Llama la atención sobre el empeño que los enemigos ponen en esta campaña, mientras nosotros desfallecemos en la defensa de la verdad. "Viene espontáneo, dice el Papa, a la mente y a los labios el triste lamento de Cristo: "Los hijos de este siglo son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz.

* * *

"Los corifeos de esta empresa diabólica, han inculcado e inculcan que la Religión es aliada del moderno imperialismo. Los más legítimos y necesarios deseos, todo sirve para su programa antirreligioso. Millones de hombres, –dice con terrible verdad el Papa– en la creencia de luchar por la existencia, se aferran a tales teorías en una total negación de la verdad y gritan contra Dios y la Religión.

Claro que esta campaña tiene que ser terminada con el fracaso más estrepitoso, pues en la hora establecida "se levantará Dios y se dispersarán sus enemigos", según frase escritural.

Pero; "¡ay de la humanidad, si Dios, tan vilipendiado por sus criaturas, diera, en su justicia, libre curso a esa torrentada devastadora y se sirviera de ella como de un flagelo para castigar al mundo!"

Es, pues, necesario que "nos pongamos en contra, como muralla para defender la casa de Israel".

"La lucha, dice el Papa, está planteada en términos claros. El hombre debe hacer uso de su libertad para decidirse en la más importante cuestión que le está sometida.

¡Con Dios o contra Dios!

Por eso conjura a todos, pueblos e individuos, a deponer el abyecto egoísmo, el individualismo mezquino, para que se unan, sobre los pequeños intereses, aun con grandes sacrificios, para salvarse y salvar a la humanidad.

No desdeña ni ignora la Iglesia, los remedios humanos legítimos que deben emplearse para la defensa de la Religión y el mejoramiento social. Por eso el Papa ha hablado al mundo con sus varios y solemnes documentos anteriores, y recientemente –y con particular pertinencia– en la Encíclica "Cuarenta años". Ha reclamado Pío XI con energía –siguiendo las huellas del gran León XIII,– un más equitativo reparto de los bienes de la tierra,

por
comp
materi
Redento
mediante

¿Qué c
consorcios fi
y otros reyes d
de revólver? Co
Papa que nos dice
le dedicarán una o
Mas el mundo
pastores. Que es la r
"buscad y hallaréis", "l
Y no puede haber m
la oración, que éste que ah
y en una voluntad sola. Se
sobre la tierra, de la fe en el
Una eficacia natural –adem
género humano, –nos enseña el
mente, la causa misma de las actu
ruega, mira arriba, se preocupa de lo
sí solo, "Se restablecerá aquel equilib
con grave daño de la vida física, econó
sociedad de hoy".
Así se abrirá el camino a la verdadera

Para pedir la paz

"Hay que pedir la paz para todos los hombr
gobernantes, pues ¿cómo podrían dar la paz a los
si no están en paz consigo mismos?

BIBLIOGRAFÍA

Además de la indicada en los respectivos capítulos se utilizó la siguiente:

Cartas del Sr. Carlos Conci, maestro, compañero y conocedor íntimo.

Testimonios de sus amigos más queridos: Contador Juan Carlos Chiozza; Dr. Tito Trebino; Dr. Pedro Heriberto González; Contador Amadeo Pedro Barousse.

Escritos de los R.R.P.P. Lorenzo Massa, Santiago De Paoli, su compañero; Juan B. Farinati, su cura párroco; Enrique Pozzoli, su confesor, y de otros sacerdotes, como R.P. Antonio Garbini, R.P. Leopoldo Rizzi...

Cartas e impresiones de varios de sus compañeros en los trabajos de la U.P.C.A., en el periodismo, en el empleo y en el apostolado. Diarios y Revistas de la época, en especial *El Pueblo*. Archivo de los Exalumnos de Don Bosco. Documentación de Juan B. Podestá: cartas, discursos, escritos.

APÉNDICE

Algunas conferencias, discursos y escr

1 Prólogo de la primera redac
2 Aclarando. Escrito de
sobre las revistas
3 Adolescente
4 Carta
5 Dis
Explo
6 Discurs
del P. Gu
7 Nostálgicos
8 Esquema de u
9 Extracto de la po
10 Las cosas en su lug
11 Definiendo posiciones
12 Triste pero cierto .....
13 Discurso sobre la Eucaristía
14 Lo que la civilización debe al
15 Transformación de la mujer .....
16 Sobre la mujer cristiana .....
17 La obra de Benedicto XV .....
18 Homenaje a Pío XI .....
19 Disertación sobre la "Caritate Christi comp

Bibliografía .....

Indice .....

INDICE

Pág.

Aclaración 5

I *El escenario* 7
El ambiente a fines del siglo XIX y primer tercio del XX. La violencia ideológica: irreligión, anticlericalismo y antipatriotismo. La encíclica "Rerum Novarum". Los Círculos de Obreros y la Liga Democrática Cristiana. El año 1906. Las Conferencias Populares. La guerra mundial. La semana trágica. La crisis económica. Cambio de ambiente.

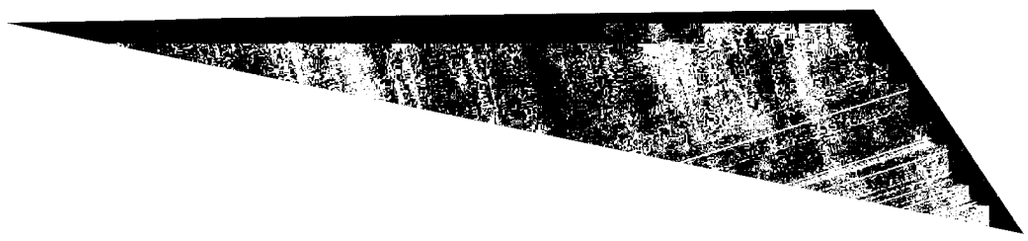
II *Grandes principios* 26
Los primeros años de Podestá. El encuentro con los salesianos. El escándalo del convento de Caballito. El novelón del túnel de San Carlos. Presidente de la Compañía de San Luis.

III *Valiente y decidido* 42
Episodios colegiales. Controversia sobre las revistas pornográficas. Al servicio de la Patria. En la muerte de Almafuerte. La Reforma Universitaria de 1918. Podestá se pone al frente de la verdadera reforma. Desmanes estudiantiles en Córdoba. Conferencias en Buenos Aires. Trabaja en lo de Pereyra Iraola.

IV *Su segundo hogar* 65
El Oratorio "San Francisco de Sales" y Juan Bautista. Su vida de piedad. Es elegido presidente del Centro de Exalumnos. El escándalo de la Ensenada. Reacción de los Exalumnos. La semana trágica y la defensa de los institutos religiosos. Administrador de Félix Frías. Su amor a los pobres y a la Virgen. En el homenaje a José M. Estrada.

V *A velas desplegadas* 94
Perdona las injurias. ¿Pensó casarse? Su concepto sobre la mujer. Espíritu apostólico de entrega. Alma sacerdotal. "Lo podrían consagrar obispo". Abnegación en el apostolado.

Bibliografía 229



VI
Ac
vinc
Period
do de B
VII *El abander*
Su amor a la
Caridad. Sobre
VIII *El amigo del Papa*
Su amor al Pontífice.
homenaje a Pío XI.
compulsi. Charla por rad
IX "*Mándame ir a Ti*" .....
La enfermedad hace crisis. E
ción a la muerte. Se despide de s
Barousse, me voy...": Partida a la

Este libro se terminó de imprimir en
Antonio López Técnicas Gráficas,
el 27 de noviembre de 1992.

"Señalada la raíz de tan graves errores y perturbaciones materiales, Pío XI pasa a considerar cómo el comunismo y demás enemigos del orden social, los aprovechan con diabólico sentido de la oportunidad, para desatar una guerra inicua contra Dios y se refiere con detención a esa formidable y monstruosa guerra. Llama la atención sobre el empeño que los enemigos ponen en esta campaña, mientras nosotros desfallecemos en la defensa de la verdad. "Viene espontáneo, dice el Papa, a la mente y a los labios el triste lamento de Cristo: "Los hijos de este siglo son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz.

* * *

"Los corifeos de esta empresa diabólica, han inculcado e inculcan que la Religión es aliada del moderno imperialismo. Los más legítimos y necesarios deseos, todo sirve para su programa antirreligioso. Millones de hombres, –dice con terrible verdad el Papa– en la creencia de luchar por la existencia, se aferran a tales teorías en una total negación de la verdad y gritan contra Dios y la Religión.

Claro que esta campaña tiene que ser terminada con el fracaso más estrepitoso, pues en la hora establecida "se levantará Dios y se dispersarán sus enemigos", según frase escritural.

Pero; "¡ay de la humanidad, si Dios, tan vilipendiado por sus criaturas, diera, en su justicia, libre curso a esa torrentada devastadora y se sirviera de ella como de un flagelo para castigar al mundo!"

Es, pues, necesario que "nos pongamos en contra, como muralla para defender la casa de Israel".

"La lucha, dice el Papa, está planteada en términos claros. El hombre debe hacer uso de su libertad para decidirse en la más importante cuestión que le está sometida.

¡Con Dios o contra Dios!

Por eso conjura a todos, pueblos e individuos, a deponer el abyecto egoísmo, el individualismo mezquino, para que se unan, sobre los pequeños intereses, aun con grandes sacrificios, para salvarse y salvar a la humanidad.

No desdeña ni ignora la Iglesia, los remedios humanos legítimos que deben emplearse para la defensa de la Religión y el mejoramiento social. Por eso el Papa ha hablado al mundo con sus varios y solemnes documentos anteriores, y recientemente –y con particular pertinencia– en la Encíclica "Cuarenta años". Ha reclamado Pío XI con energía –siguiendo las huellas del gran León XIII,– un más equitativo reparto de los bienes de la tierra,

reconociendo que la aspiración de alcanzar una conveniente felicidad, aún sobre la tierra, ha sido puesta por el Creador de todas las cosas en el corazón del hombre.

Pero frente al odio satánico contra la Religión, que recuerda el "misterio de iniquidad" de que habla el Apóstol, el Papa quiere señalar los misterios de la luz.

Asómbrese y escandalícese el mundo egoísta y materializado, cegado por la ambición o por el orgullo, o conducido, en su miseria digna de compasión, por lobos feroces que al ofrecer a los hombres la liberación material ilusoria, devoran sus almas. El Papa retoma las palabras del Divino Redentor, y nos dice a todos: "Esta casta de demonios no se arroja sino mediante la oración o el ayuno".

¿Qué dirán los banqueros, los directores de los grandes trust y de los consorcios financieros del mundo, esos mismos que como el rey del fósforo y otros reyes de esta clase terminan el desenfreno de su grandeza con un tiro de revólver? Como dice Gemelli, ellos apenas le dedicarán a esa palabra del Papa que nos dice: "Para salvar al mundo y salvarnos hay que orar", apenas le dedicarán una oblicua mirada de desprecio y de compasión.

Mas el mundo cristiano escuchará la exhortación del Pastor de los pastores. Que es la misma del Divino Redentor: "Pedid y se os dará", "buscad y hallaréis", "llamad y se os abrirá".

Y no puede haber motivo más digno para acudir al poderoso medio de la oración, que éste que ahora nos debe vincular a todos en un solo corazón y en una voluntad sola. Se trata, en efecto, de implorar la conservación sobre la tierra, de la fe en el Dios vivo y verdadero.

Una eficacia natural –además de la sobrenatural– tendrá la oración del género humano, –nos enseña el Papa;– pues quitará de en medio, precisamente, la causa misma de las actuales dificultades, porque el hombre que ruega, mira arriba, se preocupa de los bienes celestiales, y entonces, casi por sí solo, "Se restablecerá aquel equilibrio entre el trabajo y el descanso, que con grave daño de la vida física, económica y moral, falta en absoluto a la sociedad de hoy".

Así se abrirá el camino a la verdadera paz."

Para pedir la paz

"Hay que pedir la paz para todos los hombres, y especialmente para los gobernantes, pues ¿cómo podrían dar la paz a los pueblos los que gobiernan, si no están en paz consigo mismos?

Pero hay que añadir a la oración, la penitencia. Esta palabra que suena mal a los oídos modernos, el Papa, por su sagrado deber pastoral que Cristo le ha confiado, no la puede callar.

El reconocimiento de la necesidad de la penitencia, significa el reconocimiento de la ley moral. El haber separado la moral de la religión, es uno de los más funestos errores modernos. Ahora, que ese ateísmo ha llegado a la masa, se hacen más tangibles y pavorosos sus terribles efectos. En la penitencia, hay un dulce misterio de paz: No hay paz para los impíos.

Sólo una vez restablecido el orden moral fundado en el reconocimiento de la soberanía de Dios, pagado el tributo de amor y de reparación que El merece, sólo entonces será posible una paz estable sobre la tierra.

Ningún dirigente de la economía pública, ninguna fuerza organizada podrá llevar jamás las condiciones sociales a una pacífica solución, si antes en el mismo campo de la economía no triunfa la ley moral basada en Dios y en la conciencia.

"¿Comprenderá –pregunta Gemelli– la humanidad, la grandeza y la gravedad de estas sentencias que descienden de la Cátedra misma de la Verdad? Hay que esperarlo, porque la hora es trágica. Los 50 millones de desocupados, el aislamiento y la exasperación en que se cierran cada día más las naciones, la orientación materialista y colectivista que las pasiones desencadenadas parecen querer imponer a nuestra civilización ("el hombre moderno tiene cada vez menos necesidad de ternura", ha osado escribir Roberto de Traz, y lo ha repetido uno de esos periodistas que de la Encíclica papal no han dicho una sola palabra), son índices de una confusión internacional, son los síntomas de una disolución universal, son los signos anunciadores de un colapso mundial. Sólo de la colina Vaticana, como ayer con las Encíclicas de la Paz y las de la Guerra, como hace 40 años, con la "Rerum Novarum", como en todas las más arduas contingencias de la historia, llega a los hombres fatigados y desilusionados, la palabra de la esperanza junto con la indicación de los valores esenciales para el individuo y la sociedad".

He ahí, en síntesis, la palabra del Papa, en la preciosa Encíclica. Del fondo de nuestras almas surge el fervoroso deseo de ser fieles a ella. Y recordando lo que el mismo documento nos dice al hablar de lo mucho que El confía en la Acción Católica, dispongamos nuestras fuerzas intelectuales, nuestra voluntad, y nuestro corazón para ser dignos de esa gran cruzada a que el Papa llama a sus hijos más fieles, para que cooperen con El, y con sus obispos y sacerdotes, en la obra de restauración social de Cristo."

BIBLIOGRAFÍA

Además de la indicada en los respectivos capítulos se utilizó la siguiente:

Cartas del Sr. Carlos Conci, maestro, compañero y conocedor íntimo.

Testimonios de sus amigos más queridos: Contador Juan Carlos Chiozza; Dr. Tito Trebino; Dr. Pedro Heriberto González; Contador Amadeo Pedro Barousse.

Escritos de los R.R.P.P. Lorenzo Massa, Santiago De Paoli, su compañero; Juan B. Farinati, su cura párroco; Enrique Pozzoli, su confesor, y de otros sacerdotes, como R.P. Antonio Garbini, R.P. Leopoldo Rizzi...

Cartas e impresiones de varios de sus compañeros en los trabajos de la U.P.C.A., en el periodismo, en el empleo y en el apostolado. Diarios y Revistas de la época, en especial *El Pueblo.* Archivo de los Exalumnos de Don Bosco. Documentación de Juan B. Podestá: cartas, discursos, escritos.

INDICE

Pág.

Aclaración 5

I *El escenario* 7
El ambiente a fines del siglo XIX y primer tercio del XX. La violencia ideológica: irreligión, anticlericalismo y antipatriotismo. La encíclica "Rerum Novarum". Los Círculos de Obreros y la Liga Democrática Cristiana. El año 1906. Las Conferencias Populares. La guerra mundial. La semana trágica. La crisis económica. Cambio de ambiente.

II *Grandes principios* 26
Los primeros años de Podestá. El encuentro con los salesianos. El escándalo del convento de Caballito. El novelón del túnel de San Carlos. Presidente de la Compañía de San Luis.

III *Valiente y decidido* 42
Episodios colegiales. Controversia sobre las revistas pornográficas. Al servicio de la Patria. En la muerte de Almafuerte. La Reforma Universitaria de 1918. Podestá se pone al frente de la verdadera reforma. Desmanes estudiantiles en Córdoba. Conferencias en Buenos Aires. Trabaja en lo de Pereyra Iraola.

IV *Su segundo hogar* 65
El Oratorio "San Francisco de Sales" y Juan Bautista. Su vida de piedad. Es elegido presidente del Centro de Exalumnos. El escándalo de la Ensenada. Reacción de los Exalumnos. La semana trágica y la defensa de los institutos religiosos. Admirador de Félix Frías. Su amor a los pobres y a la Virgen. En el homenaje a José M. Estrada.

V *A velas desplegadas* 94
Perdona las injurias. ¿Pensó casarse? Su concepto sobre la mujer. Espíritu apostólico de entrega. Alma sacerdotal. "Lo podrían consagrar obispo". Abnegación en el apostolado.

VI *El soldado de Cristo* 107
Actuación en las Conferencias Populares. Orador sereno y convincente. Su amor a los obreros. Polémica con anarquistas. Periodista brillante. Tuvo su cilicio. El conflicto del arzobispado de Bs. As. Prueba moral.

VII *El abanderado bandera* 130
Su amor a la Eucaristía. Aporte del Evangelio a la civilización. Caridad. Sobre la libertad de enseñanza. La mujer cristiana.

VIII *El amigo del Papa* 137
Su amor al Pontífice. Expone la obra de Benedicto XV. En el homenaje a Pío XI. Reflexiones sobre la Caritate Christi compulsi. Charla por radio.

IX *"Mándame ir a Ti"* 147
La enfermedad hace crisis. En el lecho del dolor. Su preparación a la muerte. Se despide de sus familiares y amigos. "Adiós, Barousse, me voy...". Partida a la casa del Padre Celestial.

APÉNDICE

Algunas conferencias, discursos y escritos de Juan B. Podestá.

1	Prólogo de la primera redacción inédita	159
2	Aclarando. Escrito de defensa en la controversia sobre las revistas pornográficas	164
3	Adolescente, visita a la Biblioteca Nacional	170
4	Carta a un amigo acerca del triunfo de los socialistas	171
5	Discurso patriótico. En la despedida a los Exploradores de Don Bosco que parten para Mendoza	173
6	Discurso sobre el sacerdote. En la ordenación del P. Guillermo A. Brett	177
7	Nostálgicos del paganismo	181
8	Esquema de una conferencia sobre la Quadragesimo Anno	185
9	Extracto de la polémica con el ácrata César Montemayor	189
10	Las cosas en su lugar	195
11	Definiendo posiciones	197
12	Triste pero cierto	199
13	Discurso sobre la Eucaristía	201
14	Lo que la civilización debe al Evangelio	204
15	Transformación de la mujer	211
16	Sobre la mujer cristiana	214
17	La obra de Benedicto XV	216
18	Homenaje a Pío XI	219
19	Disertación sobre la "Caritate Christi compulsi"	222
	Bibliografía	228
	Indice	229

Este libro se terminó de imprimir en
Antonio López Técnicas Gráficas,
el 27 de noviembre de 1992.